

Le socialité

JANE REYALS

NI UN PELO DE
TONTAS: TOP MELENAS
PÁG.15



10 RECETAS PARA
LA DIETA DEL
CUCURUCHO

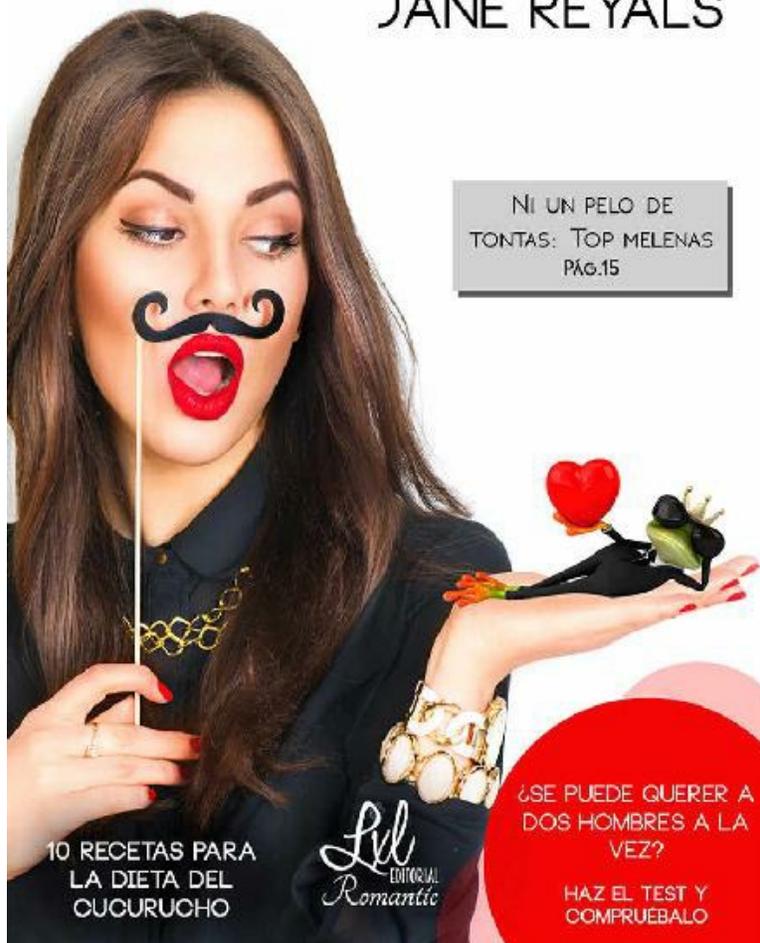
Lel
EDITORIAL
Romantic

¿SE PUEDE QUERER A
DOS HOMBRES A LA
VEZ?

HAZ EL TEST Y
COMPRUÉBALO

Le socialité

JANE REYALS



NI UN PELO DE
TONTAS: TOP MELENAS
PÁG.15

10 RECETAS PARA
LA DIETA DEL
CUCURUCHO

Lil
EDITORIAL
Romantic

¿SE PUEDE QUERER A
DOS HOMBRES A LA
VEZ?

HAZ EL TEST Y
COMPRUEBALO

Le socialité

Le

socialité

Jane Reyals

1.^a edición: Julio 2018

Copyright

© Jane Reyals 2018

© Editorial LxL 2018

© Sello Romantic

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17516-34-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Diseño cubierta – LxL Editorial

Maquetación – LxL Editorial

A veces, tenemos días grises, miles de problemas que se acumulan como montañas de naipes, emociones que suben y bajan en una montaña rusa. Otras veces, necesitamos escapar de la realidad, aunque sea solo un instante, y refugiarnos en esos mundos en los que nos gustaría estar, una isla desierta de tranquilidad donde poder relajar, no solo nuestro cuerpo, sino nuestra alma. Esta historia es ese refugio, ese lugar donde dejar volar la mente por un mundo diferente, donde quizá te sentirás más identificad@ de lo que crees y donde dejarás atrás el mundo real para poder dedicar un poco de tu tiempo a mimarte. Jamás pierdas la sonrisa, esa es la belleza más pura que puede reflejar el ser humano.

Agradecimientos

Le Socialité fue concebida con el fin de ser un escape a todo. Es una historia fresca, divertida, en la que trato de dejar salir toda mi locura sana, donde busco transmitir alegría en esos momentos en los que uno desea evadirse de la realidad; esos que cada vez hacen más falta.

Es un libro para ti, para tu vecino, para algún familiar, para todo el que quiera pasar un buen rato, y sobre todo es un libro que me ha servido de terapia, o risoterapia, como digo yo. Es una historia de autoayuda para mí, y espero que te sirva a ti, que has iniciado este viaje conmigo por el mundo de Lisbeth, donde todas las locuras están permitidas y son más reales de lo que parecen, donde estoy segura de que vas a sentirte identificad@ con la protagonista.

Quiero agradecer a todas las personas que siempre me apoyan en cada uno de mis proyectos literarios, como la Saga Samsara en su totalidad o en esta obra misma. A mi Brujilla, mi hermanita Cris, a mis loquillas de Valencia, a mis niñas de Madrid, a mis lectoras del otro lado del charco, a mi chico, al que quiero con locura, esa locura que impregna cada una de las páginas y, sobre todo, a mi familia, que siempre me apoya haga lo que haga, que aparecen por sorpresa en mis presentaciones. Eso es lo que me hincha de orgullo de verdad. Valoro mucho el apoyo que da la gente que realmente está ahí, pase lo que pase, en tus momentos buenos y malos, cuando falta la inspiración o supura por los poros, los que escuchan tus ideas locas y me animan a plasmarlas. Ellos son pedazos de piezas de puzle que conforman mi mundo interior, ese mundo mágico donde las ideas brotan por doquier.

También quiero agradecer a la editorial que nuevamente haya confiado en mí, en este caso con un género tan diferente. Espero estar a la altura.

Y, como viene siendo habitual en mí, dejo mi huella especial en los agradecimientos, la canción que he decidido que encumbre a mi querida Lisbeth en el podio de *Le Socialité*. *Suerte*, de Paty Cantú. Pienso que, sin duda, se creó esta canción para Lisbeth.

Y tú, ¿me das un poco de tu suerte?

Capítulo 1

Cruda realidad

No nos engañemos, los hombres perfectos no existen. Los galanes novelescos y ricos que irrumpen en la vida de la protagonista para poner su mundo patas arriba hasta que se vuelven locos el uno por el otro, no existen más que en mundos de ficción. Lo sé, porque llevo pasándome la vida besando sapos que se han convertido en..., déjame pensar..., sapos.

Con la edad, las prioridades cambian y cuando has pasado los treinta y te ves sola imaginándote de anciana haciendo ganchillo rodeada de gatos, te das cuenta de que debes desechar la idea de encontrarte con un Brad Pitt y mirar más hacia un patrón al estilo Brad Johnson. No, mejor no. ¿Y si estoy con Johnson, pero fantaseo con Pitt? ¿Se consideraría infidelidad? Bah, tonterías. A día de hoy ya me conformo con alguien que me quiera, respete y cuide, exactamente lo que yo ofrezco. La carcasa al fin y al cabo es eso, carcasa que envejece con el paso del tiempo, pero el interior, lo que importa, es lo que se conserva hasta exhalar el último aliento. Ya sabes, esa persona que te comprenda y apoye tus decisiones, con la que un día decides formar una familia, si es que algún día le pongo pilas a mi reloj biológico estropeado. Supongo que busco a un Johnson... Qué coño, busco un Pitt.

Camino como alma que lleva el diablo y me agencio un ejemplar de prensa sensacionalista o rosa, depende del lugar de donde vengas, en mi caso rosa, mientras me dirijo, café de Starbucks en mano, hacia el aeropuerto madrileño en dirección a mi futuro; París, Le France.

He decidido migrar como las aves, básicamente porque en España no hay empleo, para no variar, y una oferta me cayó del cielo, literalmente.

Cristal, mi más que solícita vecina de arriba, me tiró una maceta mientras buscaba empleo en el balcón. Resultado: portátil estropeado, vecina haciendo el papel de su vida, y una servidora muy cabreada.

Lisbeth, lo siento; Lisbeth, lo pagaré; Lisbeth, se resbaló; Lisbeth, no quería, blablablá.

Llevé a mi «bebé» a una de las pocas tiendas que no hacen dos cosas:

a) Ofrecerte hasta sus riñones para sacarte hasta el «higadillo» en la

factura.

b) Dejarte el ordenador peor de lo que lo has llevado.

Tecla, o así lo llamo yo, es un máquina arreglando ordenadores, pero si se une a Bini —sí, de binario, estos chicos...— pueden hacer virguerías.

Dejé allí a mi pequeño y cogí el periódico gratuito que la tienda ofrecía para hacer más amena la espera. Allí, como si estuviera iluminada con luces de neón, estaba la solución a mis problemas, o al menos la solución a mi paro. *Le Socialité* buscaba una redactora de moda/fotógrafa. La carrera de Periodismo y la especialización por fin tendrían sentido. La selección era en dos semanas en París. ¿Cómo hacerme fotógrafa profesional en tan poco tiempo?

Por suerte Cristal iba a servir más que para tirar macetas y romper ordenadores.

Luke, su, digamos, amigo especial, es fotógrafo titulado y prometió que él me daría unas..., palabras textuales de Luke: «Clasecitas intensivas para conocer bien el arte». Jamás supe cómo tomarme esas palabras, así que simplemente las ignoré. Acepté y dos días después, cámara en mano, de las baratas, miraba a Luke con cara de imbécil mientras me hablaba con tecnicismos que no entendía ni él. Poco a poco me fui habituando a su jerga y hoy puedo decir, gracias a su carta de recomendaciones, que soy una experta fotógrafa, o eso dice ese papel pese a que solo aprendí a enfocar bien, a jugar con las luces y contrastes, y a darle a un botón. En fin... Así va el país, pero a fin de cuentas ya me iba bien. Me hizo un gran favor y, quizá, la carta de recomendación ayude un poco.

Y esa es la historia de mi vida, o al menos la de hace dos semanas. Conoces mi currículum, mi situación amorosa —soltera, pero no entera—, y ahora mi fobia a volar, o, al menos, la conoce la persona que se ha sentado a mi lado durante el vuelo, a juzgar por los moretones en el brazo que mis dedos le han dejado. Me hizo ademán para que tomara su brazo si tenía miedo y yo lo tomé al pie de la letra.

Le sonrío y me disculpo. Habla en francés y no entiendo ni una palabra, pero me sonrío. A juzgar por lo fibroso que tiene el brazo no creo que haya sufrido mucho. Se curará. Lo peor que puede pasar es que en su lengua me llame la loca de los aviones. Mejor que la loca de los gatos...

Me bajo del avión y, tras dos horas de espera para recuperar mi maleta, que parece haber sufrido una de las más macabras y retorcidas sesiones de

SAW, salgo al bullicio exterior mientras la lluvia me empapa sutilmente.

Solo hay cuatro cosas a pensar ahora. La primera es que debo conseguir ese trabajo, la segunda es que debo encontrar un hotel, hostel o banco en algún parque, y la tercera es que en este momento si paro un taxi solo puedo decirle al taxista cruasán, *oui* u otra frase bochornosa de canción que no pronunciaré, y dudo que alguna de ellas pueda llevarme a la entrevista de trabajo. Así que opto por lo básico, el idioma universal, también conocido como el del extranjero-mono de los que tenemos otro modo de comunicarnos fuera del país. Me subo al taxi, saco el recorte de periódico, lo señalo asegurándome de que el taxista mira el papel y no se le van los ojos a otras zonas, y hago el sonido que hace a la raza humana rebajarse a lo más bajo de la escala de la erudición, o lo que es lo mismo, el sonido mono típico de Tarzán. El hombre se compadece de mi representación de macaco y asiente sonriente iniciando la marcha. Suspiro y me relajo en el asiento del copiloto, esperando llegar a lo que me deparará el destino.

El taxi para en lo que parece un gran edificio de alto nivel. Pago la carrera y miro mi cartera. Ya solo me quedan tres opciones: hotel de dos estrellas, hostel o banco en el parque. Me recoloco la blusa y la falda y me encamino hacia la puerta, donde me encuentro a un vagabundo que vende colgantes con la torre Eiffel de un color cobrizo.

—*Thank you*¹ —le digo agarrando el colgante.

El hombre asiente y sonríe con ternura con mis cinco euros en la mano. Al menos tendrá para cenar algo. Quizá tenga que dormir con él esta noche si sigo perdiendo dinero. Subo las escaleras que dan acceso al gran edificio y las puertas se abren gracias al sensor de movimiento.

He decidido comunicarme en español a partir de ahora y rezar para que se me entienda. No en vano son nuestros vecinos, los que no nos votan en Eurovisión, sí, pero nuestros vecinos, al fin y al cabo.

—*Bonjour*² —me dice el secretario de la entrada.

—*Bonjour*. ¿Las entrevistas para...? —Le señalo el anuncio del periódico.

—*Oui*. Planta once. *¡Bonne chance!*³ —Sonríe al más que predispuesto secretario y subo al ascensor.

El sonido de la campanilla y la apertura de puertas me transportan al mundo periodístico donde el sonido de las teclas al ser pulsadas lo envuelve todo. Es la banda sonora particular. Avanzo con seguridad hasta la mesa de

recepción, donde una joven me mira sonriente. Otra que sonrío. ¿Les paga Colgate por ello?

—Por favor, ¿podría indicarme dónde se realizan las entrevistas para redactora y fotógrafa?

—Por supuesto. —Bien, habla español. Un punto para mí—. Rellene este formulario y espere a que la llamemos.

—Gracias. —Cojo la carpeta que me ofrece y relleno la ficha antes de volver a dejarla sobre la mesa de esta.

Vuelvo a sentarme y abro mi bolso para revisar mi teléfono móvil. Mensajes: cero. Llamadas: cero. Otro tipo de contacto con la sociedad: cero. Genial... Qué solicitada estoy.

Escucho mi nombre al final del pasillo y alzo la mirada. Parece que es mi turno. Miro la solitaria maleta y seguidamente a la secretaria, que con esos ojos de cordero degollado parece que me está perdonando la vida. Se apiada de mi alma y me guarda la maleta para que no haga el ridículo frente al que puede ser mi nuevo jefe.

Llegó la hora de la verdad. Me levanto y, dejando a un lado de la mesa de la chica mi maleta, avanzo por el pasillo rumbo al proyecto de mi vida si es que tengo una flor en el culo.

Golpeo la puerta del único despacho que se encuentra en el pasillo y escucho algo al otro lado. Giro el pomo y entro en silencio. Lo que me encuentro al otro lado me hace tragar saliva sonoramente. Ahora entiendo esa expresión de «Tierra, trágame». Es lo que estoy sintiendo ahora mismo en mis carnes. Frente a mí está el Musculitos del avión, al que le he regalado mis dedos marcados en la piel.

—Oh... —Trata de mantener la actitud profesional y frenar una risa que busca salir—. *Bonjour*. —Mira el ordenador—. Lisbeth *Martínes*.

Su tono es serio y autoritario y ese acento a la hora de pronunciar mi nombre hace que deba contener la risa. Por el amor de Dior, que estoy en una entrevista de trabajo. Pero ese *Martínes* y no Martínez me ha matado.

—Lisbeth Martínez.

—*Oui*. Lisbeth *Martínes*. —Bueno, si me contratas acepto *Martínes*, *Hernández* o perito de los palotes.

Se levanta y va a un lateral del despacho, donde acoge una bandeja con bollería y me la acerca. ¿Me estará preguntando qué quiero? Solo falta el café. ¿Qué clase de entrevista es esta? Ahora es mi momento de demostrar que

alguna palabra en francés sé, básicamente para que mi posible jefe no me considere una incompetente y tenga alguna posibilidad.

—Cruasán.

Lo acojo entre mis dedos y le doy un mordisco ante su atenta mirada. Qué costumbres más extrañas tienen a la hora de hacer las entrevistas aquí.

Vuelve a sentarse en su acolchada silla y me mira como esperando a que diga algo. ¿Qué demonios digo? *Voulez-vous coucher avec moi ce soir?*⁴ Ni borracha. ¿Qué hago? ¿Alguna sugerencia?

Así que, a riesgo de parecer algo retraída e incluso boba, me lo quedo mirando. Mi repertorio empezaba en cruasán y acababa en *oui*. Y ya he quemado uno de esos cartuchos. «Lisbeth, no hagas más el ridículo, te diriges a él en español, si te entiende genial, hacemos una fiesta, sino adiós al trabajo». Esa es la más cruda de las realidades, mi cerebro lo sabe, yo también. No lo discutimos, vamos allá.

—Gracias por el cruasán, señor...

Asiente. No sé si lo ha entendido o no, pero me gusta pensar que sí, sobre todo para no parecer tan patética. Mira el formulario que he rellenado con detenimiento. ¿Cuándo le ha traído el papel la joven Colgate? Quizá se lo han ido pasando como si se tratara de una cadena hasta llegar al jefe.

Veo que mordisquea un bolígrafo, marca algunas preguntas redondeando el número, y mi sudoración aumenta por momentos a causa de mi nerviosismo.

Seguro que mi chaqueta tiene un círculo de sudor equiparable a la bandera de Japón. Necesito ir al baño a refrescarme o seré el hazmerreír del hombre de los moratones. ¿Se puede tener más mala suerte? Desciendo la mirada disimuladamente y ahí están para saludar las marcas de una sudoración más que patente. Mi cerebro solo concibe tres palabras alumbradas con luces de neón: ir, baño, ya.

Me exprimo el cerebro para revivir mis años de secundaria, en los que estudiaba francés como materia optativa y segunda lengua. El ahora equivalente inglés. Venga, Lisbeth, tú puedes. No puede ser tan difícil. Usemos la lógica. Si es *Le Socialité*, será le toilette, y, por favor, era algo así como *si vous plait* o *si vu plair*. Dios, estoy muerta. Esto va a ser un desastre. Aun así, me armo de valor. Si lo digo mal será por tu culpa, ¿por qué no me echas un cable? ¿Sabes francés?

—*Le toilette, si vous plait*⁵.

Musculitos me mira entre divertido y perplejo. La he cagado, estoy más que segura. Se va a reír de mí con sus amigos hasta el día del juicio final. Sonríe de oreja a oreja. ¿Ves? Te dije que iba a reírse de mí. Aprieto los dientes y cuando se levanta y hace un ademán para que lo siga, pego bien los brazos a mi cuerpo para que no vea los soles de sudor de mi chaqueta, y camino como una zombi hasta la puerta a la que, con tanta amabilidad, me guía.

Entro como si hubiese mutado a Flash y me meto en uno de los baños. Me quito la chaqueta y abro el bolso en busca de desodorante, en spray o de *roll-on*, cualquiera me vale.

Encuentro un minúsculo spray de Rexona, sin duda no me abandona, ni en España ni en Francia ni en los confines de la Tierra. Salgo del pequeño cubículo con la chaqueta en mano y me miro al espejo por un momento. Perlas de sudor coronan mi frente, la cual seco con delicadeza dejando mi maquillaje intacto. Cojo jabón y refresco mis axilas secándolas con esmero antes de colocar el desodorante. Como dice mi madre: «Echar perfume a algo oloroso solo aumenta el hedor», así que no, gracias. Ahora, más fresca que una lechuga, camino de nuevo en dirección al despacho, donde espero encontrarme con Mister Musculitos y que aún no haya salido huyendo debido a la loca de los aviones sudorosa con incontinencia.

Allí está, revisando unos papeles y tirando a la basura varios currículums de las chicas que han pasado con anterioridad por su despacho. Eso es, tíralos todos menos el mío, es fácil, solo hazlo y todos estaremos contentos. Tú tendrás el bufón de la corte con el que pavonearte con los amigos y yo un empleo para ganarme la vida y con suerte una jubilación digna.

Me vuelvo a sentar frente a él, y lo veo desviar su mirada hasta mis *peep toe* negros y tocar insistentemente la parte baja de su nariz y superior del labio, tratando de disimular una risa que pugna por salir. Desvío la mirada hacia mis tacones y veo enganchado un pedazo de papel higiénico. Genial... Suspiro y trato de desprenderme del papel higiénico restregando un tacón con el otro, con tan mala suerte que se parte y pega en ambos tacones. Perfecto, lo que faltaba. No solo soy el bufón de la corte, sino también la patosa a la que se le pega el papel para limpiarse el trasero. Ya me puedo ir despidiendo del trabajo después de la magnífica impresión que he causado a Musculitos desde que nos conocimos en el avión. Lo miro, él me mira con esos ojos verdosos y lo sé. Sé que debo parecer el semáforo cuando se pone en rojo intenso. Se

levanta de la silla. Ahora es cuando me acompaña a la salida con un «adiós, espero no verte nunca más», y si es así al menos que sea en esos videos de patosos de la tele y jamás en un avión o en mi oficina, o si me apuras en toda Francia.

Se arrodilla frente a mí, mirándome a los ojos, y sus manos acarician mis piernas con detenimiento. ¿Qué demonios hace? Me quita los zapatos con cuidado y mi piel se eriza. No rompe el contacto visual en ningún momento y jadeo ligeramente. Sin duda las entrevistas de Francia son muy diferentes a las españolas. Coge los pequeños trozos de papel que forran el tacón de mi zapato y vuelve a colocármelos con pericia. Se levanta con suma lentitud y otra vez se sienta en la silla mullida. No entiendo nada, la verdad. Vuelve a sonreírme y mira de nuevo el papeleo que he rellenado antes de entrar en el despacho.

Carraspea y alza la mirada de los papeles a mis ojos. ¿Debería hablar? Es como tener una conversación de besugos. Él hablará en francés y yo español o inglés. No llegaremos a ningún lado. Creo que será mejor que salga de este despacho antes de humillarme más y que Musculitos se ría más de mí.

Cojo mi bolso y me levanto dirigiéndome a la puerta. Pronto tengo una sombra a mi espalda que la cierra cuando la abro y me lleva de nuevo a la silla haciendo que me siente.

—Mi nombre es James, James Mathews. Soy el director de la revista *Le Socialité* y tu cojín antiestrés y de pánico en el avión, ¿te acuerdas?

—¿Hablas español? —Me quedo perpleja, y en silencio doy gracias al destino por poner a un jefe español en mi camino.

—Mi padre es inglés, mi madre española y vivo en Francia, conozco los tres idiomas.

Me dejo caer más relajada en la silla justo antes de recolocarme como una persona normal, no es el sofá de casa, santo cielo. ¿Qué va a pensar James de mí? Si no doy buena impresión tengo una pata en la calle y la otra de camino.

—Debo decirle que mi francés es nulo, pero aprendo rápido y estoy dispuesta a dejarme la piel tanto en la revista como con el idioma.

—No esperamos menos si es usted la candidata seleccionada. ¿Su currículum? —me pregunta con ese deje francés que me hace sonreír.

—Por supuesto. —Lo saco de mi bolso y se lo entrego junto con la carta de recomendación de Luke. Espero que sirva de algo.

Veo cómo lo lee y relee, poniéndome aún más nerviosa.

—Veo que viene recomendada por Luke Davis.

—¿Lo conoce?

—No, pero parece que usted sí. —Sonrío sin saber qué decir—. También está licenciada en periodismo.

—Sí.

—¿Ha estado alguna vez en prisión?

—¿Cómo? ¡Por supuesto que no!

—Era para liberar tensiones, no se moleste. —Intento sonreír entendiendo la broma de mal gusto. —Me gustan sus aptitudes, y sus calificaciones en los estudios son impecables. El problema es...

—Ya lo sé. Que es una revista francesa y no tengo ni idea de francés.

—Siempre puede tomar clases particulares.

—¿Con usted?

—No. Eso sería poco correcto, señorita *Martínes*. —Y dale... Ese acento francés y mi apellido son igual que el agua y el aceite. Algo imposible de casar.

—¿Cuándo sabré si he obtenido el empleo?

—¿Cuánto desea el empleo?

—Mucho. Aprenderé francés. Aprendo rápido.

—No me cabe duda de que aprende todo muy rápido, dadas sus calificaciones. —Sonrío y él me secunda—. Haremos algo, estarás un mes a prueba, como fotógrafa, mientras estudias francés. Si en un mes lo dominas y puedes redactar un artículo de diez, el empleo es tuyo. Mientras que eso ocurre, serás mi ayudante. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, pero ¿por qué yo?

—¿Por qué no? Es usted el perfil de chica que busco.

—¿Y qué tipo de perfil es el que busca?

—Una periodista lista y con cerebro. No una cara bonita que busca encandilarme para que le dé el trabajo.

—Entiendo. No soy una cara bonita ni pretendo serlo, señor Mathews, solo busco trabajar y labrarme un futuro.

—Dado que vamos a trabajar juntos puedes llamarme James.

—Bien, James. Si vamos a trabajar codo con codo podemos tutearnos.

—Por supuesto, Lise. —Solo mi madre me llama así.

—Gracias por la oportunidad, James.

—A ti por haber venido hasta aquí, pese a tu miedo a volar.

—Sobre eso..., quería pedirte disculpas.

—No te preocupes, te descontaré la crema y los masajes de tu primer sueldo.

—Me parece justo. —Sonrío.

—¿Dónde te hospedas?

—Como no sabía si me iría hoy mismo u obtendría el empleo, no reservé nada, así que tengo tres opciones; hotel, hostel o banco en el parque. —Lo oigo reír. Su risa no es la típica de los galanes de novela. Tampoco la esperaba. Es una especie de mezcla entre risa de gremlin y orangután. Esas por las que te ríes, pero no con él, sino de él.

—Deja que te ayude con eso. No quiero tener a mi becaria durmiendo en lo alto de esa torre Eiffel que llevas colgada del cuello.

Desvió la mirada a la abertura de mi blusa y veo el colgante del vagabundo. Lo había olvidado por completo.

—¿Esto me ha dado puntos en la entrevista? —Señalo el collar intentando bromear.

—Más bien no. —Mi semblante se torna serio.

—Disculpa, era una broma para liberar tensiones.

—Estás más que disculpada. Además, creo que tengo algo que va a interesarte.

Esa frase la he oído demasiadas veces, sobre todo en situaciones de embriaguez. El típico chulito de playa, el paleta de obra, o un borracho recién salido del bar son algunos de los especímenes que pronuncian esas palabras: «Creo que tengo algo que va a interesarte». ¿A ti te lo han dicho alguna vez? Quizá esas cosas solo me pasen a mí...

—¿Y qué es?

—Mi familia tiene un hotel aquí y puedes hospedarte durante este mes de prueba. Pasado el periodo de evaluación te marcharás del hotel a un lugar permanente o a tu casa en España.

—No quiero molestar y, además, no creo que sea apropiado siendo tú mi jefe y yo tu empleada en prácticas, digámoslo así. —Paso de culebrones, qué quieres que te diga.

¿Tú qué harías? He leído demasiadas novelas en mi vida de la típica chica que se enamora de su jefe y viven felices, y en vez de comer perdices se comen a besos. Pero ni esto es una novela, ni va a caer rendido a mis pies ni yo a los suyos. Pensándolo bien, ya ha caído rendido a mis pies, aunque sea para quitar pedazos de papel higiénico de mis tacones. ¿Tú aceptarías?

—No creas que lo hago por compasión. Me interesa una empleada sana. ¿Prefieres vivir un mes en la calle mientras la lluvia cae sobre tu cuerpo o vivir en el Saint Mathews? Recuerda que en Francia llueve muy a menudo. — ¿Está diciendo que no tengo dónde caerme muerta? ¿Él qué sabe el dinero que yo tengo y si me puedo costear un hotel durante un mes...?

Mi subconsciente hace acto de presencia en este momento, ya lo estoy oyendo: «Te recuerdo que te quedan cuarenta euros, con eso no tienes ni para pipas en Francia». Y ahí está el comentario que catalogo como patada en la entrepierna o bofetón de realidad: «Es un chollo, Lisbeth, un mes con hogar gratis y posibilidad de conseguir el trabajo. El sueldo será para aprender francés y comprar algo de ropa elegante, para no presentarte como si fueras una mendiga, pues parece que así te considera el Musculitos, James».

—¿Saint Mathews? —No se me ocurre qué más decir. Lo veo teclear sin parar algo en el ordenador.

—Sí, mi madre siempre dice que mi padre es un santo, así que cuando construyó el hotel quiso hacer un guiño poniéndole ese nombre.

—Supongo que sería algo así como el hotel Hilton en España.

—Sí, pero sin ser multimillonarios. Puede que mis padres tengan un hotel, pero yo no. He trabajado muy duro para colocar la revista en el nivel que se encuentra ahora. No quiero ser un niño de papá.

—Lo siento. No he querido ofenderte.

—Tranquila.

—Bueno, y, ¿por dónde quiere que empiece?

—Quiero que conozcas la revista y te familiarices con ella y conmigo. Vamos a trabajar codo con codo.

—Está bien. Pediré a alguno de tus empleados que me la muestre.

—No, yo te la enseñaré.

—Como quieras.

—Pero antes necesito que hagas algo por mí. —Alzo la ceja.

Cuando dice esas frases tan enigmáticas me vienen a la mente los jefes novelescos a lo Grey que acaban atrapando a la chica entre sus fauces, haciéndola sucumbir al placer de la carne.

—¿El qué? —La típica pregunta trampa en la que caemos todos en busca de información y acabamos entrando en la encerrona nosotros mismos.

«¿Qué va a querer, Lisbeth? Espabila. Que te bajas las bragas y juegues al lobo y las ovejas. ¿Quién crees que se come a quién?». Acallo al

subconsciente traicionero y lo miro a los ojos esperando una respuesta a esa insinuación. No he venido a aquí en busca de nada y en el caso de que encontrara a mi Pitt o Johnson no sería mi jefe. El trabajo y el placer nunca pueden ir de la mano, a menos que seas una prostituta, cosa que no soy.

—Que firmes el contrato, por supuesto. Si es que las condiciones te parecen correctas. Además, deberás firmar también un acuerdo de confidencialidad. No queremos que nuestras exclusivas salgan de la revista.

—Por supuesto. Y descuida, aunque quisiera vender algún tipo de información, ¿a quién se la vendería? No conozco el país, ni el idioma.

No era una insinuación, lógicamente. Estaba en una entrevista de trabajo y mi subconsciente ya fantaseaba con cosas sin sentido que, por supuesto, no iban a ocurrir.

Imprime aquello que estaba redactando en el ordenador y me extiende el folio para que pueda leerlo sin prisa atendiendo a cada uno de los puntos mientras me observa curioso. «Vamos allá Lisbeth, esto ya es tuyo. Serás la becaria incomunicada que marca a moratones a su jefe. Un premio para ti».

Ojeo el contrato con detenimiento para conocer las condiciones. Están muy bien, demasiado bien.

París, 25 de agosto de 2016.

La empresa *Le Socialité*, representada por James Mathews, director de dicha empresa, y Lisbeth Martínez, becaria empleada, hacemos constar que hemos convenido en celebrar un contrato individual de trabajo por tiempo indeterminado en relación con las siguientes cláusulas:

1. Este contrato tendrá validez por treinta días hábiles, pasados esos días, el director de la empresa decidirá si la empleada reúne los requisitos necesarios para proseguir en su lugar de empleo.

2. El trabajador acepta llevar a cabo los servicios por los que ha sido contratado; fotografía para *Le Socialité* y redacción de artículos tanto de moda como de otra índole. Además, se adaptará a las labores de su superior en calidad de becaria.

3. La duración de la jornada laboral será de 8 a. m., a 14 p. m., pudiendo variarse el horario según necesidad de la empresa, lo que constituye una jornada laboral mínima de treinta horas semanales con posibilidad de ampliación de dicho horario.

4. El trabajador está obligado a notificar su hora de llegada y salida mediante el chequeo de una tarjeta que le será entregada por parte de su superior o, en su defecto, el dueño del lugar de trabajo.

5. El trabajador percibirá un salario de novecientos euros (900 €) netos mensuales y las horas extraordinarias se remunerarán con una cuantía equiparable al doble del precio de las horas convencionales. Además, si se da el caso, la empresa cubrirá los desplazamientos a eventos, presentaciones o cualquier tipo de acto que requiera un viaje al extranjero o

pernoctar fuera del domicilio sea una o más noches.

6. En el salario neto se incluyen los siguientes extras: salario base, incentivo por puntualidad, comidas fuera del domicilio, viajes del domicilio al lugar de trabajo, entre otras cosas. Si el trabajador supera los objetivos demandados por su superior, este será premiado con incentivos, ya sean monetarios o aquellos artículos que los patrocinadores ofrecen a los empleados de *Le Socialité*.

7. Si el trabajador se ausenta más de tres días sin justificación alguna, se procederá una baja de contrato sin aviso y quedará fuera de la empresa, pasando a ser no empleado.

8. Ambas partes convienen que, al vencimiento del término estipulado en este contrato, este quedará sin validez y se renovará con otras condiciones o expirará para no volver a renovarse, dependiendo de la decisión del superior al cargo del empleado.

Si ambas partes están de acuerdo con lo estipulado en el contrato, deberán firmar en el lugar marcado para dicha acción.

Miro a James y vuelvo a mirar el folio que sujeto entre mis dedos. Es más dinero del usual siendo una becaria, y menos por seis horas, aun así, no me quejaré. Sería idiota si lo hiciera.

—¿Has decidido si vas a firmar?

—¿Tienes un bolígrafo? —Sonríe y me ofrece una pluma.

La cojo despacio rozando sus dedos mientras miro distraídamente el papel. Un cosquilleo recorre mi columna, como cuando la electricidad estática se adueña de mi cuerpo al tocar un coche. ¿A que a ti también te ha pasado?

Firmo sobre la línea donde indica las palabras que alumbran al más erudito, por si hay dudas: «Firma aquí» —empleado—. Es lógico que sin esas específicas directrices jamás podríamos vislumbrar dónde debemos firmar. Pongo los ojos en blanco y le entrego el contrato con una sonrisa.

—Me gusta cuando haces eso.

—¿El qué?

—Poner los ojos en blanco. Pareces bizca, pero eres graciosa. —Genial, ahora soy la loca de los aviones bizca, sudorosa y roba papel del baño. Esto va de mal en peor. Se va a estar riendo de mí hasta el día del juicio final, ya lo veo.

—Gracias, supongo —le digo con ironía.

—Ahora te enseñaré la revista.

—Está bien. —Me levanto y él hace lo mismo caminando hacia la puerta y abriéndola antes de empujarme sutilmente por la cintura cuando paso por su lado.

¿Es necesario el contacto que desesperadamente busca a cada segundo o es que tiene las manos muy largas? ¿Debería decirle algo o lo hace

inconscientemente? ¿Tú qué harías?

Me recoloco el bolso en el hombro y lo sigo buscando ser profesional y evitar pensar en tonterías como en la que acabo de pensar. Claro que no anhela tocarme, eso lo reserva para su mujer, es más un trato de cortesía para que me sienta a gusto. Algunos psicólogos lo recomiendan.

Me va presentando los que serán, al menos durante un mes, mis compañeros de trabajo. Puedo diferenciar claramente dos grupos de trabajadores en la revista. Grupo A: los periodistas de sangre que saludan sin levantar la vista del artículo que están escribiendo, pero que pretenden ser amables, aunque no me conozcan. Grupo B: los que me pelotean para quedar bien delante del jefe con frases como: «Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy». «Cualquier duda pregúntame», etcétera. Ojo, ambos grupos han sido clasificados a partir de los que saben español, o sea creo que hay cinco de treinta personas que he conocido. Por tanto, no puedo ser muy objetiva. Al menos ahora sé a quién puedo preguntar sin imitar a simio intentando hablar con señas.

La inmensidad de la revista y el gran número de reporteros me abruma. Yo soy otra hormiga dentro del hormiguero, y James es la reina, en este caso el rey.

¿Los demás también cobrarán tanto? Me reprimo a mí misma por pretender ser tan cotilla, pero hablemos en plata, alguna vez en la vida te has preguntado eso respecto de tus compañeros de trabajo, y si dices que no, mientes. Todos nos hacemos la misma pregunta, pero casi nunca encontramos la respuesta. No vas a ir al primero que pilles, agarrarlo de las solapas de la camisa y preguntarle cuánto dinero gana al mes. Aunque si fuera un Pitt puede que me arriesgara. Si la situación se vuelve «tierra, trágame», siempre puedo decir que soy extranjera y que no me he expresado bien. Será que no lo han hecho personas en el mundo, ¿o no? Tú conoces a alguien seguro.

Seguimos con la visita turística hasta que llegamos a una sala sin ventanas y, al entrar, James cierra la puerta. Está todo oscuro. «Te ha llevado a su cuarto oscuro, Lisbeth. Ya sabes lo que dice Enrique Pastor, aquí hay tema, pero vamos...». Shhhhh, nada de eso. No se callará... Enciende la luz y me encuentro en una habitación forrada, incluido el techo y suelo, con portadas de la revista.

—Esta es mi sala de relajación. Si no me encuentras es porque he venido a aquí a meditar un poco.

—Bien. Es muy bonita. Has imprimado en todo el cubículo los números que lleva la revista.

—Sí. ¿Crees que es demasiado egocéntrico?

—No, creo que estás orgulloso de lo que has conseguido y quieres tener un refugio que te haga recordar el resultado a todo el esfuerzo. Eso es admiración por tu trabajo, no egocentrismo. Pero ¿quieres que te sea sincera?

—Siempre.

—Quizá roza el fanatismo por el propio trabajo. —Ríe y se acerca a mí, demasiado cerca.

—Gracias por tu sinceridad. No estoy acostumbrado a ella. Mis empleados suelen regalarme demasiado los oídos.

—Pues conmigo has dado con la horma de tu zapato, yo digo lo que pienso, sin filtro.

—Entonces me va a encantar trabajar contigo.

—Me alegra oír eso. —La habitación ya me produce entre una mezcla de claustrofobia y mareo, así que me acerco a la puerta disimuladamente, con suerte lo cazaré al vuelo, si es listo.

—¿Ya quieres marcharte? ¿No estás a gusto en esta sala sola conmigo?

—No es eso, es que tenemos mucho que hacer, entre otras cosas, enseñarme cuáles van a ser mis labores en la revista.

—Sin olvidar dónde está el Saint Mathews.

—Sí, eso también.

—Llamaré a un taxi para que te lleve al hotel, pero ahora eres mía y voy a exprimerte al máximo.

Eso ha sonado demasiado extraño, pero me hago la loca, al parecer, se me da muy bien. Asiento y nos encaminamos de nuevo al despacho para sentarnos como estábamos al principio de la entrevista.

—Ahora hablaremos de cuáles serán tus funciones en esta revista. Para empezar y a juzgar por la carta de recomendación, eres una buena fotógrafa —si él supiera...—, así que me ayudarás a escoger las portadas de cada uno de los números, además de algún que otro contenido que sugieras porque pueda parecer interesante. Otra de tus funciones en esta empresa será organizarme la agenda para eventos y, quién sabe, puede que hasta te lleve a alguna reunión de inversores o de alta etiqueta.

¿Yo en un evento de gente de la alta sociedad con mis ropas de mercadillo? Lo dudo mucho. Con suerte podría llevar algún vestido que confeccionara con

las cortinas del hotel...

—Perfecto, todo apuntado. ¿Qué más?

—Me gustaría crear una sección en la revista. Llevo mucho tiempo con ello en mente y quizá sea hora de ponerlo en práctica. Sería interesante que la escribieras tú y la tradujera yo al francés.

—¿De qué se trata?

—Se trata de una columna de citas. No de citas célebres ni mucho menos, sino citas de pareja. Lugares para visitar, actividades a realizar, restaurantes que probar, y, sobre todo, el atuendo adecuado.

—Bien. Trataré de hacer una breve visita turística parisina para conocer los lugares más hermosos de Francia y así hacer mejor mi trabajo.

—Bien. Además, los restaurantes que mencionemos pueden publicitarse en la revista y así ganar más popularidad y clientela, y nosotros más beneficios económicos.

—Por supuesto.

—Por no hablar de tus incentivos extraordinarios si eso ocurre. —Aquí lo extraordinario es encontrar un chollo así de trabajo. ¿Verdad?

Sé que ahora mismo te doy una envidia que no puedes con ella. Solo hace falta que me compre un yate en el Caribe.

—Me pondré con ello en cuanto conozca un poco más el país.

—Por cierto, todos los lunes los integrantes del equipo de *Le Socialité* comemos juntos en Bistro de Montmartre. —Y ahí está esa perfecta pronunciación que hace sensual hasta decir esternocleidomastoideo—. Nos gustaría que asistiera a estas comidas, señorita *Martínes*. —Y dale con *Martínes*.

—Por supuesto, estaré encantada de acompañarlos, señor Mathews. —Donde las dan las toman, don formal.

—Disculpa, Lise, es la costumbre. No suelo tutear, ni dejo que me tuteen. Sé que habíamos acordado hacerlo y cumpliré mi promesa.

—¿Puedo decirte algo?

—Me molestaré si no lo haces siempre.

—Repíteme conmigo: M-a-r-t-í-n-e-zzzzz —recalco bien la zeta para que no haya dudas mientras él ríe a carcajada limpia.

—M-a-r-t-í-n-e-s. —Grrrr..., desisto. Mientras no me llame Martini como mis amigas...

—No importa, solo Lisbeth.

—De acuerdo, Lise. —Suspiro. Está bien, sé mi madre dos punto cero.

—Ahora te acompañaré abajo, quiero que vayas a descansar y a leer todo lo que te espera en esta semana. —Me entrega una PDA, acariciando de nuevo mis dedos con los suyos. Oye, lo que les gusta el contacto a los franceses, por Dior—. Aquí está mi agenda del mes. Lógicamente no está ni mucho menos completa, pues seguro que aparecerán mil compromisos más. Deberás ser mis ojos y mi memoria e ir recordándome qué tengo a cada minuto.

—Así lo haré. —Ambos sonreímos. ¿Sabéis esas sonrisas forzadas, también llamadas de compromiso? Pues parece que así es la mía, no tanto la suya.

—Ahora te acompañaré a coger un taxi y le daré la dirección del hotel Mathews para que te deje en la misma puerta.

—Muchas gracias por todo, James.

—No, gracias a ti. Viene bien aire fresco en estas oficinas, y sobre todo si es tan gracioso como lo eres tú. —Y ahí tenemos por fin el premio gordo.

Os dije que me vería como al bufón de la corte, y la verdad es que no me merezco menos. Todavía no concibo que me haya contratado, pese a mi desastrosa entrevista. Vale, no estoy contratada, sino en periodo de prueba, pero menos da una piedra, ¿verdad?

Caminamos hacia el ascensor tras recuperar mi maleta y me guardo la PDA en el bolso ante el escrutinio de Musculitos. Solo busco parecer profesional y no acabar pareciendo más patética a sus ojos.

Lo veo plantado en la calle como si se tratara de un robusto roble con testosterona y no salvia. Alza su mano y pronto un taxi se para frente a nosotros. Debo decir que está mejor con traje que con aquella camiseta de manga corta que llevaba en el avión. ¿Cuándo se habrá cambiado? ¿De dónde vendría? Es obvio que de España. ¿Qué haría allí? No seas chafardera, Lisbeth. Seguro que fue a ver a algún familiar. No en vano, su madre es española, o eso me ha dicho. Ya sé con quién hablaré al llegar al hotel. Al menos esta vez estaré en mi terreno y podré comunicarme sin que parezca un chimpancé.

—¿Nos vemos mañana, Lise?

—Por supuesto.

—Espero que el hotel sea de tu agrado, que mi familia se comporte y que empieces con algunas ideas para la nueva columna. Ya sabes, puedes hacer una visita virtual por la ciudad con Google Maps.

—Sí, bendito Google. —Sonríe y, tras despedirse una vez más, cierra la puerta del taxi, y este inicia su marcha en dirección a la que será mi casa, al menos durante un mes.

Catorce minutos es lo que tardamos, y treinta euros menos en mi cartera es lo que me llevo. Ya solo me quedan quince. Patético, lo sé.

Camino por el empedrado jardín hasta llegar a la puerta, que también se abre gracias al sensor y entro por esta. En la recepción hay una pareja, de unos cincuenta y muchos años, o eso dice siempre mi madre cuando le preguntan la edad. Con una sonrisa en los labios, pues parece que es lo que aquí se estila, y una maleta entre mis dedos, avanzo hasta llegar a la altura de la recepción.

—*Bonjour, mademoiselle* .

—Hola, mi nombre es Lisbeth y vengo de parte del señor James Mathews. —Veo cómo la mujer se adelanta, entendiéndome. Bien, eso es buena señal.

—Sí, la estábamos esperando. Por fin James nos ha mandado a una nueva camarera. —¿Camarera yo?

¹ Gracias.

² Buenos días.

³ Buena suerte

⁴ ¿Quieres acostarte conmigo esta noche?

⁵ El baño, por favor.

⁶ Buenos días, señorita.

Capítulo 2

Daniel

¿Camarera yo? No entiendo nada, pero, como siempre, mi cerebro tiene una de sus teorías. Quizá debo pagar mi estancia y alimento trabajando como camarera. Lo veo justo. James habrá avisado a sus padres de mi llegada. Sonríe a su madre y asiento dándole a entender que sí soy la camarera de la cual ha sido informada por su hijo.

—Es usted muy bonita y española. Cuánto añoro España...

—Gracias. Debería ir más a menudo. Ver sus playas, sus monumentos, comer sus paellas, ya sabe, comida mediterránea.

—Lo haré. De momento acompáñeme y le enseñaré dónde dormirá, el comedor, la cocina y demás lugares, señorita...

—Lisbeth, mi nombre es Lisbeth.

—Bien, Lisbeth. Vamos. —Recorremos todo el hotel mientras trato de memorizar dónde está todo. Debo espabilar o también los padres de James pensarán que soy patética hasta para servir copas.

Cuando todo está en orden y me instalo en mi habitación, alguien toca la puerta y me extraña. Aun así, abro, pues quizá se trate del servicio de habitaciones, aquel al que ahora pertenezco.

—*Bonjour*. —Otro hablándome en francés. Veamos si puede hablar español o me veo teniendo que mutar de nuevo a chimpancé.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—¡Oh, española! Bienvenida. Solo quería desearle una feliz estancia y decirle que seré su formador a partir de ahora. Mi nombre es Daniel.

Y ahora viene el dilema. Tengo claro que tener un compañero y formador de habla española es como si hubiese pisado un excremento y gracias a él me hubiese encontrado un billete de esos que llamaban Bin Laden, porque era tan difícil de ver como al terrorista yihadista.

—Encantada, Daniel. —Pongo énfasis en la «e» y este me corrige.

—Si no le importa es Daniel, entonando con más fuerza la «a».

—Por supuesto.

—Le traigo su uniforme de trabajo para que pueda cambiarse, hoy tenemos

un día complicado. Han entrado muchos huéspedes y la mayoría son ricachones con un palo en el culo que quieren sus caras bebidas un minuto antes de haberlas pedido.

—Bien. —Cojo el uniforme que me ofrece—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿De dónde eres?

—De Madrid. He venido a Francia a trabajar, porque como en España hay trabajo en cada esquina... —Sonríe notando la ironía—. ¿Te parece bien si nos tuteamos? Como vamos a trabajar juntos y no conozco a nadie más, estaría genial tener un amigo en el país.

—Por supuesto, bienvenida, compañera.

—Soy Lisbeth. —Extiendo mi mano y él me la estrecha con más fuerza de la que me gustaría. Joder, ¿hace pesas o qué? O es el primo de Hulk o cree que mi mano es de hierro.

—Beth, nos vemos en cinco minutos en la recepción. —Me guiña el ojo y se marcha. ¿Por qué nadie me llama por mi nombre? Creo que soy clara, ¿no? L-i-s-b-e-t-h. Ni Lise, ni Beth, ni María Teresa de Calcuta.

Miro el atuendo y resoplo. ¿En serio? Al menos no es una minifalda como las típicas que salen en las películas, las de las chicas que limpian las casas de los ricos y acaban teniendo un final feliz con este. Demasiada fantasía.

Me coloco los pantalones negros estrechos y una camiseta demasiado escotada con el nombre del hotel. Estoy lista para no defraudar ni a los Mathews ni a mí misma.

Me encamino a la recepción, donde me espera un sonriente Daniel con un pequeño mandil negro ceñido a la cintura y una placa con su nombre enganchada a la camisa con un broche.

—Ya estoy lista.

—No del todo. Me he permitido escribir tu nombre en la placa para no perder tiempo. —Miro la placa y Beth está escrito en letras mayúsculas. Genial...

Ahora todos los huéspedes me llamarán Beth. Suspiro y me resigno asintiendo y agradeciendo el detalle. Me la coloca con tan mala suerte que me clava la aguja en el pecho.

—¡Auch! —trato de quejarme en voz baja.

—Discúlpame, esto está afilado.

—Obvio, es una aguja.

—Es que nunca lo había hecho.

—¿Poner una chapa?

—No, colocársela a una mujer a la altura del pecho.

Pongo los ojos en blanco mientras acaba de colocarla y me entrega el mandil para que me lo sitúe en la cintura. Una vez lista salimos a la zona de la piscina, donde una pequeña barra y un barman nos esperan.

—Esta es la zona de la piscina y tenemos una pequeña barra para los clientes, pero normalmente nos piden que se las llevemos a las hamacas. Solemos salir poco, sobre todo, porque la mayor parte del año llueve, es por eso que con frecuencia atendemos a los clientes en el gran comedor, pero parece que ha salido el sol y se han trasladado a los exteriores.

—Perfecto. Adoro el sol, me trae recuerdos. —Daniel me mira y sonrío.

—¿Hasta qué punto sabes manejarte como camarera?

—En mi época universitaria tuve que trabajar durante cuatro años para poder costearme la carrera, así que puedo manejarme bastante bien. Sé preparar todo tipo de cócteles y conozco las reglas de la hostelería.

—Eso está bien. ¿Controlas la cocina?

—Digamos que no moriríamos de hambre, pero no sería un restaurante de estrella Michelin. —Ríe mientras se acerca a los clientes para preguntarles si quieren algún tipo de bebida. Anota los pedidos y se acerca de nuevo a la barra mientras me sigue dando directrices.

—Eres graciosa, me gusta. También yo soy un payaso, ya te irás dando cuenta. —Otro que cree que soy una payasita.

—Me alegra que creas eso. —Mira la hora.

—¿Vamos retrasados?

—No, estaba mirando cuánto le queda a mi trampa para activarse. He sido un chico muy malo.

—¿Por qué dices eso?

—¿Recuerdas el líquido que te informa si hay un cerdo con incontinencia en la piscina?

—Sí.

—No solo ocurre en las películas. Hoy la verdad saldrá a la luz.

—Pero, pueden despedirte por eso. Es ilegal.

—Ah, no te preocupes, diré que has sido tú.

—Muy gracioso...

—¿Quién bromea? —Alza la ceja y señala—. Meón a la vista. Ya lo

tenemos fichado.

Un gran cerco púrpura alrededor de un joven de unos veinte años aparece de manera llamativa.

A mí me pasa algo así y os juro que me muero. Me autoahogo para no ser el hazmerreír de los huéspedes.

—Ahora ya no sé qué es más púrpura, si el detector o la cara del chico. — Reímos al unísono—. Eres un caso, Daniel.

—Hay que darle un poco de alegría a la vida, y más aquí en Francia, si no uno se aburre.

Sonríó poniendo los ojos en blanco y coloco las bebidas que el barman nos ofrece en la bandeja para ir junto con Daniel a repartirlas a los clientes del hotel.

—Yo tengo un coctel estrella. Quién sabe, quizá si lo hago y triunfa, las consumiciones aumenten.

—Si convences a la jefa eres libre de moldear su carta a tu gusto. —Sonríe y yo lo secundo.

—Lo haré entonces.

La tarde pasa en un suspiro y pronto el sol, aunque con suma lentitud, se va despidiendo del ojo humano para dejar paso a una luna que, como diría mi madre, parece una tajada de melón.

—Beth, toca ir al gran comedor y servir a los comensales la cena, o nos devorarán de pies a cabeza. Suelen cenar pronto y si nos retrasamos empiezan a impacientarse.

—Vayamos, pues.

El comedor es como cuatro veces la recepción, y es enorme. Imagínate. Aquí caben al menos cuatrocientas personas. Ni por asomo hay cuatrocientas personas sentadas en las mesas y suelto un suspiro de alivio. Servirlas a todas podría ser un suicidio inminente.

Daniel, siempre atento a mi nulo conocimiento del francés, también conocido como «no entiendo ni papa», apunta las comandas y me las va pasando en español para que pueda servirlas y ser útil en sala.

Intento parecer profesional, los clientes no tienen la culpa de que no entienda una palabra de lo que dicen, pero siempre está mi salvador para traducirme todo aquello que necesitan los comensales mientras asiento a estos como si entendiera todo lo que me están pidiendo del mismo modo que un hombre haría en una cita; asentir como si les interesara tu conversación o la

entendieran, pero solo para conseguir lo único que quieren, el polvo mágico, como a mí me interesa el sueldo más que el aire para respirar.

Acabamos el servicio derrotados mientras el resto de los camareros retiran las últimas mesas antes de partir a sus respectivas casas. Suspiro de nuevo, sí, soy una *suspiradora* nata. En casa, mi madre me dice que soy la archienemiga de la aspiradora, pero yo, ni corta ni perezosa, siempre le contesto que ella es entonces digna competidora de un oso en un concurso de rugidos, o ronquidos, depende de cómo se mire, y así la hago callar.

Miro a Daniel, es el único que queda en la sala. Él y yo. Yo y él. Ha resultado ser la gran sorpresa del hotel, sin duda. ¿Quizá podría ser...? No, ya tiene suficiente con trabajar en el hotel como para pedirle además que me ayude con la lengua. Entiéndase la lengua como la oral. Mierda, lo estoy arreglando... La francesa, no que me enseñe cómo maneja la lengua, por... Dios, desvarío. Parpadeo, como si eso fuera a arreglar algo..., pero así me siento menos patética y lo miro sonriendo. Espero que no haya puesto ningún tipo de cara de esas que aparecen como un cartel luminoso bajo el título: «Quiero ver lo que sabes hacer con la lengua».

—Daniel, quería darte las gracias por todo lo que me estás ayudando.

—No hay que darlas, Beth, me caes bien, a diferencia de los zopencos estirados que tengo de compañeros. Eres graciosa y creo que podemos hacer un buen equipo, o en este caso, un buen dúo.

—Por supuesto. —Me sonrío y yo lo secundo. ¿Se puede ser más tierno? «No sé, tendría que comprobarlo». Hago callar a mi subconsciente y la bombilla se ilumina, irradiando luz por doquier, o quizá es que han encendido de nuevo la luz del comedor—. ¿Qué te parece si cocino para ti?

—¿Seguro que no estás muy cansada para ser tu primer día? —Niego falsamente.

Es una mentira piadosa, hoy puede que no vaya al infierno. Haré algo rápido, no digno de Chicote, pero algo con lo que engañar al estómago para poder dormir a pierna suelta antes de que amanezca.

Entro en la cocina. Solo quiero agradecerle lo bien que se ha portado conmigo desde un principio. ¿Qué plato refleja «eres un sol, gracias por ayudarme tanto cuando estaba más perdida que un pulpo en un garaje»? ¿Le hago pulpo? Demasiado laborioso, por no hablar de que nos acostaríamos a las mil. Además, ¿los franceses tienen pulpo en sus cocinas? No sé yo... Quizá al ser la dueña española...

Pronto viene mi madre de nuevo a mi mente, como si del todopoderoso Darth Vader se tratase, voz incluida, y la receta secreta para hacer un salmorejo que ella cataloga como «de rechupete». Me encojo de hombros. Vale, mejor un salmorejo que un viejo pellejo. Lo siento, refranes de mi difunto bisabuelo. Qué se le va a hacer, se pega todo menos la hermosura. Al menos mi comensal no es ni viejo ni pellejo, todo lo contrario, está muy bien hecho, para qué mentir, aunque no llega a Pitt, dejémoslo en Brad Johnson en un buen día.

Sal, aceite, tomate y ajo. Dos dientes, que no quede insulso, un poco de picante siempre viene bien a la vida, ¿no?

Una vez los platos están listos los llevo a la mesa que Daniel, tan a conciencia, ha preparado. Cuando ve lo que he cocinado se relame mientras alza ambas cejas y me sonrío. Parece que, pese a todo, he acertado. Gracias, mamá. Me siento y comemos entre risas mientras me dedico a contarle mis inicios como camarera en un bar de los que yo llamo de mala muerte, donde los borrachos no salían de allí ni a patadas y debíamos llamar cada noche a la policía para que los sacaran a rastras, cogiéndolos de las orejas. Me cansé de tanta tontería y decidí dejar el trabajo en cuanto este me ayudó a costearme los estudios. Lo típico que debe hacer un estudiante español para poder pagar las descomunales matrículas. Era eso o vender órganos, pero aún los apreciaba dentro de mi cuerpo.

Lo miro sonriendo, pero la sonrisa desaparece de mi cara cuando veo cómo la suya se hincha como un globo de feria. ¿Qué demonios le pasa? ¿Está mutando a Baymax, ese monigote blanco de *Big Hero 6*? Sin duda parece una mezcla entre el tal Baymax y E.T.

—¿Quieres ir a tu casa o que te traiga un teléfono? —Mierda, ¿por qué coño he dicho yo eso?

—¿Por qué?

—Tu cara... está mutando a pez globo mezclado con E.T.

—¡Joder! ¿La cena llevaba ajo?

—Sí, dos dientes.

—Mierda, soy alérgico al ajo.

Me levanto como si tuviese un resorte en el trasero y voy en busca de agua para que tome toda la que pueda. Si algo he aprendido en las series televisivas de médicos, es que no hay nada como beber mucho para expulsar aquello que hace daño, aunque un laxante también iría bien. «Genial, Lisbeth, lo

envenenas, y ahora quieres que se vaya por la pata abajo, muy lista. Va a ser tu amigo hasta el fin de los tiempos». Coloco los ojos en blanco y acallo a mi subconsciente mientras hago que beba. Debería llevarlo al hospital. Sí, eso haré.

—Voy a llamar a un taxi —que ya veré cómo pagaré..., en carne porque... — y llevarte al hospital, hay que darse prisa. Todo esto es culpa mía.

—Tranquila, Beth, solo necesito ir a mi cuarto y tomarme unas pastillas, unos corticoides. No me pasará nada.

—Bien. Corre, vamos. —Lo tomo de la mano y salimos corriendo hacia la zona de empleados—. No sé cuál es tu habitación, Daniel. Necesito que me guíes.

—Tranquila, Beth, no me estoy muriendo. Solo tengo muy inflamada la tráquea y me estoy ahogando. —Sonríe forzosamente.

—Joder, joder. —Voy más rápido si eso es posible. La hermana de Flash, me van a llamar a partir de ahora.

—Es esta, tranquila.

—¿Y la tarjeta?

—En mi bolsillo. Cógela. —Alzo la ceja por un momento, pero no hay tiempo que perder.

Se está ahogando y yo tengo dividida la mente entre su asfixia y el hecho de que me pida que la coja yo para rozarlo. Lo que quiere que coja es la llave, ¿verdad? Te confesaré algo, cuando me pongo nerviosa, histérica en este caso, mi cabeza desvaría e imagina lo más inapropiado en el momento menos oportuno.

Cojo la llave y abro la puerta antes de correr en busca de las dichas pastillas. Abro todos los cajones de la mesita de noche, encontrándome toda su ropa interior. Me sonrojo, lo noto porque mis mejillas arden como si estuvieran en el mismísimo infierno. Las encuentro y voy al baño, cojo el vaso donde descansa el cepillo de dientes y lo lleno de agua antes de ofrecerle ambas cosas. Lo toma al segundo y se tambalea hasta la cama, sentándose.

—Necesito que me empapes.

Vale, eso ha sonado muy mal. ¿Cómo queréis que no me imagine cosas si me dicen ese tipo de frases?

—¿Qué tipo de empape necesitas? —Lo miro extrañada y él trata de reír, pero su tos me demuestra que sigue ahogándose.

—La ducha, mareo, fiebre —me dice medio ahogado. ¿No hacen efecto

esas malditas pastillas? Joder...

Lo cojo de la mano y lo llevo al baño. Le quito la camisa rápido, sin miramientos, y cierro los ojos antes de hacer lo propio con los pantalones. Es la primera vez que desnudo a un hombre y no es para..., ya sabes, hacer travesuras.

Me quito zapatos y calcetines y abro el agua antes de meterlo bajo la alcachofa. Mi mente sucia recorre su torso lentamente. No tiene nada que envidiarle al prototipo Pitt. No, Lisbeth, no. Su ropa interior, que lógicamente no le he quitado, está pegada a su cuerpo como si se tratara de una segunda piel a causa del agua fría que recorre su cuerpo. Poco a poco su temperatura va estabilizándose, su frente así me lo demuestra, mientras lo sujeto y sus manos cogen mis brazos para evitar caer. Lo hago salir y lo envuelvo con una toalla.

—Estoy mucho mejor, Beth. Gracias. —Sus ojos y los míos se atrapan mutuamente y yo sonrío.

—Es lo mínimo, yo he sido la causante de tu calvario.

—No creo que llegara a calvario. —Me guiña el ojo y solo con ese gesto sé que está mucho mejor.

—Deberías cambiarte de ropa interior y vestirte, no me puedo permitir perder a mi traductor particular por baja.

Sonreímos mientras caminamos de nuevo hacia el cuarto. Saca algo de ropa y yo me doy media vuelta mientras se cambia.

—Ya, Beth. —Me giro, y un pijama de cuadros lo envuelve por completo —. Deberías descansar.

—Ni lo sueñes. Todavía no estás del todo bien. —Lo tumbo en la cama y lo tapo con las sábanas. Me siento mal, casi lo elimino de la ecuación. Lo he envenenado...

—¿Y qué vas a hacer entonces?

—No tengo sueño —miento—, así que leeré algunas revistas sentada en este sillón a tu lado, y cuando vea que estás bien y profundamente dormido, me marcharé a mi cama.

—No hay manera de convencerte, ¿verdad?

—No, lo siento.

—Está bien. —Suspira mirando el techo, pero sus ojos se cierran por momentos—. Te salva que las pastillas me dan sue...

—Ño.

No ha llegado a decir la última sílaba. Su cuerpo y su mente se han abandonado a la inconsciencia. Sonríe mirándolo con ternura y voy al salón un momento a recoger la cena fallida. Maldito ajo... Voy en busca de uno de los números de *Le Socialité*, que he cogido de la revista y me he traído para ir ojeando, y me siento en el sillón al lado de la cama de Daniel.

—Buenas noches, ajito. —Seré zorra, encima con recochineo. Casi lo mato y lo llamo ajito. Para matarme... Seré bruja...

Todo está oscuro, no puedo abrir los ojos, los párpados pesan demasiado, al igual que las ganas de moverme son nulas. Huelo algo, es...

—Mmmmm, mamá, ¿has preparado tostadas con queso roquefort?

Nadie contesta, así que reúno todas las fuerzas que todavía le quedan a mi cuerpo y abro los ojos lentamente. Mi cara está apoyada en unos pestilentes pies. Así que no eran tostadas. Me levanto sobresaltada sin saber dónde estoy, separándome de esos pies ahora cubiertos de mis babas. Sí, soy babosa cuando duermo, ¿y? Al menos lo confieso, la mayoría lo somos, pero algunos prefieren negarlo para sentirse mejores con ellos mismos. Se mienten...Triste.

Me despido de los pies de Daniel y tomo su temperatura. Su frente no está caliente, eso es buena señal, no lo he matado. ¿En qué momento me dormí? No lo recuerdo. Estaba agotada, sí, pero me prometí no hacerlo. Parece que tampoco cumplo mis promesas.

Resumiendo: no tengo palabra, tengo babas y sabor a pies en mis labios, casi mato a mi compañero de trabajo y me quedan quince euros en la cartera. ¿Se puede ser más triste? Yo te digo la respuesta. No.

—Buenos días, *serveuse*. —Miro a la bella durmiente, que ya se ha despertado, y alzo la ceja.

—Yo no soy tu sierva. —Entrecierro los ojos.

—Es camarera en francés. —Alza las manos en señal de rendición mientras ríe sonoramente.

—Ah, bueno. Parece que estás muy recuperado después de lo que pasó ayer. —Asiente.

—¿Has estado despierta toda la noche? —Niego con la cabeza.

—Estuve leyendo *Le Socialité* hasta que parece ser que me entró hambre y me he pasado la noche comiendo queso.

—¿Comiendo queso?

—Sí, me dormí en tus pies. —Pongo cara de vergüenza y circunstancia a la vez.

Ponte frente al espejo e inténtalo, ya verás como no es tan fácil. Parece que esa es la que tengo en este momento. Es una mezcla entre cara de estreñida y de puchero. Él se ríe aún más, por lo visto, todo esto le divierte.

—¿Te das cuenta de que esta es la primera noche que hemos dormido juntos?

—Y la última. Además, si a esto lo llamas dormir... ¿Cómo te sientes?

—Perfecto, *mon médecin*.

—¿Quieres tus medicinas, dices?

—No, significa mi doctora. Lo que fuiste anoche.

—Oh, vale. Oye, ¿hasta qué punto sabes francés? —Y ahí voy, con todo mi morro. No tengo ni muchas opciones, ni mucho dinero.

La verdad es que tener como profesor a alguien conocido me haría las cosas mucho más fáciles, y conocidos en Francia tengo pocos, básicamente cero, a parte de mi jefe, al que no le pediré clases, lógicamente, y Daniel, al que he tenido el morro de pedírselas. Bueno, aún no, pero voy a ello.

—Fluido, casi nativo.

—¿Tú me darías unas clases? Por supuesto te pagaré. —No sé con qué, me quedan quince euros...—. Solo si quieres o puedes. No quiero ponerte en un compromiso.

—Shhhhh, nada de eso. Seré tu profesor y tú mi alumna preferida.

—Tampoco es que tengas muchas donde escoger. —De pronto me callo. Puede que tenga otras chicas que quieran aprender con él la lengua, aunque quizá no sea la misma lengua que busco yo. Quién sabe... No quiero que se sienta ofendido por lo que acabo de decirle—. Bueno, quizá tengas más.

—No, tú eres la única. —Esa frase en otro contexto hubiese hecho que mi cara mutara al emoticono de WhatsApp, el de los corazones en los ojos, pero ahora no es el momento. ¿Te imaginas mi cara así? De locos.

—Ahora debo irme a trabajar. Llegar tarde recién contratada equivale a un despido y es algo que no puedo permitirme.

—Claro, ve. ¿Nos vemos a las cuatro?

—Claro. —Sonríó saliendo por la puerta para darme una ducha y colocarme algo de ropa decente. Aún llevo el uniforme de ayer.

Una vez lista y portando en mis manos un cruasán en una mano y un café en la otra, camino rumbo a la parada de autobús. El maldito me cobra cuatro euros con cincuenta céntimos por el trayecto. ¿Estamos locos? Aquí en Francia te vale un ojo de la cara hasta tirarte un pedo.

Saco mi teléfono móvil y la PDA. No hay mensajes, pero sí que aparece una reunión a las doce y una sesión fotográfica mañana a las nueve. El día promete ser relajado. Desvío la mirada de la PDA al móvil. Sesenta y nueve llamadas perdidas de mi madre. Vaya tela con el numerito, ni una más ni una menos. Pobre mujer, estará preocupada. No la he llamado para que sepa que llegué bien. Es la hora de la verdad. Mandar un mensaje a mi madre es como esperar que te toque la lotería, es muy probable que la suerte no te acompañe y veas escribiendo unas tres horas y media a tu madre para que después te llegue un simple «Hola». Sé que me entiendes y lo has vivido. ¿Quién no?

Descartado mensaje instantáneo. La llamada, si la corto rápido, puede ser una opción aceptable, a menos que se enrolle como una persiana y se me caiga la oreja a cachos. Decido arriesgarme, porque no hay comodín de la llamada, ¿verdad? Marco y al segundo tono descuelgan.

—Por todos mis san jacobos, niña, me tenías muy preocupada.

—Lo siento, mamá. Han pasado muchas cosas.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han violado? —La obsesión de mi madre vaya donde vaya es que no me violen. El pavor a tener un nieto bastardo, como ella dice, palabras textuales de sus labios, la mata lentamente. ¿O quizá eso lo hace el tabaco?

—Me han propuesto un periodo de prueba de un mes en el que tengo que ser capaz de redactar una noticia para la empresa de manera correcta en un idioma que no conozco. Para ello he conocido a un chico que me enseñará el idioma. Y antes de que te montes tus películas a lo Woody Allen, no es nadie que quiera violarme o llevarme a la cama. Es un chico que va a trabajar conmigo en el hotel donde me hospedo. Trabajaré allí de camarera por las tardes para poder vivir aquí hasta cobrar mi primer sueldo en la revista.

—Así que un chico... Ah...

—Mamá, no empieces.

—Está bien. Sobre todo, ponte esas braguitas que te compré. Las que dan corriente eléctrica.

—No pienso ponerme eso. Tía Jess te tomó el pelo. No las había comprado en una iglesia, sino en una tienda de artículos para bromas. Bienvenida al mundo real, mamá.

—Bueno, puede que sea así, pero el chico no lo sabe, Lise.

—Lo que tú digas, mamá. Ahora tengo que dejarte, entro en la revista.

—Perfecto, mi parisina. Aprende mucho y sé aplicada, como en el colegio.

—Resoplo.

—Adiós, mamá. —Cuelgo y abro el bolso dejando dentro todo y sacando los polvos y el lápiz de ojos.

Debo pintarme un poco si no quiero parecer una mendiga el primer día como empleada activa en la revista. Malditos baches. ¿Alguna vez te has pintado los ojos en un autobús francés? No lo hagas si los valoras, casi me los perforo con el lápiz.

Bajo en la siguiente parada, frente a la puerta de la revista. Mejor, imposible. Subo al ascensor y pronto me encuentro frente a la puerta de James Mathews. Reviso mi falda negra, sin pelusas, bien. Camisa en buen estado, sin manchas. Zapatos pulcros y sin trozos de papel higiénico, punto para mí.

Golpeo la puerta con los nudillos y espero respuesta.

—Adelante. —Entro cerrando la puerta tras de mí y lo veo observarme aguantando la risa. ¿Y ahora qué?— ¿Es esa la nueva moda parisina?

—¿De qué hablas?

—De esnifar unas rayitas antes de trabajar. Te agradecería que no te drogaras durante tu jornada laboral. —Alzo la ceja sin comprender.

—Pero ¿¿qué...?!

—Ve al baño, Lise.

Camino decidida hacia el baño. Esto tiene que ser una broma pesada de James. Se debe haber levantado payaso. Me miro al espejo y lo veo. ¡Joder! Mi nariz está cubierta de un polvo blanco más que notorio. Maldito maquillaje, y, sobre todo, malditos baches y autobús. Me limpio lo más rápido que puedo.

Genial... Ahora soy la patosa drogadicta loca de los aviones. ¿Quién da más?

Vuelvo al despacho y me siento frente a él. Necesito saber cuál es hoy mi cometido, más allá de cuadrar su agenda o aprender francés. Sonríe admirando mi nariz, ahora limpia y yo me mantengo seria, quizá también algo avergonzada.

—Ves, sin droga estás más guapa. —Achico los ojos.

—Al menos lo mío tiene remedio —suelto sin pensar. Joder, no puedo hablar así a mi jefe o estaré de patitas en la calle antes de decir *au revoir*⁷. Era así, ¿verdad? Podrías echarme un cable. Solo lees y lees, pero ¿a qué no se te ha ocurrido abrir el traductor de Google y ayudarme? Vaya tela... Y si es así,

grita más fuerte, que desde Francia no te oigo. Bueno, veamos si James me despide. Reza por mi alma y por mi sueldo—. Disculpa, no quería decir eso.

—Sí, querías, no mientas.

—Sí quería, pero hay maneras y maneras.

—Me gustan las tuyas, jamás nadie se había atrevido a hablarme así.

—Pues no entiendo el porqué. Eres un humano como otro cualquiera. Porque eres humano, ¿verdad?

—Depende del día. Los viernes por la noche me transformo en un depredador salvaje y el domingo vuelvo a ser hombre.

—¿A la caza de la ballena?

—No, a la caza de la payasita. —Me mira risueño burlándose.

—Únete al rey Juan Carlos, tú cazas payasos mientras él caza elefantes. Sería como una cadena. Tú lo cazas a él y él a mamíferos inocentes, ya entiendes.

—Suerte que estás en tierras francesas. Si te oyeran en España...

—Dudo mucho que la palabra «suerte» me acompañe alguna vez.

—Quizá aquí las cosas cambien.

—Quién sabe...

—¿Cómo va por el hotel? ¿Todo bien?

—Está más que bien. Quería agradecerte una vez más todo lo que has hecho por mí desde que llegué a tierras francesas.

—Es lo mínimo, eres mi becaria estrella.

Bueno, dos piropos en un día, no está mal. Soy la becaria estrella de James y la alumna preferida de Daniel. Sonríe complaciente por el regalo que acaba de hacer a mis oídos y a mi ego antes de desviar la mirada. En la parte trasera del despacho hay una mesa que ayer no estaba.

—¿Y esa mesa?

—Es tu nueva mesa, te quiero tener cerca y vigilada, no vaya a ser que te me escapes en busca de más drogas.

Coloco los ojos en blanco mientras se disculpa diciendo que se trata de una broma, pero todos sabemos que entre broma y broma, la verdad asoma.

Me siento en mi nueva mesa y reviso los *mails*. Cojo mi querido traductor y empiezo a contestar uno a uno todos y cada uno de ellos. La mayoría son de patrocinadores de la revista, anunciantes deseosos de aparecer entre nuestras páginas de sociedad. Joyería, ropa, lugares de ensueño para visitar, eventos de renombre, entre otros.

—James, te mando los correos que he redactado antes de enviarlos, para que los revises. No me fio de las traducciones *online*.

—Bien. Mándamelos.

Suspiro cuando me felicita por mis primeros intentos de redacción francesa. Bien, no está tan mal como pintaba al principio. Entre san Google y las clases de Daniel, pronto dominaré algo el idioma como para poder hacer un artículo aceptable y mantener todo el tiempo que sea posible mi trasero calentando este asiento al lado de Musculitos cazapayasas.

—¿Cómo llevas los restaurantes de los que hablarás? ¿Ya has comido en alguno?

Es obvio que no. Llegué ayer, así que no me ha dado tiempo ni de respirar, pero no voy a decirle eso, no debemos olvidar que hay que mantener el trabajo a toda costa.

—Todavía no he tenido el placer, aunque siempre puedo hacerlo sobre el restaurante de hotel Saint Mathews, la comida es deliciosa. —Vale, no la probé, pero olía de maravilla, así que mala no podía estar.

James sonríe y descuelga el teléfono marcando una extensión que no logro vislumbrar. Mi teléfono de mesa suena, ¿coincidencia? Descuelgo.

—Despacho del señor Mathews, le habla Lisbeth Martínez. —Silencio al otro lado de la línea. ¿Y si mi interlocutor solo sabe hablar francés? No he debido coger el teléfono tan a la ligera. Lo intentaré de nuevo. Abro rápidamente el traductor de Google, mi salvador, y escribo lo mismo que acabo de decir para que me dé una traducción más que aceptable. *Try again*⁸ —. *Bureau* de M. Mathews, *parle* Lisbeth Martínez.

—Adoro tus intentos de comunicarte en francés. Progresas adecuadamente.

—¡James! Me tienes en frente, ¿es necesario que me llames cuando me lo puedes decir directamente?

—Entonces perdería toda la gracia, además, lo que quiero proponerte es extraoficial y, por tanto, no puedo ir gritándolo a los cuatro vientos.

—¿Qué ocurre?

—¿Quieres comer conmigo hoy? Escoge un restaurante de los que te gustaría evaluar y así ya tienes uno por el que empezar.

—No creo que sea correcto comer con mi superior.

—Si voy contigo es por dos motivos. Me aseguro de que cumples con tus labores de becaria y te traduzco todo aquello que desees pedir. ¿A cuántos

franceses conoces que puedan invitarte a comer y traducirte todo lo que pidas en español?

«Por ejemplo, a Daniel, señor importante, pero no te lo diré porque es un asunto privado del que no quiero que nadie meta sus narices en él, ni siquiera un musculitos con aspiraciones a Brad Pitt». Acallo a mi subconsciente de nuevo y cuelgo el teléfono mirándolo a los ojos.

—¿Tengo alternativa? —Lo veo negar con la cabeza. Este hombre hace lo que quiere conmigo. Todo sea por conseguir el trabajo.

La mañana transcurre más rápida de lo que creía posible. Se me ha encargado maquetar la revista de este mes a partir de las fotografías y los artículos ya existentes. Cinco minutos antes de acabar mi jornada laboral ya tengo la contraportada y un par de hojas.

—Después de todo, eres eficiente, Lise. —Y dale con Lise...

—Hay muchas cosas que todavía te quedan por descubrir de mí —¿por qué he insinuado yo eso? Mal, muy mal.

—No me cabe la menor duda. ¿Nos vamos?

—Claro.

Salimos, paraguas en mano, hacia nuestro siguiente destino. Buscando por internet he descubierto un lugar acogedor, puede que no sea lujoso o grande, pero es especial. Espero que pague él, porque si debo ser yo solo tenemos para un McDonald's a compartir.

Eso suena lamentable, esperar que alguien te invite a algo, pero hasta que no encuentre un banco con el que poder sacar dinero español sin que me claven un tenedor en la mano en busca de hacer un agujero por el que robarme la mitad de mis bienes, lo llevo claro. Tampoco es que me quede mucho en la cuenta bancaria, si es que me queda algo y no lo ha sacado mi madre.

El Sur Measure se presenta frente a nosotros como el restaurante blanco. Todo tiene un impoluto color blanquecino que invita a entrar y dejarse envolver por la paz que inunda por doquier el lugar. Nos sentamos en una de las pocas mesas que no están ocupadas por comensales, en uno de los rincones del restaurante y sonrío ante la atención personalizada y rápida que ofrece el lugar. El *maître* nos proporciona una carta de vinos y la de comidas, entre las que se encuentran especialidades del chef o platos del día, antes de retirarse para no agobiar y que podamos decidir tranquilos.

—¿Me dejarías escoger a mí un surtido de varios platos a compartir y así puedes valorarlos todos, Lise?

—Me parece una estupenda idea. —Lo veo sonreír y lo secundo antes de que, con un ademán, llame al camarero, que se presenta más que dispuesto a dar lo mejor de él mismo.

James parece estar recitando un poema que no logro entender, aun cuando pongo la oreja en modo maruja.

—*Tuiles pour l'apéritif, émulsion avec huitre et risotto soja, panais en fleur à la truffe et boeuf charbon. Merci*¹⁰.

El camarero se marcha mientras yo miro boquiabierta a James. Parece que domina la lengua a la perfección, al igual que Daniel, pero esta vez no dejaré que mi mente imagine cosas obscenas y que nada tienen que ver con el habla del país.

El *maître* se acerca entonces y coloca lo que parece vino en nuestras copas. ¿Cuándo lo ha pedido? Ha podido ser en cualquier momento, total, no entiendo ni una palabra de lo que dice... Puede haber sugerido cortarme en rodajas y tirar los huesos a los perros y yo aquí tan feliz.

Miro la copa o la copa me mira a mí, ya ni sé. Arrugo el puente de la nariz, estoy segura de ello. Lo siento como si fuera un acordeón. James se da cuenta de que yo y las copas con alcohol dentro no nos llevamos bien. Es lo bueno de ser abstemia, te ahorras bochornos o levantarte en cama de gente rara y que huele mal.

Llegan los primeros platos y con ellos las primeras degustaciones. James y su silla, se acercan cada vez más a mi posición mientras lo miro alzando la ceja. ¿Es necesaria tanta cercanía mientras comemos?

—¿No te gustaba tu sitio?

—Me gusta más este, sobre todo a la hora de coger la comida si la vamos a compartir. —Asiento y me encojo de hombros.

—¿Te sientes incómoda si me siento aquí?

—No.

—Bien, ten, prueba esto. —Me acerca su tenedor con algo que no consigo averiguar. Abro la boca y dejo que la invada con el enigmático alimento antes de que este retire el tenedor rozando mis labios con delicadeza mientras los observa hambriento o eso me parece a mí.

Es un champiñón relleno de carne picada, pero el champiñón ha dejado de tener sentido en este momento y la sensualidad lo ha suplido. ¿Por qué no seguir el juego? Paso mi lengua lentamente por la zona que el tenedor acaba de

abandonar y lo oigo tragar sonoramente. Bienvenidas armas de mujer. «¿Qué coño estás haciendo, Lisbeth? ¿Seducir a tu jefe? Quedamos en que esas cosas solo pasaban en las novelas, además de que pareces una quinceañera, ¿es eso lo que quieres?». Mi subconsciente y sus consejos... En este caso demasiado realistas y acertados.

Oigo cómo el tenedor cae de sus manos y sonrío maquiavélica, esa típica risa de Joker que da a entender que todo ha salido a pedir de boca. ¿Desde cuándo hago yo estas cosas? Desvío la mirada, mejor romper el contacto visual, y llamo al camarero para pedir un nuevo tenedor. Lo recojo del suelo y se lo entrego sin decir una palabra, tampoco me entendería, así que... la mímica y la lógica parecen una buena opción. Parece entender y se lleva el cubierto para segundos después volver con uno limpio entre sus dedos.

Asiento sonriente al camarero y coloco el tenedor en la mesa antes de probar algún otro delicioso manjar. Hablando en plata, a mí esas «cagaditas» en medio del plato no me van, sobre todo, cuando veo lo que valen. Donde esté un buen plato de cocido que se quiten esas chuminadas para pijos.

Lo noto contenerse y eso me confunde. ¿Es que acaso esta comida solo es un atajo para cortejarme? No. Él tiene mujer, carnaza de novela que se enamora del guapo y viven felices eternamente, las perdices las apartamos, que a nadie le gustan.

—Cuéntame un poco de ti, James. Tú sabes mucho de mi vida, pero yo nada de la tuya.

—Soy, como sabes, hijo de española e inglés. Estudié Empresariales y me quedé con esta revista como un reto personal. Se estaba hundiendo y día a día conseguí sacarla a flote. Ahora intento que jamás vuelva a caer.

—No dejaremos que eso pase.

—Estoy seguro de ello, pequeña payasita. —Coloco los ojos en blanco.

—¿Qué más?

—En el ámbito personal puedo decirte que vivo en un *loft* con Spike.

—¿Tu perro?

—No, mi sapo. —Me quedo a cuadros.

—¿Quién tiene un sapo de mascota? —¿Será uno de esos sapos que besé y no mutaron?

—Yo.

—¿Y a tu mujer no le parece extraño que tengas un sapo como animal de compañía?

—Puedes preguntárselo a ella si la encuentras. —¿Si la encuentro? No entiendo nada.

—No entiendo a lo que te refieres.

—Cogió hace más de un año todo lo que había en el piso y se marchó con mi dinero y mi corazón. Ah, pero me dejó una nota: «Fue bonito mientras duró, pero esta situación es insostenible. Espero que encuentres a esa persona que pueda darte lo que tú necesitas».

—Vaya, lo siento mucho.

—Pues yo no. Por fin me liberé de las cadenas a las que me ataba el matrimonio y pude ser libre para hacer lo que necesitaba en cada momento.

Asentí sin saber qué contestar a las revelaciones que me estaba haciendo de su vida privada. Aquello era un tema demasiado personal, quizá hubiese sido mejor que no hubiera preguntado. «Resumiendo, Lisbeth, está soltero, como tú, o al menos abandonado, y tiene un sapo, como los que tú sueles besar en busca de tu príncipe. Ya tenéis dos cosas en común». ¿Por qué solo a mi mente estúpida podrían ocurrírsele semejantes, y perdón por el vocablo, gilipollecés? «Es lo que tiene estar dentro de la cabeza de una gilipollas». Miro de nuevo a James, que parece estar pidiendo algo al camarero, y yo le sonrío.

Carraspea intentando aparentar una seriedad que, en este momento, parece que le cuesta. No entiendo nada. ¿Por qué no me dice las cosas a la cara? Si tengo un moco colgando, dímelo. Tampoco es tan difícil, ¿verdad? Me limpio disimuladamente la nariz. No hay moco, fiu, por los pelos. ¿Qué ocurre entonces?

—Lise, deberías ir al baño, tienes algo entre los dientes.

Cierro la boca como si de una bolsa hermética, de las de envasar al vacío, se tratase y camino ligera hacia la puerta en la que aparecen los muñequitos típicos de chico y chica para indicar el baño. No me puedo parar a preguntar con mi excelente francés, dónde está el baño. Véase la ironía.

Entro y me coloco frente al espejo. Lo que actualmente se llama un «paluego» me saluda tras avergonzarme delante de James. ¿Por qué demonios no puedo tener un día tranquilo sin ponerme en ridículo o sin que ocurra nada por lo que deba pagar?

Miro el papel higiénico, podría quitármelo con él, pero con la mala suerte que tengo es más que probable que vuelva a la mesa con un pedazo de papel en los labios, como ya ocurrió en su día con mi tacón. Opto por enjuagarme la

boca, como si acabara de lavarme los dientes. A falta de cepillo, buenos son enjuagues.

Una vez lista, y sin rastro de lo que parecía perejil o algo por el estilo, camino de nuevo a la mesa y vuelvo a sentarme en mi mullida silla ante un sonriente James.

—Gracias por avisarme.

—No hay de qué.

—Ahora te devolveré el favor. Deberías ir al baño tú también. —Le guiño el ojo.

—No ha colado, payasita, lo bueno que tienen los cubiertos de calidad es que puedes reflejarte en ellos, ya me he cerciorado de que no hay nada que no deba estar en mi rostro. —Maldito traidor. Se podría solidarizar un poco conmigo. ¿Por qué yo no hice eso? ¿Por qué no usé su táctica? Fácil, porque no caí en ella.

Suelto el aire suavemente y miro a la mesa. Todo está recogido y un par de platos con un *brownie* en cada uno la visten. Arrugo la nariz sin que me vea, lo sé, lo noto. Vale, es hora de hacerte una confesión, no me gusta el chocolate. Soy rara, lo sé, pero es que lo veo y se me revuelve todo. Antes lo toleraba, hasta que mi cuerpo empezó a demostrar ese rechazo con vómitos por arriba y por abajo, no sé si entiendes. La cuestión es que la palabra «chocolate» para mí significa pasarme la noche en el baño.

Miro el pedazo de tarta de nuevo y después a él. La ha pedido con todo su corazón, ¿debo hacerle el feo? Quizá si me tomo rápido el *brownie*, me siente algo mejor. No quiero que se lo tome a mal, ni rechazar su «sorpresa».

Cojo el tenedor y me lo meto entero en la boca. Apenas lo mastico. Lo trago como puedo mientras siento cómo se va haciendo una pesada bola compacta al pasar por mi tráquea.

—Vaya, sí que te apetecía el *brownie*. Tendré que invitarte cada día a uno. —Mierda, ahora cree que me gusta el chocolate. ¿Invitarme otro día? No, por favor, o la palabra «laxante» se va a quedar corta al lado del *brownie*.

Sonrío al no saber qué decir. Ahora me dirá que vaya otra vez al baño porque tengo chocolate en los dientes, pero qué más da. Solo quiero expulsarlo entero, y sí, expulsarlo de la manera que estás pensando.

Voy de nuevo al baño, esta vez para acicalarme, enjuagarme de nuevo la boca y hacer mis necesidades. Todavía no minas antipersona, sino solo riachuelo débil, o al menos así es como yo lo llamo.

Al salir, Musculitos me espera en la puerta y yo me acerco extrañada. ¿Vamos a hacer un «sinpa»?

—Pero ¿y la cuenta?

—Ya está todo arreglado. Ahora solo hace falta que cumplas tu parte.

—Claro, ¿cuánto te debo?

—No me refiero a la mitad de la cuenta, sino al artículo sobre la primera cita perfecta.

Vale, otra vez he metido la gamba, pero esta vez no ha sido tan grave como otras. Asiento ante su comentario y me imagino qué hubiese pasado si esto fuera una cita de verdad. Habríamos ido a pasear tras la comida, quizá a ver alguna exposición de arte, ir en bicicleta... Bueno, esa última no es buena opción, básicamente porque no sé montar en bicicleta, pero esto que quede entre nosotros.

Pero no hay que olvidar que ni esto es una cita, ni van a pasar esas cosas que mi mente se está imaginado con todo lujo de detalles, casi preparando un horario para realizar esas y mil actividades más con el Musculitos que ahora camina a mi lado en dirección a... ni yo misma lo sé.

Miro el reloj en la pantalla del teléfono móvil y casi pego un grito. Joder, solo faltan siete minutos para empezar mi turno en el hotel. ¿Las horas se dedican a hacer *running* cuando estoy con James?

—James, debes saber que debo volver al hotel antes de las cuatro y solo quedan siete minutos. Ya sabes, compromisos. Las clases de francés que ya estoy recibiendo. —Sonrío. No es del todo mentira, mientras trabajo también aprendo de la mano de Daniel.

No quiero comentarle lo del puesto de camarera, suficiente pena doy ya teniendo que mendigar un techo para dormir como para encima restregárselo. Vale, no he mendigado un lugar para residir, él me lo ofreció, pero no hace falta que le recuerde que para pagar la estancia tengo que trabajar allí como camarera. A veces menos, es más, y en este caso estoy más guapa calladita.

—¿Quién es tu nuevo profesor?

—Es un chico muy majo que conocí en el hotel. —No doy más explicaciones, es mejor así. Lo que importa es que tengo nuevo profesor, no hace falta detallar que es compañero de mi segundo trabajo y que anoche intenté envenenarlo, y él, como recompensa, asfixiarme con su hedor a pies.

—Ah... Entiendo.

Cogemos un taxi y nos plantamos en un parpadeo. Si todos los taxis fueran

igual de rápidos en España, serían dignos de competir con Fernando Alonso en sus mejores días.

Ahora, en la puerta del hotel me quedo frente a ese jefe que fuera de la revista no lo parece tanto. Nos miramos a los ojos y creo notar un brillo especial en los suyos. Quizá alucinaciones mías.

—Muchas gracias por la comida, James, lo he pasado muy bien.

—Y yo, Lise. ¿Nos veremos mañana?

—Por supuesto, no puedo faltar al trabajo, que, si mi jefe se entera, puedo ser despedida.

—Entonces haz todo lo que te diga tu jefe, y si no siempre puedes echarme a mí la culpa. —Sonríe poniendo los ojos en blanco—. Adoro cuando haces eso.

—¿El qué?

—Poner los ojos en blanco. —Se acerca lentamente a escasos milímetros de mi rostro y deja un beso en mi mejilla, demasiado cerca de mi comisura, aun sin tocarla.

Es un beso húmedo, húmedo en ambos sentidos, mi cara lo siente, pero también otras partes de mi anatomía. De esos besos que dejan huella y en los que el desconcierto, la tensión y la excitación se entremezclan creando unas sensaciones inexplicables y en ocasiones equiparables a un orgasmo. Exhalo lentamente tratando de controlar la situación y es entonces cuando siento su cálido aliento acariciar mi oreja mientras me susurra:

—Hasta mañana, payasita. —Sonríe triunfante mientras camina hacia el taxi y vuelve a subirse en él. Maldito provocador fanfarrón, sabe lo que hace, a lo que juega.

¿Acaso quiere que sea como esas niñas tontas que se humedecen y sus piernas tiemblan con un besito y un susurro? No, no, chato, conmigo lo llevas claro. Soy un hueso duro de roer. El trabajo y el sexo nunca deben coexistir, a menos que quieras perder una de esas cosas, o ambas.

Entro en la recepción y me encuentro a un Daniel serio y pensativo que se acerca a donde me encuentro y sin preámbulos me hace la pregunta del día:

—¿Estás saliendo con James Mathews?

⁷ Adiós

⁸ Intentar de nuevo

⁹ Oficina del Sr. Mathews, habla Lisbeth Martínez.

¹⁰ Azulejos (nombre de una comida) para aperitivo, emulsión con risotto de ostra y soja, chirivía en flor de trufa y carbón de ternera. Gracias.

Capítulo 3

Velas

Miro a Daniel alzando la ceja. No puedo creer que me esté preguntando si James es mi pareja. Primero, no es asunto suyo con quién salgo o dejo de salir y, segundo, ha sido una despedida neutral, así las llamo yo. No hemos retozado frente a las puertas del hotel como dos perros en celo para que imagine nada raro. Al ver que no contesto me repite la pregunta. ¿Se cree que soy tonta y no lo entiendo?

—¿Estás saliendo con James Mathews?

—No, jamás haría tal cosa, es mi jefe.

—¿Tu jefe?

—Sí, trabajo en *Le Socialité*, la revista de James Mathews, y por lo que parece también aquí.

—Ajá.

No digo más, es mi compañero de trabajo, pero no debo darle cuenta de lo que hago o dejo de hacer en mi vida privada.

La jornada laboral nos distrae, pero también nos separa. Ahora hay un abismo entre nosotros y me duele. Lo que habíamos avanzado acaba de perderse. Intento entablar conversación con él, pero solo se limita a trabajar y enseñarme aquello que necesito saber para que poco a poco necesite menos su ayuda como traductor y pueda apañármelas sola.

Los sudores me llegan desde la columna vertebral hasta el último de los pelos de la cabeza mientras mi barriga se retuerce de dolor. Maldito *brownie*. Menuda cagada habérmelo comido, y me refiero a la literal. Dejo la última copa en la mesa de un matrimonio que escucha la música *jazz* del hotel y corro en dirección al baño público. Ir al de la habitación hubiese sido imposible, me hubiese..., digamos, derrumbado a medio camino.

Alterno expulsión bucal y anal. Soy poco fina, lo sé, pero no me andaré con sutilezas después de todo lo que ya te he contado sobre mí.

Respiro como si estuviera dando a luz mientras gotas de sudor perlan mi frente y es entonces cuando oigo la puerta abrirse.

—Beth, ¿estás bien? —Por Dior, vete, no quiero que oigas esto y no

aguanto. Aprieto todo lo que puedo mi trasero en busca de crear una compuerta que frene la marea que pretende salir de él. Reúno todo el valor del que soy capaz y, con un hilo de voz mientras una lágrima resbala por mi mejilla, consigo articular palabra.

—Sí, Daniel, ahora mismo salgo. —Se acabó, no puedo decir nada más o las compuertas se abrirán y no habrá presa capaz de detener el Big Bang.

Lo oigo salir por la puerta de nuevo y me relajo, dejando que todo salga, incluida mi vergüenza.

Vuelvo al comedor. Ya es hora de servir las cenas. Me he pasado la mitad de mi turno entre aquellas cuatro parece cubiertas de azulejos que buscan relajarte mientras el agua de los grifos te incita a soltarlo todo.

—¿Todo bien? —Si tú supieras... Hace un rato parecía la niña del exorcista en todos los sentidos...

—Perfecta. —Sonrío para darle fuerza a mi débil afirmación.

—Deberíamos empezar con las clases de francés. —Asiento sonriente, pero él no.

—Esta vez prometo no envenenarte. —Me acerco y dejo un fugaz beso en su mejilla. Ante ambientes tensos, los besos siempre son el bálsamo que todo lo cura, ¿por qué no aprovecharlo?—. Debes decirme cuánto vas a cobrarme la hora.

—He pensado que mis clases tienen un precio.

—Por supuesto, dime cuál es y gustosa lo pagaré. —Aunque aún no sé cómo.

—Cada semana recibiré una cita como pago por mis servicios.

—¿Una cita? —Alzo la ceja mirándole incrédula. ¿De verdad quiere una cita semanal con una chica con dos pies izquierdos? Es como querer pasarse un día a la semana con una granada en la mano, como un kamikaze.

—Sí. Quiero una cita contigo cada uno de los días de la semana que libremos. Creo que es un pago justo.

—¿Y por qué querías salir con alguien como yo? —le pregunto.

Para ser sincera, quiero darle un bofetón de realidad y ver qué me responde para hacerme entender cómo es posible que quiera disfrutar de tan patosa compañía.

—¿Y por qué no? Tu compañía es agradable, eres graciosa y preciosa. Además, mis días festivos suelo pasarlos aquí en el hotel encerrado en mi cuarto. No soy muy sociable y he venido a Francia a trabajar, por lo tanto, mis

relaciones sociales brillan por su ausencia.

—A ver si entiendo bien. Tú y yo estamos en este mundo —francés, por si se te había olvidado— como dos seres incomprensidos. Así que a cambio de que tú me ayudes a mí con la lengua, yo te acompaño en tu día festivo y hago locuras para entretenerte. ¿He entendido bien? —Nos miramos y explotamos en carcajadas sin poder evitarlo.

—Creo que, sin duda, somos un gran equipo.

—El mejor equipo del mundo. —Acaricia la punta de mi nariz con su dedo antes de besar mi mejilla.

—Te estás dando cuenta de que lo que me has propuesto es un chantaje, ¿verdad? —le pregunto, aun a sabiendas de que lo sabe perfectamente, es más, se ha encargado de idearlo sin dejar cabos sueltos. Él quiere compañía en su soledad y yo aprender la lengua. Todos ganamos, ¿no?

—Soy plenamente consciente, Beth. Ahora te tengo comiendo de mi mano y serás mi esclava a cambio de unas míseras lecciones de lengua. ¿A que me lo monto bien? —Le doy un codazo y ambos reímos. Está loco, al igual que lo estoy yo.

—Ahora deberíamos ir a dormir, a menos que mañana quieras recibir una clase de francés de mano de los Morancos, porque yo estaré en modo zombi, digno del reparto de *The Walking Dead*.

—Definitivamente no eres de este mundo. —Sonrío negando y beso su mejilla antes de caminar hacia el ascensor con una sonrisa grapada de oreja a oreja.

Y sí, has leído bien, grapada, porque por más que trato de poner mis labios en su posición inicial, una fuerza imaginaria me lo impide. Por un momento me siento algo así como una versión más joven de Nicole Kidman, aunque en este caso no me cuesta sonreír por el bótox, sino que, por el contrario, me cuesta un sobreesfuerzo inhumano devolver a los labios a su posición inicial.

Llego a la habitación y tras una ducha y una sesión desmaquillante urgente —por eso de poder despegar una pestaña de la otra al despertar y no tener que morir en el intento por el maldito rímel—, trato de conciliar el sueño. ¿Cómo conseguirlo? Uno de mis ojos tiene grabado en la retina a Musculitos trajeado y el otro a mi profesor chiflado, bueno, quizá no tan chiflado como yo. Para que te hagas una idea, mis ojos ahora mismo son como esas bolas que van de un lado a otro, volviéndose locas, chocando unas con otras. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah!, péndulo de Newton.

Sigo pensando y dándole vueltas a la columna de la cita perfecta y cómo hacer para atraer a más lectores con ideas frescas que puedan llevar a una relación a buen puerto. Quizá las citas con Daniel me sirvan de guía para escribir algo que sea coherente y que no haga que los franceses deseen limpiarse las posaderas con mi sección. Todo puede pasar...

—Buenos días por la mañana. Hoy hace un frío que pela y estás escuchando Kiss Pop Rock.

Abro los ojos como platos al sentir una voz masculina en mi cuarto y me quedo como una imbécil mirando la pantalla del teléfono móvil, que ha decidido ponerse rebelde esta mañana y encender la radio así, porque le apetecía, con dos cojones. Al menos es una radio francesa de habla inglesa y me entero de lo que dice. Es lo que en España equivale a Kiss FM.

Me aseo, visto y preparo para llegar al trabajo. Me he levantado una hora antes de lo habitual, puesto que el dinero ahorrado se ha esfumado. Uy, debo caminar durante casi una hora para llegar al trabajo. Patético, lo sé. No me extenderé, como suele ocurrir en muchas ocasiones, en la ropa que llevo, blablablá. Tú ponme en tu cabeza buenísima de la muerte, eso que me llevo. Ahora estás pensando que estoy como una cabra por estar hablando contigo, pero ¿con quién lo voy a hacer si no? Eres la única persona que me entiende, básicamente porque aquí sin francés estás perdido y, además, se te da bien escuchar y a mí hablar por los codos.

Tras un desayuno *flash* y un trayecto acompañado por el último disco de Justin Timberlake, que me susurra por los cascos, llego a la oficina. Cierro la lista de reproducción, lógicamente comprada en iTunes, lo del pirateo se lo dejo a los de alta mar, al estilo capitán Pescanova, y subo por el ascensor hasta llegar a la puerta del despacho. Debo reconocer que estoy algo sudada por tan largo trayecto, pero como soy más lista que un friki en una convención al estilo Comic-Con, voy al baño y cambio esa estúpida camisa de floripondios —regalo de mi madre— por una camiseta negra elegante, que combina a la perfección con mis pitillos azul marino y mis manoletinas negras. Y sí, manoletinas. Las mujeres sabemos que caminar una hora por calles plagadas de apresurados trabajadores que empujan a placer, pisan, te obligan a frenar y casi derrapar, semáforos en verde para ti con coches suicidas, o suicidas que se enfrentan a los coches como toreros, sorteándolos cual espectáculo lamentable circense, unido a una hora, señores, ¡una hora!,

caminando sin parar, es como entrar en el infierno con un polar y unas botas de piel de oveja. Un suicidio.

Entro en el despacho y me encuentro a un James que sostiene la cabeza entre sus brazos como si se lamentara por algo que ha ocurrido o como si estuviera concentrado en algo que ha ocurrido y que lo trae de cabeza. Lo sé, chiste y de los malos, y eso que ha sido sin buscarlo.

—James, ¿estás bien? —Alza la cabeza en ese momento con una lentitud apabullante. Por un instante me imagino que en ese rostro ya no lo veré, sino al de la niña del exorcista diciéndome algo así como: «¿Has visto cómo está el buenorro de tu jefe?». Todo esto, por supuesto, con esa voz gutural tan característica.

—La verdad es que no muy bien. Tengo un dolor de cabeza bastante importante.

—¿Resaca? —me aventuro a preguntar, porque como viene siendo habitual, mi lengua no tiene filtro de café, sino que ella da rienda suelta a todo y que pase lo que tenga que pasar.

—Quizá algo de eso también haya —me acaba confesando. Al final no estaba tan equivocada...

—¿Quieres que vaya a por un café? —Lo veo negar.

—Megan ya ha ido a por uno. La chica de recepción, ya sabes. —Claro... Somos amigas íntimas y nos vamos de compras a diario. Véase la ironía.

—Bien, me alegra oír eso. De todos modos, creo que tengo unas pastillas que van bastante bien. Suelo sufrir jaquecas a menudo y al tomarlas siento un alivio casi instantáneo. La dosis recomendada son dos pastillas, a lo sumo, cada ocho horas. ¿Te interesa? —En este momento me siento una yonqui trapicheando con pastillas. ¿Cuándo ha degradado nuestra relación profesional al punto de pasarnos medicamentos como si se tratara de contrabando?

—La verdad es que sí. No me vendrían nada mal —me contesta y es entonces cuando Megan, tras llamar a la puerta, deja el café sobre la mesa de James y me mira bastante exaltada.

—Lise, te requieren urgentemente en el estudio. Se necesitan las fotos del nuevo anuncio ya. No hagas esperar al modelo o perderemos el anuncio. —Asiento y cojo la cámara de mi mesa antes de encaminarme a la salida, junto con el móvil y la PDA.

—Nos vemos en un rato, James. Ah, se me olvidaba, las pastillas están en el bolsillo derecho de mi bolso. Tranquilo, no hay nada que pueda esconder,

así que no te cortes, aunque tampoco te pases o lo sabré. Hasta dentro de un rato. —Sonrío y cierro la puerta para bajar, como alma que lleva el diablo, a la planta inferior, donde se encuentra el estudio de fotografía y ese supuesto modelo.

Entro cuando la puerta corredera de cristal me detecta y hace su función, me encuentro al mismísimo Gaspard Ulliel. ¡Qué hombre...! Suspiro. Si promociona ropa interior, que espero que sea así, podré gritar a los cuatro vientos que adoro mi trabajo. Pero ahora toca ser profesional, que para algo me pagan. Bueno, aún no me han pagado, lógicamente.

—Buenos días a todos. —Sonrío a los presentes, y es entonces cuando me acerco a Gaspard para saludarlo personalmente.

Trato de poner un acento francés que no poseo. No quiero que piense que soy una del montón, pero del montón lerdo, no del montón pasable.

—*Bonjour, monsieur Ulliel*¹¹ —digo con todo el acento francés que soy capaz de forzar. Como siga poniendo tanta fuerza y empeño, puede que se me escape algún que otro gas traicionero.

—*Bonjour, madame. Heureux de connaître.*¹²—Y es en este momento donde me quedo más pillada que una cremallera defectuosa.

Le sonrío como una quinceañera, porque no sé qué decir y es entonces cuando la que parece su representante se acerca a mí con cara de brócoli poco aliñado. Vale, yo tampoco sé qué cara tendría alguien de ser un brócoli sin apenas aliñar, pero es lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

—Espero que haga unas buenas fotos. Él no es cualquier modelo mindundi, sino uno que te pondrá de patitas en la calle si no haces una publicidad de lujo. Por no hablar de los anunciantes, que esperan únicamente perfección —dice con su perfecto inglés y yo asiento dándole a entender que estoy dispuesta a hacer lo que sea para que uno de los dioses de la gran pantalla salga favorecido en mis fotos.

—No se preocupe, la publicidad será de su agrado. Empecemos —le contesto en su misma lengua de manera profesional.

Puede que no sea una experta y que el pequeño curso de fotografía no me sirva para hacer fotos a Gaspard con lo que parece un traje al estilo clasista, de esos que hacen babear en las películas a todo el público femenino. Al parecer Gaspard publicita la marca The Kooples. No es que sea una gran entendida y mi ojo clínico lo haya descubierto, sino que lo pone en la carpeta

que acaba de darme uno de los empleados de la revista. Bien por él, y por mí ya que estamos.

Carraspeo al verlo tan guapo. ¿Alguien tiene un babero? Se agradecería. Me coloco frente a la cámara y cuando los técnicos colocan las luces enfocando a la estrella del día, los flases hacen acto de presencia y la sesión empieza. Me estoy emocionando, lo sé, pero no puedo evitarlo. Me siento como una chica adolescente haciendo fotos como una descosida al típico famoso de turno que viene a la ciudad para promocionar algo nuevo.

Cada cambio de ropa supone suspiros y más suspiros disimulados que salen de entre mis labios. Me muerdo el labio cuando lo veo deslizándose la corbata de su cuello al suelo, desabrochar cada uno de los botones de su camisa, cómo esta se resbala lentamente acariciando cada centímetro de su piel y... Desvío la mirada del rincón en el que se cambia. Si sigo viendo cómo se deshace de cada prenda que cubre su cuerpo voy a acabar provocando un tsunami entre mis piernas. Ahora de momento es un río con un dique autoimpuesto, pero quién sabe...

Cuando nadie me ve —y no, no es una canción de Alejandro Sanz— voy echando miradas al trasero de Ulliel. Él me mira con su ojo y yo con los míos. Es como el ojo de Mordor, pero sin fuego. Y os preguntaréis por qué lo sé. Sencillo, visto un culo, vistos todos. Un ojete nunca es mono, lo mires por donde lo mires. Mi mejor amiga se lo blanqueó, supongo que porque lo tenía muy transitado, pero yo paso de chorradas de esas.

La sesión acaba, para mi desgracia, y miro el resultado de las fotografías mientras Ulliel se cambia para no volver a posar más. La verdad es que han quedado muy bien, más que bien para ser de una aficionada que no tiene ni idea, como es mi caso. Parecen hechas por una profesional y eso me sube la moral. De vez en cuando hay que darse una palmadita en la propia espalda, ya sabes, por eso de no hundirse en la depresión ni infravalorarse.

Alguien coloca una mano en mi hombro mientras acabo de pasar las imágenes al portátil para trabajar en ellas, y al girarme veo el rostro sonriente de Ulliel. Reprimo las ganas de pasar mi lengua por esos labios que sonrían para mi particular placer, primero porque no sería correcto y segundo porque quiero conservar mi empleo y quizá se sienta ofendido o acosado, obviamente, y provoque mi despido, tal y como ha sugerido la señora brócoli.

Gaspard me habla en francés, pero no lo entiendo. Quizá mi mente retorcida se ha propuesto quemar el último cartucho, el de «*Voulez-vous*

coucher avec moi ce soir?». ¡Basta! Debo dejar de pensar en esas cosas. Parezco una perra en celo y ni una cosa ni la otra, o al menos una perra no soy, lo de estar en celo... Pasapalabra.

—*I'm sorry. I don't speak French. Do you speak English?*¹³

—*Yes, I do*¹⁴.

—*Perfect*¹⁵.

He pensado por un momento traducirte toda la conversación a español, pero después de ver semejante dios, la única neurona que todavía conserva su raciocinio y no ha bajado a unirse con las otras a una zona más húmeda, ha decidido que sería más productiva transcribir directamente y no hacer el gilipollas, palabras textuales. Qué lista es mi niña.

—¿Le puedo pedir un favor, señorita...? —Y yo asiento sonriente. Siempre hay que complacer al cliente, o eso dicen, y en este caso quiero dejarlo complacido del todo, desee lo que desee. Creo que nos entendemos, ¿verdad?

—Lisbeth Martínez.

—Bien, señorita Martínez. Tengo bastante prisa hoy, porque todavía me quedan un par de lugares a los que acudir por trabajo. Si fuera tan amable de pasarme las imágenes a mi correo privado me haría usted un gran favor.

—Por supuesto, no hay problema.

—Muchas gracias, no veo el momento de poder enseñárselas a mi novio. —Y ¡plof!, todo ha bajado como si el riachuelo casi incontenible hubiese sido reabsorbido por una esponja en medio de un cálido desierto, dejando todo árido, como está ahora cierta parte de mi anatomía. ¿Por qué últimamente todos los Brat Pitts son gays? ¿Alguien me lo puede explicar?

Soltando un suspiro de resignación a la nada, empiezo a seleccionar las fotos y retocarlas para poderlas mandar tanto a la agencia como al propio Gaspard, además de prepararlas para el próximo número de la revista.

Tras dos horas de intenso trabajo y los ojos inyectados en sangre —entiéndase que es por el cansancio al mirar incesantemente la pantalla del ordenador y no por haberme fumado alguna que otra sustancia prohibida—, tengo las retinas tan secas que están en un punto donde ni el colirio las regaría como Dior manda.

Vuelvo, desgraciadamente, a mi lugar de trabajo, en el despacho de James. Voy *ano-nadada*. Lo siento, chiste malo, pero incontenible. Me siento en mi mesa, mi Musculitos no está. ¿Por qué uso el posesivo? Ni yo misma lo sé.

Salgo un momento en dirección a esa habitación forrada de revistas donde supuestamente James reflexiona cuando lo necesita, o al menos eso me dijo cuando entré a trabajar aquí. No está allí y empiezo a mosquearme. ¿Estará en una reunión? ¿Le habrá ocurrido algo? Bueno, tampoco nos alarmemos, quizá está haciendo un muñequito de barro, como dice mi madre. Me encojo de hombros y, tras tomarme un café exprés, que ya me lo merezco, vuelvo al despacho a seguir trabajando con una banda sonora peculiar, también llamado rugido de tripas, creo que la ha compuesto Bach, a saber... Tanto café, pero ni un bollo había... *Endevé*¹⁶.

Entro en el despacho y, antes de sentarme en mi sitio, miro de soslayo a la silla de mi jefe y lo veo ahí sentado. James se encuentra sudando como un pollo. Para serte sincera, no entiendo el motivo de esa frase hecha. ¿Acaso sabes si un pollo suda? Bah, olvida mis chorradas.

—James, ¿estás bien? —le pregunto preocupada.

—Sí, no te preocupes, es solo que hace demasiado calor en este despacho. —Y pensar que yo voy con un jersey y, aun así, tengo frío. Este hombre no puede estar bien...

—Está bien. He acabado con la sesión de Ulliel. Ahora, y aun a riesgo de meterme donde no me llaman, me gustaría saber qué hacías borracho esta mañana en tu despacho.

—¿Cómo sabes que he bebido? —Me mira alzando la ceja sin entender.

—Primero, el despacho apesta a alcohol desde el ascensor. Segundo, tu paladar seco y lentitud al hablar me dan pistas de ello. Y tercero, he mantenido una conversación con alguien que te ha visto hacerlo. Tranquilo, ha sido una charla profesional, como buena periodista que soy.

—¿Con quién demonios has hablado tú?

—Con dos seres llamados Cham y Bord. Son esos gemelos que tienes inútilmente escondidos en la papelera. —Mira la papelera donde se encuentran las dos botellas de Chambord y asiente avergonzado.

—Lo siento, no es algo de lo que esté orgulloso, es más, hacía tanto tiempo que no bebía que apenas recordaba el sabor del licor, pero hoy es un día duro.

—¿Y eso por qué? Si es que puede saberse, claro.

—Hoy es mi cumpleaños y nadie, ni siquiera mi familia, lo ha recordado.

—Vaya, felicidades, James. —Sonríe sorprendida buscando animarlo. Y es entonces cuando mi cerebro va a doscientos por hora y pienso en qué

regalarle, y no porque crea que deba hacerlo por compasión, sino porque él ha hecho mucho por mí desde que llegué y creo que es justo que yo haga lo mismo.

—Gracias, Lise. —Y dale, pero esta vez se lo perdono porque sé que no está bien—. La verdad es que me gustaría pedirte algo. Sé que no tengo derecho y que apenas nos conocemos, pero... ¿me harías el honor de acompañarme hoy a comer para que no esté solo el día de mi cumpleaños?

—Por supuesto, iremos a comer, y no solo porque seas mi jefe y mi trabajo esté en juego si no te acompaño —le guiño el ojo para que vea que no lo digo en serio—, es porque te mereces el mejor cumpleaños que pueda tenerse. Eres un buen hombre, así que hoy va a ser tu día y yo voy a hacerlo realidad.

Lo pienso por un momento y sé que es difícil regalar algo a alguien, al que probablemente le han dado todo tipo de regalos. Mi presupuesto es demasiado limitado y no creo que comprarle un colgante como el mío sea suficiente, ni mucho menos. Creo que, si mis cálculos no son correctos, me quedan quince euros, o puede que diez, así que ni siquiera puedo invitarlo a comer el día de su cumpleaños.

—A las dos te esperará un coche en la puerta. Joe Ly te llevará al lugar de la comida. Yo debo marcharme a una reunión con un bufete de abogados. Nos ha denunciado un famosillo de pacotilla por difamación, pese a que los datos estaban más que contrastados. Me toca presentar las pruebas para no llegar a los juzgados. A la revista no le conviene que un asunto como este empañe nuestra imagen de prestigio, y la veracidad de la información que ofrecemos en cada una de nuestras páginas. Estaré con todo preparado para cuando llegues, no te preocupes, no te fallaré. —Le sonrío porque no soy capaz de hacer otra cosa.

Y de nuevo, sola en el despacho, dejo que un hombre ojeroso con resaca, o quizá aún ebrio, salga por la puerta hacia un destino incierto donde, en su estado, debe tratar de defenderse ante personajes que solo buscan, denuncia tras denuncia, sacar algo de tajada gracias al miedo o a algún que otro juez con pocas luces, para poder subsistir año tras año a causa de la ausencia de empleo. Y eso, señoras y señores, es el pan de cada día, y no me refiero solo en este tipo de empleos. Como dice mi madre: «Nosotros solo vemos la purpurina que rodea al gran mojón», palabras textuales. Creo que se la copió a Estela Reynolds e hizo su propia versión.

Miro la pantalla del ordenador y sin darme cuenta estoy en la barra del

buscador tecleando cuatro palabras clave: «Planes gratuitos Francia hoy».

Pronto aparecen cientos de resultados, pero no parecen convencerme, hasta que, como si flechas de neón lo señalaran, me encuentro con un anuncio de un concierto al aire libre en la plaza de Trocadero de nada más ni nada menos que Mika.

Ya tengo un plan divertido para hacer que su día sea menos cuesta arriba y esto solo me corrobora algo que todos sabemos, pero que a veces dejamos compartimentado en el recoveco más profundo y oscuro de nuestro cerebro. Pasar un buen rato en buena compañía no implica derrochar o invertir dinero, a veces los mejores momentos son aquellos que se disfrutan sin comprarlos ni esperar nada de ellos.

Salgo del despacho un minuto antes de la cita con el chófer que espera para llevarme al lugar de encuentro, ese tal Joe Ly que James me ha mencionado. Mi sorpresa llega cuando, tras salir por la puerta, me encuentro a una mujer y no a un hombre, que me espera apoyada en la puerta del automóvil.

—¿Eres Joe Ly? —le pregunto algo confusa.

—Sí, y tú debes de ser Lise. —La aludida me sonrío confirmándome.

—Disculpa mi sorpresa, creí que eras un hombre. —Vale, no os engañaré, pensé que era un hombre y asiático, al estilo Bruce Lee, por ese apellido. Me equivocaba de cabo a rabo, ese que no tiene, al parecer.

—Todas lo creen y la verdad es que es bastante divertido. —Así que todas... ¿Tantas mujeres invita James a cenar? Vaya...

Subo en el coche y pronto acabamos en Le Place de la Concorde, o eso es lo que dice Joe, porque si quisiera podría llevarme secuestrada y encerrarme en un zulo para siempre y yo aquí tan contenta y despreocupada.

Joe es bastante reservada, no parece querer entablar ningún tipo de conversación a lo largo del camino y lo respeto, pero hay una pregunta que no deja de rondar por mi cabeza y si no la hago voy a acabar lamentándolo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Ante todo educación. ¿Que se la voy a hacer de todos modos? Sí, pero al menos así quedo bien.

—Claro, dime —responde escuetamente. Empezamos bien...

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas con James?

—Siete años. Ya lo hacía en España y acepté seguir haciéndolo aquí, en París —me contesta seria mirando de reojo por el retrovisor.

—Parece que os conocéis bien —suelto sin pensar. Ella no me contesta. Quizá ha imaginado que estoy sugiriendo que tienen algo entre ellos dos, más

allá de una relación profesional. Sí, tú ya me entiendes—. Disculpa, no pretendía...

—Tranquila, todas y cada una de las mujeres a las que he llevado a las diferentes citas de James me han insinuado lo mismo. —Así que muchas mujeres ya han pasado por el coche, y quizá la cama, del señor Mathews.

—Muchas mujeres... —susurro demasiado fuerte.

—Sí, muchas, pero yo no soy una de ellas, a mí me gustan más las citas de James que él, no sé si me explico —dice mirando el tráfico sin darle importancia.

—Entiendo entonces que te gustan las mujeres.

—Entiendes bien, pero tranquila, estás a salvo, no eres mi tipo. Por esta vez no se la robaré. Ya sabes lo que dicen, cuando pruebas la novedad ya no vuelves a lo clásico, si no que me lo digan a mí. —Creo ver a través del espejo retrovisor un intento forzado de sonrisa pícara.

Y aunque me ha rechazado, cosa que realmente me da bastante igual, tengo la sensación de que, pese a esa armadura dura como el diamante que se empeña en colocarse, hay una chica deseosa de que alguien la cuide y la quiera. Quizá hasta podamos llegar a ser buenas amigas, ¿no?

—¿Dónde vamos, Joe? ¿Falta mucho? —Sí, parezco el burro de Shrek, pero es que cuando estoy nerviosa me da por preguntar atropellando las palabras en busca de esas respuestas que tanto ansío descubrir.

—No, ya estamos llegando. Bienvenida al jardín de las Tullerías.

—James está en ese jardín. —Joe niega con la cabeza—. ¿Entonces dónde está?

—Está allí, en la plaza de la Concordia, esperando para comer contigo en uno de los vagones de la gran noria de París —me señala.

Y yo solo puedo mirarla boquiabierta sin creer lo que estoy viendo u oyendo. Me pellizco la mano disimuladamente para despertar de este sueño, pero parece que la vida ha dejado a un lado el mundo de la inconsciencia para que pueda disfrutar de esta maravillosa realidad.

Tras agradecer a mí, espero, futura nueva —y única— amiga «francesa» la carrera, me encamino hacia la noria donde, según parece, me espera el galán comprador de la revista de más éxito francesa que parece pasear a sus conquistas, gracias a Joe Ly, por todo París. Me molesta ser solo un número más. Y sí, sé lo que estás pensando, solo comeré con él porque es su cumpleaños y nadie, ni siquiera un rompecorazones de bragueta ligera, merece

pasar un día como hoy solo. Al fin y al cabo, solo somos jefe y empleada y esto no es una cita, ¿verdad?

Al llegar a la noria, solo puedo contemplar maravillada que no se trata de una atracción de feria cualquiera. Al contrario de lo que me esperaba, las cabinas han sido transformadas en pequeñas mesas íntimas para parejas que desean degustar delicados platos de vanguardia. En cristiano: otra vez cagaditas de pato en medio de un plato que cuesta un riñón y parte del otro. Y yo sin un duro. Quizá no sea mala idea hacer un «sinpa», aunque si nos dejan en las alturas dudo mucho poder escapar corriendo. ¿Alguien tiene un Red Bull?

James está sentado en una de las improvisadas mesas de la zona más baja y, tras verme, sonrío y hace un ademán a uno de los pingüinos que tiene los pies en la tierra, entiéndase hombre con frac, que esto no es una película de Jim Carrey. Pingu le da a la palanca hasta que James llega a la altura de la plataforma que da acceso a la atracción y yo me acerco para subir.

—*Bonjour, mademoiselle.*

—*Bonjour* —chapurreo mirando el resto de cestas.

Hombres trajeados, la mayoría de largo recorrido vital —por no decir vejestorios. ¿A que soy fina?—, disfrutan de la comida en compañía de sus... ¿hijas? ¿Nietas? No lo sé o quizá no quiero saberlo. Ellas, vestidas con ropas demasiado... ¿cómo decirlo...? Ya sé: imagina a Lady Gaga, no cubierta de chuletones, por Dior, sino con una de sus ropas menos extravagantes, pero que, aun así, canta como una almeja. Pues algo así, como si las vistiera el mismo estilista que a la cantante. Algunas tienen tantos complementos brillantes que parecen bolas de discoteca. ¿Regalos del abuelo? Otras, por el contrario, los llevan del todo a cien, de esos que se les van cayendo los cristales conforme andas y que debes llevar en el bolso el tubo de Super Glue —sí, ese que como lo abras una vez se acabó, no hay modo de volver a abrirlo, se pega como si no hubiera un mañana—. También hay abuelitas con sus nietos, ojo, que no van a ser todo Lady Gagas, muchos son Tino Casal.

A lo que iba, que me pierdo y estoy aquí para apoyar a James, no para hacer una radiografía a los parisinos. Con tanta civilización del Capitolio a lo *Juegos del Hambre* se me va el hilo.

James me mira de arriba abajo y lo veo sudar. ¿Estará nervioso? Yo no. Bueno, un poco. Vale, sí, pero calla, que eso me hace parecer tonta.

—Estás preciosa, Lise —suelta por esa boquita de galán comprador con

ese deje francés que, lejos de parecerme *sexy*, me irrita, aunque él nunca lo sabrá.

—Gracias, aunque debo decir que es la ropa que llevaba en la oficina, no he podido cambiarme —le digo mientras me siento frente a él en la noria antes de que esta empiece a moverse lentamente—. Siento que mi *look* no esté a la altura de estas extravagantes chicas, pero como no sabía que vendríamos aquí, yo...

—Nada de eso. Me importas tú, no tu vestimenta. Podría haber venido con cualquiera de estas mujeres florero de mucho cuerpo y poco cerebro, pero solo me apetecía estar aquí contigo.

Y yo no sé cómo tomarme esas palabras, así que me hago la loca, que se me da muy bien, y desvío la mirada para admirar el paisaje. Seguro que se lo dice a todas las chicas que lleva Joe Ly en el coche.

—¿Cómo ha ido la mañana? —Trata de romper el hielo ante un incómodo silencio que nos rodea.

—He pasado la mañana con Gaspard Ulliel. Es un chico maravilloso.

—¿Te gusta?

—¡¿A quién no le gusta?! Es el chico perfecto. Qué pena que todos esos estén pillados.

—No todos. —Me mira y me sonrío. Vale, él y su ego acaban de perder dos puntos. Al no ver reacción positiva alguna, entiéndase como reacciones de esas por las cuales necesitas un babero o un cambio de ropa interior inferior, decide aflojarse la corbata mientras gotas de sudor perlan su frente.

—¿Estás bien, James?

—*Oui*, preciosa. No te preocupes por mí.

Comemos el primer plato: unas ostras con jugo de no sé qué, el pingüino habla demasiado rápido. Ostras, muy apropiado, un afrodisiaco de entrante para que abuelos y nietos entren en calor. Aunque, en este caso, parece ser James el único que va a combustionar de un momento a otro.

—James, se acabó.

—¿No te gustan las ostras?

—No es eso, lo que no me gusta es cómo te estás poniendo tú. Dime ahora mismo qué te ocurre.

Me acerco a tomarle la temperatura, levantándome para colocar la palma de mi mano sobre su frente y es entonces cuando la noria reanuda su marcha y con ese movimiento brusco, caigo, perdiendo el equilibrio, sobre el cuerpo de

James, dejando caer sin quererlo mis pechos en su rostro. Me aparto en cuanto puedo, chocando mi espalda contra la mesa. ¡Auch!

—Lo siento mucho, James, yo no pretendía que esta situación se volviera tan bochornosa. Solo quería tomar tu temperatura.

Sus manos, que rodean mi cintura desde que he caído sobre él, se aferran a mi cuerpo con más fuerza.

—No te disculpes, ha sido un inesperado y agradable regalo de cumpleaños, muñeca. —¿Muñeca?—. Hueles tan bien. Una mezcla de coco y delicado rocío que baña las calles al amanecer.

Siento la punta de su nariz acariciando mi cuello y mi cuerpo se pone en tensión al instante.

Busco apartarlo un poco como puedo y al colocar mis manos en su pecho siento unos pechos equiparables a los míos y humedad en la zona. Me llevo inconscientemente la mano a la cara. Huele a ¿leche agria?

Pero ¡¿qué demonios?! Está ardiendo y delirando a causa de la fiebre, sus pechos están hinchados y segregan una especie de leche extraña, y eso unido a la resaca y a su dolor de cabeza no puede ser bueno.

—Voy a llevarte al médico tanto si quieres como si no. —Utilizo de nuevo los sonidos de simio acompañados de señas con las manos para que nos bajen mientras llamo a la ambulancia. Tengo que llevarlo antes de que se me muera o iré a la cárcel parisina por intento de asesinato doble; Daniel y James. Soy una asesina en serie.

Una vez en tierra firme, miro a mi jefe, que se está tomando lo que parece una pastilla, en busca de una mejoría instantánea que no creo que llegue. Le arranco de entre los dedos la tableta de pastillas y un sudor frío me recorre por completo. Son mis pastillas anticonceptivas.

—Por Dior, James, ¿cuántas te has tomado?

—No lo sé, pensé que me aliviarían, como tú me dijiste, pero me han empeorado. Además, son tan pequeñas. Puede que media tableta... —Se acerca a mí y toma uno de mis mechones de pelo—. Eres tan hermosa. Ojalá pudiera besar esos labios que me están haciendo enloquecer.

—James, estás delirando. Deberías tratar de respirar y cerrar los ojos, la ambulancia está en camino. Van a curarte, ya lo verás. Quizá con un lavado de estómago...

No pasa mucho tiempo hasta que la ambulancia hace acto de presencia. Me subo con él en la parte trasera y tomo su mano para tranquilizarlo. Está

tumbado en la camilla delirando como si todavía estuviera bajo los efectos de ese alcohol que tomó.

Cojo el teléfono móvil y llamo a sus padres. Es importante que sepan que su hijo va a ser ingresado en el hospital.

—Buenas tardes, señora Mathews, soy Lisbeth, la nueva camarera del hotel. Tengo que contarle algo. Estoy con James en una ambulancia dirección al Hôpital Necker. Tranquila, no se asuste, él está bien, simplemente tomó una medicación que no debía y le ha ocasionado reacciones adversas. Estábamos comiendo cuando se ha puesto peor, así que he llamado a una ambulancia. Voy a tener que ausentarme, al menos hasta que lleguen al hospital, después si lo ven conveniente iré al hotel a ayudar en todo lo que sea posible —digo casi atropelladamente, nerviosa—. Tengo que dejarla. Siento mucho lo ocurrido.

Sí, me siento muy culpable porque, aunque yo no metí las pastillas en su boca, sí que es cierto que yo le dije que cogiera mis pastillas del bolso para mitigar su dolor de cabeza. Quizá yo le di mal la localización. Todos esos «quizá» me matan.

Estrecho más la mano de mi Musculitos, que ahora parece un niño débil e inocente que busca cercanía mediante palabras delirantes.

—Tengo suerte de tenerte en mi vida, prométeme que no volverás a separarte de mí, por favor.

Sus palabras me sorprenden, sobre todo, porque apenas nos conocemos y no creo que en dos días se hayan generado esos sentimientos.

—No voy a irme, James, al menos hasta que lleguen tus padres.

—Te amo, Celine.

Y es entonces cuando, inconsciente, separo mi mano de la suya y me alejo a un rincón de la ambulancia, dejando que los técnicos sanitarios realicen su trabajo. No sé por qué me ha molestado tanto que me confunda con una mujer a la que ama. ¿Quizá su mujer?

—No, por favor, no te alejes de mí. Cambiaré, lo prometo, pero no me dejes. Celine, por favor. Te quiero.

Trato de serenarme y es entonces cuando mi teléfono suena.

—Hola, mi niña, he decidido pelearme con este cacharro y marcar yo, que si no te llamo yo, aquí puedo criar malvas esperando a saber algo de ti. ¿Cómo está mi *xoxete* loco?

—Mamá, te he dicho mil veces que no me llames así. Ahora no puedo hablar, estoy en una ambulancia llevando a mi jefe al hospital.

—¿Qué le has hecho, mi alma? Que necesitas el trabajo, no puedes ir matando jefes a diestro y siniestro. Ya te ha pasado dos veces desde que has llegado allí, como con el otro chico, ese tan majete. Me gusta para ti.

—Mamá, no seas melodramática, ha sido un accidente, no ha sido culpa mía. Y respecto a Daniel, que así es como se llama, no puedes saber si te gusta o no porque no lo conoces. Mamá, tengo que dejarte, tengo otra llamada. Luego hablamos. Un beso, te quiero.

Cuelgo antes de que me suelte alguno de sus sermones infumables y me quedo mirando la pantalla sin ver nada.

—Señorita, ¿está usted bien? Está muy pálida —me pregunta en inglés. Parece que mi cara de «mi no entender ni papa de francés» la ha captado enseguida.

—Sí, no se preocupe, el que necesita todas las atenciones posibles es él. Ha ingerido una cuantiosa cantidad de mis pastillas anticonceptivas — respondo en mi inglés entendible. Al menos ese lo domino...

—Muy bien, señorita, nos hacemos cargo.

Trato de concentrarme en mis propias respiraciones y mando un rápido mensaje de texto, haciendo saber a Daniel que iré tarde a trabajar, si es que voy. Su respuesta no tarda en llegar, pero no a modo de mensaje, sino de llamada, lo último que necesito en este momento.

—¿Qué ha pasado, Beth? ¿Tú estás bien? Si ese cerdo te ha hecho algo, te juro que... —lo corto, no quiero que siga por ahí, porque no sabe nada de lo ocurrido. Está imaginando cosas que no son.

—Estoy bien. Es James el que se ha... intoxicado con pastillas. En principio creo que le harán un lavado de estómago y con ello espero que se ponga bien. Ya he avisado a sus padres y vendrán en seguida. Supongo que me mandarán para el hotel cuando ya puedan ellos estar con James y no me necesiten en el hospital.

—¿Pastillas? No me extraña que ahora se haya pasado a las drogas. Espero que no te haya incitado a ti también a tomarlas.

—No eran drogas, sino hormonas, mías, de mi bolso. Creo que lo estás juzgando sin saber, Daniel.

—¿Y qué se supone que hacía contigo para que os dedicarais a pasaros pastillas como si fuerais camellos?

—Lo que haga en mi vida privada no es asunto tuyo, Daniel. Que te tomes tantas libertades cuando apenas nos conocemos no creo que sea lo correcto.

—Pero sí dejas que él se tome libertades.

—¿Acaso estás celoso? —le pregunto burlándome.

—Sí, lo estoy, ¿y qué? —No esperaba esta respuesta y me quedo más que sorprendida. No creo que este sea el momento ni el lugar para ese tipo de revelaciones, así que decido cortar la llamada.

—Daniel, tengo que dejarte, ya estamos llegando al hospital. Nos veremos cuando pueda volver a poner un pie en el hotel. Hasta pronto. —No espero respuesta, cuelgo y me meto el móvil en el bolso. No quiero que entren más llamadas que me distraigan en este momento.

La ambulancia frena en seco y caigo de bruces sobre las piernas del auxiliar que trata de estabilizar a James. Mi cara acaba en..., digamos, una zona delicada del hombre. Una situación bochornosa donde las haya.

Me levanto cual resorte y miro avergonzada el rostro del desafortunado, o quizá afortunado... Mis mejillas arden, pero me da igual, no es momento para nada más que no sea James.

Todo ocurre muy rápido. La ambulancia para en seco y pronto sacan a James de esta para llevarlo a un box, imagino. Tomo su mano un momento y lo miro con tristeza y preocupación.

—Ya queda poco para que te pongas bien.

—¿Con quién hablabas, preciosa?

—He llamado a tus padres, llegarán pronto.

—¿¡Que has hecho qué!?! Joder, ¿por qué no te metes en sus asuntos? No has debido hacerlo, Celine.

—Ya te he dicho que no soy Celine.

—Señora, no debe alterar al paciente, eso puede crearle complicaciones a la hora de recuperarse —me sugiere el celador y procuro cerrar el pico.

—Creo que delira. Me está confundiendo con otra persona —le digo seria, en voz baja.

—Quédese en la sala de espera, la llamaremos cuando el señor Matthews se encuentre estable. —Asiento derrotada sin saber qué hacer. Quizá sea mejor que me eche a un lado y deje a los profesionales que hagan su trabajo. No quiero empeorar más las cosas.

Me siento en una de esas sillas blancas e incómodas que hacen que el culo se te quede plano como una carpeta. El conocido culo carpeta, todo lo contrario al de JLO o la familia Kardashian, por supuesto.

La sala de espera me desespera, sí, chiste malo, pero son los nervios, no

puedo evitar las rimas absurdas. Ya no me quedan uñas, ni paciencia. Media hora después, no aguanto más y me acerco al mostrador.

—*¿Oui?*

—James Mathews...

—*Êtes-vous un membre de la famille ou un couple?*¹⁷

—¿Español? —le pregunto. Si cueela, cueela. La recepcionista se gira para golpear suavemente el hombro de su compañera y decirle algo al oído.

«Los secretos son de viejas, señoras, de viejas del visillo. Déjense de gilipollecés y díganme cómo está mi jefe». No, no nos engañemos, no les he soltado eso, pero lo pienso, porque si no lo verbalizo no es pecado, ¿verdad?

—Dígame, señorita. —Bien, la secretaria barra vieja del visillo golpeada en el hombro habla español. Si no estuviera en una situación tan delicada hasta bailarías con unas castañuelas.

—Necesito saber cuál es el estado de James Mathews, por favor. Entró con una intoxicación por..., ejem..., hormonas.

—¿Es gay?

—No, por Dios. Él tomó mis pastillas anticonceptivas por error. Está en el box dos, o al menos ahí lo dejé yo.

—Si no es familiar, no puedo darle ningún tipo de información. —¿Entonces qué haces aquí, maldita bruja?, vete a coser una bufanda de ganchillo con la que ahogarte para que alguien competente ocupe tu lugar... Grrrrr... Piensa, Lisbeth, piensa.

—Yo soy... su pareja.

—En ese caso, señorita Mathews, debe saber que su pareja se encuentra estable y ahora mismo le están haciendo un lavado de estómago. En breve podrá pasar usted a verle.

Asiento apesadumbrada y vuelvo a sentarme en la sala de espera, donde el olor a axila casi opaca al de hospital, y mira que eso es difícil. Tú lo sabes, yo lo sé, ese olor se impregna por doquier y huele a muerte en cada rincón, pero hoy no. Hoy no habrá cabida para ese trágico final.

Miro lo que antes eran mis uñas y ahora se han convertido en muñones y, por un momento, vuelve a mi mente ese torturador nombre. ¿Quién será Celine?

—Señorita Mathews, ya puede pasar a ver a su pareja. Habitación once.

—Perfecto, gracias. —No espero contestación. Mis pasos me dirigen a mi

destino. Apenas sé por dónde voy, ni siquiera conozco el lugar, pero pronto me encuentro frente a la puerta de la habitación once.

Entro sin golpear la puerta. Estoy deseando ver que se encuentra bien y no puedo pararme en menudencias como esa.

—James, ¿cómo te sientes? —Acaricio inconscientemente su cabello, que parece despeinado.

—Bien, Lise. Gracias por haberme traído. No sé lo que me ha pasado. Los médicos dicen que me ha hecho reacción una ingesta masiva e indebida de hormonas femeninas y que, por ello, me han hecho un lavado de estómago. La verdad es que no recuerdo más allá de ir hacia la noria, donde habíamos quedado para comer, encontrarme muy mal y luego... todo está borroso.

—Fue culpa mía. Debí equivocarme al decirte dónde estaban las pastillas correctas y, bueno, tomaste varias de mis anticonceptivas. En realidad, ya hablamos de ello en la noria, ¿no lo recuerdas?

—No, está todo en blanco. Solo sé que íbamos a celebrar mi cumpleaños, que tenía una buena resaca y me dolía la cabeza. Tras tomar tus pastillas empecé a sentirme extraño. La jaqueca aumentó, comencé a sentir temblores por todo el cuerpo, toda mi piel se sensibilizó en extremo, empecé a tener fiebre, incluso pude ver gente que sé que ya no se encuentra aquí. Pero no quería dejarte tirada el día de nuestra primera comida, así que, como pude, llegué a la noria y te esperé rogando para que no te dieras cuenta de lo mal que me sentía y cancelaras la ocasión de pasar un rato juntos, fuera del lugar de trabajo. No quería que nadie estropease nuestro momento y al final lo he estropeado yo.

—No digas eso. —Me siento a su lado, en el bode de la cama—. Tú no tienes la culpa de nada. —Hago un intento de retirar mi mano de su cabello y es entonces cuando la atrapa, reteniéndola entre sus dedos para colocarla en su mejilla.

—Mi querida, Lise. —Besa mi mano mirándome a los ojos y, en ese instante, las puertas se abren; Amaya y Steven Mathews aparecen con el rostro preocupado y sudoroso.

Separo mi mano de la mejilla de James al segundo, pero es demasiado tarde, nos han visto y estoy segura de que se van a montar mil películas a la altura de *Romeo y Julieta* o *Los puentes de Madison* —o en este caso, *Los puentes de Mathewson*—.

—Lisbeth, ya hemos llegado, puedes retirarte al hotel. —Es lo único que

escucho por parte de los labios de Steven antes que de su mujer, que hace resbalar a base de muchos parpadeos —a lo modelo de Rimmel London— una microscópica lágrima en señal de preocupación hacia su hijo.

Steven, por su parte, me hace un gesto con la cabeza para que salgamos un momento fuera para hablar. Supongo de algo relacionado con el hotel, ¿no?

Beso la frente de James antes de salir, me importa una mierda lo que opinen sus padres, soy yo la que he pasado miedo por él y eso que apenas lo conozco. Ellos, en cambio, parece que ni sienten ni padecen por su hijo.

Al pasar por el lado de Amaya, esta me mira como si me perdonara la vida —la perdonavidas la voy a llamar a partir de ahora— y se dedica a ofrecer mil atenciones a su hijo convaleciente.

—¿Qué ocurre, señor Mathews?

—Explícame qué demonios hacías comiendo con mi hijo hoy.

—Yo..., verá... Yo trataba de agradecer a su hijo todo lo que ha hecho por mí desde que he llegado a Francia. Como hoy es un día importante fuimos a comer al jardín de las Tullerías, a la noria.

—¿A qué te refieres con lo de que hoy es un día importante? —Me encojo de hombros esperando a que se dé cuenta solo. Si no se acuerda del día en el que nació su hijo, mal vamos.

—Supongo que para mí hay días más importantes que otros y el detalle más mínimo puede cambiarlo todo.

—Si usted lo dice... —La puerta se abre de nuevo y es entonces cuando Amaya hace acto de presencia. Tiene cara de pedo, literalmente, no sé describir una cara de pedo, pero si te miras al espejo mientras te tiras uno, podrás imaginarte su cara.

—Steven, cariño, ve a ver al niño. Quiero hablar a solas con Lisbeth. —Resoplo en silencio. Charla número dos en tres, dos, uno... El señor Mathews entra en la habitación once, cerrando la puerta tras de sí.

—Sé lo que pretendes, buscona, pero no voy a dejar que engatuses a mi niño. Eres solo una mosquita muerta a la que puedo aplastar con un solo dedo. Sé que les has dicho para poder entrar que eras la pareja de James. Cuando me han dicho que había alguien con él en la habitación, sabiendo yo que solo pueden entrar familiares... No sé cómo tienes tan poca vergüenza. Como vuelvas a acercarte a mi hijo o tan siquiera darle falsas esperanzas..., como te acerques de nuevo buscando ese contacto que he visto al entrar u otro haré que seas muy desgraciada, créeme que puedo hacer eso y más. Y reza para

conservar tu puesto de trabajo, si te mantengo en mi hotel es por no alterar a mi hijo, que no se te olvide. No quiero que vuelva a caer, no quiero volver a verlo sufrir por una mujer, pero si creo que es lo más conveniente, te borraré del mapa como si nunca hubieras existido. ¿Estamos?

Ojiplática. Así estoy. ¿De qué coño va la abuelita de la pradera con aires de diva? Todo lo que he hecho ha sido para ayudar a su hijo. Si dije que era su pareja fue para poder ver cómo estaba y cuidarlo, si comí con él fue para que no estuviera solo el día de su cumpleaños, si sigo aquí aguantando las gilipolleces de una estirada con pocas luces es porque tengo mucho por lo que agradecerle y no se merece que lo deje tirado como una colilla usada. No he hecho nada malo y no me merezco el trato que sus padres me están dando. Pero sí, aunque vaya en contra de mis principios y mi personalidad, opto por callar y agachar la cabeza, y no porque esa mala pécora tenga la razón, sino porque no puedo perder mi trabajo y, sobre todo, no quiero que James tenga más problemas con ellos por mi culpa. Ya tiene suficiente con lo que acarrea. ¿Qué clase de padres olvidan el día que nació su hijo? En fin, Serafin...

Coloco los ojos en blanco antes de dirigirme al ascensor sin volver la vista atrás, sin ni siquiera mirarla a la cara. ¿Acaso se lo merece? No. No quiero quemar mis retinas con el fuego del infierno de ese demonio con bótox y pintalabios de Max Factor.

Tomo un taxi con el poco dinero que me queda y llego al hotel un rato después con cara de pocos amigos y los nervios todavía a flor de piel.

Daniel me espera en la puerta. Parece nervioso, también, casi diría que impaciente. No deja de pasarse la mano por la cabeza, acariciando ese pelo tan corto, casi de estilo militar. Ese tipo de cabellera que, para mi desgracia, acompañada de un buen partido puede ser mi perdición.

Pago la carrera y salgo del taxi mientras Daniel se aproxima casi corriendo a mi posición. Al llegar a mi lado me abraza como nunca lo ha hecho, acariciando mi pelo, como antes hacía con el suyo, y besando mi coronilla, como haría un... ¿novio preocupado?

—Beth, joder, no sabes lo preocupado que estaba por ti. ¿Estás bien? — Sus manos acarician mis mejillas mientras une nuestras frentes.

—Estoy bien, Daniel, no soy yo quien está en el hospital. Ahora ya estoy aquí y tenemos que trabajar. No quiero darles motivos a los señores Mathews para echarme, sobre todo, después de lo que le ha pasado a su hijo estando conmigo.

—No es ni mucho menos culpa tuya. Y me alegro de que no seas tú la que está ingresada.

Me gustaría decirle un par de cosas, puesto que me da la sensación de que se alegra de lo que le ha ocurrido a James. Y, sinceramente, si siguiera con la verborrea y lo insinuara aún más igual le aterrizarían dos buenas hostias, porque se le está poniendo una cara de aeropuerto que no puede con ella. Tiene todas las papeletas.

No espero a que la conversación avance inevitablemente al borde de la cagada por parte de ambos; decir las cosas en caliente puede llevarnos a cometer errores, y creo que ya se han cometido suficientes por mi parte desde que llegué a Francia.

—Aléjate de James. Es alguien que no te conviene. Te hará daño y no quiero que sufras. Si lo que necesitas es a alguien que te ayude, ya sabes que estoy aquí, no necesitas pedirle favores a nadie más. Y si lo que ocurre es que no quieres perder el trabajo, tengo amigos que pueden conseguirte cualquier cosa, además del hotel.

—Escúchame bien, Daniel, porque solo te lo diré una vez. Tú y yo nos llevamos bien, incluso podría decir, aunque hace poco que nos conocemos, que somos amigos, pero eso no te da derecho a inmiscuirte en mi vida privada. Te agradezco el consejo, sin embargo, seré yo quien decida quién me conviene y quién no en mi vida y la que escoja a las personas que quiero a mi alrededor, y si tengo que caer porque tengas razón será un aprendizaje que me servirá en la vida para madurar. ¿Estamos? —No espero para escuchar su respuesta. Me dirijo a mi habitación para ponerme el uniforme.

Salgo colocándome la chapa y es entonces cuando choco con alguien. ¿Un cliente? Alzo la vista y encuentro a una pelirroja típica de catálogo. De esas que usas de molde recortando sus caras y colocando una foto tuya de carné para sentirte *sexy*.

—*Excusez-moi*¹⁸. —Las clases de Daniel surten efecto poco a poco, no tanto las horas perdidas de sueño gargareando para conseguir junto a Daniel el tono perfecto.

—No está mal, aunque tu acento no es muy bueno, no engañas a nadie, mona. Y ahora, ¿hay alguien que pueda atenderme? Quiero la *suite* todo el fin de semana. —Asiento y, aunque es la típica pija de palo en el culo, doy gracias a Dior porque sabe hablar español y no debo exprimir al máximo mis

clases de francés con Daniel.

Caminamos hasta el mostrador y está desierto. Supongo que nadie se ha preocupado en suplir a los señores Mathews.

—Dígame, ¿la pagará al contado o con tarjeta de crédito?

—Soy clienta desde hace mucho tiempo del Saint Mathews. Pagaré al final de mi estancia a Amaya y Steven, ya que puede que me quede más, dependiendo de cómo se desarrollen los acontecimientos. —Asiento.

—Perfecto. Dígame su nombre para que pueda encontrarla en nuestra base de datos e inscribirla en la habitación que usted desea.

—Soy la señorita Mathews para ti. —Ups, no sabía que James tenía una hermana...—. Me conocen aquí, no te preocupes, soy de la familia. No habrá problema, aunque si quieres puedes llamar a Amaya.

—No será necesario, la inscribiré como reserva interna familiar y no habrá ningún inconveniente. —Tecleo el apellido Mathews en la *suite* y me planteo por un momento preguntar su nombre, pero con lo amable que es —véase la ironía— igual me echa a los lobos que seguro que tiene en su mansión de los horrores encerrados.

Así que decido poner familia Mathews y ya se apañarán. Al fin y al cabo, no soy la recepcionista del hotel y parece que aquí todo el mundo se ha desentendido del asunto dejando a la novata sola ante el peligro. Salgo de la recepción y me encamino hacia el ascensor para llamarlo, dispuesta a darle un buen servicio a la hermana de James, cuando esta se acerca con cara de haber tomado vinagre.

—Toma. —Coloca una bolsa pesada en mis brazos y deja su maleta de ruedas en uno de los lados—. Llévalo a mi habitación y si eres buena y lo dejas todo arreglado y decorado con flores para cuando vuelva, te daré unos céntimos para que puedas comprarte unos caramelos. Yo tengo que salir, pero volveré pronto. Deja nota de que a las siete me suban el menú del día. Adiós.

Coloca la tarjeta de su habitación sobre la bolsa que sostienen mis manos y mueve su raquíptico culo en dirección a la puerta del hotel. Y yo..., atónita, en estado de *shock*, así me quedo. ¿De qué va la Barbie pelirroja? Coloco los ojos en blanco y resoplo. Por muy hija de —ojo, de Mathews, que sé que has pensado lo otro— que sea, no tiene derecho a tratar así a nadie. Si sigue por ahí, igual le arranco las extensiones y se las pongo de decoración a ese menú que ha pedido.

Mala pécora...

Subo a la *suite* y dejo las maletas de mala gana en el suelo, a un costado de la cama. Que lo coloque ella con esas manos de largas uñas postizas de color burdel, perdón, quería decir burdeos, o quizá no... Con suerte, del sobresfuerzo al que se someterá por coger unas bragas, hasta puede que se rompa alguna.

Vuelvo rápidamente a la recepción. No hay ni un alma; parece que hoy va a ser un día flojo. Maldito jueves. Hoy estoy que maldigo hasta a un moco, pero es que Misifú me ha puesto como una moto, en el mal sentido, claro.

Y es entonces cuando se me enciende la bombilla. Vale, soy un poco zorra, pero ella se lo ha buscado con creces.

Camino hacia la cocina y veo a Daniel hablando con el chef en francés, lo que equivale, en mi caso, a no entiendo ni papa.

—Daniel, necesito que le digas al chef que la señorita que se hospeda en la *suite* desea el menú del día a las siete, y lo quiere muy picante. Lo ha pedido de ese modo expresamente, así que dile que no escatime en echar todo tipo de productos picantes. —Daniel solo asiente e informa a su compañero de charla, el cual también asiente en mi dirección y se dispone a seguir cocinando, dejándonos a Daniel y a mí en un solitario e incómodo momento.

—Beth, deberíamos hablar de lo que ha pasado antes. —Yo resoplo. Es como dar vueltas a una rotonda, nunca se llega a ningún lado.

—Daniel, creo que ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir. Deberíamos seguir trabajando, aún hay huéspedes en la zona de la piscina que deben ser atendidos.

—Está bien, pero cuando estén todos servidos, tú y yo vamos a hablar, ¿vale?

—Claro. Así lo haremos.

Me marcho en dirección a la recepción. Ahora que no hay nadie, debo hacerme cargo del puesto, pues ni un alma se ha dignado a mover su fofo trasero para venir aquí y atender a los futuros huéspedes que, al fin y al cabo, son los que pagan nuestros sueldos.

La puerta se abre y tras ella aparece alguien que me es familiar y que no esperaba ver en este lugar. Sin duda, como decía Rubén Blades, la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ¡ay, Dior! —Bueno, es Dios, pero qué más da).

—Hola, Joe.

—Lise. —Asiente—. Vengo porque olvidaste algo en el coche y me

pareció que era importante que lo recuperaras.

Me entrega una pequeña bolsa mientras los engranajes de mi cabeza van a velocidad máxima para averiguar qué contiene en su interior antes de abrirla, pero parece que se han atascado las tuercas. Resignada, abro la bolsa y me encuentro la PDA que James me entregó el primer día de trabajo para organizar citas, conferencias, reuniones, salida de los números de las revistas, temas a tratar y blablablá.

Cojo la PDA y devuelvo la bolsa a la imperturbable chófer de James.

—Muchas gracias por haberte tomado tantas molestias, Joe. Ni me había dado cuenta de que la había perdido. Menos mal que James no se ha enterado.

—Bueno, respecto a eso...

—Dime que no le has dicho nada, por favor... —suplico. Si se entera me echa fijo por despistada.

—En realidad sí lo he hecho. Iba en dirección al hospital para ver cómo se encontraba y de camino escuché un sonido raro en los asientos traseros. Era un bombardeo de *mails*. No quería mirar, pero al ver el nombre de James en la pantalla, pensé que quizá le ocurría algo grave y lo llamé. James me pidió que te la trajera. Imagino que tendrás miles de *mails* en ella. A él le gusta tenerlo todo bajo control y que tú sepas toda su agenda es un soplo de tranquilidad para él.

—Muchísimas gracias por todo, Joe. —Salgo para darle un achuchón. Es la única mujer que conozco en Francia a la que entiendo cuando habla, así que estaría bien que pudiera llegar a ese corazón que se empeña en acorazar por encima de todo.

Para mi sorpresa, responde a mi abrazo y siento calidez, esa que se ha colado por una grieta de la coraza y ahora supura por cada uno de sus poros.

No pasa mucho tiempo hasta que se separa y con una sonrisa en los labios, despidiéndose con la mano sin mediar una palabra, se marcha de vuelta al coche.

Me quedo en la recepción, a la espera de nuevos clientes, ya que nadie se ha dignado a suplirme. En fin, luego dicen que hay paro... El teléfono suena entonces y me sobresalto. Joder, si ponen el tono más fuerte me quedo sorda de por vida. Número oculto. Típica situación de película de terror a lo *Scream*.

—¿Diga?

—¿Lise? —Creo reconocer la voz de James. ¿Quién sino me llamaría así?

—¿James? —pregunto para corroborarlo.

—Sí, preciosa, soy yo. Mi móvil se quedó sin batería, así que te estoy llamando desde el de mi madre. Intenté contactar contigo desde la PDA, bombardeándote a *mails*. Suerte que Joe los oyó y me llamó.

—Sí, ella ha venido a traérmela. Acaba de irse.

—Perfecto. He tenido que llamar a la oficina para que me dieran tu teléfono. —Ríe por lo bajo—. Mi madre no te tiene en la agenda. —Ni parece querer tenerme, por lo que veo...

—¿Estás mejor?

—Para eso te llamaba. Quería agradecerte lo que has hecho por mí y decirte que ya he salido del hospital. Estoy mejor que nunca. La verdad es que me gustaría compensarte por la comida que te he arruinado, pero, en este caso, cena. Prometo que esta vez no tomaré pastillas. —Ríe con ganas y la verdad, para qué mentir, hace que en mi rostro aparezca una sonrisilla tonta. Ojo, no porque me guste cómo ríe, a modo troglodita, sino porque me agrada que se tome con humor lo sucedido y que, además, quiera verme.

—La verdad es que yo..., bueno..., antes de saber qué iba a ocurrir, organicé algo para tu cumpleaños. Esta noche. Pero entiendo que, después de lo ocurrido, estás cansado y no te apetece más plan que meterte en la cama y recuperarte.

—Nada más lejos de la realidad, Lise. ¿A qué hora dices que pase a recogerte? —Y, sí, no nos engañemos, mi sonrisa se ensancha y la emoción lo inunda todo.

—¿Qué te parece a las diez?

—Me viene perfecto. ¿Ceno antes en casa?

—No, cogeremos algo por allí.

—Perfecto, preciosa. La verdad es que estoy algo nervioso y emocionado. Es la primera vez que me preparan una cita a mí y no al revés. —¿Cita? Sí, eso sin duda es lo que parece—. Ahora, tengo que dejarte, aunque no desee hacerlo. Ya sabes, es el teléfono de mi madre y su cara de mosqueo me da una ligera idea de lo que me espera si no se lo devuelvo. Como si no hubiera tenido ya suficiente hoy...

—Tranquilo, nos vemos luego. Me alegro de que estés mejor. Adiós, James. —Y cuelgo el teléfono sin esperar respuesta. Lo último que quiero es que Amaya le ponga cara de pedo a él también.

Reviso el ordenador para comprobar que todo esté correcto y cargo en la

cuenta de la *suite* la cena con sorpresa. Ya se apañarán los padres de James con su hija. Mi sonrisa de «malota» aparece sin poder evitarlo. A veces la vena vengativa se adueña de mi ser.

Daniel se acerca entonces con cara apesadumbrada. Sé que estaba preocupado por mí y con todo lo que me está ayudando no se merece que estemos tensos y distantes en el trabajo.

—Daniel, ¿tienes un momento?

—Claro. Dime, ¿qué ocurre?

—No quiero que estemos mal, tensos, y que eso afecte a nuestro trabajo. En el poco tiempo que llevo aquí te has convertido en mi mejor amigo en estas tierras y no quiero perderte por unos estúpidos celos, ¿vale?

—Sí, de ello quería hablar contigo. Siento mucho cómo me he comportado antes. Es que James y yo no tenemos una relación lo que se dice cordial.

—¿Por qué? —le pregunto intrigada.

—Algún día te lo contaré, pero no hoy ni aquí. Verás que las cosas no son tan bonitas como las pintan y que mis consejos no son interesados. Simplemente te los doy porque me gustas y no quiero que te hagan daño.

Asiento sin saber bien qué decir, y no porque me quede atontada como una quinceañera, sino porque simplemente me he quedado en ese «me gustas» y de ahí no hay quien me saque nadie. Joder, no todos los días se escuchan esas dos palabras de la boca de un chico de muy buen ver, bueno no, de demasiado buen ver. Quizá no es un Pitt, pero ¿a quién coño le importa Pitt teniendo un Johnson rejuvenecido y picarón? A veces eso humedece más que mil Pitts con una manguera —la literal, mal pensado... ja, ja, ja—.

—¿Qué te parece si cuando acabemos nuestro turno nos vamos a tomar un tentempié a algún bar o cenamos juntos y así podemos hablar tranquilamente de lo ocurrido y arreglar esta situación? No quiero estar así contigo, me siento mal. Déjame compensarte mi comportamiento de cavernícola celoso.

—Me encantaría poder tener esa cita contigo para hablar las cosas y que el agua vuelva a su cauce, pero la verdad es que ya tengo planes. Hoy era, bueno, es el cumpleaños de James y prometí celebrarlo con él esta noche en un concierto al aire libre.

—Por supuesto, cómo no. Se me ha colado de nuevo...

—Daniel, no empecemos, por favor.

—Espero que te diviertas mucho en tu querida cita —y ese «querida cita» lo dice con recochineo.

Hago oídos sordos y subimos en nuestro descanso a la sala para personal, donde nos dedicamos a nuestra clase de francés particular.

—*Voulez-vous sortir avec moi demain?* —Me quedo con cara de no entender ni papa.

—¿*Comor?*

—¿Quieres salir conmigo mañana? El fin de semana libramos ambos y me preguntaba si podría convencerte para secuestrarte el viernes noche y el fin de semana para que vivamos mil aventuras.

—¿Por qué no? Podría ser divertido y conocería más la zona. Quizá me sirva para escribir el artículo.

—¿Qué artículo, Beth? —me pregunta confuso.

—Si quiero pasar a ser empleada al uso en la entrevista y no becaria, tengo que escribir un artículo donde debo recrear la cita perfecta en la que aparezcan planes de ensueño y los restaurantes adecuados para la ocasión. El éxito de ese artículo decidirá mi destino. Quedarme o no quedarme, que empiece el juego —imito la voz de *Saw* en esta última frase.

—Siento decirte, pequeña, que no le llegas a la altura de los zapatos a *Saw*, pero reconozco que la voz a lo cinta de video macabra la clavas. Entonces adjudicado, el fin de semana aventurero para la señorita. Tú ganas en relación con el artículo y yo lo hago en pasar un rato a tu lado. Todos conseguimos lo que queremos, ¿no?

—Me parece perfecto, Daniel.

—Arreglado entonces. Ahora no hagas planes, que nos conocemos. El fin de semana eres solo mía, de nadie más. —Sé que lo dice por James, sobre todo, eso de «eres solo mía». En realidad, no soy de nadie, nada más que de mí, pero, por una vez, le dejaré ganar porque ha sonado muy *sexy*.

Pasamos la tarde entre risas, palabrejas y más de una travesura, todas de la mano de Daniel, por supuesto. Hasta se atrevió a meterle un pequeño bollo de pan a una anciana que llevaba un mono al cual le había apodado —Daniel, cómo no— el Nido de las Hurracas. Sé que no ayudaba mucho que la mujer tuviese la nariz aguileña y que llevara siempre un palo metido por el culo. Cuando quise reprender a Daniel, demasiado tarde, me dijo que debía alimentar a los polluelos como buen protector de la naturaleza. Y yo no pude hacer otra cosa que reír, total, el mal ya estaba hecho. Al menos la señora, cuando se diera cuenta, tendría un buen chusco de pan para merendar mientras ahogaba sus penas. La verdad es que la mujer tenía un trago y, como notó

Daniel al inicio de tan divertida tarde, esa mujer tenía un mostacho equiparable al de Cantinflas. Con uno solo de esos pelos podría atar una bolsa de pan Bimbo.

Camino hacia la habitación cuando mi turno termina. La verdad es que ha sido intenso. He tenido que cubrir ambos puestos, tanto la recepción del hotel como el servicio de cenas. Daniel me ha ayudado en lo que ha podido, pero tenía que coordinar a todos los camareros. En resumen: he estado más sola que la una con un montón de faena a la altura de la torre de Pisa —o quizá aquí sea más apropiado la torre Eiffel— y para colmo acabo de ver de soslayo entrar a los padres de James con cara de haberse metido un pepinillo, y no precisamente por la boca. Sé que cuando salga por esa puerta se pegarán a mi culo como garrapatas a los perros y me harán el tercer grado de nuevo, sobre todo si descubre Amaya que su hijo me ha llamado con su móvil.

Quizá si salgo por la puerta trasera..., la de las basuras..., pase inadvertida.

Tras arreglarme, me pongo unas gotas de *La vie est belle* de Lancôme — básicamente porque la marca paga un dinero para que haya muestras en los baños del hotel. Técnicas de *márquetin* supongo—.

Salgo de la habitación sin hacer ruido y me quito los zapatos, quizá así pase desapercibida y no se enteren de mi presencia cuando desaparezca de estas cuatro paredes, y con «alguien» me refiero a Steven y Amaya Mathews.

Camino de puntillas en dirección a la salida trasera, conteniendo la respiración, y es entonces cuando, al salir del ascensor, me encuentro de cara con Daniel. Coloco el dedo pulgar en los labios. Como se atreva a decir mu sobre mi salida morirá entre terribles sufrimientos. Asiente entendiendo la amenaza de muerte no solo en mi dedo pidiendo silencio, sino en mis ojos asesinos inyectados en sangre. Vale, quizá me estoy pasando un poco de peliculera, pero, oye, una le pilla el gustillo y no hay quien la pare. Tanto ver películas a lo Meryl Streep no puede ser bueno.

Camino en dirección a la salida trasera y es entonces cuando, al girar la esquina, veo a Steven esperándome en la puerta. Já, no te lo crees ni tú, Lisbeth. Creías que te ibas a librar. Sigue soñando...

—¿Dónde se supone que vas, Beth?

—Estoy fuera de mi horario laboral y con mi tiempo libre puedo hacer lo que considere oportuno sin tener que dar ningún tipo de explicación.

—¿Vas con mi hijo de nuevo?

—Repito, no es asunto suyo.

—Todas sois iguales, lo engatusáis con falsas promesas y después lo dejáis tirado como a un perro. ¿Es por el dinero? ¿Cuánto quieres por dejar de verlo, por borrarle de su vida?

—Señor Mathews, puede coger ese fajote de dinero que pretende darme, hacer un rollo bien gordo y atarlo con una goma, y cuando esté bien duro y compacto metérselo por su fofo y asqueroso culo. —Sonríó falsamente y hago una pompa con el chicle que tengo en la boca—. Y si, por casualidad, está pensando en despedirme, yo que usted no lo haría. Puedo hablar con Recursos Humanos y decirles que me ha estado extorsionando y me ha propuesto mantener relaciones sexuales aprovechándose de que es mi superior. Que pase una buena noche, señor Mathews. —Sin esperar respuesta alguna, salgo por la puerta trasera dando un sonoro portazo.

Rodeo el hotel para llegar a la entrada, donde me pongo los zapatos. El coche de Joe está allí. ¿Me habrá venido a buscar ella para llevarme a algún lugar o habrá venido a traer a James?

Al acercarme, la ventanilla del copiloto desciende y veo a James al volante.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —Me acerco a la ventanilla, a lo *Pretty Woman*.

—Pasaba por aquí y he pensado que, quizá, el amable caballero que parara por esta zona podría llevarme a algún lugar en su flamante coche. —Sigo con el juego.

—Ha tenido usted suerte, señorita. Podría pasar cualquiera por aquí, incluso hierirla, pero yo no haré tal cosa. Suba a mi coche y la llevaré donde usted desee. —Continúa con el juego y a mí se me escapa una sonrisilla disimulada.

—¿Y si quiero que me lleve al fin del mundo? —digo sin pensar y al segundo me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo.

Bueno, siempre puedo decir que es que estaba totalmente metida en el papel y arreando. Cuela, ¿no? Venga, apóyame un poco, porque es hacerme la loca o que el suelo me trague, y eso solo pasa en series de bajo presupuesto, pésimos actores y escasas ideas. Lo único que comparto con ellas es el bajo presupuesto.

Voy guiando a James por las diferentes calles, no porque yo sea aquí la más lista del pueblo, sino porque el GPS me va chivando, si no de qué.

Lo llevo hasta la zona, pero no hasta el lugar en concreto y le pido que meta el coche en uno de los párquines de pago de la zona. Bueno, aunque James pague unos eurillos de parquin el día de su cumpleaños no pasa nada, ¿no?

Caminamos hacia el exterior y mi acompañarte parece nervioso. Se frota la nuca disimuladamente y puedo ver gotas de sudor perlado su frente. ¿Y si no está tan bien como los médicos creen? Quizá no se ha recuperado de la intoxicación. Se lleva una de las manos a la frente para retirar de esta los restos de sudor.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupada.

—Hace calor esta noche. Es solo eso, estoy perfectamente, no te preocupes. —Me mira guiñándome el ojo.

Deja caer la mano de su frente y, sin que ninguno de los dos lo busquemos, la suya acaba sobre la mía. Ambos miramos la mano sin decir nada y, cuando voy a retirar la mía, él entrelaza los dedos aferrándola.

—Princesa, deberíamos cogernos de la mano, no vaya a ser que me pierda. Al fin y al cabo, no sé dónde voy.

—Está bien. —Y no sé si es una excusa barata o realmente lo piensa.

Andamos de la mano hasta que, al acercarnos al epicentro del concierto, los primeros acordes de la guitarra y la batería empiezan a envolverlo todo. James me mira ojoplático y sonrío como un niño antes de abrazarme con una ternura que desconocía. No pasa mucho tiempo hasta que nos separamos para caminar hacia la multitud para disfrutar de un concierto que promete mucho.

—¿Cómo sabías que me gustaba Mika, Lise?

—Digamos que una tiene sus trucos. —Sonrío fingiendo que sí sabía que le gustaba, porque siempre queda mejor que decir que ha sido chiripa porque buscaba algún plan que no costara un duro porque soy más pobre que las ratas.

Me coge de la mano con más fuerza y tira de mí para acercarnos más al escenario, que está rodeado de cientos de fans enloquecidos. Veo algún que otro sujetador e incluso bragas —por amor de Diorrrr—. Ni que fuera un concierto de Justin Timberlake. A ese sí le tiraba yo hasta el tanga de los domingos.

Al fin llegamos al borde del escenario y empezamos a contonear levemente nuestros cuerpos al son de la música hasta que James para y me mira a los ojos, sujetando mi barbilla muy suavemente.

—Señorita, ¿me haría el honor de bailar conmigo esta canción? —Asiento

con una sonrisa en los labios.

Una melodía más lenta se adueña entonces del espacio que nos rodea y James envuelve mi cintura con sus brazos y me acerca a él, demasiado. Hasta siento el boom boom de su corazón, como dice Bisbal.

Inconscientemente, apoyo mi barbilla en su hombro y es entonces cuando lo huelo. Mi perdición. ¿Por qué? No debió hacerlo. Lleva lo que yo llamo mi talón de Aquiles. Invictus. La colonia que me vuelve loca. Veis, hay gente que, literalmente, moja braguita con dioses del Olimpo, yo lo hago con esta colonia. No es tan incompresible, técnicamente la colonia es un líquido y moja más que un tío. En fin, que desvarío... Es el olor que se mete en mi cabeza y me hace decir gilipolleces. Es lo que llamo el efecto setas alucinógenas.

Y es entonces cuando, desgraciadamente, se oye rugir al león de la habana, o séase, mi estómago. Basta decir que hasta James se ha dado cuenta. No es que tenga un oído hiperdesarrollado, sobre todo porque la música es notoriamente superior, sino porque al estar tan pegados, piel con piel, debe sentir esas vibraciones de estómago, como cuando los gases empiezan una lucha titánica dentro de ti por escapar —he ahí el famoso pedo trompetero interminable—.

Ahora, tras el incómodo silencio por el gruñido estomacal, lo miro con los mofletes más colorados que la bandera de Japón —lo sé, se suele comparar con otra cosa— y él, con una tierna sonrisa me mira compadeciéndose de mí y acerca sus labios a mi oreja —y lo digo así porque suena más sensual y porque me da la gana ja, ja, ja—.

—¿Vamos a llenar esa barriga gruñona con deliciosos manjares? —me lo dice con voz sensual y ese aliento que entra en mí calentándome a fuego lento.

No quiero cagaditas de pato en medio del plato, no es lo mío, hago una barrida al lugar y en un lateral, casi escondido, como si sintiera vergüenza, un puesto de perritos calientes asoma la cabeza. Las luces de neón llaman al león que llevo dentro, deseoso de hincar el diente a lo que pille por el camino.

—Tengo una idea mejor. —Tomo su mano y camino ligera en dirección al puesto donde, un más que solícito hombre Frankfurt —con un traje a lo Capitán Salami— prepara bocadillos. Ahora entiendo por qué se escondía. Por vergüenza.

James mira los perritos calientes y luego me mira a mí. No sé si es que tiene hambre o, al igual que con el chico del puesto, también a mí me ve como un perrito caliente, pero se relame como un gato a punto de devorar la lata que

su dueña le está ofreciendo.

Pedimos tres, dos para él y uno para mí, con patatas fritas y bebida. ¡Viva la dieta! —Y lo que echo yo de menos la del cucurucho...—.

Nos alejamos momentáneamente del concierto, porque comer entre empujones de fans eufóricos como que no apetece.

Hay montañitas verdes con arbolitos repartidos por el lugar, ya que se olvidaron de poner bancos —manda narices...Y yo que iba a venir aquí con el de los collares...—.

—Allí parece un buen lugar. Podemos seguir disfrutando del concierto en la lejanía mientras devoramos el Frankfurt —dice con este acento tan gracioso.

—Los Frankfurts en tu caso —le rectifico.

—No me corrija, señorita *Martinesss*... —Otra vez con la maldita ese. Si sigue así, le corto la lengua.

Nos dejamos caer, mientras charlamos, en el mullido césped y siento un ¡plof! ¿Me he tirado un pedete de princesa muerta —como dice David Guapo — y no me he dado cuenta?

—Mierda —digo por lo bajo. Y sí, es exactamente lo que ha pasado. Me acabo de sentar en una plasta bien blandita —al estilo flubber— de ¿perro? ¿Caballo? ¿Dinosaurio?

Me hago la loca —que se me da muy bien—, roja como un tomate, y muerdo el bocadillo mirándolo. El perrito mordido se apiada de mí y deja que lo engulla entero para que, al tener la boca completamente rellena de él, no pueda decir nada que pueda avergonzarme todavía más.

—Lise, creo que huele un poco mal. ¿Tú también lo hueles o son cosas más? —¡Mierda, mierda, mierda!

—No, yo no huelo nada. —Trato de disimular mirando al cielo.

—¿Estás segura? Bueno, supongo que será que tus pastillas me han atrofiado el cerebro. —Intento darle un codazo con tan mala suerte que me impulso y eso provoca que me escurra, resbalando unos milímetros, lo suficiente como para que el excremento deje huella, literalmente, en mi pierna desnuda —quién me mandaría a mí ponerme un vestido...—.

—¿Estás bien? Levanta, que estoy seguro de que te has manchado. —Acertaste de pleno, justo en el centro donde, curiosamente, también se ha instalado la masa marrón y olorosa de mierda que se ha pegado a mi pompis.

—No quiero levantarme.

—Anda, no digas tonterías, ven. —Se levanta y me tiende la mano.

—No quiero, de verdad. Por favor...

—Estás muy rara. Ven. —Y sin previo aviso, tira de mi mano y me levanta. Estoy segura de que, en este preciso instante, un tomate a mi lado tendría las de perder en lo que a potencia de color se refiere.

—¡Buf!, el olor es cada vez más fuerte, Lise.

—Lo sé.

—¿Tú también lo hueles?

—Sí, porque la que huelo soy yo.

—¿Tú? —Me giro y señalo mi trasero ante la atenta mirada de James.

—*Oh, la la. Merde.*

—Sí, *merdé pastelosé.*

—No te preocupes, lo arreglaremos. —Se quita la americana y me la ata de la cintura.

—Pero se te manchará.

—Eso no importa, para eso está la lavadora, no quiero que te sientas avergonzada en nuestra primera cita ni que tengas un recuerdo malo de este día. Iremos a la tienda de *merchandising* que hay al fondo y compraremos una camiseta de Mika y algo para cubrir abajo. ¿Te parece?

—Sí, por favor. La verdad es que no he conocido a nadie como tú, que se comporte así conmigo en vez de abochornado por ser gafe, que me cuide pese a todo o que no le importe que manche su americana de mierda de perro.

—Me preocupan las cosas que no tienen solución. Esto es una minucia que le puede pasar a cualquiera.

—Te aseguro que si le tiene que pasar a alguien será a mí. Soy un imán de la mala suerte.

—¿Sabes lo que creo?

—Dime.

—Creo que hay que disfrutar de los momentos que te da la vida y que, aunque haya impedimentos, convertirlos en nimiedades, porque solo hay que valorar y luchar por lo que realmente es importante. Por ejemplo, situaciones embarazosas —y coloca una mano extendida, versus persona especial por la que vale la pena luchar. Coloca la otra mano como si ambas formaran una balanza—. Para mí, la primera es una pluma y la otra un diamante. ¿Entiendes mi punto de vista, Lise?

—Eso es hermoso, James, claro que lo entiendo.

Nos acercamos disimuladamente al puesto de *merchandising* y James compra un gran pañuelo con la bandera de Francia y una camiseta con la carátula del último disco de Mika.

Me coloco en la parte trasera del puesto, donde solo la soledad y el frío de las calles me acompañan. No hay ni un alma. Levanto mi falda mientras me coloco bajo ella el pañuelo con la bandera de Francia. Me deshago de la americana de James y rápidamente —sí, como si fuera la prima cercana de Flash— me saco el vestido por la cabeza para acto seguido colocarme la nueva camiseta. La verdad es que no me siento tan mal como esperaba, aunque parece un *look* veraniego, sobre todo analizando el lugar en el que estamos y su clima monótono y húmedo —sí, no es solo todo lo que reluce en estos lares, aquí te mojas más que viendo el anuncio de Invictus—.

Cuando salgo de nuevo y me acerco a James, este trata de coger su americana, que ahora descansa en mis brazos, pero yo me niego, girándome rotundamente. Mejor la llevo yo, no quiero que huelga a mierda hasta el juicio final.

—Yo la llevaré, no te preocupes. No quiero que este percance te arruine el concierto, así que, ¿por qué no volvemos allí y disfrutamos de las últimas canciones? —sugiero para no acabar arruinando aún más su día de cumpleaños.

—Claro, princesa, aquí no ha pasado nada. —Me guiña el ojo sonriendo de una manera que me hace cosquillear hasta las entrañas.

El concierto se acaba entre vítores, aplausos y alguna que otra prenda femenina y, atentos, masculina. James y yo nos miramos aguantándonos la risa hasta que acabamos explotando, lagrimilla incontinida incluida.

Poco después estamos de vuelta en el hotel, aún con la sonrisa en los labios, que no conseguimos borrar ni con tìpex. Y es entonces cuando James pronuncia las palabras solemnes, que marcarán un antes y un después en nuestra relación, o eso creo yo.

—Lo que Mika unió, que no lo separe ningún otro. Gracias por el maravilloso regalo de compartir tu tiempo a mi lado esta noche. —Y besa el dorso de mi mano antes de dejarme ahí, sola, en la puerta del hotel con una falda improvisada a lo francesa y una camiseta de Mika a lo fan obsesiva. Quién me diría a mí que estas cosas me pasarían al llegar a Francia. No me lo creo ni yo.

Entro todavía un poco patidifusa. La verdad es que aún me hacen falta esas

dos tortas que se van en las películas cuando la protagonista se queda modo apavada-embobada por el chico guapo de turno.

Camino como un espectro hacia mi habitación, con los zapatos en la mano, por eso de no hacer ruido para no despertar al personal: ante todo la educación. Vale, me has calado, quien no quiero que me oiga es Daniel, pero es que un cuestionario a estas horas de la noche, con esta ropa, con el vestido lleno de mierda en una mano, en la otra los zapatos cubiertos de barro y hierba, y con cara de pánfila, como que no me apetece que me vea, prefiero una situación menos deplorable a poder ser. Si puedo elegir...

Entro en el cuarto y echo el vestido en el bidé. Para quien no lo sepa, le diré qué es un bidé. Dícese de ese extraño recipiente ovalado que, básicamente, se usa para lavarte la..., a ver cómo lo digo..., almejita —así es como lo llama mi madre, me lavo las manos, ehh— o el gusano —también culpa de ella—, pero que realmente se suele tener de decoración porque nadie en su sano juicio a día de hoy lo usa, me refiero gente de mediana edad, los ancianos le dan un uso que no veas, ahí lo dejo —yo es que soy de las que apuestan por la ducha y no por lavarse por partes como si fueras un puzle, una pieza por día—.

Ahora, ya limpia, tras una ducha rápida, me acerco a la cama para meterme en ella y dejar que el sueño me envuelva, o mañana no me va a levantar ni una grúa para volver a la oficina junto a James. Cada vez estoy más cerca de la cama y, obviamente, como soy tan inteligente —véase la ironía— y he dejado la luz apagada para no molestar al resto de los huéspedes, como si acaso alguno de ellos viera la luz de mi cuarto, no calculo bien y me doy el golpe de mi vida —por no decir una palabra malsonante, como si a estas alturas me importara...— en el dedo pequeño del pie; ese delicado ser que, haga lo que haga, siempre recibe las peores torturas —peores que las de *Saw*, sin duda— causadas por esquinas de muebles, puertas, patas de mobiliario, etcétera. En resumen: ¡Au!

Hago de tripas corazón, qué remedio, y me meto en la cama, con el dedo mutado a morcilla y berenjena a la vez, encogido en un intento de desaparecer de este mundo para que no lo lastime más.

¹⁰ Buenos días, señor Ulliel.

¹² Buenos días, señora. Encantado de conocerla.

¹³ Lo siento. No hablo francés. ¿Hablas inglés?

14. Sí.
15. Perfecto.
16. ¡Hay que ver...! ¡Anda que...!
17. ¿Es usted familiar o pareja?
18. Perdóneme.

Capítulo 4

Citas de altura

No sé cuándo cerré los ojos, solo sé que el despertador suena como si no hubiese un mañana, y eso es lo que no habrá si pierdo el empleo por llegar tarde.

Me visto, me aseo, uso al señor roca —no quiero dar más detalles— y cojo carrerilla. Bajo las escaleras y al llegar al vestíbulo, Daniel me está esperando con un vaso de café para llevar y una berlina, la cual me mete en la boca, y coloca el café en mis manos.

—Gracias, guapetón, eres mi ángel. —Beso su mejilla con una sonrisa en los labios.

—Acuérdate de que esta noche tenemos una cita. —Asiento mordiéndome el labio.

—¿Y dónde se supone que vas a llevarme, Daniel? —le pregunto curiosa. Vale, lo confieso, soy la persona más cotilla que existe en la faz de la Tierra. Hasta los de *Sálvame* son menos cotillas que yo.

—Es una sorpresa y no pienso soltar prenda, así que si intentas sonsacarme algo estás perdiendo el tiempo.

—Aguantaré la tentación —le aseguro antes de salir corriendo, que me pilla el toro.

—Vale, sé buena. —Oigo en la lejanía, pero ya no puedo pararme más.

He llegado al trabajo con la lengua fuera, literalmente. Es lo malo de correr con tacones, que haces el doble de esfuerzo para recorrer la mitad de la distancia. En la recepción, la Barbie *made in China* me saluda falsamente, sí, chata, se te nota a leguas. Entro en el despacho y, como viene siendo habitual últimamente, James no está. Es lo bueno de ser el jefe, si te quieres quedar un rato más en la cama y así escaquearte un poco del trabajo, puedes hacerlo sin temor a las represalias.

Me dirijo a mi mesa y, en la pantalla del ordenador, veo un pósito azulado con una breve nota escrita de puño y letra de James. En ella se me cita a una hora concreta, en un lugar concreto y me insta a que lleve impresos tres dossieres con los presupuestos de la revista. Todavía tengo dos horas hasta la

reunión, así que me dedico a estudiar la alta sociedad francesa, esa que da nombre a esta revista, y me concentro en hacer una introducción al artículo que decidirá si me quedo o no en esta revista, y la verdad es que quiero quedarme, no solo por el dinero, sino porque estoy a gusto y he conocido a personas maravillosas —pocas, para qué nos vamos a engañar, y los padres de James, por supuesto, no entran en este *pack*—.

Acabo la primera parte del artículo y, al hacer un parón, veo que apenas me queda una hora para llegar al restaurante donde he sido citada. ¿Tanto tiempo he pasado para escribir veinte miserables líneas? Bueno, quizá unas pocas más.

Busco el dossier de presupuestos y cojo las hojas que necesitamos para ofrecerlos a los potenciales patrocinadores. Me acerco a la fotocopidora y coloco los papeles en la bandeja para que esta los absorba, cual aspiradora, pero no hace nada, la maldita se queda ahí quieta como si estuviera dormida. No paro de darle al botón verde y no hay manera. ¿Qué demonios le pasa? Me apoyo sobre ella y trato de apretar el enchufe, por si está flojo y por eso no funciona bien. Lo empujo con todas mis fuerzas y la máquina empieza a hacer todo tipo de luces y ruidos, por lo que me salgo de encima de la misma y programo una copia de cada uno de los documentos que ahora mismo la bandeja, también llamada chupadora de papel, hace desaparecer para escanearlos y generar unos nuevos.

Los agrupo por carpetas con rapidez, pues llego tarde. Quién me mandaría a mí enfrascarme en el artículo, dejando que las horas corriesen en mi contra... Cojo el bolso junto con las carpetas y el pósit y camino en dirección al lugar que, tal y como me ha chivado Google Maps, no está muy lejos de la oficina.

El restaurante parece caro, pijo, de esos que yo siempre digo que ofrecen cagaditas de pato, nada que ver con el Frankfurt de anoche, eso sí que es comida de verdad —vale, estoy exagerando, pero es que amo la comida rápida, es otra de mis debilidades, junto con la china—.

Me recoloco bien la ropa después del paseo y entro por la puerta. Enseguida localizo a James. Es imposible no reconocerlo entre la multitud. Impone y pone también. Me acerco a la mesa mientras lo noto observándome y frente a él, de espalda, veo una cabellera larga, por lo que deduzco que: o la representante de la nueva firma es una mujer o un hombre con la melena a lo Sandro Rey —«pelaso»—.

—Buenas tardes, siento el retraso. —Vale, no he llegado tarde, pero siempre queda bien, sobre todo, en las películas. Me siento saludando a James con un guiño y cuando me giro extendiendo mi mano para saludar a la mujer, me doy cuenta de que es la hermana de James, la de la *suite* del hotel.

—Vaya, eres igual de ineficiente en todos los lugares donde nos encontramos. Pongámonos manos a la obra, tengo bastante prisa. —Y volvió de nuevo Miss Pepino en el Culo.

Alzo la ceja, pero no digo nada, paso de hablar con personas aneuronales, además es la hermana de mi jefe que, como ya sabes, está a mi lado. No quiero armar el pollo padre delante de James. Si me comporto de manera profesional en esta supuesta reunión de trabajo, quizá gane puntos de cara a quedarme en la empresa.

—No sabía que usted iba a ser la representante de los productos de belleza Peau Parfaite. —Bueno, yo pronuncio algo así como Pu Parfet, dirigiéndome a la Miss.

—Tu francés no ha mejorado mucho, para serte sincera. Pero bueno, realmente no he venido aquí para evaluarlo. Vamos al grano. La firma quiere invertir once mil euros en publicidad en los primeros cinco números, para ello buscamos que no sea agresiva, pero que tampoco pase inadvertida. En este número, además, como promoción directa se ofrece una muestra de crema facial y una laca de uñas como obsequio para que se comprometan con la marca. En el número siguiente daremos un cheque regalo, y así un obsequio cada mes de tal modo que nos aseguremos clientes potenciales. Queremos saber si la revista puede comprometerse con este gran proyecto, el cual esperamos expandir tanto por diferentes sedes en el mundo como en publicidad de diferente índole.

—Por supuesto, somos una revista seria, como ya sabes. Nos encargaremos de buscar el mayor rendimiento posible para que la inversión sea productiva para ambos.

—¿Era necesario que te trajeras a tu perro flauta, James? Creo que somos mayorcitos ya para hablar las cosas sin necesitar un mediador.

—Ella está aquí porque es mi secretaria personal y mi compañera de trabajo.

—Vaya, qué interesante.

—Lisbeth, ella es la representante, como ya sabes, de Peau Parfaite, pero es algo más. —Claro, machote, ya sé que es tu hermana, la he tratado en el

hotel, aunque creo que no ha salido el tema por motivos obvios.

—Yo soy su mujer —acaba su frase por él.

¿¿Qué?! ¿Pero qué coño...? ¿No era su hermana? No entiendo nada. Ahora las piezas se unen demasiado bien. Yo di por supuesto, al tener el mismo apellido, que eran hermanos, pero quizá ella adoptó el apellido de él cuando se casaron, por eso, al no caer yo en ello, creí que era su hermana. Mierda...

—Ajá. —Eso es lo único que digo y os diré por qué. Primero, porque no es asunto mío, segundo, porque me encuentro en una reunión de trabajo y debo comportarme de manera profesional y, sobre todo, porque mi madre me enseñó a mantener la compostura en situaciones comprometidas como encontrarme entre la espada y la pared o, en este caso, entre marido y mujer.

Aguanto estoicamente toda la reunión hasta que llegamos a la parte de los presupuestos y qué tanto por ciento destina la empresa para qué páginas y la localización de estas. Si lo quieren en la contraportada o en la primera hoja será mucho más caro que en alguna otra.

—Aquí tienen. —Entrego uno de los dossieres a James y otro a Celine — que gracias a James he sabido cómo se llamaba— antes de quedarme yo con el restante. Los tres lo abrimos para seguir analizando presupuestos.

—Vaya, parece que no has cambiado en todo este tiempo, James. Creo que esta es tu carpeta. Las provocaciones de tus empleadas son legendarias, pero la verdad es que con esta te has superado. Toma, esto es de tu putita, con cariño. —Tira de mala gana una de las hojas de su carpeta sobre la mesa y es entonces cuando lo veo. En la hoja se aprecian unos borrosos pechos redondos.

Joder. ¿Recordáis la bandera de Japón? Pues ahora mismo, a mi lado, debe parecer un rojo translúcido en comparación a cómo está mi cara. Debí escanear mi pecho cuando estaba arreglando lo del enchufe y, la verdad, con las prisas no me paré a analizar documentos. De esta me echan fijo.

—Estoy seguro de que ha sido un descuido, además, de no ser así no es asunto tuyo. No tienes derecho a recriminar nada, te fuiste hace dos años abandonándome como a un perro, así que tú y yo no tenemos nada más en común. Sigo esperando que me firmes los papeles del divorcio, porque quizá a día de hoy me interese conocer a otras personas, como a Lise y sus pechos.

—En eso de cortejar crías estando casado tienes experiencia, ¿verdad? No creas que te lo voy a poner tan fácil. Eres mi marido y he vuelto para quedarme. Vete acostumbrando. Tienes que compensármelo todo, así que

empieza por ejercer como un marido al uso y deja de comportarte como un niño, que es lo que pareces. —Y esto, señores, es lo que se llama pasar de negociar a reprocharse una vida que, por lo visto, no fue de color de rosa.

—Bueno, señores, creo que mi labor aquí ha terminado. Ya hemos llegado a un acuerdo en lo que a la revista se refiere. Les dejo para que sigan con sus desavenencias, tengo trabajo que hacer en la oficina. Que pasen un buen día. —Asiento con la cabeza y noto una mano retener mi muñeca.

—No, Lise, espera. —La voz de James es suplicante, mientras me aferra más de la muñeca.

—James, es mejor así, de verdad. Además, estoy con el artículo que me encargaste y quiero que salga perfecto, así que debo dedicarle tiempo. —Fuerzo una sonrisa y me deshago de su amarre antes de salir por la puerta.

Miro mi reloj de mano y veo que queda una hora para acabar mi jornada laboral, por lo que, ya que el jefe no está en la oficina y realmente todavía estoy en horas de reunión, decido ir al hotel directamente y así poder comer sin tener que engullir literalmente en quince minutos antes de empezar el turno de tarde.

Veinte minutos de paseo después, llego al hotel y me doy una ducha antes de bajar y me encuentro con Margot, la chica que sustituye a Daniel en el hotel.

—¿Dónde está Daniel, Margot?

—Llegará más tarde, se ha tomado la mañana libre por motivos personales, así que hoy me tenéis a mí.

—Genial. La verdad es que no conozco a nadie aquí aparte de Daniel y los dueños del hotel, por lo tanto me vendrá bien tenerte hoy conmigo, Margot.

—Claro, yo también quiero conocerte y, además, me gustaría pedirte algo. Hace ya algún tiempo que le he echado el ojo a Daniel. ¿Podrías hablarle bien de mí?

—Lo haré.

—¿Alguna sugerencia?

—Nada de ajo.

—¿Es un vampiro?

—No, es alérgico al ajo.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por tu ayuda, Beth. —Me da un abrazo, cosa que me deja bastante sorprendida.

Vale, sé que en este momento vas a pensar que soy idiota por ofrecerle en

bandeja a Daniel cuando me gustaría tenerlo para mí. Uy, ¿yo he dicho eso? Vale, es un Pitt de esos que siempre sueñas tener en tu vida. Podría funcionar, ¿no? La verdad es que estoy un poco celosa, pero si no entablo amistades en Francia, nunca tendré a nadie con quien salir el domingo, tomar café, hablar de chicos... Lo típico.

La tarde es entretenida y, aunque con Margot solo puedo hablar en inglés, me ayuda también con alguna que otra palabra en francés. La verdad es que yo misma me estoy sorprendiendo de lo mucho que he aprendido en lo que a vocabulario se refiere.

Los clientes hoy están modo tocapelotas —nivel Dios, como suele ponerse en los «si te ríes, pierdes»— y no paran de molestarnos por tonterías. Solo te diré que he tenido que recoger con un colador una dentadura postiza de una sopa. Bueno, un intento de sopa, porque ese caldo francés es como si te lavaras los pies en agua y lo colocarás en un plato —bueno, no te ofendas, para gustos colores, pero esa es mi opinión y no creo poder cambiarla—.

Corro de acá para allá atendiendo a los clientes y por poco me sale humo de las Converse. La verdad es que extraño a Daniel, una parte de mi mente está pensando dónde estará él, pero, por otra parte, la otra mitad de mi mente está en el restaurante, donde he dejado a James con doña pepina.

Al acabar el turno me subo a la habitación y me quito los zapatos en busca de deshacerme de lo que llevo y darme una buena ducha. Cierro la puerta y es entonces cuando alguien me coge por la espalda, tapándome la boca. Mi principal instinto es golpear su entrepierna con el talón y su pecho con mi codo a lo Jackie Chan —sí sí, tal cual te lo estás imaginando ahora mismo—.

Me giro para tirarle cualquier cosa a la cabeza y salir corriendo y veo que no es otro que Daniel. Joder...

—Lo siento, lo siento, lo siento. —Corro a abrazarlo, pero tropiezo y me caigo sobre él, haciendo que ambos besemos el suelo, yo encima de él —él se ha llevado la hostia y yo he caído a lo cama hinchable—.

Cuando voy a levantarme, aferra sus manos a mi cintura y las sube por mi espalda hasta llegar a mi nuca y descansar en ella. Sus ojos me atrapan inevitablemente y yo me dejo atrapar por sus redes. Total, nada malo puede pasar.

—Llevo todo el día pensando en ti, no veía el momento de regresar. —Me acerca más a su rostro y sus labios atrapan los míos haciendo que un escalofrío me recorra de arriba abajo—. No sabes cuántas veces he imaginado

besarte. Y ahora que se ha cumplido, no quiero que acabe nunca.

—Eo, ¿estás bien? —Parpadeo y veo a Margot chasqueando los dedos frente a mí—. Te has quedado abstraída mirando el vacío. Ya hace media hora que acabó tu turno. Levanta de la mesa y acuéstate, anda.

Soñar despierta es bonito, ¿no? Me encojo de hombros y le doy un breve abrazo antes de dirigirme a mi habitación, lugar donde segundos antes estaba Daniel bajo mi cuerpo besándome. Ilusa...

Me meto en la ducha desanimada. Se suponía que Daniel y yo debíamos tener un intento de cita esta noche, pero no está. Imagino que habrá pasado algo, porque él no es de los que deja plantadas a las chicas. ¿Verdad?

Me meto en la cama con el estómago vacío. Realmente iba a cenar con Daniel, pero se me ha quitado el apetito, así que simplemente me meto bajo las sábanas y apago la luz de la mesita. Trato de cerrar los ojos, oigo un golpeteo molesto en el cristal de la ventana de la habitación y me levanto para ver de qué se trata.

Veo a Daniel distraído con la mano alzada y cuando me asomo, tras abrir la ventana, una piedra golpea mi frente.

—¡Auch!

—¡Mierda! Lo siento, Beth. ¿Estás bien?

—Sí, pero en este país todavía no se ha recurrido a apedrear como técnica de tortura. —Lo oigo reír por lo bajini —encima...—.

—Ahora ya estamos empate. Tú quisiste matarme a mí y ahora te la he devuelto yo.

—Bueno, en realidad, yo he intentado matarte en dos ocasiones, hace un rato en mis sueños.

—¿Has soñado conmigo? Entiendo que hayas querido matarme, aunque sea en sueños. Sé que te he fallado, pero ha sido por causa mayor.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto entre curiosa y preocupada.

—¿Te parece si mejor subo y te lo cuento? La escenita a lo Romeo y Julieta no ha estado mal, pero hace un poco de frío y estaría bien que pudiera entrar en calor en tu habitación. —Eso ha sonado muy bien, o muy mal, según como se mire.

No tarda mucho en aparecer en la habitación, pero no como habría esperado, sino que entra arrasándolo todo, y me coge en volandas en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué haces? Estás loco —le digo rodeando su cuello con mis brazos

para no caerme.

—Quizá esté loco, nunca lo sabrás. —¿Por mí? —Anda, Lisbeth, no desvaríes—.

Me sostiene con una mano y con la otra saca de uno de sus bolsillos un antifaz —de esos típicos que se usan para los juegucitos de cama— y me lo entrega.

—Póntelo —me pide en un susurro.

—Ni hablar, que luego me metes en una piscina de culebras o algo por el estilo. Me conozco estas bromas de mal gusto. ¿Es para YouTube?

—¿Confías en mí? —me pregunta cada vez más cerca.

—Sí, confío en ti —le contesto en un susurro mientras noto cómo nos movemos.

Salimos por la puerta sin decir más hasta llegar a la entrada del hotel, o eso creo yo, porque con los ojos vendados poco puedo ver. Todo está en silencio y ni un alma se encuentra en ella, no sé por qué no oigo ni a una mosca. Es entonces cuando me suelta lentamente para que mis pies toquen el suelo y pueda quedarme de pie, no flotando entre sus brazos.

Me coge de la cintura, él tras de mí, para guiarme por el camino que, desgraciadamente, no puedo ver. Su tacto quema y hormiguea a la vez bajo la tela de mi camiseta. ¿Cómo puede producir eso en mi piel sin tocarla? ¿Acaso la camiseta no hace de barrera protectora?

—Tú solo confía en mí —vuelve a susurrarme con una mezcla de excitación que combinada con un cosquilleo por la columna vertebral me dejan flotando —como estaba anteriormente— por un segundo que, por supuesto, me permito disfrutar.

—Sí, confío en ti —le repito, y he querido ser más seria en este momento porque, quizá, decirle: «¡Claro que sí, guapi!», pues como que no—. Pero, Daniel, ¡voy en pijama!

—Ya nos ocuparemos de eso luego. —Coloca algo sobre mis hombros, pero como no veo un pimiento no sabría decir si es una chaqueta.

Me lleva hasta... y yo qué sé, me ayuda a subirme en una especie de moto y él lo hace delante de mí. Sí, sé exactamente que debo haber parecido un pato mareado intentando subir a la moto sin ver un pijo, pero es lo que pasa cuando a una le vendan los ojos. Me agarro fuerte a lo que puedo, principalmente a su cuerpo, colocando mis manos en su duro pecho para acabar descubriendo que tiene tableta de Milkybar. A ver, que una no es tonta... No sé cuánto tiempo

llevamos conduciendo —bueno, técnicamente solo conduce él—, pero de pronto frena, cosa que me hace casi clavar los dientes en su nuca, a lo «piños de caballo». Me ayuda a bajar de la moto y camino por lo que parece arena, lo sé más que nada porque los pies pisan en algo mullido y las zapatillas de estar en casa notan cierta arenilla molesta de esa que te enerva si no la sacas al momento.

—Ahora hay un escalón. Despacio —me insta a subir primero una pierna y después la otra antes de estabilizarme de nuevo.

Siento su presencia a mi lado enseguida y cómo rodea mi cintura con los brazos, en un intento de gesto tierno. Esto se parece peligrosamente a aquella película del zagal con la moto y nombre de letra y la chica que tenía un nombre semejante al cerdito valiente que tantos recuerdos me trae de la infancia. Tenemos la moto, la arena o playa, el intento de acercamiento —también llamado ligoteo indirecto—. Todo cuadra. O ha visto la película o es Mario Casas con una operación de rostro a lo *Cara a Cara*.

—Te mereces una disculpa, Beth. Siento no haber estado esta tarde contigo y haber llegado tarde a la cita. —El aire frío azota mi rostro y siento escalofríos. Daniel aprovecha para abrazarme con más fuerza, intentando darme calor.

—No tienes que darme explicaciones, Daniel. Cada uno tiene sus cosas, ya sabes... —Trato de quitarle hierro al asunto.

—No es que tenga, es que quiero. Mi padre tuvo que ingresar en el hospital por un problema respiratorio. Me he pasado la mañana con él y mi madre en la sala de espera y en la habitación después, por eso pedí el día en el hotel y no he llegado hasta ahora. Quería darte una sorpresa, por eso golpeé la ventana, era menos soso que entrar en tu habitación. Al menos las horas en la sala de espera me han servido para organizar esta cita. Espero que te guste.

—Estoy segura de que me va a encantar. —Sonrío.

—Ojalá, porque ya ha empezado.

—¿Ya? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Daniel me quita el antifaz y mi sorpresa no puede ser mayor. ¡Me cago en sus muertos! ¿No había más planes para hacer en el mundo que ha tenido que escoger este?

—¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado la sorpresa?

—Daniel, tengo vértigo, pero no un poquito, sino mucho. Quiero bajar ahora mismo. —Miro a quien parece ser el instructor que lleva el globo y le

lanzo la mirada asesina—. Usted baje esto ahora mismo o pincho el globo. — Saco una horquilla y lo amenazo. Lo sé, sé que estoy haciendo el mayor ridículo de mi vida, pero el miedo se ha adueñado de mi raciocinio.

—Señora, no se altere y disfrute de la vista —sugiere el instructor en un perfecto francés que, asombrosamente, empiezo a entender demasiado bien.

—¿Usted qué entiende por vértigo? ¿Se lo delecto? Uve, e, erre, te, i, ge, e. *Vertige* —le respondo en la misma lengua—. Sabes lo que te digo... — Estiro la mano para bajar el fuego ese que hace que el globo suba y suba mientras me aferro como si me fuera la vida en ello —en realidad sí que me va la vida en ello—.

—No, no. No toque. Loca —vuelve a decir el anciano. Claro, como él no tiene vértigo...

—A ver, usted tiene más sacos de estos de peso —le señalo hablando muy lentamente para que me entienda en inglés, porque en francés esa frase como que no. Me mira con cara extraña y Daniel aprovecha para abrazarme, tratando de calmar mis nervios.

—Perdóname, no tenía ni idea... Si lo llego a saber, jamás te hubiera puesto en esta situación tan incómoda.

—Hagamos algo, si quieres que te perdone haz que baje. Quizá si saltamos sobre la cesta, lo hagamos antes.

—Me encanta que estés tan loca, pero no creo que sea buena idea, sobre todo, porque no eres Hulk y tampoco quiero acabar estampado contra la copa de un árbol. —Coloco los ojos en blanco. Al menos así estaría en tierra firme...—. *Monsieur, pourriez-vous s'il vous plaît nous prendre maintenant?*¹⁹ —le dice al anciano. Este asiente y comenzamos a descender.

No decimos nada, ninguno de los tres, mientras el globo desciende hasta tocar el suelo. En cuanto ocurre eso, pego un salto para salir de la cesta y sentir de nuevo la arena bajo mis pies. Qué mal rato he pasado, os lo juro.

—Siento que esta primera cita haya sido tan desastrosa, Beth —se disculpa cabizbajo.

—Para nada. Debo confesarte que he pasado mucho miedo. Es algo que me sobrepasa, y puede que me comporte de manera irracional, pero es que no puedo evitarlo. Perdóname.

—Shhhh, no hace falta que digas nada. —Acerca su rostro al mío y besa mi comisura mirándome a los ojos—. ¿Ahora estás más tranquila? —La verdad

es que no sé qué decir, así que no digo nada. Daniel me tiende la mano y yo le entrego la mía.

—¿Qué te parece si vamos a cenar a un McDonalds?

—Mmmm, me encanta ese plan. Me pido una McPollo, Deluxe y Coca-Cola Zero.

—No pide nada, la niña. —Se ríe y yo lo secundo.

—¿Las hamburguesas las puedes comer o también tienes alergia? —le suelto recordando el momento salmorejo.

—Deberás comprobarlo. Quizá debas llevarme corriendo al hotel para darme las pastillas.

Nos subimos en la moto y pronto estamos en la cola del McAuto, donde pedimos la comida para llevar. No quiero entrar en el local y que todo el que haya allí presente se ría de mí por llevar pijama, así que Daniel propone cenar en un mirador, muy cerca de donde se encuentra el hotel. Mientras me acomodo en el lugar y admiro las vistas, él se acerca al hotel, entiendo que para coger alguna manta que nos resguarde del frío o un pequeño mantel a lo *picnic* de domingo de familia feliz.

Miro las estrellas, que alumbran toda Francia, y me recreo en imaginar las miles de formas que aparecen en ellas, incluso creo poder ver el rostro de mi padre, que me protege desde ellas y sonrío al ver cómo poco a poco alzo el vuelo entre tanto muro. Doy un sorbo a mi Coca-Cola Zero y pongo algo de música para pasar el rato.

—¿Música para hacer más romántica la velada? —Me giro y veo a Daniel con una bolsa de la cual saca un mantel de suelo y una manta. Justo lo que pensé. ¿Acaso me lee la mente? Mierda, ¿y si realmente lo hace? Me lo he imaginado desnudo más veces de lo que me gustaría, hoy cuando le sobaba la tableta en la moto, por ejemplo.

Comemos con auténticos cerdos, devorando las hamburguesas mientras nos contamos batallitas del pasado hasta que, cuando cuento un momento «tierra trágame» de la escuela, a Daniel se le escapa un perdigón que impacta directamente en la diana de mi ojo. Nunca lo vi todo tan negro. Ni siquiera el ojete del culo, que todo lo ve oscuro, se había encontrado en una situación tan opaca.

—Lo siento mucho, pequeña, de verdad que no quería que esto pasara —se disculpa.

—Tranquilo, pensé que había pedido un McPollo. Me equivoqué. Más bien

me han puesto una perdiz. —Lo miro para saber si lo ha captado. Su cara de «mi no entender» me lo dice todo—. Ya sabes, la cría de la perdiz. ¿Perdigón? Da igual. —Bufo—. Por cierto, Daniel, recuerda que lo que hay en tu hamburguesa es cebolla y no ajo, que no quiero que te me montes películas a lo enfermo psicosomático y te creas que te mueres.

Lo veo girarse por un momento y cuando me devuelve la mirada se ha colocado dos patatas Deluxe en las paletillas a modo colmillos de vampiro.

—Hoy no hay ajo que pueda detenerme, pequeña. Vengo a chuparte toda la sangre y nadie podrá salvarte.

«Qué pena que quiera chuparme solo la sangre». Madre mía, lo que acabo de pensar. Subconsciente malo, malo, muy malo. Castigado. Espero que no me lea la mente, porque si no estoy bien jodida. Se va a pensar que soy una salida, y con razón.

—Estás muy mal de la cabeza, me encanta. Yo también soy así —confieso.

Pasamos la noche entre risas con la boca llena, chistes malos mientras hacemos el tonto, manos llenas de felicidad y migas de pan.

Daniel saca una botella de la bolsa y veo que se trata de una de Jack Daniel's. Este me quiere emborrachar para llevarme al huerto, como dice mi madre. Aunque, quizá, yo me quiera dejar arrastrar.

—Brindemos por nosotros, porque te encanto, por nuestras clases de francés en común y por todas las citas que quedan aún por tener. Salud. —Da un trago a la boquilla y me pasa la botella para que le dé uno yo.

—Por nosotros. —Bebo más de lo que puedo soportar y lo hago porque el cosquilleo que siento en cada recoveco de mi cuerpo hace que me sienta flotando en una nube, y esa sensación me encanta. Si mi madre supiera lo que estoy haciendo... Menos mal que soy abstemia...

—¿Y cómo te ha ido el día, Beth? ¿Todo bien con Margot? —me pregunta con una apariencia cada vez más que contentilla.

—La verdad es que es muy maja y, además, hoy me ha hecho de profesora auxiliar. —Le guiño el ojo antes de continuar—: Por la mañana..., bueno, digamos que podría haber sido mejor.

—¿Qué ha ocurrido? —me pregunta preocupado.

—He tenido, junto con James, una reunión con la representante de una gran compañía de cosmética que desea publicitarse en la revista. La cuestión es que la representante de dicha compañía es la mujer de James.

—¿Celine ha vuelto?

—¿La conoces? —le pregunto mientras el alcohol hecho burbujas me nubla el juicio, y yo trato de explotarlas para que la cordura vuelva a mí.

—Sí, la conocí en la boda de ambos. Yo fui el camarero encargado en dicha boda.

—Esto es genial. —Cojo la botella y bebo sin parar hasta que ambos estamos como una cuba.

Volvemos al hotel con una copita de más, a sabiendas de que mañana no tenemos que trabajar —en mi caso ni en la oficina, ni en el hotel—.

—Daaaniel, *errres* un chico muuuuy gracioso y lindo y meee *guzztassss*. Hip —¿yo he dicho eso?

—Tú también *mmme guztas*, Beth, *mmmás* de lo que te imaginas y me muero de *ganassss* de *besarrrrrte*.

—*Entonssses bésammme* —le suelto. Total, de perdidos al río.

—No, yo no *mmme aprovesho* de gente que *essstá borrracha* —me contesta.

Llegamos a la puerta de mi habitación, justo al lado de la de Daniel, y me despido con la mano antes de tirarle un beso y caer en la cama como un saco inerte.

¹⁹ Señor, por favor, ¿podría bajarnos ya?

Capítulo 5

Beso a beso

No soy de las que van por la vida con margaritas a lo me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere. ¿Y si hay dos margaritas y no quiero arrancarles las hojas? Hay personas que van de flor en flor y después estoy yo, que tengo dos flores en la cabeza y no sé a cuál arrancar los pétalos y a cuál conservar intacta.

La primera margarita —que no la bebida— es un galán besamanos y tocón, la segunda, una margarita besacomisuras que se riega a base de Jack Daniel's.

Me visto con un chándal y me calzo las bambas. Quiero salir a correr porque, la verdad, estoy algo confusa, o quizá paranoica. Necesito aclarar mi cabeza porque en ella tengo un hemisferio que se ha tatuado *Team Daniel* y otro que se ha tatuado *Team James*.

Bajo con el ascensor hasta el restaurante. Vale, soy algo contradictoria: voy a hacer deporte, pero bajo en ascensor. No hay quien me entienda. No me entiendo ni yo.

Me agencio un cruasán con nata y un buen zumo de naranja natural antes de que la clientela arrase con todo. Por Dior, ni que fuera el fin del mundo. Dos viejos con bastón andan desafiándose a un duelo a muerte, cual espadachines, para conseguir llevarse el último trozo de chóped. Gana el del bastón con garfio, más que nada porque al otro se le resbala el suyo por el aceite que le chorrea por las manos, que acumulan la friolera de siete tostadas bien empapaditas.

Observo a alguna que otra anciana abrir el bolso para meter unas pocas de madalenas, supongo que serán para la hora de la merienda, después de jugar al cinquillo con la gula.

Tras ingerir lo poco que las termitas humanas me han dejado saborear, me dirijo hacia la salida, pero, por desgracia, me encuentro con los odiosos ocho, quiero decir, los odiosos Mathews, y no me refiero solo a los padres, sino a la estirada pelirroja.

—¿Esta es la chica que te atendió? —le pregunta Steven mirando a Celine, pero señalándome a mí.

—Sí, ella es la que me hizo el registro. Debo decir que su nivel de francés es pésimo, al igual que su eficiencia. —Será idiota la tía...

—Yo cumplí con mis labores, la atendí correctamente y, al ver que era familiar la inscribí como tal en el sistema con la habitación que me pidió. No veo dónde puede estar el problema, señores Mathews.

—El problema está en que no hablas la lengua, y tu falta de información con respecto a las entradas que realizaste —me responde Amaya.

—Las entradas se registran de manera automática. Dejé nota en el expediente de movimientos y en un pósito en la pantalla del ordenador, y con respecto a la lengua, estoy haciendo grandes progresos con la ayuda de Daniel, espero poder hablar francés pronto de la mejor forma posible.

—Déjanos solos y basta de buscar excusas. ¿No es tu día libre? Aprovéchalo —suelta Steven antes de que los tres se den la vuelta y se marchen a vete a saber dónde.

Salgo a correr, bueno, hago un intento de correr, pero acabo pareciendo una piltrafilla haciendo el ridículo. Doy varias vueltas a la zona hasta que me cruzo, casualmente, con Daniel. Cuando quiero verlo no lo encuentro y cuando no lo busco lo encuentro hasta debajo de las piedras.

—Buenos días, borrachita —me desea con ese mote que sobra.

—Buenos días, Jack Daniel —y sí, lo digo sin la «s» para intentar hacer un chiste malo. Lo pilla porque se ríe y tira de mi brazo para abrazarme con cariño, pero lamentablemente su entusiasmo es demasiado intenso y, al abrazarme con fuerza, me aplasta la cara contra su axila sudorosa. *Eau de sobaqué*. Me retiro disimuladamente. No quiero que se ofenda, pero tengo miedo de morir por asfixia.

Corremos un rato juntos, como si hubiésemos quedado de manera consciente para echar unas carreras. Miro la mochila que lleva a su espalda y el tubo que va hacia delante, descansando en su hombro. Por un momento me viene a la memoria Coque, ese personaje de una serie de Telecinco que se dedica a beber de la boquilla de Enrique cuando este sale a correr. Me siento tentada a hacer lo mismo y, cuando descubre lo que miro, sonrío e imitando la voz del tal Coque de *La que se Avecina* toma un sorbo de su propia boquilla.

—Mmmmm, sabe a limón. —Ambos soltamos una carcajada sin poder evitarlo. Está loco, al igual que yo, y eso me gusta. Me ofrece un trago y yo asiento.

—Espero que realmente sea limón y no alcohol. La verdad es que tengo

algo de resaca de anoche.

—Tranquila, no quiero emborracharte, solo enamorarte. —Esa afirmación me deja totalmente descolocada, hasta el punto de desencajar la mandíbula a lo Jim Carrey en *La Máscara*.

Toma mi mano de nuevo, sin decir nada más y esperar a que yo emita respuesta alguna, y juntos caminamos de nuevo hacia el hotel. No nos vendría mal una ducha, sobre todo si queremos oler a *Eau de limpié*.

Entramos por la puerta y Margot se encuentra llevando un par de tazas de café a unos clientes.

—Chicos, tengo una mala noticia. Amaya me ha encargado que os diga que os necesita hoy para la hora de las comidas. Os devolverá las horas, pero hoy es día de muchas entradas y hay demasiado trabajo. Os espera en quince minutos en el restaurante. Hay que preparar las mesas. En una hora entrará el primer turno de comidas, ya sabéis, los hambrientos que a las doce ya tienen un concierto estomacal.

Y es ese comentario lo que me hace recordar a James, no solo por el concierto, sino por el ruido de mi estómago cuando bailábamos juntos antes de meternos entre pecho y espalda un bocadillo cuando la mierda de perro se asentaba en mi trasero, alquilando la zona como su nuevo hogar.

—Joder, para un día que tengo libre. —Oigo a Daniel, cosa que me hace salir de mi ensoñación.

—Se acabaron las vacaciones, es hora de ponerse el mandil y darlo todo, ya habrá tiempo para otros menesteres cuando nos devuelvan lo que nos deben —le digo buscando animarlo.

—Cuando lleves un tiempo, Beth, te darás cuenta de que suele ser habitual que se les olvide las horas de más que haces y que no te tocan por contrato.

—¿Y por qué aceptáis?

—Necesitamos el dinero, como todos. Si no cumples, te echan, ya sabes. El mundo va así. Del creador Walt Mathews, llega Infernland París. Así lo llamamos Daniel y yo. —Se encoje de hombros y vuelve a su puesto, atendiendo a los clientes como si llevara cohetes en los zapatos.

—¿Nos duchamos juntos, nena? —Me guiña el ojo.

—Más quisieras. —Río negando mientras corro por las escaleras rumbo a mi habitación.

Si entramos en breve, no puedo perder el tiempo, tengo que prepararme. No quiero más bufidos ni caras de pedo por parte de los Matthews o me

quedaré sin lugar de residencia.

No tardo mucho en bajar de nuevo a la recepción, donde Daniel ya me espera para iniciar nuestro turno de trabajo.

—Beth, tú te encargas de las mesas de la parte norte, de la uno a la once.

—Perfecto. Tú te encargarás de la sur, ¿verdad?

—Sí, de la treinta y dos hasta la cuarenta y siete. —Asiento.

Entro en la sala del restaurante y saco el bloc de notas para apuntar aquello que los clientes pidan a partir del menú que se ofrece en las mesas, carta en mano. Camino de mesa en mesa tomando nota a los diferentes comensales antes de entrar en la sala del reservado vip.

—*Bonjour*, esta noche yo seré su camarera. —Levanto la mirada del bloc de notas tras mi intento de demostrar mis nuevos dotes, recientemente adquiridas, de francés y me encuentro con la familia Mathews, Celine y... ¿James? Mierda. ¿Qué hace él aquí?

—¿Lise? —me pregunta contrariado.

—Esa soy yo. —Trato de contener una sonrisa nerviosa.

—¿Qué haces aquí? —¿Esto es un cuestionario? Él ya lo sabe, no sé por qué se hace el sorprendido. Es el pago a cambio de dormir en el hotel.

—Estoy trabajando, ya sabes... —No quiero tener que explicar los motivos, ya no solo por los padres, sino por la «palo en el culo».

—¿Podemos hablar un momento en privado? —Mi cara refleja una mezcla entre sorpresa y duda.

No espera contestación alguna. Se levanta, tirando de mala gana la servilleta de trapo sobre la mesa, y me sujeta del brazo llevándome fuera del hotel.

—¿Qué coño haces trabajando en el hotel de mis padres? —Directo y sin rodeos, como a mí me gusta. La diferencia con un caso normal es que, en este, él conoce la respuesta a esta pregunta. De todos modos, le refrescaré la memoria.

—Ya sabes, estoy trabajando aquí para costearme la residencia. A cambio me entregan un sueldo, cosa que realmente me sorprende. Supongo que tus padres son generosos. Creí que trabajar media jornada es lo que equivaldría al coste por vivir en el hotel.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? Yo te envié al hotel de mi parte para que te quedaras aquí como mi huésped particular. Jamás dije que tuvieras que pagar cama y comida con tus servicios como camarera.

—Yo creía que... Cuando llegué, tus padres dijeron que me habías mandado como refuerzo en lo que a servicio se refiere. Creo que dijeron algo así como: «James por fin nos ha mandado a la nueva camarera», o algo por el estilo.

—¿Y no creíste oportuno contármelo?

—No, supuse que cuando te decía que tenía que marcharme pronto lo entendías. Además, no quería estar recordando todo el tiempo que salía corriendo de un trabajo para entrar en el otro, que me permitía no dormir en la calle junto con el vagabundo de la puerta de la oficina. No quería gritar a los cuatro vientos que soy una chica pobre que no tiene dónde caerse muerta y que su jefe debe ayudarla para que no viva bajo un puente.

—No te avergüences nunca de ti misma. No te estoy ayudando porque considere que eres pobre o que no tengas dónde caerte muerta, como tú dices, sino porque me gusta cuidar a la gente que trabaja para mí y no las invito a mi hotel para que trabajen en él, sino como invitados de este. Me importas demasiado como para verte en cualquier tugurio de Francia y siempre que pueda evitarlo, lo haré.

—¿Por qué te interesa tanto cuidar de mí? Apenas me conoces, acabo de llegar a Francia, a tu empresa, a tu vida.

—Me interesa porque quiero conocerte, porque siento una atracción por ti fuera de lo común, porque nunca me he sentido tan bien al lado de nadie, porque quiero conocerte cada día más y más y, cuando sea el momento, quizá me atreva a pedirte más que un simple beso en el dorso de tu mano.

—Creo que... deberías volver a la mesa con tus padres y tu mujer —y ese «tu mujer» lo digo con más asco de lo que me gustaría hacer notar.

—Ella ya no es más mi mujer, ni deseo que lo sea.

—Hace unos días me hablaste de ella y dijiste que si la encontraba te lo hiciera saber. Pues *voilà*, aquí la tienes, vivita y coleando. Ya puedes dejar de buscarla, la has encontrado. Deberíais continuar con vuestra vida perfecta y yo seguir haciendo mi trabajo, que para eso se me paga. No quiero ser una molestia. Además, me gusta.

—No es eso lo que quiero. Ayer, cuando tuviste que presenciar la patética escena entre Celine y yo y te marchaste, estuvimos hablando sobre lo que tenemos, o quizá ya no tenemos. Le he propuesto firmar los papeles del divorcio.

—Si es lo que quieres y lo que te hace feliz, deberías hacerlo.

—No lo entiendes, ¿verdad? No me interesa tener nada con ella porque quiero conocer a otra persona. A ti. ¿Mejor ahora? —No digo nada, pero no sé si me convence su discurso, sobre todo por el hecho de que me llamó Celine cuando estaba drogado hasta las cejas por mis anticonceptivos, que le nublaron el juicio.

—Sí, me doy por enterada.

—Te pasa algo más, lo sé. —Y ya qué más da. Se lo digo y así dormiré a pierna suelta.

—Cuando te tomaste mis pastillas por error estuviste muy acaramelado llamándome Celine. Decías que no querías que te dejara y no sé qué más, o quizá no quiero recordarlo. Así que si acabas de recuperarla, no es lógico que quieras pedirle el divorcio.

—Tú no sabes nada de nosotros y no creo que sepas qué es lo que me conviene. Además, pareces celosa. ¿Acaso lo estás?

—Creo que debería volver al trabajo y tú con la familia. —Me giro dándole la espalda.

—No estoy con ella, nos estamos separando, te lo prometo. —Me mira suplicando esperando que lo crea.

—Eso no es asunto mío. Lo dicho, deberías volver con los tuyos antes de que los tengas de morros toda la tarde —le sugiero.

—Esto no quedará así, Lise. No voy a permitir que te veas obligada a correr de un lado para otro para poder costear un lugar para vivir cuando te lo he ofrecido yo de manera gratuita. Yo hablaré con mis padres y lo solucionaré. —Me giro al escuchar sus palabras.

—No quiero que hagas absolutamente nada. Estoy bien aquí, me gusta trabajar de camarera, además me ayuda a aprender con más rapidez y fluidez el idioma y, así puedo estar más cerca de Daniel que, en parte, me ayudará a aprobar gracias a sus clases de lengua.

—No me gusta todo esto, no me gusta nada de nada.

—Recuerda que lo que yo haga con mi vida no es problema tuyo, James. No olvides que eres mi jefe, solo mi jefe.

Sí, he sido una borde —no de *pizza* precisamente—, pero esa posición de superprotector que va de listo no me gusta nada. No tiene poder sobre mí. Cierto, es mi jefe, pero cuando yo salgo de esas cuatro paredes que conforman la oficina es solo un compañero.

Lo dejo con la palabra en la boca y camino de nuevo hacia el restaurante

del hotel, donde continúo con mis labores, pidiendo a Margot que se encargue de la mesa de los Mathews, que se encuentran discutiendo. Bueno, más bien James discute, alterado, y los demás solo hacen ver que lo escuchan, como marionetas que solo se mueven si tiras de los hilos.

Daniel ata cabos, mirándonos de soslayo, deduciendo que dos más dos son cuatro, y me manda a ayudar en cocina, evitando así que James se altere más y ello comporte alguna que otra escenita en el salón.

No vuelvo a ver más a James en toda la tarde y, la verdad, lo agradezco. Fingir que todo va bien cuando no es así no es algo que ahora mismo me apetezca hacer. Cuando finalmente acabo mi jornada laboral, me encamino a la habitación para cambiarme de ropa. Hoy voy a salir a bailar y nadie va a impedírmelo. Es de las pocas cosas que todavía se puede hacer de forma gratuita si eres mujer y la hora de entrada en el local es anterior a las dos de la madrugada.

Me pongo un vestido corto —de esos que si te agachas se te ve hasta el carné de identidad— y unos tacones de infarto para quemar Francia. Cuando voy a salir por la puerta, veo a Daniel con una camisa y unos tejanos que se le ciñen al trasero de una manera muy apetitosa.

—Qué elegante vas, Daniel. ¿Tienes una cita?

—Sí, contigo y veo que no te has olvidado. —Me sonrío y yo lo secundo, básicamente para disimular.

¿Cuándo hemos quedado? No dejo de darle vueltas a por qué cree él que hemos quedado y es entonces cuando se me enciende la bombilla. Prometí que saldríamos juntos los fines de semana que tuviéramos de fiesta en el trabajo, como compensación por sus clases de lengua.

—Esta vez nada de alturas, eh, que te conozco. —Daniel suelta una carcajada negando.

—Eso se me ha grabado a fuego, nena, ese fuego que tu pretendías apagar en el globo. Tampoco se olvidará de ti el instructor al que desesperaste. — Sigue riendo sin poder evitarlo.

—Muy gracioso... ¿Dónde vas a llevarme hoy? Yo había pensado ir a bailar esta noche.

—Pues la verdad es que después de invitarte a cenar, iba a llevarte a la feria de la zona y subirte en alguna de las atracciones de esas que seguro que te encantan.

—Me encanta el plan, además adoro el algodón de azúcar.

—Yo adoro otra cosa. —Y me guiña el ojo.

—Debería cambiarme de ropa, sobre todo si vamos a subir a atracciones.

—No quiero que me vean lo que no deseo enseñar.

—No te preocupes, estás genial, pero si consideras que vas a estar incómoda con esta ropa, puedes subir a cambiarte, yo te esperaré.

Asiento y le pido que me espere mientras subo de nuevo al cuarto para cambiarme de ropa. Adiós, ropa *sexy*; adiós, bailes de discoteca; hola, feria.

Con unos pitillos de cuero y una camiseta larga del grupo The Kiss y su famosa lengua, bajo de nuevo a la recepción, donde todavía me espera.

Me tiende la mano y yo se la cojo. Parece que quiere caminar conmigo de la mano y, la verdad es que no voy a discutir, al contrario, siento cierto gusanillo al saber que quiere acercarse tanto, tanto que quema. ¿Y si quiero quemarme con Daniel? La verdad es que, pese a nuestras diferencias y sus intentos de entrometerse en mi vida y relaciones sociales —y con esto me refiero a James—, es perfecto, un perfecto Brad Pitt, justo lo que siempre he querido y buscado.

Al llegar a la feria, camino que hemos hecho andando, mientras Daniel farda como si estuviera exhibiendo un trofeo, nos vamos directamente a la zona que a mi acompañante le interesa: la casa del terror —este es más listo que el hambre. Tú y yo sabemos que cuando un tío te lleva a una casa del terror es para que te acerques a él por el miedo y aprovechar entonces para arrimarte la cebolleta. Y quien no lo sepa es que no lo ha vivido realmente—.

La verdad es que da bastante mal rollo, sobre todo la entrada, coronada por dos gárgolas con cara de indigestión y algún que otro esqueleto desnutrido. Pero lo que realmente da grima, es la apariencia de la fachada, que parece que se va a deshacer de un momento a otro —sinceramente, un edificio que parece a punto de derrumbarse no me inspira mucha confianza para entrar dentro como perico por su casa—.

Bajo el nombre de McKamey Manor, esas cuatro paredes invitan a sentir que formas parte de una película de terror en la cual notas el miedo a flor de piel. Me armo de valor y entro con coraje en ese recinto donde solo se esconden gritos de miedo por parte de los que se arriesgan a entrar. Es música para los oídos del feriante y dinero que va a su bolsillo.

Daniel pasa detrás de mí, tras comprar las entradas para ambos, y toma mi mano justificando que podemos perdernos entre tanta oscuridad. Otro como James, buscan cualquier excusa para aferrarse a mí. Quizá los que tengan

miedo de perderse sean ellos.

En la primera sala nos espera una especie de recepcionista decrepito —no, desgraciadamente no es el padre de James, pero por poco— que nos tiende una copa de una especie de brebaje verde moco. Nos insta a tomarlo y para no hacerle un feo, la gente a nuestro alrededor empieza a beberlo y poner caras de asco. Estoy segura de que a zumo de manzana no sabe. Cuando me dispongo a darle un trago —con mi cara de asco incluida—, alguien me empuja por la espalda, por lo que acabo, sin buscarlo, derramando el líquido viscoso sobre el rostro del actor recepcionista.

—Vaya, lo siento mucho, no quería estropearle la *performance*, me han empujado y he perdido el equilibrio. —No dice nada, simplemente se acerca más a la recepción, coge un trapo y se seca el rostro.

—Entren por aquí si quieren salir de este lugar, de lo contrario los entes de este laberinto vendrán a torturarlos y arrancarles el alma despacio.

Proseguimos con el camino. Daniel sí ha bebido esa cosa asquerosa que le han dado en una copa y, si no erro en mis conclusiones, eso le va a hacer un efecto laxante que se va a cagar las patas abajo. Yo ahí lo dejo.

Caminamos por los diferentes pasillos hasta llegar a unos túneles cubiertos de pieles de serpiente, telarañas, gusanos y cabezas reducidas. Lo ignoramos y proseguimos con el viaje hasta que, en un intento de susto, aparece de improviso un imitador de Freddy Krugger y yo, en un acto reflejo, sin poder evitarlo, le suelto una galleta, literalmente. Es lo que tiene intentar asustarme, que tienes la posibilidad de que mi mano y tu mejilla se besen como dos enamorados.

No tardan mucho en echarnos de la atracción. La verdad es que me he pasado tres pueblos, pero lo de la bebida no ha sido culpa mía —vale, lo de Freddy sí, que sé que lo estás pensando, me doy por enterada—.

Daniel le quita hierro al asunto y propone comer ese algodón de azúcar que tanto me vuelve loca. Y eso hacemos, cazar patos mientras comemos algodón, tirar a canasta para conseguir una sandwichera, comprar comida rápida para llenar los estómagos, llevarme un muñeco de peluche tras ganar las carreras de caballos...

—¿Cómo lo haces para ganar a los caballos? Llevo años intentándolo y no hay manera —me pregunta intrigado.

—Básicamente apunto a los círculos rojos. Ya sabes, las bolas tienden a ser atraídas por las formas también circulares. Les gusta entrar en ellas. —Uso

el doble sentido para hacer la gracia y, aunque le cuesta, lo acaba entendiendo y soltando mil y una carcajadas.

No tardamos mucho en volver al hotel, y no porque tengamos que madrugar al día siguiente, sino porque Daniel, desgraciadamente y sin darse cuenta, ha metido el pie derecho en un charco de barro más profundo que el pozo de la niña de *The Ring* —quizá tenía complejo de Peppa Pig, quién sabe—. Al menos ahora me siento un poco menos patética, ya no soy la única gafe de Francia, ¿no?

Caminamos hacia la puerta trasera del hotel, puesto que los empleados, estemos o no de servicio, debemos entrar por ahí —aunque a mí siempre se me olvide—.

—Lo he pasado muy bien esta noche, Beth, lástima que haya acabado tan pronto por mi torpeza.

—No digas eso, estás hablando con la reina de la mala suerte. Ni Carlos Sainz en la carrera que decidiría si se proclamaba campeón del mundo de *rallies* fue tan gafe como yo.

—¡Trata de «desgafarte», Beth, por Dios! —Río colocando los ojos en blanco. La verdad es que la adaptación ha sido pésima, pero como dice mi madre, nadie dijo que los guapos fueran listos o ingeniosos.

—La verdad es que algo de gracia ha tenido, no te voy a desmerecer. —Trato de subirle la moral.

—Beth, para mí tú eres la reina, y no de la mala suerte, sino del hotel y quizá seas la reina de algo más.

—No te entiendo. —Bueno, puede que sí, pero soy un poco bruja porque quiero que me lo diga. Que se moje, como los peces.

—Mira, Beth, me gustas mucho, más de lo que me hubiese imaginado y la verdad es que incluso me asusta a la par que me asombra. Si me dejas, me gustaría conocerte más allá que como una simple amiga. —Trago saliva incrédula ante lo que estoy escuchando.

Es cierto que estas situaciones no se me suelen presentar, sobre todo porque los Pitts no suelen pedirme salir como pareja —bueno, ni como pareja ni como nada—.

—Está bien, podríamos conocernos más allá de una simple amistad y vemos cómo se van desarrollando los acontecimientos, ¿te parece? —Lo veo asentir sonriendo y con ese brillo en la mirada que me enternece.

Ains, es tan mono cuando quiere...

Y es ahí donde, sin venir a cuento y sin esperármelo, tira de mi mano haciendo que choque con su pecho. Al alzar la vista, sus labios absorben literalmente los míos con un hambre voraz —lo que a día de hoy se conoce como comer la boca, aunque a mí eso me suena fatal, vulgar, en definitiva, poco romántico—.

Mis brazos rodean su cuello y disfruto del beso. Quizá no debería, pero soy una persona adulta en brazos de un Brad Pitt. ¿Qué puedo hacer? Tú en mi situación harías lo mismo.

Una de sus manos, la que parece más traviesa, por no decir otra cosa, viaja hacia mi glúteo y lo exprime como si fuera una naranja. Igual quiere hacer zumo... o lo está preparando él. Rompo el beso y me separo un poco.

—Eh, vaquero, no quieras cabalgar sin haber lanzado el lazo —lo digo sonriendo y él parece captarlo, porque asiente y se sonroja tomando mi mano para que subamos a nuestras habitaciones.

—Siento mucho si te he hecho sentir incómoda antes. Nunca ha sido mi intención —se disculpa.

—Para nada, es solo que quiero hacerlo bien. No por correr se hacen mejor las cosas, sino todo lo contrario. Quiero ir paso a paso, sin prisas, para que todo salga en condiciones.

—Tienes toda la razón. Ahora creo que deberíamos dormir, mañana me espera un día duro.

—¿Te vas? —le pregunto curiosa y extrañada.

—Sé que esperabas otra cita porque soy irresistible para ti —sonríe de lado el muy creído—, pero la verdad es que me han llamado unos amigos para que les eche una mano en una granja que tienen a las afueras y no he podido negarme. Ellos me ayudaron mucho cuando llegué a Francia con una mano delante y otra detrás y se lo debo. —Y en este momento solo pienso en James y en que él hizo lo mismo por mí sin esperar nada a cambio y nos merecemos arreglar la situación, no quiero que estemos mal y menos por una tontería. El lunes cuando vaya a la oficina, hablaré con él y solucionaremos las cosas.

—¿Y si voy contigo y así yo también ayudo?

—Podría ser interesante verte rebozada de estiércol. —Trata de aguantar la risa.

—Ah, no, tú serás el que les limpie las heces mientras yo cepillo a los caballos. —Le guiño el ojo antes de abrir la puerta de mi habitación.

—No sabes tú nada. —Niega sonriendo—. ¿Estarás lista para las diez?

—Por supuesto. Estaré como un reloj, lista para pasar un día con un animal, y no me refiero a los de la granja ja, ja, ja. —Río entrando en el cuarto —. Hasta mañana, Daniel. Gracias por una noche tan maravillosa. —Beso levemente sus labios antes de cerrar la puerta.

Me voy directa a la ducha. Quiero que el agua corra por mi cuerpo y me relaje por completo. Una vez limpia, me pongo el pijama y me meto en la cama. La verdad es que estoy bastante cansada. Quién lo diría...

Trato de relajarme mientras un hormigueo se adueña de mi cuerpo, arrastrándome a los mundos de Morfeo. De pronto oigo unos nudillos golpear la puerta. ¿Quién será a estas horas? Quizá Daniel se olvidó de decirme algo...

Salgo de la cama y me acerco a la puerta bostezando a destajo. La verdad es que espero que sea por una buena razón. Abro y me asombro más de lo que jamás me hubiese imaginado.

—¿James? —pregunto confusa.

—Sí, nena, soy yo.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, ha ocurrido que ya no aguanto más —me dice con cara de cansado.

—¿A tus padres? —Porque la verdad es que no entiendo nada.

—No, no aguanto más mis ganas de... —No termina.

Traspasa el umbral, me toma por la nuca y atrapa mis labios entre los suyos, aprisionándome contra una de las paredes mientras el beso se vuelve más ferviente y su mano se cuela bajo la camiseta de mi pijama. Jadeo por la impresión de lo que está sucediendo y es cuando aprovecha para colar sus dedos bajo mi sostén y pellizcarme uno de los pezones. Gimo por el placer que siento a la par que me avergüenzo de lo que estoy haciendo. Esto está mal, muy mal, y yo no soy de esas que se bajan las bragas a la mínima de cambio, y menos por su jefe. ¡Pero si yo critico a ese tipo de gente, por Dior! Repite la misma acción con el otro pezón y yo me derrito. Puede que no esté bien, pero a nadie le amarga un dulce, solo será una vez y la verdad es que una alegría al cuerpo de vez en cuando no es pecado, ¿verdad?

Cuando voy a responder a sus exigencias, que su cuerpo me hace saber, me gira, colocando las palmas de mis manos sobre la fría pared, dándole la espalda. Se dedica a recorrer mi piel con la yema de los dedos, haciéndome temblar mientras la electricidad se adueña de mi cuerpo y el vello traicionero se eriza preparándose para el placer extremo que, con suerte, le

proporcionarán. Los dedos cumplen con las expectativas de mi cuerpo y cuando acaricia el borde de mi pantalón de pijama, me muerdo el labio a sabiendas de lo que viene. Desliza la tela con cuidado, sacándola por mis pies.

—Sabía que tu piel respondería a mí del mismo modo que mi cuerpo responde a ti. —Esa voz...

—¿Daniel? —pregunto incrédula.

—Shhhh, no te gires. Solo disfruta de nuestra compañía —responde Daniel mientras siento cómo alguien sujeta mi barbilla y me gira para besarme, mordiendo mi labio y succionando mi lengua. Mmmmmm, por todos los cielos.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando besarte —me susurra James en los labios y yo solo puedo asentir y tragar saliva.

Parezco tonta, lo sé, pero los dos hombres que ahora mismo ocupan todos mis sentidos están aquí, junto a mí, calentando algo más que la habitación. Siento las braguitas humedecerse y es entonces cuando recuerdo la frase de mi madre: «Mejor fuera que dentro». Según ella, esa frase vale para todo tipo de situaciones, por increíble que parezca.

Me giran y cambian de posiciones. Daniel besa mis labios con deseo, mientras que James se adentra en los misterios de las profundidades de mi océano particular, bajando esa tela que ahora serviría de bayeta húmeda.

Daniel baja lentamente por mi mejilla hasta llegar a mi cuello, reteniendo parte de mi piel entre sus labios. James, por el contrario, mantiene una conversación a lengua viva con mi vientre, bajando lentamente por este y acercándose peligrosamente a mi zona más íntima, esa que está a punto de abrir sus puertas para dejar salir todo lo que trata, con todas sus fuerzas, de retener.

Oigo un ruido molesto, una especie de zumbido. Miro hacia todos lados, pero no veo el origen. Los chicos no parecen apreciarlo, pues siguen a los suyos, pero para mí es insoportable. Cada vez es más y más intenso, se me mete en el cerebro como una taladradora.

—Esperad, chicos.

—Shhhhh —Daniel me insta a callarme y es entonces cuando muerde mi cuello con fuerza como si se tratara de un vampiro y pego un grito dando un salto y abriendo los ojos.

Miro la alarma. Así que era eso lo que sonaba... Busco a mis chicos por la habitación mientras trato de normalizar la respiración, pero las únicas que

estamos somos mi mente calenturienta, que se pone en modo *on* cuando cojo el sueño, y yo.

Maldigo en silencio. Yo quería que fuera real... Reviso la hora y salto de la cama literalmente. Si no me doy prisa no estaré lista, ni siendo la hermana de Flash, para la hora en la que he quedado con Daniel para ir a la granja. A ver quién es la guapa que lo mira a la cara sin sonrojarse después de que casi hago con él todo lo que me apetece, aunque sea en sueños. Me doy una rápida ducha, hago un muñeco de barro, que nunca hace daño, y me coloco algo de ropa cómoda. Si voy a ir a una granja no voy a ir con traje de coctel. A más cómoda mejor.

Me cojo una manzana en la cocina y salgo a la recepción, donde me encuentro a un Daniel que sonrío de oreja a oreja y yo solo puedo morir de vergüenza. Si supiera que he tenido sueños húmedos con él y James esta noche...

—Buenos días, Daniel —lo saludo.

—Buenos días, pequeña. Pareces recién salida del anuncio de Durex. Si no te conociera pensaría que...

—¡Daniel! —le grito colorada como un tomate.

Te preguntarás cómo sé que tengo la cara roja. Sencillo, me arde como si el mismo infierno se hubiese adueñado de ella. Ni siquiera ahora, con el «tierra trágame», tras el comentario de Daniel, tendría suficiente.

—Anda, vámonos, Sor Beth-té de limón. —Coloco los ojos en blanco por sus intentos de fusión de dos chistes malos y me pongo el casco saliendo del hotel mientras él hace lo propio.

No tardamos mucho en llegar a la granja. La verdad es que no ha ayudado al intento de enfriar mi cuerpo, ya que la ducha fría me ha resbalado literalmente, el hecho de que tuviera que rodear con mis brazos el cuerpo de Daniel, sintiendo sus músculos marcados por su ajustada camiseta. ¿Acaso no tiene XXL?

Daniel se abraza a un anciano que, al verlo, corre en su busca. Es una estampa tan tierna que suspiro mirándolos. La verdad es que echo de menos a mi madre, para qué nos vamos a engañar, y estas situaciones solo acentúan mi añoranza. Hoy la llamaré, quizá oír su voz y sus sabios consejos me ayuden a ordenar el caos que es ahora mismo mi cabeza. El desorden de la habitación de mi infancia no es ni parecido al de mi cabeza ahora mismo. Entre Daniel y James, mi cabeza se está volviendo loca.

Daniel me coge de la mano y me entrega un cubo con lo que parece comida de ave. ¿Quizá para gallinas?

—Vamos. Tú te encargarás de darle de comer a las gallinas —bingo—, yo me desharé de las heces de todos ellos. Necesito que te ocupes también de Maddie.

—¿Es una niña? ¿Un cachorrito? —A la espalda, cruzo los dedos para que no sea un cocodrilo. Lo sé, aquí un cocodrilo lo veo bastante imposible, pero ya me espero cualquier cosa.

—Esta es Maddie. —Me lleva hasta una zona cercada donde hay una ¿llama?—. Digamos que no le caigo muy bien, ¿verdad, traviesa? —Lo veo sacarle la lengua al animal y, este, que parece que con la mirada le esté perdonando la vida, le escupe en toda la lengua. Puagggggg.

—Luego dirás que te odia, pero es que la provocas. —Río—. ¿Verdad, Maddie? —La llama me mira con cara de pocos amigos, o quizá de estreñida y me escupe en el centro del ojo.

—Será cabrona la bicha esta. —Y oigo ahora a Daniel reír.

—Pues llama se llama —me canta a lo *Barrio Sésamo* y yo me seco el ojo, que me escuece como si esa baba fuera realmente ácido radioactivo.

Pasamos la mañana atareados, me lleno de mierda de vaca hasta el pelo. Tengo que estar de un *sexy* que ni Marilyn Monroe... Daniel ha colocado todos los excrementos de cabra en una esquina para que el anciano los use de abono.

—¿Quieres que juguemos a la petanca, nena? ¿Quizá a las canicas? —Ja, ja, ja.

—Muy gracioso, payaso.

—He dejado lo mejor para el final, Beth. —Daniel silva y es entonces cuando aparece un caballo blanco de crin negra. Es simplemente hermoso.

—¿No me dijiste que primero tenía que echar el lazo para poder aprender a cabalgar? Te voy a demostrar que, una vez echado el lazo, puedo llegar al final del camino paso a paso.

—Bien, quiero ver eso. —Sonrío y veo que, torpemente, intenta subir al caballo tomando las riendas para después sonreírme satisfecho.

—Es Skye, una yegua preciosa. —Pero la yegua no parece estar de acuerdo con que Daniel trate de montarla, porque empieza a saltar como si estuviese poseída por la mismísima niña del exorcista, hasta tirarlo al suelo como si se tratara de un muñeco de trapo.

Niego con la cabeza riendo y es entonces cuando mi moreno considera que ya ha hecho el ridículo suficiente y me pide volver antes de que oscurezca. No me pregunta sobre si me apetece ir a cenar, creo que con el cochinitillo que nos ha preparado el anciano tenemos reservas en el cuerpo para todo el año y parte del próximo.

La verdad es que ha sido un día interesante. Ahora que ya estoy en el hotel, sentada en mi cama de nuevo con el pijama, lo veo todo con más claridad. James y Daniel son polos opuestos. Mientras que Daniel es desenfadado, campechano y divertido, James es más intrigante, sensual, pero también serio y, a veces, con un palo en el culo, como su mujer. ¿Su mujer? La verdad es que no me acordaba de ella. No sé ni por qué pienso en él. Está prohibido, es mi jefe y no hay más que hablar.

Capítulo 6

Harry Pota

Hoy me he levantado sin ganas de hacer nada y, por increíble que parezca, como es día de trabajo, tengo que mover el culo. Todavía huelo a gallina, o quizá sea mi subconsciente, así que me doy una larga ducha para que no quede un recoveco de mi cuerpo sin limpiar en profundidad.

No pasa mucho hasta que salgo del hotel, con la barriga repleta de café con cereales, rumbo al trabajo.

El edificio tiene un ambiente algo lúgubre, o quizá es que busco cualquier excusa que me dé pie para salir corriendo en dirección contraria para no tener que enfrentarme a James, pero la verdad es que ni soy una niña tonta y miedica ni voy a dejar amedrentarme ni por James ni por Freddy Kruger.

Subo al despacho y voy directa a sentarme en mi mesa, James no está. Parece que le ha pillado el gusto de pasar el día fuera de la oficina, aunque no es algo que me incumba.

Me paso la mañana respondiendo mensajes, concertando entrevistas, buscando anunciantes, organizando la agenda y demás actividades por las que he sido contratada. Quiero hacer bien mi trabajo, para que después no se me recrimine nada, sino porque soy una profesional y no quiero estar por debajo de una eficiencia máxima.

A las doce me tomo un descanso tanto para ir al baño como para tomar un tentempié que la revista ofrece de manera gratuita, un cruasán, cómo no. Aprovecho, tras mirar la pantalla del móvil, y decido hacer una llamada.

—¿Mamá? —le pregunto cuando marco.

—¿Quién habla? —me pregunta haciéndose la loca. Como si no lo supiera...

—Soy tu hija, mamá, ya sabes.

—¿Hija?, yo no tengo una hija.

—Mamá, no te hagas la melodramática. Es cierto, llevo días sin llamar, pero es que he estado liada.

—Desde que estás en Francia te han sorbido el cerebro, ya no eres mi niña, te has olvidado de tu madre.

—No es eso. He tenido algunos problemillas, nada que no pueda solucionar. Necesito que me hagas un favor.

—Lo siento, hija, pero no te puedo mandar a un gigoló para que te ayude con esos problemillas. Usa ese cachivache a pilas rosa tan mono que te compraste, ese que usé yo un día para darme un masaje de piel. Qué gustillo daba la vibración. Ojú, qué tarde me dio la lagartija esa rosa de dos cabezas, eso sí, para mí que sea solo masaje de piel, tú haz lo que quieras con esa cosa viscosa, pero no me lo cuentes.

—Mamá, ¿tú te crees que esto es un tema de conversación que debemos tener?

—Por qué no, mejor hablar de eso que de la almorrana que me salió ayer, hija. No hay quien se siente. Te he cogido el cojín de la habitación para sentarme. —Joder... ¿No había otra cosa?—. Ese del arbolillo con ojos.

—Se llama Groot. Tranquila, tras el uso que le has dado, puedes quedártelo. Ya ha muerto entre terribles sufrimientos. No hay modo posible de que se recupere de ese trauma. Bueno, a lo que iba, mamá. Necesito que me ingreses en la cuenta los ahorros que tengo en el cajón de las braguitas, esos que están bajo el tanga de las Navidades.

—¿El cacho de tela ese con barba blanca en la parte del tulipán e hilillo en el pompis?

—Sí, mami, ese.

—Ya te lo hice, mi niña, poco después de que llegaras. Pensé que te habrías dado cuenta. Como no tenías ni un pavo, como tú dices, aunque no entiendo que tiene que ver el pobre pavo con el dinero, te lo metí en la cuenta para que pudieras comer y buscarte una habitación para empezar. Aunque como me dijiste, no ha hecho falta, el generoso jefe que tienes te ha dado trabajo y vivienda al lado del zagal ese al que intentaste matar.

—Respecto a eso, necesito consejo en tema de chicos, tú que tienes tanta experiencia en esto. Te cuento, Daniel y yo hemos decidido conocernos, no sé si lo entiendes, pero antes de anoche tuve un sueño de esos, ya sabes de cuales, no te hagas la monjita ahora, y estaba Daniel, pero también estaba James, mi jefe, y la verdad es que no puedo evitar tenerlos a ambos en mi mente. Uno separándose, el otro soltero, la verdad es que no sé qué hacer. Dame uno de tus superconsejos.

—Mi consejo es que disfrutes de lo que te haga feliz, mi niña. Todavía eres joven. Haz como yo a tu edad, vive la vida loca y si te apetece divertirte, sin

hacer daño a nadie, no te frenes. Tú, hija, disfruta y desempolva la almeja antes de que sea vieja. —Y no puedo más que soltar una carcajada al tiempo que se abre la puerta. Desvió la mirada hacia esta y me pongo serio al segundo.

—Mamá, tengo que dejarte, el trabajo me reclama. Gracias por el ingreso y por el consejo.

—De nada, cariño. Disfruta, que la vida son dos días. —Cuelgo y guardo el móvil en el bolso antes de alzar de nuevo la mirada.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le pregunto.

—Tengo un mensaje para usted. Esta mañana el señor Mathews ha dejado dicho que se la avise de que ha tenido que marcharse de viaje durante dos semanas a Alemania de urgencia. Reorganice su agenda y cancele las citas y reuniones que tenía a lo largo de estas dos semanas, pues no va a poder atenderlas.

—Gracias, así lo haré. —La sonrisa Colgate no dice nada más, sino que me enseña su perfecto esmalte en un intento de sonrisa falsa, de esas que hacen que hasta el labio te tiemble.

Sigo organizando la agenda y en un momento de arrebató desvío la mirada hacia la PDA. Al menos podía haberme mandado un *mail* para hacerme saber que se ausentaría durante dos semanas... Supongo que no soy tan importante o simplemente sigue molesto, cosa que no entiendo, y ha preferido que la sonrisa Colgate haga de intermediaria.

Decido salir a la calle y fotografiar diferentes parques, restaurantes, paisajes y demás lugares románticos que me puedan servir como acompañamiento y soporte visual para el artículo que decidirá si me quedo o no con el puesto de trabajo y, en su defecto, en Francia.

Trabajo como un autómatá, apenas me percato de que las horas pasan hasta que la alarma del móvil me informa de que es hora de que cambie de trabajo: de la cámara a la barra.

Daniel también ha decidido desaparecer, parece que se han puesto de acuerdo. Quizá estén de excursión juntos en plan cita romántica. Sí, ya estoy desvariando.

Margot se acerca unos minutos después para confirmarme mis sospechas: Daniel ha ido, a petición de los Mathews, a comprar alimentación variada. Supongo que no tardará en volver.

—Beth, ven un momento —me insta Amaya Mathews, y yo ya me huelo lo

peor. Esta tiene de todo menos buenas pulgas, es capaz de mandarme a cortar el césped de toda Francia.

—Dígame, señora Matthews —digo con toda la cara de ángel que me es posible, dada la situación.

—Necesito que vayas a los baños de la planta baja, la de los empleados. No funcionan bien y los clientes se han quejado del hedor. Quiero que eches un vistazo mientras llega el fontanero para ver si podemos menguar el malestar de los clientes. No pierdas tiempo, las quejas son cada vez más numerosas. —Me entrega un cubo con guantes, lejía, un desatascador y un ambientador, y yo ato cabos, no hay que ser muy lista... Me va a tocar oler mierda, literalmente.

—¿Tenemos mascarillas? —le pregunto de forma profesional.

—Claaaaro, y un mayordomo que nos abanica mientras trabajamos.

Capto a la primera la ironía y sin decir más me encamino hacia el infierno de los olores. No quiero abrir la puerta, eso sería como dejar entrar al mismísimo demonio a la Tierra, pero si no lo hago me quedo sin lugar de residencia, así de sencillo.

Te lo juro, esto de que te tengan cogida de los ovarios es una mierda. Me viene bien tener dos trabajos por lo que pueda pasar si no hago un buen artículo en la revista. Si me quedo sin *Le Socialité* siempre puedo seguir solo con el hotel. Podría quedarme en una habitación con el dinero que mi madre me ha mandado, pero es mejor tener esos ahorros por lo que pueda pasar.

Abro las puertas del averno y me encuentro con un cúmulo de bombas fétidas flotando en el ambiente. Pero ¡qué come esta gente, por Dior! Me coloco el antebrazo sobre la nariz o va a haber olor a excremento entremezclado con el de vómito, y ese segundo será regalito de una servidora.

Me pongo los guantes y dejo el cubo en el suelo. Ha llegado la hora de la verdad. Cojo el desatascador y, pinzándome la nariz con los dedos, entro al primero de los retretes, que me saluda con un color amarillento, como si tuviera hepatitis. Lo miro y él me mira, o quizá esté desvariando. La verdad es que no importa, tengo que hacer esto, o al menos intentarlo o me echarán a patadas. Quizá si hago un apaño y medio lo arreglo me dan hasta una medallita y los Mathews se compadecen de mi alma, de mi sueldo y de mi puesto.

Rocío un poco de ambientador por la sala para evitar morir por asfixia. Vamos allá. Estoy decidida a hacer lo que haga falta. El primero es todo un reto. Le doy al desatascador como si me fuera la vida en ello. Mañana tendré agujetas en los brazos —para que te hagas una idea, es como hacer un apaño a

un chico, pero exageradamente fuerte y rápido. Vamos, que más que satisfacerle, le estás haciendo una tortura china—. Parece que poco a poco va tragando y una pizca de esperanza se refleja en esa agua que ahora, segundo a segundo, va succionando el gran agujero. Esto es como la garra de *Toy Story*, solo va cogiendo a los elegidos y, al parecer, estos hoy han sido dos bolas de papel higiénico inhumanas que esconden algo que no quiero saber.

Bien, uno menos. Solo quedan dos más. Si lo resuelvo igual de bien, quizá me den una galletita —véase la ironía—. Me meto en el segundo de cabeza, cuando antes lo acabe mejor para todos, sobre todo para mí. Ojalá estuviera aquí Daniel para echarme un cable.

Estoy viendo un «mojoncito» marrón flotando y me están dando unas arcadas que me muerdo. Qué asco. Reúno el valor suficiente para meter de nuevo la mano en el segundo baño, desatascador al frente, y empiezo a darle con ímpetu, con todas mis fuerzas, achicando para que se lo trague todo el ojo ese de Mordor. Parece que está chupando, como el otro, pero no tiene suficiente agua, así que trato de ayudarlo tirando de la cadena. Es el peor error que he podido cometer. El agua empieza a desbordarse por todos lados y el desatascador ahora no hace ni cosquillas. El suelo está empezando a encharcarse y no sé qué hacer. Corro a por la toalla de secarse las manos y la coloco en la puerta, para que el agua no salga por la ranura bajo esta. Miro impotente cómo salen todo tipo de asquerosidades de ese agujero maligno: tampones, bolas de papel, condones, cigarros, agua amarillenta, excrementos, compresas y de más cosas repulsivas que gente con pocas luces ha decidido tirar por el retrete. Si hasta estoy viendo un tanga flotando por el suelo... Y yo con mis Converse. Trato de subirme en algún lugar para evitar que esas, vamos a llamarlas cosas, me rocen y no me queda otra que sentarme en el lavabo. Al menos ahí estoy segura. ¿No?

La puerta se abre entonces de par en par y aparece Daniel que, al ver este desastre, se echa las manos a la cabeza.

—Pero ¿qué demonios...?

—Ha habido una fuga, Daniel. Amaya me ha mandado a contener el hedor y a tratar de desatascar los baños mientras no llega el fontanero. El primer baño ha ido bien, creí que podría hacerlo, pero el segundo se ha desbordado y, bueno, creo que lo demás es obvio.

Daniel corre a poner de nuevo la toalla en el borde bajo de la puerta para evitar que el agua salga del baño y llegue a las habitaciones colindantes. Se

remanga y me mira con cara divertida.

—Pequeña, sé que me vas a odiar por lo que voy a pedirte, pero necesito que bajes de ahí y me ayudes. A mí también me da asco, nena, pero cuanto antes solucionemos esta situación, antes podremos subir y darnos una buena ducha.

—Está bien —asiento y bajo quedándome de puntillas en el suelo—. Es asqueroso, que lo sepas.

Le tiro uno de los guantes y nos dedicamos a coger con la mano enfundada las cosas flotantes y tirarlas en la basura.

Pasamos más tiempo de lo que nos gustaría haciendo de cazafantasmas, o en su defecto, de cazamierdas.

—Ya está, el último «ñordo» ha sido neutralizado —suelto sin siquiera pensarlo.

—¿Qué es un «ñordo», Beth? —me pregunta confuso.

—Un pedazo de butifarra, y no me refiero para comer, ya me entiendes.

—Entiendo.

Nos dedicamos a recoger el agua con el cubo y a deshacernos de ella en el lavabo, donde antes descansaba mi culo. No conseguimos recogerla toda, pero sí gran parte para contenerla mientras voy en busca de la fregona al cuarto de limpieza.

Daniel me espera acabando de adecentar todo lo posible el lugar y, cuando llego con el culo y dos fregonas, recogemos el agua que queda en el suelo, esa que mi profesor de francés ha conseguido frenar mediante la válvula para que no salga indefinidamente. Cuando al fin acabamos el arduo trabajo nos miramos y solo podemos aguantar la risa ante la situación ridícula y surrealista que acabamos de vivir.

—Te he echado de menos, pensé que me habías abandonado —le digo a modo teatral.

—Jamás te abandonaría, Beth. —Toma uno de mis mechones desordenados de mi cabello y lo coloca tras mi oreja.

—Gracias por venir a echarme una mano, nunca mejor dicho. —Me acerco para besar su mejilla, pero toma mi barbilla y me gira el rostro, atrapando mis labios y besándolos con deseo.

Acaricio su pelo atrayéndolo más a mí en un arrebato de pasión. Estamos solos y me apetece mucho besarlo, sobre todo, después de lo acontecido en mis sueños. Jadeo sobre sus labios y él lo toma como una invitación para

rodear mi cintura con su brazo, descansando su mano en mi trasero.

Y es entonces cuando la puerta se abre de par en par y Steven, con un hombre de mediana edad, pero no mediana tripa, aparece, pillándonos *in fraganti*. Ups.

—Señor Steven, no es lo que parece —trato de disculparme.

—Después hablaremos usted y yo —es lo único que contesta.

—No, la culpa ha sido mía y si debe hablar con alguien es conmigo.

—Señor Smith, arregle esta situación. Lo espero en la recepción. Vosotros fuera de aquí, subid a asearos y cambiáros. Apestáis.

Gilipollas. Sin decir nada, sabiendo que hemos sido descubiertos por nuestro jefe en una situación muy incómoda.

—¿Qué vamos a hacer, Daniel? —le pregunto preocupada.

—Tú no te preocupes por nada, yo me encargaré. —Me guiña el ojo para quitar hierro al asunto y sonrío de lado como un niño que quiere hacer una travesura.

—¿Quieres que nos duchemos juntos?

—¿No has tenido suficientes pilladas por hoy, Daniel? No tengo muy buena relación con los Mathews y si sigo poniéndoles en bandeja mi cabeza, me acabarán echando, así que tengo que ser buena, no me provoques.

No me contesta, solo me da un suave azote como despedida y se va corriendo a su habitación. Tenemos que darnos prisa para volver a nuestro puesto de trabajo, ya que ahora mismo los chicos tienen que estar hasta los topes a falta de dos personas.

Nos pasamos la tarde corriendo de un lado al otro mientras Amaya se dedica a mandarme cosas inútiles como retirar todas las hojas que flotan en la piscina al tiempo que está diluviando, a sabiendas de que hay personal para el mantenimiento de los servicios.

Eso es lo que se llama ser tu jefa y poder putearte por el simple hecho de que me caes mal o porque crees que eres una trepa, cosa que no es cierta. Además, la muy cabronceta me ha dicho que tengo que quedarme un poco más hoy porque he perdido demasiado tiempo en el baño dándome una ducha por, según ella, un error mío, como si yo hubiese embozado los baños. En fin, Serafin... Lo que hay que oír.

Me despido de Margot que, junto con el chef, son los únicos que se han compadecido de mi situación, me han guardado un plato de carne con patatas al horno y lo agradezco. Estoy famélica. Le llevo otro a Daniel, al que no he

visto en toda la tarde.

Golpeo la puerta, pero no oigo nada tras ella. La abro y veo que todo está en silencio. Tras dejar el plato sobre la mesita de noche, oigo que alguien canta en la ducha y sonrío sabedora de quién se trata. Entro en el cuarto de baño de Daniel, sin hacer ruido y sonrío.

—Cantas menos que un grillo mojado. —Lo veo reírse a pleno pulmón y no puedo evitar hacer comparaciones. Sé que son odiosas, pero esa sonrisa angelical se antepone completamente a la sonrisa de James, más burda y atarzanada.

Solo alcanzo a verle la cara, puesto que la mampara opacada me impide ser más chafardera. Mecachis...

—Señorita, viene usted a mis aposentos a espiarme desnudo y encima me humilla. ¿Qué es lo que pretende exactamente?

—Pretendo traerle un plato de comida para que cene conmigo y quizá una película. El horario de trabajo ha terminado y nadie puede decirnos nada, puesto que ahora solo somos Lisbeth y Daniel, no camarero uno y dos del hotel Mathews.

—Me parece un plan maravilloso, Beth. Me encantará cenar a tu lado mientras vemos una película. ¿Cuál prefieres ver? ¿El sexo sentido: veo gente en bolas? Perdón, quiero decir; *El sexto sentido*, veo gente muerta.

—Muy gracioso. Nada de porno ni de terror, solo algo divertido. Después del día de hoy necesito algo que me haga reír. Hoy Amaya me ha puteado de lo lindo.

—No eres la única. He tenido que ser el chapuzas del hotel a cambio de que se estuvieran quietecitos.

—¿Qué quieres decir con que se estuvieran quietecitos?

—A cambio de que no te fueras a la calle.

—Joder, Daniel. Lo siento mucho, de verdad. No quería que te manipulasen de ese modo para salvarme el cuello.

—Tranquila, Beth, no ha sido nada —me dice y es entonces cuando, sin previo aviso, sale de la ducha como su madre lo trajo al mundo. La madre que lo... Nunca mejor dicho.

—Joder, Daniel, avisa —me quejo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta lo que ves?

—No es eso, estás realmente genial, es solo que ha sido tan de repente, sin esperarlo, que me he sobresaltado. No me esperaba que fueras tan natural.

—Quiero que me veas tal y como soy. No me avergüenzo de mi cuerpo y espero que tú tampoco. Quiero que mi chica me vea al natural. —Me guiña el ojo.

Y la verdad es que, y a riesgo de que puedan juzgarme por fisgona, le he dado un buen repaso de arriba abajo y debo decir que es más de lo que imaginaba. No sé si sabes a lo que me refiero.

—Voy a preparar la película mientras te secas y vistas. Prometo que si te portas bien, como compensación, te haré un masaje.

—Oh, qué generosa estás hoy, Beth. —Sonríe y se da la vuelta para que pueda ver bien su trasero antes de que cierre la puerta y le dé privacidad.

Me dedico a escoger una película de alguno de los canales internacionales mientras saco un par de botellas de agua del minibar y me siento en la cama a esperar a la sirenita, que parece estar preparándose para el baile con su príncipe bajo el mar.

La puerta se abre y veo a Daniel sonriente con un pantalón de chándal y una camiseta blanca de algodón.

—Te has afeitado, ¿verdad? —Se sienta en la cama y yo acaricio inconscientemente su mejilla. No me gustan nada las barbas.

—Sí, por eso he tardado más de lo habitual. Espero que sirva para algo. —Me guiña el ojo.

—Más de para lo que te imaginas. —Sonrío y le entrego su vaso de agua y su plato mientras vemos las letras de introducción de la película que he encontrado que no fuera en francés: *Dos rubias de pelo en pecho*, en inglés.

Nos reímos como si no hubiese un mañana mientras devoramos la comida hasta quedar llenos, no perdiendo detalle de la película, pero tampoco dejando de mirar de soslayo al otro.

—Beth, quiero que sepas que nunca soñé poder estar así contigo, aunque deseaba que ocurriera, y ahora que te tengo a mi lado, quiero más, no sé si me explico. Tú me dijiste que fuéramos paso a paso, pero yo necesito abrazarte y besarte hasta que se nos duerman los labios.

Y lo beso, lo beso porque me da la gana, y a quien no le guste que beba agua. Sus manos se aferran a mi cintura y me pegan más a su duro cuerpo, aquel por el que ahora mismo suspiro. Ni en mis mejores sueños, y eso que creedme que con él los he tenido.

Me tumba en la cama y acaricia mi cuerpo al completo, sin prisas, suspirando sobre mis labios en cada centímetro recorrido. Mis manos se

cuelan bajo su camiseta y disfrutan del tacto, tan suave y perfecto. No sé si quiero llegar tan rápido a la segunda base, pero la verdad es que ya no puedo parar, qué coño, no quiero parar. La ropa queda hecha añicos y ni siquiera me doy cuenta. ¿Cuándo ha pasado eso?

Vale, no os voy a contar lo que acaba de pasar, básicamente porque es mi vida sexual privada, no seáis cachondos, solo os diré que tengo agujetas hasta en los pezones, aunque no sé si eso es posible.

Me despierto pronto, apenas he dormido unas horas, pero estoy mejor que nunca. Parece que, como me decía mi madre, he desempolvado la almeja. Daniel no está a mi lado, quizá ha ido a correr, pero no, dos segundos después de mis divagaciones, la puerta se abre y aparece él con una bandeja de comida y bebida hasta arriba. El desayuno de los campeones.

—Espero que tengas hambre, porque he saqueado el bufet antes de que vengan esos buitres a arrasar con todo.

—Muchas gracias, Dani, la verdad es que eres todo un galán —mientras hablo se ha puesto tieso como un palo. ¿Qué le pasará?—. ¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal?

—Es solo que así es como me llamaba mi madre. Recordarlo ha sido algo doloroso, pero no te preocupes, tú no podías saberlo. Mis padres se alegrarían de que estuviese conociendo a una chica tan maravillosa como tú.

—Vaya, lo siento mucho, Daniel. Y no creo que quisieran que al lado de su hijo se encontrara una asesina potencial de este. Antes no sabía lo del ajo, pero ahora que tengo esa información en mi poder pienso exprimirla al máximo y chantajearte siempre que quiera con matarte si no cumples con todo lo que te digo.

—Será un placer morir por tus sugerencias. —Me guiña el ojo repasándome de arriba abajo con descaro—. Una muerte muy dulce, no me cabe la menor duda.

—Estás loco —le digo riendo a la vez que pongo los ojos en blanco.

—En eso tienes razón, estoy loco, pero por ti.

Ambos nos quedamos en un incómodo silencio que rellenamos comiendo lo que antes, que no ahora, había en la bandeja, y digo que no ahora porque han pasado dos termitas devorándolo todo: D. y L. Debo decir, aunque me cueste reconocerlo, que el sexo salvaje crea dos cosas que pensé que a estas alturas no sería posible: un hambre voraz y unas agujetas que te pinchan el alma hasta al respirar.

No tardo mucho en vestirme y, tras darle un beso pluma a Daniel —de esos que apenas rozas los labios porque se lo das cuando estás corriendo para no llegar tarde al trabajo—, corro a por el tren antes de que me deje tirada y deba usar estos tacones para tambalearme, cual pato, en un intento de correr hasta la oficina. Me compro, gracias a la ahora tarjeta de débito cargada con papelitos verdes, una tarjeta para el transporte de toda la semana y llego a la oficina diez minutos antes de que deba colocar mi culo en el asiento del despacho de James sin James.

Te voy a ser sincera, sin él todo se ve vacío, sin sentido, y no sé cómo rellenar los minutos. Lo diré de otro modo, lo extraño, y decir eso cuando has estado con un clon de Nacho Vidal que baila salsa entre tus piernas, es estar muy loca. Son palabras mayores —a mí me gustan mayores, de esos que llaman señores, de esos que te abren la puerta y te mandan flores—. Sí, a veces me pongo a cantar sola, o al menos lo hace mi cabeza, le dé permiso o no, pero es que si fuéramos autómatas que solo hacen las cosas que deben y se comportan como si tuvieran un palo en el culo, a lo Celine, la vida no tendría sentido, ni gracia. Anda que no le faltan potajes a la Celine esa para llegar a lo cabra loca que estoy yo. Bueno, eso y personalidad. Ahora que ya no está casada con mi jefe puedo echar pestes de ella, ¿verdad? Bueno, también lo hacía cuando lo estaba, así que, técnicamente, no he cambiado nada. Soy un caso.

Me meto en el servidor de James, necesito verificar sus *emails* y veo uno del propio James a su cuenta. Eso es raro de narices.

De: James Mathews

Para: James Mathews

Lise, supongo que te habrán puesto al corriente de mi inesperado viaje. La verdad es que no creo que dure mucho esta tortura. Ahora mismo, desde la lejanía, no creo que sea un buen momento, pero cuando vuelva a Francia tenemos que hablar de lo que ocurrió en el hotel. Hasta mi vuelta, puedes aprovechar para trabajar en el artículo, visitar lugares que te sirvan de inspiración para esa cita perfecta y aprender la lengua a la perfección.

Por cierto, hoy va a venir un modelo para Gucci. Necesito que le hagas unas fotos. Es un inversor vip, ya sabes a lo que me refiero, y quiero que todo salga a pedir de boca. No te preocupes, tanto el modelo como el representante son anglosajones, así que no deberías tener problemas para comunicarte con ellos.

Intentaré volver antes de la fecha porque, aunque me cueste admitir lo que estoy a punto de decirte, te extraño, más de lo que te imaginas.

James Mathews

Estoy tentada a contestarle, pero hacerle sufrir un poco no le viene mal, no

en vano él se ha portado como un capullo, arrogante, sobreprotector, controlador y todo lo que acabe en «or».

Mi abuela siempre decía que de haber sido un niño tendría los huevos como los de un toro, pero lo mejor del toro es la estrategia, porque si solo ves de frente, te chocarás con todo lo que hay delante sin encontrar un punto fijo, pero si usas la cabeza creando una buena estrategia, llegarás al punto que deseas sin haber perdido fuerza por el camino.

Ella era un toro y yo quiero ser como ella. Es por eso por lo que no pienso amedrentarme con gente como los queridos padres... No me pondré a pelear arrasando con todo, si puedo llegar al final sin daño alguno para mí.

Vuelvo a la realidad. A veces me da el venazo asesino o maquiavélico y empiezo a maquinan planes retorcidos, pero en seguida se me pasa, o puede que no...

Un sonido en la pantalla me indica que ha llegado otro correo. La verdad es que había olvidado que seguía estando abierto, así que como la curiosidad mató al gato, y yo soy el gato, me tiro de cabeza a la piscina y sin agua. Total, ¿qué puedo perder?

De: Celine Mathews

Para: James Mathews

Mi amor, he intentado contactar contigo por teléfono, pero me salta en buzón, supongo que no tendrás cobertura o batería. Solo quería que supieras que tus padres me han ofrecido de nuevo la posibilidad de restaurar nuestra casa dándonos parte del dinero para que volvamos a empezar de nuevo. Te echo mucho de menos y estos días en los que no estás aquí se me van a hacer eternos. Tengo muchas ganas de verte y darte todos esos besos que han quedado pendientes a lo largo de los años.

Siempre tuya, Celine.

La madre que la trajo, qué a gusto se quedó. Aquí hay algo que no cuadra: o James me ha mentido y no están tramitando el divorcio, o esta chica se hace unas pajas mentales brutales. Cree que tiene posibilidades de arreglarlo con James después de tantos años. Tengo que preguntarle quién es su camello porque, la verdad, el material que le pasa es de una calidad exquisita.

Quiero responderle, pero me freno porque ni es mi *email* ni debería estar leyendo mensajes privados para James. Lo marco como no leído, a lo tramposa, y me limito a concentrarme en el trabajo, sobre todo revisando la campaña de Gucci, más que nada para que no me pille en bragas cuando llegue el modelo y el representante de la firma.

La chica Colgate va entrando de vez en cuando en el despacho para

comprobar que trabajo y no estoy al teléfono con mi madre. Parece una niñera. Que me deje tranquila y se dedique a lavarse los dientes, que creo que tiene un «paluego» de espinacas o igual solo lo he alucinado porque no la aguanto. Quién sabe...

Sí, yo también lo he pensado, tú no eres la única persona que cree que esta ha sido una de las que se han montado en los asientos traseros del coche de James, como me informó Joe. Bueno, no me dijo que fuera la Colgate, pero sí que había llevado a muchas chicas.

En fin. Vamos a ir a otra cosa, mariposa, porque si sigo por ahí vamos a acabar mal. Unos nudillos golpean la puerta y levanto la vista de la pantalla del ordenador mientras insto a quien sea a que pase.

—*Hello, ¿Miss Martines?* —Otro con la «s». Esto es cosa de James, que está compinchado, o son familia. Empieza a ser preocupante.

—*Yes, I'm Lisbeth Martínezzzzzz.* —Y alargo la zeta como si no hubiera un mañana. Me levanto y estrecho la mano de ese hombre que rondará los cuarenta y cinco años.

—Bien. Soy Klein —a ver, el tío se llama Klein. ¿No me estaré confundiendo de cita y este sea el encargado de representar la marca de Calvin Klein?—, el representante de la campaña que Gucci va a realizar en la entrevista —ah, pues no—. El modelo está en el coche. Queremos saber si podemos pasar ya a la sala principal para empezar la sesión fotográfica. La verdad es que vamos con algo de prisa. —A ver que todo esto lo dice en inglés, pero yo como soy muy maja os lo traduzco simultáneamente por eso de que no tengáis que irros al Google traductor.

—Perfecto. Puede pasar a la sala A, en esta misma planta. Yo seré la encargada de realizar la sesión fotográfica, puesto que soy la fotógrafa de la revista.

—Muy bien. Empecemos cuanto antes, por favor, en tres horas cogemos un vuelo a Vancouver.

—Por supuesto. Vayan encaminándose a la sala A mientras yo me hago con el material.

Cojo la cámara y lo dejo todo cerrado para poder caminar hasta la sala, donde me espera Klein y ¡¿Adam Levine?! Me tiemblan las piernas, como dos flanes, y él me mira con esa cara de no haber roto un plato que me desarma.

—Venga, no te quedes ahí parada, empieza o no habrá baberos suficientes para contener tu salivación —me dice en inglés mi ayudante en la sala.

—Sí, ya voy, pero primero voy a presentarme. —Trago saliva y finjo no tener la sonrisa de tonta embobada que sé que tengo en este momento para parecer una persona normal.

—*Hello, Adam, my name is Lisbeth* —me presento al tiempo que me tiembla la voz. ¿Por qué será?

—*Hi, Lisbeth.* —Me da dos besos y ya no solo salivo por los labios superiores, tú ya me entiendes.

Me quedo embobada un rato mientras él me habla, pero no escucho nada de lo que me dice, solo veo sus labios y me imagino su cuerpo desnudo mientras bebe leche y esta se le chorrea por el dorso. Vale, lo estoy flipando demasiado. Ya me freno, no hace falta que me digas nada.

Una vez me espabilo a mí misma, me coloco en posición y veo a Adam hacer lo propio. Es un Ulliel segunda parte. La verdad es que cobrar por ver a estos dos dioses del Olimpo frente a mí debería ser pecado.

No sé cuántas fotos llevo ya, pero al igual que con Gaspard, pienso guardármelas todas para mi colección personal. Han quedado muy bien, pero supongo que tener un pibón de modelo ayuda y mucho.

Y es entonces cuando llega el momento cumbre. Adam se queda en ropa interior para presentar la moda íntima de la firma y yo entro en un bucle de pequeños infartos. Trato de concentrarme en hacer bien mi trabajo, y así acabo. Con unos cientos de fotos ya hechas, doy por concluida la sesión, para mi desgracia.

Me acerco a Adam, ya que va a ser la primera y última vez que lo vea, quiero hacerme una foto a su lado, ya que me la perdí con Gaspard por tener pocas luces.

—¿Podríamos hacernos una foto? —Pongo cara de niña buena, de esas que le ponía siempre a mamá para conseguir la piruleta.

—Por supuesto. Además, tengo un regalo para ti. La verdad es que has sido muy rápida, amable y eficiente y quiero regalarte una cosa. —Saca su último disco de la bolsa y me lo enseña—. Voy a dedicártelo y nos haremos esa foto.

Definitivamente me he enamorado. Seguro que ahora está pensando en comprarme un babero, pues estoy modo babosa en proceso de mutación.

—*Thank you, Adam* —le digo tras hacerme la foto con él y mi nuevo disco dedicado. Él me sonríe y me sujeta del mentón para besarme ambas mejillas. ¡Madre del amor hermoso!, no pienso volver a lavarme la cara en la vida. Ya puedo morir en paz. Sí, soy una dramática, ¿y?

Vuelvo al despacho tras despedirme de Adam y me dedico a retocar las fotografías, hacer una selección de las mejores y, sobre todo y lo más importante, crearme una carpeta donde pueda copiar todas las imágenes para mi uso y disfrute, que una no es tonta.

Alzo la vista cuando unos nudillos golpean de nuevo la puerta. ¿Hoy les ha dado a todos por llamar? Apostemos. ¿Quién será esta vez?

—Lise, tengo a la señora Mathews en la sala de espera. ¿Quieres que la haga pasar?

—¿Es una mujer mayor o joven?

—Es joven. —Mierda, es Celine. ¿Qué hace ella aquí?

La puerta se cierra de nuevo y yo reorganizo la mesa y cierro la pantalla del ordenador para recibirla sin que pueda husmear en nada. No me fío un pelo de doña palo en el culo.

—Vaya, la chica del hotel, de la revista...

—Buenos días, señora Mathews, ¿en qué puedo ayudarla? —Trato de ser cortés. Ante todo, la educación.

—En ausencia de mi esposo, he venido a hacerme cargo de la revista. Soy codirectora de la misma y, aunque represento a una de las firmas que va a promocionarse en sus páginas, no deja de ser mía. Tengo gran parte de las acciones que la conforman. Técnicamente, soy tu jefa. —Lo que me faltaba por oír.

—Como guste.

—Desgraciadamente, no podré dedicarle mucho tiempo, por eso le he pedido a Mia que sea mi mano derecha y que me informe de todas las novedades que surjan, así como los inconvenientes que se presenten. —Va a poner de encargada a la chica Colgate, ¿en serio? Esta sabe llevar una empresa igual que una araña zapatos de claqué.

Me encojo de hombros, es lo más que quiero y puedo hacer. Es, técnicamente, la mujer de James, y si estoy en lo cierto y no firmaron separación de bienes, parte de la revista es suya, si es que formaba parte de las propiedades de uno de los dos cuando se casaron.

—Por cierto, quiero un informe completo de los anunciantes y los artículos que van a aparecer en el número de este mes. Lo quiero en media hora. —Esta tía está loca de remate.

—Le entregaré el informe lo antes posible —le aseguro.

—Creo que no me has entendido bien. He dicho que lo quiero en media

hora. ¿Acaso eres sorda?

—No, no soy sorda, pero tampoco tengo la capacidad de parar el tiempo ni multiplico por mil las manos a la hora de teclear.

—Entonces, si no quieres acabar sin trabajo aquí en la revista, te sugiero que empieces ya a teclear y no pierdas más el tiempo. —Que te den, bruja asquerosa.

Y sin decir nada más, Cruela de Vil con su chaqueta peluda, a lo yeti de las nieves, sale del despacho rumbo a... ni me importa.

Redacto el maldito informe como si me fuera la vida en ello. Vale, quizá la vida no, pero el empleo y sueldo sí. No veo mis dedos desde que maléfica salió por la puerta. Creo que me los he esguinzado todos de tanto moverlos. Miro el reloj y es la hora de finalizar mi jornada, justo cuando acabo de poner punto y final a la redacción del cole que la señorita Rottenmeier me ha encargado. La dejo en la secretaría, o lo que es lo mismo, en la recepción con Miss Colgate, y salgo por la puerta. Es la primera vez que quiero salir de la revista como si tuviera un petardo en el culo.

No tardo mucho en llegar al hotel, parece que el chófer se ha compadecido de mí y mi cara del langostino Rodolfo, al estilo: «Llévame a casa».

Entro por la puerta y voy directa a mi habitación. Quiero darme una ducha para quitarme el olor a mala pécora, perfume que la mujer de James me ha dejado impregnado en las fosas nasales.

Bajo al restaurante con el uniforme del hotel. Daniel me espera con esa sonrisa en los labios que lo caracteriza, parece que hoy está animado.

Servimos a los clientes y oye, que me veo más suelta. Como diría mi madre: «Ojú, niña, qué suelta tienes la lengua».

Ya puedo entender y casi mantener una conversación en francés. El que fuera mi padre catalán, me hace ahora recordar con mayor facilidad el léxico de la lengua local. Daniel me está ayudando y mimando mucho en ese sentido, siempre refuerza mi aprendizaje con palabras positivas y eso, aunque parezca una tontería, ayuda mucho.

Pasamos la tarde ajetreados entre cliente y cliente y bufidos varios del señor Mathews, que nos mira con cara de asco, sabedor de que en el baño del infierno hemos unido nuestros labios en la clandestinidad. —Joder, qué cursi me ha quedado eso, ¿no?—.

—Beth, ¿qué te parece si esta noche vamos de nuevo a la feria? Todavía está operativa.

—¿Para que me metas en la sala de los horrores? No, gracias, ya sabes que me echaron de allí por zurradora de asesinos. Me han sugerido que me presente al *casting* cuando hagan la de los vengadores. —Lo oigo reírse.

—Serás tonta... ja, ja, ja. Quiero que vayamos a pasear por allí, a disfrutar del ambiente, a comer algodón de azúcar o quizá un helado y, finalmente, subirnos en esa rana loca que siempre hace resbalar al de la esquina hacia el lado contrario, a modo de apisonadora del compañero, que te mira con cara de «No, por favor, no me aplastes, seré bueno» —imita una voz afeminada suplicante.

—A ese plan sí que me apunto. Por cierto, sabes quién va a sentarse en la izquierda, ¿verdad?

—Me puedo hacer una ligera idea. Creo que su nombre empieza por «D».

—Bingo. Premio para el señor. Se ha llevado una muñeca Chochona.

—¿La muñeca qué?

—Da igual, déjalo. —Le guiño el ojo.

—¿Quedamos en la entrada dentro de media hora?

—Perfecto. —Le lanzo un discreto beso antes de recoger los restos de cena que han sobrado del bufet de los clientes.

Tomo algo rápido mientras charlo con el chef. Parece ser que está aquí solo, puesto que su familia reside en Nueva Zelanda y todos sus ingresos se destinan a ellos, particularmente para cubrir los gastos de su hijo pequeño, que padece el síndrome de Moebius, una rara enfermedad que provoca parálisis facial, dificultades en el habla y problemas en la pronunciación. El tratamiento es costoso y su sueldo se destina al completo a mejorar la calidad de vida del pequeño.

—Ahora estoy haciendo horas extra por la noche en una fábrica embalando paquetes para envíos internacionales para poder costear el logopeda de Derek.

—Entiendo. —Ojalá pudiera ayudarlo. Debe de ir agotado. Duerme menos que un espía sordo—. Por curiosidad, ¿cuántas horas diarias duermes?

—Tres con suerte. —Joder, y me quejo yo...

No digo nada, en este caso sobran las palabras. Asiento mientras termino la cena y subo rápidamente a la habitación para cambiarme de ropa. Vamos a hacer un segundo intento en la feria. A ver si me controlo esta vez y evito que nos echen como ocurrió el otro día.

No tardamos mucho en llegar. Esta vez he sido lista —no te acostumbres a eso— y me he puesto algo cómodo, pero chic —a lo «chic para ti, chic para

mí»—.

—¿Te apetece que tomemos un helado? —me pregunta cuando apenas llevamos cinco minutos caminando por el lugar.

—La verdad es que me encantaría comerme un helado de coco, sobre todo hoy que hace una noche bastante calurosa para lo que es Francia. —Daniel asiente con una sonrisa y toma mi mano para llevarme a uno de los puestos que se encuentran en la feria.

—La señorita tomará una tarrina de coco y yo una de frutos rojos con sirope de chocolate —pide a la anciana que, cariñosamente, nos mira como si estuviera viendo a sus nietos. Asiente y nos coloca los helados en sus respectivas tarrinas.

—Disculpe, podría ponerme sirope de chocolate en el mío, ¿por favor? —le repite Daniel.

—*Je n'ai pas*²⁰. —Mira a Daniel con esa cara típica del gato de Shrek entendiendo el mensaje. Un aplauso para mí. Él se encoje de hombros y proseguimos el camino ante el jaleo del lugar y los pájaros hambrientos que buscan cualquier resquicio de comida de los transeúntes para echarle el guante.

Le ofrezco mi mano y él entrelaza sus dedos con los míos. Y es en este momento donde cobra sentido lo que te dije antes, que no te acostumbraras a que fuera lista. Y por qué te lo digo, pues porque si con una mano sostengo la tarrina con el helado y con la otra la mano de Daniel. La pregunta es, ¿ahora cómo demonios me como el helado? No tengo tres brazos...

Miro al helado y de seguido a Daniel, que ríe entendiendo que o una cosa o la otra, las dos imposible. Empiezo a comer el helado y él hace lo propio con el suyo mientras continuamos con el viaje.

—Me cago en la... —Miro a Daniel extrañada. ¿Qué le ocurre? Desvió la mirada a su helado y empiezo a reír tosiendo, pues me atraganto hasta con mi propia saliva.

—Ja, ja, ja, no decías que querías sirope de chocolate, pues ahí lo tienes, obsequio de la paloma mensajera. Tú mensaje ha sido atendido con éxito, gracias por confiar en Birdlines, donde sus sueños se hacen realidad. —Pongo voz de anuncio antes de explotar de risa otra vez.

—Muy graciosa... Qué asco, adiós helado. —Su mueca de decepción se asoma, como el montículo de su helado, ahora cubierto por una masa oscura de

dudoso olor.

—¿Quieres del mío?

—Te prefiero a ti al helado. —Sonrío sin saber qué más decir o hacer.

Proseguimos el camino antes de llegar a nuestro objetivo, tal y como hacía dicho antes Daniel. La rana se presenta imponente frente a nosotros, invitándonos a subir. Esta vez soy yo la que compra las entradas. Ahora que he recuperado mi dinero no quiero parecer una sanguijuela que se aprovecha de los demás y espera que le paguen todo siempre.

Nos subimos en la atracción, que desprende algún tipo de gas lacrimógeno blanco, porque me saltan las lágrimas sin poder evitarlo. ¿Qué pretenden conseguir con esa neblina? Yo os lo diré. Mi teoría es que si te subes con un desconocido porque nadie quiere subir contigo, ese humo te impide ver quién es la persona con la que te has sentado y, por tanto, evitar una denuncia por aplastamiento. No puedes denunciar a un fantasma, ¿verdad?

Como ha prometido, Daniel se coloca en la posición de aplastado y yo me quedo como aplastadora, básicamente porque yo soy más fina. A ver si me va a romper algún hueso y voy a tener que pedir la baja, algo que por otro lado no me puedo permitir.

—Me disculpo de antemano por las lesiones que pueda provocarte a lo largo de estos minutos. —Me sujeto todo lo que puedo y más a ese brazo lateral de la atracción, pero no nos vamos a mentir, cuando eso empieza a saltar como si no hubiese un mañana, mi culo se alza y cae sin parar, como si me azotaran el trasero, a lo castigo por niña mala. Chafó a Daniel como si buscara dejar fina la masa de *pizza* y lo dejo «planchao», nunca mejor dicho.

Gritamos, yo pasándolo bien, él supongo que por estar sufriendo atrapado, pero disimulando con cara de felicidad. Su brazo rodea mi cintura y me insta a soltar mi mano de uno de los extremos de la barra protectora para dejarme caer literalmente en sus brazos. No nos engañemos, lo pasamos como nunca, como dos niños inocentes divirtiéndose por primera vez en una feria.

Al bajar, aun cuando el cuerpo parece gelatina, decidimos repetir, total, de perdidos está lleno el río. Volvemos a subir, y así una y otra vez hasta que empiezo a marearme.

—¿Te sientes bien, Beth? Estás blanca —me pregunta Daniel, al verme tan pálida.

Bajamos de la atracción y caminamos hacia uno de los laterales de esta. Quizá ha sido demasiado movimiento, como si me hubiesen metido en una

coctelera y hubiesen hecho un coctel. El coctel de Lisbeth, que te coloca al cien por cien y sin alcohol.

—La verdad es que... —No me da tiempo a continuar, echo la primera papilla en el primer sitio que encuentro, desgraciadamente en sus pies—. Daniel, lo siento mucho, de verdad. —Trato de limpiarme la boca con un pañuelo mientras me disculpo. No le doy tiempo a responder. Corro hasta un puesto de comida rápida y compro una botella de agua, la cual derramo sobre sus pies para limpiar la «papa»—. Daniel, te prometo que no ha sido mi intención. —Me agacho para limpiar con los pañuelos los restos que el agua no ha hecho desaparecer.

—No te preocupes, no deberíamos haber subido tantas veces, Beth, supongo que has cenado antes de salir del hotel y que te hayan removido como un coctel molotov no ha ayudado.

Me sonrío y toma de nuevo mi mano, dejando de lado sus maltrechos zapatos, a los que no les ha hecho ni caso, y acaricia mi rostro con la mano que todavía le queda libre antes de caminar en dirección a la moto, conmigo al lado. Ahora mismo me avergüenzo de mí misma. He pasado de ser la loca de los aviones a Harry Pota.

Llegamos al hotel poco después. Me siento vacía y tengo ganas de lavarme los dientes. Besa mi mejilla al llegar a la puerta de mi dormitorio, sabe que si me besa donde desea puede que el sabor no sea muy agradable. Bueno, puede no, estoy muy segura.

Sonrío algo incómoda y le tiro un beso antes de entrar en la habitación e ir directa al baño, donde me lavo los dientes tres veces, por si acaso.

Me meto en la cama y, como efecto de un somnífero siento cómo las sábanas me atrapan igual que si fueran brazos, y me engullen, acercándome cada vez más al mundo de la inconsciencia.

²⁰ No tengo.

Capítulo 7

Una de cal y otra de abeja

Son las cinco de la mañana y no he dormido nada. No, no es «Obsesión», de Aventura, es la pura realidad. Apenas hace unas horas que me he metido en la cama, pero parece que mi cuerpo tiene otros planes, y esos no incluyen descansar.

Decido limpiar la estancia, básicamente porque como apenas estoy en el hotel y de las habitaciones del personal no se encarga el servicio de habitaciones, la mugre ya decide saludar por las mañanas antes de darme su discurso particular: «Tranquila, chati, que ya me barro yo sola».

Tardo más de lo que debería, lo sé, pero es que he sacado casi una pala de mierda al estilo de esas bolas del desierto que ruedan sin fin, solitarias sin más destino que llegar al más allá gracias al viento del norte que, en ocasiones, sopla con fuerza.

Salgo a correr un rato con un vaso de café cargado en el cuerpo, hoy voy a ir cuesta arriba si pretendo aguantar lo que me espera con cuatro horas de sueño y un café, pero es lo que hay, parece que hoy mi cuerpo pide salsa, y no de la deliciosa, por supuesto.

Tras una hora corriendo decido que ya es hora de darme una ducha y desayunar algo antes de marcharme hacia el infierno de Cruella de Vil. No sé lo que me espera hoy, pero tampoco quiero saberlo.

Llego a la oficina con cara de pocos amigos, sé lo que me voy a encontrar y, la verdad, no sé si quiero ver al basilisco con taconazos. Entro en el despacho y, como cada mañana, me siento en mi mesa, justo antes de revisar mensajes en la bandeja de entrada del correo y telefónicos en el fijo. Hay un correo, de James para James, cómo no.

De: James Mathews

Para: James Mathews

Lise, ya me queda menos para volver, las negociaciones no van muy bien, pero voy a usar un as que tengo escondido bajo la manga y acabaré cerrando el trato o al menos moriré en el intento soltando todo mi arsenal. Espero que por la revista todo esté yendo a pedir de boca. Sabes que confío plenamente en ti. La verdad es que tengo ganas de volver y la razón principal eres tú. Te he comprado un detalle aquí, en las pocas salidas de ocio que he podido

realizar, para ti y espero que te guste. Tengo ganas de poder dártelo en mano. Muy pronto, Lise, muy pronto. Hasta entonces,

Un cordial beso, el lugar lo dejo a tu elección.

James Mathews

Pues tampoco ha dado mucha información, aunque tengo curiosidad por ese regalo que, según parece, me ha comprado. Pero ya sabes lo que se hice, la curiosidad mató al gato. Alguien golpea la puerta y es entonces cuando, sin que dé mi autorización para que pueda acceder —como si acaso yo fuera alguien con influencia—, entra un cuerpo raquítrico con dientes blancos Colgate, la también llamada Mia.

—Sí, Mia, puedes pasar —le digo irónicamente.

—Tienes aquí a un repartidor. Te traen unas flores. ¿De tu madre? —me pregunta con ese inglés estirado de repipi.

—No, son de tu novio. Es que anoche nos lo pasamos muy bien juntos y ha querido mandarme esas flores para hacerme saber lo mucho que le ha gustado nuestro encuentro —le contesto sonriendo con la ceja alzada, retándola. Si ella quiere molestarme, yo no voy a quedarme atrás.

—*Bitch*²¹. —Sí, hay una *bitch* aquí, si te miras al espejo la verás. Maldita perra...

Tomo el ramo que me entrega el repartidor que acompaña a Mia y que ha tenido que vivir este bochornoso momento antes de que ambos salgan por la puerta. Coloco las flores en mi mesa, en mi taza del café con algo de agua y cojo la tarjeta para ver quién las envía.

Aunque no son tan bellas como tú, espero que te hagan compañía en mi ausencia. No dejes que se marchiten antes de que vuelva.

James.

Vaya, esto era lo único que me esperaba, para qué voy a engañarte. Guardo la tarjeta en el cajón de mi mesa y abro la ventana del despacho. La verdad es que el día acompaña. El sol calienta hasta el alma de un congelador, y además las flores necesitan sentir el calor, el viento fresco, y si no lo necesita la planta, lo necesito yo.

Me dedico a gestionar tanto los temas del próximo número de la revista que James y yo habíamos hablado como encauzarlo para que todas las secciones llamen la atención del mismo modo, para que ninguna quede coja. Con las muestras gratuitas de cosmética y las noticias frescas en primicia, estoy segura de que el próximo número se venderá como churros. Yo la compraría, y puede que lo haga si es que no ofrecen ejemplares gratuitos para

los empleados de la revista. Yo, por ahorrarme pasta de la buena, lo que sea, aunque sean dos euros ja, ja, ja. Menuda rata estoy hecha.

Un par de horas después he llegado a la conclusión de que quizá no ha sido tan buena idea lo de abrir la ventana. Y te preguntarás el porqué. Bien, tengo insectos sobrevolando mi cabeza y el despacho a sus anchas, como perico por su casa. Y no, no mola nada. Celine, también llamada el grano en el culo, no tarda mucho en venir a tocar las narices. ¿Por qué no se va a comprar esos trapitos de los suyos y me deja en paz?

—Buenas días, Lise. Infórmame. ¿Ha ocurrido algo significativo que deba saber? —me pregunta.

—Nada reseñable, señora Mathews.

—¿Y esas flores? ¿Las han traído para mí? —Más quisieras, perra. Lo cierto es que me las ha mandado tu marido, ¿cómo te quedas? Muerta, ¿verdad? Pues sigue así.

—No, el ramo me lo han enviado a mí.

—Ah... —Me mira con cara de asco.

Omito darle más información por dos motivos. Primero, para no perjudicar a James, sobre todo por el hecho de que aún es su mujer y no quiero complicar las cosas haciéndole saber que ha sido su marido el que me ha regalado el ramo de flores. Y segundo, porque quizá si le enseño la nota a petición expresa, pueda interpretar que el mensaje es para ella y no para mí, más que nada porque no pone mi nombre y, la verdad es que no quiero que se quede con mi regalo. Para una vez que alguien me manda flores...

Celine se acerca entonces al ramo, no sé si porque no se fía y busca la tarjeta, pues no se cree que me lo hayan mandado a mí o porque le ha atraído el olor, la cuestión es que se acerca y lo huele con disimulo al tiempo que lo que parece un abejorro sale de entre las flores y clava el aguijón directamente en la punta de su nariz antes de caer muerto en el suelo.

Celine suelta un alarido sujetándose la nariz, como si realmente creyese que se le va a caer... Es lo que tiene la falta de neuronas. Yo creo que piensa que le va a pasar como a Michael Jackson y se va a convertir en la mujer de Lord Voldemort. Que se joda... Si no hubiera olisqueado lo que no es suyo, nada de esto habría pasado. Debió haberse marchado cuando pudo.

—Maldita abeja... —Y sí, el labio inferior me tiembla por mis forzados intentos para que no se me note el aguante que estoy haciendo por no soltar una carcajada.

Celine separa las manos de su nariz y veo el primer bulto en la punta. La abeja ha sido lista —al estilo Abejonejo— y le ha picado junto en la punta de la nariz. Sin duda, como yo, creía que era una bruja.

—Quizá deberías ir al baño, Celine. Es una sugerencia de mujer a —a bruja— mujer. —Me mira con aires de prepotencia antes de salir por la puerta con un humor de perros. Empieza bien el día... Y esta vez no lo digo irónicamente, la verdad es que le viene bien a esta finolis probar de vez en cuando de su propia medicina.

Paso el resto de las horas de trabajo escuchando sandeces al estilo: «Lise, voy a llevar a Celine al hospital, que le ha salido un bulto sospechoso en la cara». Sí, es un bulto llamado cabeza, en su caso hueca. ¿Quién va a urgencias por una picada de abeja? En fin, Serafín...

A las dos en punto, salgo por la puerta en dirección al hotel. Subo a la habitación para ponerme el uniforme mientras me como un bocadillo que el chef me ha preparado. La verdad es que no me queda mucho tiempo y no he visto a Daniel cuando he llegado. ¿Quizá está comiendo? Por horas me coincidiría, pero no creo. Suele comer quince minutos antes para esperarme en la recepción y verme entrar. Quizá esté en la habitación.

Camino en dirección a esta y me detengo al escuchar la voz de una mujer dentro, además de la de Daniel. La puerta está entornada, de tal modo que cuando me acerco lo suficiente puedo ver el interior.

—Estás muy guapo, Daniel —susurra la chica. ¿Quién es? ¿Y si Daniel me ha estado engañando y siempre tuvo pareja, pero le apetecía jugar conmigo? Lisbeth, no pienses mal...

—Tú sí que estás hermosa, pequeña. —Acaricia su mejilla antes de tomar su mano y colocar un anillo de compromiso en ella. ¿Pero qué coño? Ahora eso de no pensar mal creo que se ha quedado corto.

—Y ahora, si me permites... —Daniel ofrece su mano a la chica y esta la coge antes de que ambos se pongan a bailar un ¿vals? ¿Qué coño pasa? ¿Ahora están practicando para el día de la boda? No aguanto más. ¿Esto qué es? Daniel se está riendo de mí y no me da la gana seguir siendo su bufón de feria.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunto con cara de cabreo monumental, no porque me la vea, sino porque casi la fuerzo para dramatizar—. Vaya, vaya, Daniel, te creía un chico listo y respetuoso, pero parece que solo has jugado a ir de flor en flor. Dime, ¿esta es una de tus furcias?

—¿Perdona? —pregunta la petarda ofendida.

—No estoy hablando contigo, monada, esta conversación es privada, entre Daniel y yo. Por cierto, soy la chica con la que te está poniendo la cornamenta a lo Bambi. Ah, y antes de que se me olvide, felicidades por el futuro matrimonio, parejita. Espero que os vaya muy bien y que os den.

—Beth, no es lo que parece, deja que te explique —me suplica.

—Y una mierda, que te den, Daniel. —Salgo dando un portazo metiéndome en mi habitación, cerrando con pestillo.

—Beth, por favor, abre la puerta. Tenemos que hablar. Como te he dicho, no es lo que parece. —Golpea la puerta.

Y entonces, hecha un basilisco, abro para que suelte lo que tenga que decir y se vaya. Y cuando veo la escena todavía me sorprende más. No es solo él quien está tras la puerta, sino ambos. Lo que me faltaba.

—Dime, Daniel, ¿cuál es esa maravillosa explicación que vas a darme?

—La explicación a lo que acabas de ver es que ella es mi hermana, que acaba de comprometerse con su pareja. Ha venido a pedirme que sea su testigo, a enseñarme el anillo y a pedirme que la enseñe a bailar el vals, puesto que solo sé yo, y no quiere quedar de patosa el día de su boca. Esa es la explicación. —Mierda...

—Hola, Beth, yo soy la furcia. Encantada. —Alza la ceja con los brazos cruzados en el pecho.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Yo he visto que..., y he pensado que... — La he cagado, pero bien.

—Hermanito, me gusta tu nueva chica, es una guerrera. Nos vamos a llevar a las mil maravillas, no lo dudes. —La chica desvía la mirada de su hermano para posarla en mí—. Encantada de conocerte. Mi nombre es Lara, el tuyo es...

—Soy Lisbeth. Siento mucho lo ocurrido. He imaginado cualquier cosa. Te pido mis más sinceras disculpas.

—Tranquila, yo hubiese pensado lo mismo y hubiese reaccionado del mismo modo.

—Lo siento —les digo a ambos mirándolos con la cara del gato con botas, como tantas veces la he usado ya para salirme del apuro.

—Te perdonamos, Beth. Ahora deberíamos volver al trabajo o los señores Mathews van a enfadarse bastante y tal y como estamos en este momento, no nos conviene en absoluto.

—Tienes razón, volvamos. Hasta pronto, Lara —me despido antes de

marchar al gran comedor, donde el ajetreo está a punto de empezar. *The show must go on*, como siempre dice Daniel.

No hablamos en toda la tarde, la verdad es que no es solo porque tenemos mucha faena, sino porque Daniel, aunque ha dicho que me perdonaba, parece molesto por lo ocurrido, y la verdad es que no lo culpo.

Hoy ha tocado tarde de cine. Es uno de los servicios privados que ofrece el hotel. La verdad es que nunca había visto un hotel que poseyera un cine dentro de sus instalaciones con estrenos. Hoy ha tocado *La chica danesa* y, realmente, aunque me haya dedicado a servir bebidas y palomitas como una loca, he podido ir siguiendo la película y me ha gustado. Casi se me cae la lagrimilla.

—Te veo muy seria hoy, ¿te pasa algo, Beth? —Niego con la cabeza ante la atenta mirada de Margot, que se apena al verme chof, y no me extraña. Ahora mismo tengo que tener una cara de «he metido la pata hasta el fondo y no sale» que no me la aguanto ni yo.

—Nada, solo es el cansancio de tener dos empleos, no te preocupes. —Le guiño el ojo y sigo entregando a los clientes las bebidas que demandan.

Ya solo quedan cinco minutos para terminar la jornada y Steven me pide ir a su despacho. El día va de mal en peor. Solo llaman al despacho los jefes cuando van a echar bronca. ¿Qué he hecho ahora? Golpeo con los nudillos la madera de la puerta y cuando me invitan a pasar lo hago, cerrando tras de mí.

—Beth, quería hablar contigo sobre un tema. Siéntate. —Y eso hago, me siento frente a él y espero para ver lo que tiene que decirme.

—Dígame, ¿qué es lo que ocurre?

—Como sabrás este hotel es precisamente conocido por ser uno de los mejores de toda Francia. Mi mujer y yo nos hemos encargado de que eso sea así por muchos años, pero parece ser que desde que tú te has presentado en él no haces más que dar problemas. Primero, mintiéndonos sobre su acceso al hotel.

—Disculpe, pero yo en ningún momento aseguré que venía para trabajar aquí de parte de James, simplemente les hice saber que James me había enviado. No sabía que él no había hablado con ustedes. Supuse entonces que, si para ustedes era la nueva empleada, es que debía pagar mi estancia aquí con el trabajo.

—Claro... Después montaste una escena manteniendo contacto especial con uno de los empleados, cuando sabéis que, por norma, está prohibido que

los trabajadores del hotel mantengan cualquier tipo de relación.

—Las relaciones que yo mantenga fuera de mi horario laboral es asunto mío, de nadie más. Solo cometimos un error dentro del horario de trabajo, pero no creo que sea para tanto.

—Sí que lo es y además me incumbe a mí. Llegas aquí, arrasas con todo, desestabilizas a mi hijo cuando se está recuperando de tan mala racha y lo embaucas con tus cantos de sirena baratos. No dejaré que caiga de nuevo. Volverá a ser feliz junto a mi querida Celine y tú acabarás abandonada en un callejón como un perro pulgoso que no tiene un trozo de pan que llevarse a la boca. Y al final vendrás a mí, arrastrándote, para que te deje volver, y yo me regodearé mientras te veo arrodillada a mis pies satisfaciendo todos mis deseos.

—Señor Mathews, para empezar, su hijo ya es mayorcito para saber lo que quiere y lo que no, y temo decirle que no es a Celine a quien tiene en sus planes. ¿Le he dicho que hoy su hijo me ha enviado un precioso ramo de flores con una tarjeta dedicada solo para mí? Lo más triste es que la tiesa de su nuera se ha creído por un instante que era para ella. Qué ilusa... Son ustedes dos, señores Mathews, tal para cual. Desatásquense el trasero, que falta les hace. Y con respecto a mi futuro en el hotel, déjeme decirle que me importa un cojón y parte del otro, si es que los tuviera, la situación precaria en la que pueda encontrarme si me expulsa de aquí. Primero porque, aunque a usted no le riegue la sangre por el cerebro y no haya caído en ello, yo tengo una cuenta bancaria que todavía tiene saldo, para no tener que vivir en callejones ni arrastrarme de nuevo a este putrefacto lugar. Y en el caso de que me encontrara en esa tesitura, le juro que preferiría dormir sobre una montaña de excrementos de vaca antes que venir a suplicar a un vejestorio como usted trabajo. Y descuide, su gusano no va a ser catado por mi boca, antes lo harían mis tijeras. Por cierto, Steven, su sugerencia sexual puede ser atendida por Recursos Humanos, ya que ha sido grabada por mi móvil —le enseñé el móvil por si no lo capta (es un farol, pero él no lo sabe. Qué va a saber el abuelo de tecnología...)—, así que yo de usted, me lo pensaría mucho antes de echarme a la calle o a Daniel después de haberme sugerido que la manera de volver a conseguir el trabajo es animando a su pajarillo. Y ahora, si me disculpa, algunas tenemos que trabajar. Que pase muy buena noche. —Sonrió falsamente saliendo por la puerta, la puerta del triunfo (que no la de *Operación Triunfo*).

Camino de vuelta a la entrada, cerrando un desagradable capítulo. Si

James supiera la clase de padre que tiene... O quizá sí que lo sabe y por eso no tiene tan buena relación como a sus padres les gustaría tener.

Margot me pide que, por favor, saque por ella la basura esta vez, porque se acaba de cortar el dedo recogiendo un vaso roto y tiene que vendárselo. Por supuesto, he aceptado, es más, me he ofrecido a ayudarla, pero el chef se ha ocupado de ella al instante.

Salgo con la pesada bolsa con restos de comida y me dirijo al contenedor orgánico. La verdad es que los pijos no tienen consideración alguna con la comida. Con todo lo que tiran podríamos alimentar a un país entero del tercer mundo.

Arrastro como puedo la bolsa y coloco sobre la barra uno de los pies, haciendo palanca para que se abra y poder tirar la bolsa. La alzo con todas mis fuerzas sobre mí con tan mala suerte que, sin darme cuenta de que estaba rajada, se me cae todo encima. Joder, me cago en... ¿Por qué demonios me pasa todo lo malo a mí? ¿Por qué se ceba conmigo el destino? ¿Tan mala soy? Supongo que es el precio que tengo que pagar por tener a mi lado semejantes pibones. Y sí, son exactamente los que estás pensando.

Me deshago de toda la comida que se ha repartido tanto por mi pelo como por el resto de mi cuerpo. A la ducha de cabeza. ¡Puag! Huelo peor que un perro mojado. Dejo de presionar la palanca con mi pie, dispuesta a volver dentro y poder darme esa ducha cuando veo a Daniel salir del hotel, en mi dirección. No es buena idea, siempre me pilla oliendo mal: a vómito, a excrementos de granja, a agua de váter sucia...

—Te estaba buscando. —Y yo solo pienso que igual le hubiese encantado buscarme y encontrarme oliendo a rosas, pero que este no es el momento.

Se me ocurre, porque siempre me pasa en las ocasiones en las que estoy nerviosa, que pienso en tonterías, que en uno momento como este podría decir eso de «sigue buscando» (típico de los rasca y gana), pero me contengo.

—Sí, es que he salido a tirar la basura porque Margot se ha... —No me deja terminar, tira de mi mano y apoya mi espalda contra la pared al tiempo que me besa con un hambre que desconocía en él, enredando su lengua con la mía, fusionando la piel.

Acojo su corto pelo entre mis dedos y lo encierro en mi puño mientras profundizo el beso y noto sus manos acariciar mi vientre bajo la camiseta. Pero el tiempo es traicionero y siempre busca cómo jugársela a los enamorados. Una lluvia que, misteriosamente ha aparecido de la nada, cae

como una cascada, haciendo que debamos separarnos a desgana. No nos engañemos, ya estaba algo mojada antes de que empezara a llover.

Ambos nos miramos y nos reímos y es entonces, cuando nos disponemos a salir rumbo al interior del hotel, cuando siento que algo tira de mí a mi espalda.

—¿Qué ocurre, Beth? —me pregunta Daniel.

—Algo tira de mi pelo. ¿Podrías mirar? —Lo veo asomarse y morderse el labio, creo que para aguantarse la risa que intenta escapar de entre sus labios.

—No te alarmes, Beth, lo arreglaremos.

—¿Qué tengo? ¿Un bicho? ¿Un *poltergeist*? ¡Dime algo!

—Es un gran, viscoso y pegajoso chicle. Sujétate el pelo y tira fuerte. Después nos ocuparemos de cómo sacarlo de tu pelo.

Y hago lo que me pide. Tiro, tiro y tiro hasta despegarme de la pared, lo malo es que el chicle, en vez de quedarse en la pared, se queda en mi pelo. Va a tocar operar me parece a mí.

—Deberíamos volver dentro para arreglar esto y darme una ducha. Vaya día... Pero antes tengo que acabar de recoger la basura que se ha desperdigado por el suelo, se me rajó la bolsa cuando iba a tirarla.

Daniel me ayuda a meterlo todo en el contenedor y es entonces cuando lo oímos, un pequeño maullido que viene del interior del cubículo residual. Me asomo y veo a un pequeño gatito blanco. Por el amor de Dior, qué cosa más bonita.

—Daniel, ayúdame a cogerlo. —Estiro la mano, pero no llego, ni él tampoco.

Lo veo meterse en el contenedor y me quedo asombrada. Jamás nadie se ha metido en la mierda por mí. No pasa mucho tiempo hasta que vuelve a salir con una bola de pelo entre sus manos.

Lo ayudo a salir y metemos al gatito bajo mi camiseta para que no nos descubran. Está prohibido meter animales en el hotel, pero, visto lo visto, podemos pasarnos las normas por el forro, sobre todo después del numerito de Steven, aunque, lógicamente, no voy a contárselo a Daniel, solo empeoraría las cosas y si lo podemos evitar, lo haremos.

Llegamos al hotel empapados, escondidos y aguantando la risa. De camino nos encontramos a Margot, que ya tiene mucho mejor el dedo.

—¿Cómo va ese *finger*²² de pollo? —le pregunto.

—Bien, ya está todo solucionado. ¿Y tú cómo vas? Hola, Daniel —lo saluda poniéndose roja como un tomate.

—Margot, ven a mi habitación, tenemos que enseñarte una cosa y necesito que me ayudes con algo.

—Claro, lo que quieras.

Los tres nos metemos en mi cuarto y es entonces cuando le enseño a la pequeña bola blanca de pelo largo y ojos azulados.

—Lo acabamos de encontrar en el cubo de basura. No podía dejarlo ahí, soy incapaz. Es un ser tan hermoso e inocente. No entiendo cómo hay gente que puede hacer estas cosas. Hijos de fruta... Necesito que me prometáis que no se lo diréis a los jefes y que cuidaréis de él cuando yo esté por la mañana en las oficinas de la revista.

—Claro, yo lo cuidaré —dice Daniel al tiempo que Margot coge a la pequeña bola blanca y la examina con detenimiento.

—Creo que va a ser la cuidaré, no lo cuidaré. Es chica. —Oh, así que es una pequeña bolita y no uno—. Deberías ponerle un nombre, Beth.

—¿Qué os parece si la llamamos Sky²³ ?

—Es un lindo nombre, me gusta —dice Daniel y ambas sonreímos.

—Pues lo dicho, ya tenemos princesa del castillo. Ahora dejemos que descanse. Debe estar asustada después de lo que ha ocurrido y necesita la paz que encontrará en el sueño.

Acomodo una manta y un cojín en el suelo para colocarla. Se ha hecho una bola y parece que respira con normalidad, descansando en paz. Aprovecho para colocar un poco de papel de periódico en un lateral para que haga sus necesidades (o enseñarla a que lo haga así) y me siento de nuevo en la cama tocando mi pelo.

—Beth necesita ayuda con algo, Margot. Ha tenido un percance y necesita un cambio de estilo. Trae las tijeras del baño, vamos a tener que amputar.

—¿Amputar el qué? —pregunta Margot sin entender nada.

—Mira mi pelo, Margot, se me ha enganchado bien un chicle y no hay manera de que pueda quitármelo —le explico.

—¿Cómo coño se te ha pegado un chicle en el pelo? ¿Acaso estabas jugando al tiro al arco con tu cabeza y goma de mascar?

—No, cuando estaba tirando la basura se me rompió la bolsa. Supongo que se me cayó el chicle en el pelo y se aferró a la vida, ya entiendes. —Vale, soy

una mentirosa de mierda, pero sabiendo lo mucho que le gusta Daniel, no le diré que nos estábamos besando contra la pared y que por eso se me pegó el chicle.

Veo a mi amiga coger las tijeras y sentarse a mi espalda. Llegó la hora y no hay vuelta atrás. Si queremos que la masa pegajosa desaparezca hay que hacer un corte de pelo. Y eso es lo que ocurre, me quedo con un gran mechón de pelo maltrecho, o lo que es lo mismo, un trasquilón mal hecho. El resto de los mechones están en su sitio, pero el atrofiado acaba cortándose a ras de cabellera, quedando unos cuantos, de punta, como si hubiese metido los dedos en un enchufe.

Tras dar las gracias a ambos, decido también yo irme a dormir, al igual que Sky, que mañana toca ir a la oficina con Cruela de Vil y tengo que conseguir todas las fuerzas que me sean posibles para aguantarla.

²¹ Perra

²² Dedo

²³ Cielo en inglés

Capítulo 8

Menú de James con extra de Daniel

Ya hace dos semanas que James se fue y esta mañana me ha llegado un correo a la PDA de que está de camino a Francia y que llegará a primera hora, directo a la revista.

La verdad es que estoy nerviosa, no nos vamos a engañar. No sé cómo va a reaccionar, es algo complicado. Primero se enfada, después me manda flores y mensajes insinuantes... No hay quien lo entienda. Quizá los problemas a los que se refiere su padre es que es bipolar, quién sabe.

Estos días han sido una mierda, sobre todo con la tonta del bote recorriendo la revista como perico por su casa. Me acerco a la bolita que descansa en el cojín. Sky me mira, acaricio su cuerpo al tiempo que levanta la cabecita y sus ojos azules atrapan los míos.

—Buenos días, mi cielo. —Beso su naricita y acaricio su cabeza—. Voy a traerte un poco de leche, ¿te apetece? (Vale, ya le hablo a los animales, al final va a ser verdad que soy la loca de los gatos o, en este caso, la loca de la gata).

Bajo a la cocina y robo algo de leche, sin que nadie se dé cuenta. Total, los clientes se dejan un montón cada día en las tazas de la mesa y nadie dice nada. Por un poco que tome yo prestada no pasará nada. No tardo en subir a la habitación y mi pequeña bola se la bebe entera. Parece que sí tenía hambre. Estoy retirando el plato cuando la puerta de la habitación se abre sin previo aviso haciendo que mi corazón de un vuelco y se me corte la respiración por el miedo a ser descubierta. Me giro y veo que es Daniel. Lo voy a matar por darme estos sustos...

—¿Cómo están hoy mis dos princesas? —susurra sonriendo.

—Estamos muy bien. Sky se ha tomado un platito entero de leche. ¿Podrás cuidar de ella mientras me voy a la oficina? Al parecer, hoy vuelve James del viaje de negocios y tengo que ponerle al día de todo lo que ha ocurrido en su ausencia. No te imaginas las ganas que tenía de perder de vista a Celine, es como un grano en el culo.

—¿Celine Mathews? Es una buena chica, quizá de quien no deberías fiarte es de su marido, Beth.

—No empecemos de nuevo. Sabes que esto solo puede acabar en discusión o peor. Estamos bien, no lo estropeemos, ¿vale?

—Como quieras. —Lo veo girarse para salir por la puerta, pero lo detengo.

—Espera, Daniel, ¿de qué conoces tú a Celine?

—A parte de que es la mujer de James, por lo cual viene, o venía, mucho por el hotel, es también una buena amiga de mi hermana o, en su defecto, mía. Es la dama de honor de Lara. Deberías conocer realmente la historia antes de juzgarla. Te sorprendería lo que podrías descubrir entre mis palabras.

—Quizá estaría bien que me contaras la historia y así decidir si me creo las historias de esa bruja o no.

—Siempre juzgas sin saber, como lo que ocurrió con mi hermana. Descuida, cuando vuelvas hoy yo mismo te lo contaré y ya veremos cómo miras mañana a James a los ojos.

—Adiós, Daniel —me despido instándole a que se marche y parece entender, pues pronto desaparece de mi vista.

Salgo tarde porque Sky estaba maullando y he tenido que quedarme más tiempo acariciándola del que me hubiese gustado, hasta dejarla dormida. Está lloviendo a mares y el autobús me ha abandonado a mi suerte, así que, desgraciadamente, y dado que no hay ningún taxi libre en la zona (suele pasar cuando llueve), y no tengo una patera a mano, tengo que ir corriendo. Así práctico para la maratón.

Corro como pocas veces lo he hecho y llego a la oficina calada hasta los huesos. Entro para viajar directamente hasta el baño y usar el secador para dejar mi ropa en su estado normal. Quién me mandaría a mí a ponerme justo hoy una camisa blanca.

Paso rauda por delante del despacho en dirección al baño justo cuando la puerta de este se abre y James sale de él, asombrado al verme en esa tesitura.

—¿Vienes de participar en algún concurso de Miss Camiseta Mojada? Al menos dime que te has llevado el primer premio.

—Muy gracioso... Voy al baño a secarme y ahora iniciaré mi jornada laboral. Por cierto, bienvenido de nuevo a Francia.

Me tiro más tiempo del que me gustaría en el baño desnuda y secando una a una las prendas en el secamanos (sí, incluido el tanga) y cuando entro en el despacho, James me mira de arriba abajo.

—Menudo recibimiento me han dado tus pezones hoy, casi me saltan un

ojo. Por cierto, yo también me alegro de verte. —Coloco los ojos en blanco. Maldito engreído.

—No pienses ni por un momento que tú eras la razón por la cual estaban así, sino porque con el frío, ya sabes...

—Eso es lo de menos, solo te digo que esos pezones duros que sugerían tus transparencias me han puesto a mí todavía más duro.

—Estoy segura de que tu mano te ayudará con ese problemilla. —Lo escucho reírse.

—Te he echado mucho de menos, pequeña. Si llego a saber que me ocuparía tanto este viaje de negocios te hubiese llevado conmigo. Me hubieses hecho una magnífica compañía. —Seguro que en el sentido de bufón.

—Creo que deberías llevarte a tu mujer, al fin y al cabo, ella es la accionista principal de la empresa junto contigo, ¿verdad?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ella misma, desde que te fuiste se ha pasado los días por aquí, según ella supervisando todo, aunque si te soy sincera no parece que tenga mucha idea de cómo llevar la revista. Un simio del zoo tiene más conocimientos. Ella que se quede con su cosmética.

—¿Cómo que ella se ha estado haciendo cargo de la revista en mi ausencia?

—Sí, supuse que lo sabías, como os mandáis *emails* por el correo interno...

—¿Qué *emails*?

—Sé que no debí hacerlo, pero como no sabía lo que era, abrí uno de tus mensajes cuando revisaba la cuenta de correo, era de Celine. Básicamente decía algo así como: amor mío, tus padres han pagado la restauración de nuestra casa para empezar de nuevo. Blablablá, siempre tuya, Celine. La verdad es que no te puedo dar mucha más información porque, al no interesarme, solo la leí por encima, pero este podría ser un buen resumen.

James abre el *email* en busca de los correos de Celine, pero no encuentra nada y la verdad es que eso me mosquea. Estoy segura de que los vi todos en su bandeja de entrada y no quise inmiscuirme más en la intimidad de ambos leyéndolos, por eso los dejé ahí.

—Aquí no hay ningún *mail* de Celine. ¿Estás segura de que no lo has soñado? —Niego con la cabeza. Si me quiere creer o no es su problema.

—Si conoce tu contraseña como yo y no la has cambiado desde que se hizo

con ella puede haberse arrepentido y haberlos borrado, yo qué sé. Yo solo sé lo que vi y, la verdad, no entiendo muy bien cómo puedes pasar de querer el divorcio a volver a vivir con ella. Bueno, tú sabrás. Quizá te has vuelto a enamorar hasta las cejas. Bien por ti, felicidades.

—Eso no es cierto, ni voy a volver a vivir con ella ni mucho menos voy a dejar que entre de nuevo en mi vida. No sé qué películas se habrán montado ella y mis padres, pero les dejaré bien claro cuál es mi posición.

—Eso es asunto tuyo, James, tu vida privada, donde yo no tengo cabida.

—Creo que te he demostrado en más de una ocasión que quiero que seas parte de mi vida. Escúchame bien, porque no volveré a decirlo. Me gustas, y mucho, y quiero conocerte y me importa bien poco que yo sea tu superior. ¿Sabes el tiempo que llevo esperando conocer a una persona tan especial como tú? El día del concierto me sentí la persona más feliz del mundo, teniendo a mi lado a una persona maravillosa con la que compartir mis horas, y la verdad es que me sentí orgulloso de que tú fueras la mujer que estuviera a mi lado. Joder, me arrodillaría para que me dieras una oportunidad de conocerte. No es un capricho, ¿sabes cuando ya nada te ilusiona y llega una chica alocada para poner tu mundo del revés, y descubres que eso es realmente lo que necesitas y lo que le hace de nuevo a tu corazón latir? Tú eres eso, mi vitamina —me confiesa James apoyado en la puerta del despacho.

Y sí, sé que no debo, pero corro en su dirección y lo beso. Lo beso con ternura, no con deseo incontenido, lo beso porque no me esperaba sentir esta apremiante necesidad de calmarlo y calmarme yo, y lo beso mientras una lágrima recorre mi mejilla porque sé que, indirectamente, estoy dañando a Daniel y no se lo merece.

—Perdóname, James, me he dejado llevar por la emoción del momento. No podemos, perdóname. Estoy conociendo a Daniel y no quiero hacerle daño, no se lo merece.

—Está volviendo a pasar...

—¿Qué quieres decir?

—No deberías fiarte de Daniel, no es quien dice ser.

—Casualmente él me ha dicho lo mismo de ti, ¿qué es lo que ha ocurrido entre vosotros para que no podáis ni veros?

—Es un tema privado, Lise, espero que lo entiendas. ¿Te gustaron las flores?

—Me encantaron, pero no cambies de tema.

—Cierto, el tema es el que dejamos a medias en el hotel de mis padres.

—Dejemos algo claro. Tú y yo tenemos nuestras vidas y sobrevivimos como podemos. Tú tienes una revista de éxito y yo soy pluriempleada para poder vivir, fin de la historia. Me gusta trabajar en la revista y en el hotel y, de momento, este es un país libre donde puedo decidir lo que quiero o no hacer, ¿no crees?

—Como quieras. Ahora tenemos que trabajar, ya habrá tiempo de hablar de tu novio. Voy a hablar con Celine, no quiero que me mande más mensajes ni que controle una revista a la que renunció cuando se marchó ya hace años.

—La verdad es que ha sido una pesadilla, no te voy a engañar. No la aguanto. Creo que te va a tocar rectificar todos los cambios que ha hecho efectivos en la empresa. Y, por cierto, ahora Mia es su mano derecha. Cuidado con tu querida secretaria, que lo larga todo antes de que cante un gallo.

—Está bien. Aprovecha para proseguir con el artículo y actualiza mi agenda, cambiando todas las reuniones que no pude realizar por mi pronta salida a esta semana. Parece ser que voy a tener mucho trabajo y quiero que me acompañes a todas ellas, Lise.

Asiento y lo veo desaparecer. Aprovecho tanto para reorganizar la agenda como para enviar un comunicado por parte de James para revocar todas aquellas modificaciones que Celine haya hecho efectivas en la revista, así vamos avanzando faena. El *boss*²⁴ ha vuelto para quedarse y recuperar lo que es suyo.

El teléfono móvil vibra y por un momento pienso que es Daniel por algo que le ha pasado a Sky, pero pronto veo que no es él, sino una señora algo más mayor, pero de espíritu más joven.

—Hola, mamá, estoy trabajando, no puedo hablar.

—¿Sigue con la estirada esa o ya ha vuelto mi yerno de viaje?

—Mamá, no digas tonterías, no es tu yerno, y sí, volvió esta mañana.

—Se nota, si hasta te ha cambiado el humor, te veo más contenta.

—Pues no debería. Me alegro de que haya vuelto y que con eso se vaya la petarda, pero al tenerlo cerca he vuelto a cometer los mismos errores. No sé si estar seis horas con él en la misma habitación es buena idea. Le he besado, mamá. Estoy conociendo a Daniel desde hace dos semanas y he besado a James. Si ya empiezo así, ¿qué me queda?

—Pero vamos a ver, ¿tú y yo no habíamos tenido ya esta conversación o es

que te han abducido los pitufos esos?

—Son *ufos*, mamá, no pitufos. Y no, no me han secuestrado los alienígenas, es algo peor.

—¿Te han violado y después te han golpeado en la cabeza haciendo que pierdas la memoria? Por todos mis san jacobos, voy a tener un nieto *pufio* de esos.

—Vayamos por partes, mamá. Ni me han secuestrado, ni violado, ni embarazado, ni todo lo acabado en «ado». Simplemente me siento culpable por besar a un hombre estando con otro.

—No veo el problema por ninguna parte. Cuando yo conocí a tu padre, que en paz descansa, también le eché el guante a Nino y, algún fin de semana me dejé secuestrar por Elías. Aquel zagal tenía pilas de esas que sale un conejo en el anuncio y no se le acababan mucho. Cuando estás indecisa debes catar el producto antes de decidir. Es como cuando vas al supermercado. Yo les digo que me den a probar los diferentes quesos antes de quedarme el que más me gusta.

—¿Estás comparando a los hombres con quesos, mamá?

—Busca la esencia, no te quedes solo con las palabras, niña. Debes conocerlos a ambos, vivir experiencias al lado de los dos y todo en conjunto te ayudará a decidir quién es la persona adecuada para ti, esa que señale tu corazón. Pude tener a muchos hombres en ese momento, los caté como a los quesos, pero a la hora de la verdad el que siempre me dejó el regusto, el que me marcó, fue mi querido Thomas, y doy gracias al cielo todos los días por dejarme la posibilidad de conocer tal variedad de personas, pues me enseñaron quién era la persona que valía la pena. »Gracias a las comparaciones con otros pude saber que mi amor me entregaba lo que necesitaba. Si solo hubiese tenido a Thomas sin comparar, nunca hubiese valorado realmente lo que me ofrecía solo a mí y que los demás ni siquiera sabían entregarme. En la variedad es cuando realmente valoramos lo especial, la moneda de oro entre las de cobre. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo. La verdad es que no quiero hacerles daño, sobre todo viendo lo bien que se llevan.

—Te entenderán si eres capaz de abrir tu corazón en canal y confesarles que, para decidirte, necesitas pasar tiempo con los dos.

—Gracias por tus sabios consejos, mamá. Por cierto, todo va bien. ¿Tú estás bien, necesitas algo?

—Perfecta, mi niña. Puede que yo también me eche novio. Pero ahora tengo que dejarte, se me quemán las croquetas. Te quiero, loquilla mía.

—Yo también te... —pero la llamada se ha cortado ya— quiero.

Acabo de reorganizarlo todo y dejo la agenda sobre la mesa de James para que sepa lo que se le viene esta semana. Le cambio el agua a las pocas flores que todavía quedan con vida y es entonces cuando James aparece de nuevo en el despacho.

—Las has mantenido con vida, como te pedí, hasta que he vuelto. Gracias —le susurra al oído a mi espalda y yo tiemblo—. Realmente me gustaría recuperar el tiempo que esas flores me han sustituido para conocerte bien y me importa poco que seas mi empleada. Sé que te estás viendo con Daniel, y la verdad es que no lo culpo porque se esté enamorando de ti, pero yo también, y no voy a tirar la toalla. Voy a estar ahí, como el perro en el felpudo de una casa para que, cuando vea una mínima posibilidad de entrar, colarme en tu piel para llegar a tu corazón. —Rodea mi cintura con sus manos y me gira para que lo encare, no quiere hablar con mi nuca.

—James, deberíamos... —Coloca su dedo en mis labios para que me calle.

—Tienes razón, deberíamos besarnos. Te voy a devolver ese beso que antes me has dado, no me gusta estar en deuda con nadie. —Me sonrío ladino antes de atrapar mis labios con los suyos. Estos besos no son dulces como los míos, sino ansiosos, hambrientos, deseosos de más.

Muerde mi lengua con delicadeza antes de succionarla y me derrito, al tiempo que sus manos me alzan para sentarme sobre su mesa. No debería, no debería... Rodeo su cuello con mis brazos y lo atraigo hacia mí, haciendo lo mismo con mis piernas. Sus jadeos son silenciados con mi boca que, húmeda, busca incesantemente saborear su elixir.

Se cuela bajo mi blusa y acaricia mi vientre mientras me insta a tumbarme sobre esta, tirando al suelo los papeles y de más artilugios con rapidez. Espero que nadie lo haya oído.

—James, creo que me estoy clavando algo en la espalda. —Lo veo colar la mano entre la mesa y la espalda para sacar una grapadora. Ambos reímos.

—Shhhhh, no hagas ruido o nos pillarán. Creo que tengo todo clavado por todos lados. No deberíamos hacer esto en el despacho, James.

—No digas nada, solo bésame. Voy a amarte de todas las maneras posibles.

Volvemos a besarnos con deseo y es entonces cuando levanta mi camisa y pasa su lengua por mis pezones que, ante el contacto se endurecen al instante. Gimo en silencio incapaz de hacer otra cosa que no sea temblar y disfrutar del momento sin pensar qué es lo que estoy haciendo y dónde.

James levanta entonces mi falda y retira a un lateral mi tanga, y yo solo puedo repetirme una y otra vez que esto no es un sueño, que es la vida.

Cuando su lengua juega entre mis piernas me siento morir. Me concentro en no emitir ningún tipo de ruido y es entonces cuando, notando cómo el éxtasis viene entre gemidos y con sus dedos ahora jugando dentro de mí, siento un espasmo que lo arrasa todo y mis piernas se retuercen con tan mala suerte que una de ellas golpea el rostro de James.

—Oh, joder, lo siento mucho. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Se levanta tratando de sonreírme, sujetándose la nariz, que ahora le sangra.

—Mierda, voy a por el botiquín a currarte eso. —Me recoloco la ropa y salgo acalorada en busca del botiquín para currar la ensangrentada nariz de James. Al salir, todos con los que me cruzo me miran y se ríen. ¿Acaso tengo un moco y no me he dado cuenta?

—¿Tengo monos en la cara? —Alzo la ceja mirándolos a la espera de una respuesta.

—No, la verdad es que tienes cara de satisfecha. —Mierda. ¿Nos habrán oído?

—¿Por qué dices eso?

—No sabíamos que fueras de las que les gusta hacerlo en el despacho con su jefe. La próxima vez recuerda no pulsar el botón del altavoz cuando estés jugando a la secretaria caliente. Lo ha oído toda la planta. O quizá era lo que querías, ¿no, Lise? A Celine le interesará ver lo ocurrido.

No contesto, me doy la vuelta y me dirijo al baño central. El botiquín está bajo el lavabo, lo sé porque me lo enseñaron a las pocas horas de entrar y, aunque no tengo muy buena memoria, trato de recordar las cosas que me interesan, sobre todo cuando una es gafe y propensa a las hostias terribles, como dice Recio.

Y es entonces, cuando me estoy agachando para coger el botiquín, que oigo un crac que me deja paralizada. ¿Me habré roto algún hueso sin enterarme? No me duele nada. Repaso cada palmo de mi cuerpo hasta que encuentro el núcleo del problema. Mi trasero. Tengo una raja importante, lo que se llama un

descosido en toda regla. Joder, primero lo de la cagada de perro y ahora esto, James va a pensar que mi culo es un imán para las cosas vergonzosas y malas. Lo peor de todo es que llevo tanga y una raja mayor que la de mi culete.

Me dedico a caminar con el culo pegado a la pared ante las miradas entre extrañeza y risas de mis compañeros. Pienso que, después de lo que han oído, creen que James ha jugado con mi trasero.

No pasa mucho tiempo hasta que llego de nuevo al despacho y entro corriendo cerrando la puerta. James me mira extrañado y después desvía la vista hacia mi trasero, donde se me ve la raja o, en su defecto, mi culo.

—¿Qué te ha pasado, Lise? Tu trasero...

—Digamos que, al agacharme en busca del botiquín, la tela ha cedido. Necesitaré que me dejes la americana de nuevo, si no te importa.

—Claro, no hay problema.

Una vez me pongo la americana, que casi me llega hasta las rodillas, me dispongo a curar su nariz. La hemorragia ha cesado, pero la tiene como una patata caliente. —Me río sin poder evitarlo.

—¿De qué te ríes si puede saberse?

—Tengo una noticia medio buena y una mala. La medio buena es que tu querida mujer tiene la nariz igual que tú. Se acercó demasiado a mis flores y se quemó o, en su defecto, le picó una abeja en la punta de la nariz. Ahora sí que parece lo que es, una bruja. Uy, perdón, no quise decir eso, es tu mujer.

—No te preocupes, eso es lo que fue para mí los últimos meses antes de que se fuera.

—¿Cuándo vas a contarme lo que pasó? —le pregunto curando su nariz.

—Está bien. Hace dos años que voy a terapia. Al principio no sabía que era una enfermedad hasta que un día me desperté en casa de una desconocida, desnudo. Se volvió a repetir otra vez más. No recordaba nada, solo sabía que necesitaba saciar mi deseo y Celine no lo entendía. Cuanto más la necesitaba, más se alejaba de mí. Decía que la absorbía, que era demasiado pesado y mimoso, que la aburría con el mismo monotema de siempre. Fui al médico porque pensé que quizá me podrían ayudar. Les conté la situación. Soy adicto al sexo, Lise. He estado más de año y medio en tratamiento y hoy ha sido el primer día en todo ese tiempo que me he permitido tener contacto con una mujer. He esperado todo este tiempo porque quería que cuando lo hiciera fuera con la persona con la que quisiera estar por siempre.

—Así que a eso se refería tu padre cuando decía que yo te desestabilizaba

en esta mala racha que estabas pasando.

—¿Mi padre te ha hablado de mi enfermedad?

—No exactamente, solo me dijo eso. La verdad es que pensé que eras bipolar. Esto explica algunas cosas, como los roces, o como cuando me quitaste el papel higiénico del tacón, tocaste más de lo que debías.

—Lo sé, no pude controlarme tanto como hubiese querido. Ese día tuve que hacer terapia intensiva. El terapeuta me ha dicho que me imagine que todas las mujeres con las que me encuentro son payasos. Pero es imposible que eso me ocurra contigo, solo veo a una Venus.

—Joe me contó que ha llevado a muchas mujeres en el coche desde que os conocéis.

—Antes de que tú aparecieras y sabiendo que, aunque Celine volviera, ya no querría estar junto a ella, intenté buscar refugio en el sexo. Fueron los primeros dos meses. A veces con varias mujeres el mismo día, hasta que Dawson me encontró y su terapia me hizo recapacitar. Hice una promesa y la he cumplido. Llevo, a día de hoy, quinientos cuarenta y siete días sin estar con una mujer. Hasta hoy. Hasta que llegaste tú.

—Oh, James, no sé qué decir.

—No digas nada. Solo te pido una cosa, no quiero que cambie nada ni que te compadezcas de mí. Solo quiero que seamos tú y yo, no Lise y un enfermo. Solo tú y yo tal cual nos conocimos.

—Está bien. Así lo haremos. No cambiará nada, aunque te agradezco que te hayas sincerado conmigo. —Beso ligeramente sus labios y acaricio su mejilla antes de separarme—. Tengo que ir al hotel o llegaré tarde y las cosas no andan muy bien entre los Mathews y yo para que les dé motivos para que me despidan.

—Quizá deba tener alguna que otra palabra con mi padre.

—No, tengo la situación controlada, pero no quiero empeorar más las cosas. Por favor, confía en mí.

—Está bien. ¿Me lo contarás algún día?

—Está bien, te lo contaré, pero no hoy. —Lo veo asentir y me muerdo el labio—. Hay algo más que debes saber. ¿Recuerdas que te he dicho que tenía una noticia mala y una menos mala? Te he contado la menos mala, sin embargo, la mala es que alguna parte de mi cuerpo presionó el micrófono de la recepción cuando me tumbaste en tu escritorio, así que todos han escuchado nuestro... encuentro.

—Vaya, eso sí que es un problema. Ahora no me van a respetar del mismo modo, pero al menos sabré que he ligado con la mujer más guapa de la oficina.

—Sobre todo porque las otras son payasos, ¿verdad? —Ambos nos reímos —. ¿Nos vamos?

—Sí, vamos a tu segundo trabajo, señorita pluriempleada.

Llegamos al hotel poco después. Lo bueno de ir en coche es que no tiene paradas. Tengo que comprarme un coche. Si mis cálculos son exactos, siendo pluriempleada durante diez años, podré comprármelo.

Steven está fuera fumando cuando llegamos. Vernos juntos le pone cara de estreñido, como todo lo que no le gusta. Para Navidad voy a regalarle algún laxante de los buenos. Que no se diga que no aportó a la causa.

—¿Qué diablos haces con ella, James? Esto va a destrozar a Celine.

—Estoy hasta los cojones de que juzgues todo lo que hago, padre. Me gusta Lise, mucho, más de lo que me ha gustado nunca Celine. Entérate y grábate en la sien, entre ceja y ceja: no voy a volver con ella. Me abandonó cuando más la necesitaba y ahora viene a apoderarse de mi familia, de mi vida y de mi revista. ¿Pues sabes qué?, no pienso permitirlo. Díselo a ella, ahora que veo que sois tan amigos. Prefieres a una lameculos que a tu propio hijo. Espero que disfrutes de ella y que seas de su gusto, porque lo que es como padre, eres una verdadera decepción.

Mira a su padre y puedo ver dolor en su mirada, pero Steven se mantiene firme, como un témpano de hielo al que le importa bien poco los sentimientos de su hijo.

—También tú eres una decepción de padre, ¿sabes? —grita el señor Mathews.

—Lo dudo mucho, puesto que jamás he tenido un hijo.

—¿Estás seguro? Quizá deberías preguntarle a Celine.

Pero ¿qué coño...? ¿Está embarazada? ¿Significa que sí que se han visto antes de la supuesta reunión de negocios, que se han acostado juntos y que esa abstención temporal no la he roto en realidad yo?

—Te ha lavado el cerebro, como hizo conmigo. Y ahora te contará que la pegué, la violé o le pegué una ETS. Pronto hasta te dirá que la dejé en la calle sin un duro. Idos a la mierda los dos. Sé muy bien lo que he hecho y lo que no, y jamás ha habido posibilidad alguna de dejar embarazada a una chica.

—Yo de ti no estaría tan seguro, James. Beth, tú deberías entrar ya a trabajar, ¿no?

Miro a James por un instante y estoy casi segura de que mi mirada es una mezcla entre incertidumbre y decepción.

—Hasta mañana, James.

—Hasta luego, preciosa. Recuerda, nada es blanco o negro. Fíate de lo que te dicte el corazón, de nada más.

Voy directa a la habitación de Daniel. Me siento bien y mal conmigo misma, todo a la vez. Al entrar lo veo mirar por la ventana antes de girarse y encararme. Lo veo apesadumbrado.

—Has venido con James, otra vez.

—Sí, de eso quería hablarte.

—Estás con él, ¿verdad?

—No es eso. Hay cosas en la vida que son confusas. A veces crees que conoces a una persona y que te estás enamorando y entonces otra llega a tu vida y tiene lo que a la primera le falta. El primero tiene lo que al segundo le falta. ¿Me entiendes?

—Sí, te gustan muchas cosas de mí, pero también de él y te gustaría que él tuviera las características que yo poseo para que pudieras decidirte o que yo tuviera las que te gustan de él. ¿Verdad? —Agacho la cabeza y es entonces cuando toma mi barbilla y la alza para que lo mire a los ojos.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

—Sí, al igual que tú. Cuando le tengo cerca es como tener un imán. Lo mismo me pasa contigo. Es un imán que me tienta incesantemente y me atrae hasta hacerme arrodillar y finalmente sucumbir.

—Lo has besado, ¿verdad?

—Sí. —No hace falta que diga más.

Me deja ahí plantada en medio de la habitación y sale como alma que lleva el diablo. Sé exactamente dónde va a ir. Bajo a la entrada, pero ya no está James, tampoco la moto de Daniel. Cojo un taxi y le indico que me lleve a la revista.

Entro corriendo en la revista y subo al despacho de James, pero no están. ¿Dónde se habrán metido?

Me asomo a cada una de las salas, aunque no encuentro nada, solo los empleados habituales. Y entonces se alumbra la bombilla de mi cabeza, a lo viñeta de cómic, y voy a la única sala que no me ha dado por mirar: la sala para pensar, aquella en la que James se encierra cuando está agobiado, la que se encuentra cubierta por todos los números que lleva la revista.

—Escúchame, James, no voy a permitir que le destroces la vida, ¿me oyes? Ella se merece algo mejor que tú. No le llegas a la punta del dedo gordo del pie.

—Tienes razón, no le llego a la suela del zapato, pero no creo que seas tú el más indicado para decirme lo que tengo que hacer ni de decidir por ella. En el momento que ella me diga que no quiere tener nada más conmigo que una relación laboral, me apartaré como un caballero, pero hasta que ese día llegue, pienso luchar porque me dé una oportunidad. Aunque te parezca difícil de creer, me gusta y mucho.

—También a mí, más de lo que te imaginas, pero ya sabes lo que dicen, entre bomberos no se pisan la manguera y ahora está conmigo.

—Me ha confesado que os estáis conociendo, pero no sois pareja, no te atrevas a engañarme, Daniel —rebate James y yo sigo espiando detrás de la puerta con la oreja pegada a esta casi con Loctite—. No quiero que le hagas daño, que juegues con ella como con Margot, siempre dando falsas esperanzas que no cumplirás, no quiero que la conviertas en un segundo plato cuando ella es el principal, es el caviar del plato de oro, ¿entiendes?

—No me fio de ti, James, y lo sabes. Jugarás con ella y su cuerpo como si fuera una golosina y tú un niño caprichoso, como hiciste con Celine, y después, cuando ella no pueda complacerte siempre como tú deseas, la dejarás abandonada a su suerte.

—¿Eso es lo que te ha contado ella? —le pregunta a Daniel con un tono de amenaza. Tengo que entrar y parar esto.

—Me ha contado muchas cosas, cosas que me hacen repugnarte más si es que eso es posible. No sé cómo fuiste capaz de hacer lo que hiciste. Eres peor que una rata. Me das asco y espero que acabes solo y abandonado por cada persona con la que quieras atarte.

Esto se está yendo de las manos de ambos, cada vez más, así que decido intervenir antes de que acaben pegándose. Me intrigan muchas cosas, pero me importa más la integridad física de ambos.

—Se acabó, los dos. ¿Queda claro? —Ambos se miran desafiantes antes de desviar la mirada hacia mi persona.

—¿Qué haces aquí, Lise? —pregunta primero James, por un segundo, antes de que Daniel me haga la misma pregunta.

—¿Qué haces aquí, Beth?

—Por fin me llamáis por mi nombre. Habéis tenido que juntaros para

poder fusionar ambas maneras de llamarme y poder llamarme Lisbeth., que es como me llamo. He estado escuchando parte de la conversación que habéis mantenido. Sé que no debí hacerlo, pues es una falta de educación, y la verdad es que algunos de los comentarios me han dejado todavía más confusa, pero estoy harta de esta situación. He tomado una decisión de una vez por todas. Dado que los dos me gustáis y tenéis algo que me atrae incesantemente hacia vosotros, como polillas deseosas de arder, he decidido que por una vez voy a ser egoísta y pensar en mí misma. Voy a tener una cita con cada uno de vosotros, uno cada día y, al finalizar ambas citas, decidiré con quién me gustaría seguir de cara a un futuro. Bien, si en algún momento veo que os faltáis al respeto, os enzarzáis en una discusión o algo peor, simplemente la decisión estará tomada en favor de la persona que no inició la batida y que, por tanto, no tomó parte de esta. ¿Queda clarito?

Los veo asentir y por un momento me siento poderosa, para qué nos vamos a engañar. Que dos pibones te hagan caso y que casi se peleen por ti le hincha el pecho hasta a un bicho palo.

—Puesto que James acaba de llegar y Daniel lleva ya varios días conmigo, la cita de esta noche será con él, es lo más junto. Mañana por la noche con Daniel.

—Me parece justo —refunfuña Daniel.

—Perfecto. Prepárate, porque va a ser la mejor de tu vida, nena —me asegura James ante la atenta mirada de Daniel. Esto parece, literalmente, una partida de *ping-pong*. La cuestión real es: ¿quién meterá antes la bola y marcará?

No digo más, salgo por la puerta en dirección a la salida, donde le he pedido amablemente al taxista que espere para poder volver al hotel de nuevo. Ya estoy ocupando parte de mi jornada laboral en temas privados y no quiero darles más motivos.

No pasa mucho hasta que llego a la puerta del hotel. La verdad es que tengo ganas de subir a la habitación y ver a mi bolita blanca, la extraño.

Al entrar en la recepción, veo a Amaya con cara de «como soy una bruja amargada, lo sé, te jodes y me hablas». Me acerco cuando, con ese dedo afilado, me incita a llegar donde se encuentra.

—¿Dónde se supone que estabas? ¿Sabes que tu turno ha empezado hace casi una hora, verdad?

—Sí, es que he tenido un problema personal y...

—No he terminado. He descubierto una rata peluda blanca en tu habitación y sabes de sobra que una de las prohibiciones del hotel es no tener mascotas dentro del mismo.

—Sí, pero hacía frío y lo habían abandonado en un contenedor. Prometo que le buscaré un nuevo hogar y no les causará ningún tipo de molestia.

—Demasiado tarde, cría consentida. Estás despedida. —Y es entonces cuando una gota helada recorre mi nuca hasta llegar al extremo opuesto de mi columna—. Puedes recoger tus cosas, tienes media hora. Al volver a la recepción puedes recoger el sobre con el sueldo proporcional a los días y horas trabajadas. Te hemos dado oportunidades y no nos lo has puesto fácil. Steven y yo hemos decidido prescindir de tus servicios. No queremos que vuelvas por el hotel jamás. Adiós, Beth. —Al decir mi nombre se gira, desapareciendo entre las diferentes puertas del lugar.

Mierda. No, no, no. Al menos me queda la revista. Apesadumbrada, camino arrastrando los pies hasta la habitación, donde Sky me espera dormida sobre su cojín. Al menos ella vive feliz en su mundo de fantasía donde no se queda sin trabajo. Beso la punta de su naricita y abre los ojos para, como siempre, dejarme atrapada con esos dos grandes orbes azulados.

—No te preocupes, mi niña, saldremos de esta. Encontraremos otro lugar.

La vuelvo a dejar en el cojín y me dedico a hacer las maletas. No tardo mucho, la verdad, básicamente porque no me traje muchas mudas y apenas me he comprado nada aquí, por no decir nada. He cogido una de las toallas del baño de regalo. Ya sabéis, cuando uno va a los hoteles se tiene que llevar algún *souvenir*, sino no es un buen cliente. Vale, es una coña, no debería hacerse, pero que les den a los Mathews, seguro que no les viene de una toalla. Además, si debo ir a bañarme a una fuente, junto con el indigente, al menos de este modo tendré con qué secarme.

Salgo entonces de la habitación, sin mirar atrás, a sabiendas de que esas cuatro paredes han sido mi hogar durante más de tres semanas. Pero quizá no sea eso lo que más eche de menos, sino vivir con Daniel, las charlas con Margot y las deliciosas comidas que preparaba el chef.

Al caminar en dirección a la salida me encuentro a Margot que discute con el chef y, al verme, ambos corren en mi dirección a abrazarme. Margot lleva los ojos empapados en lágrimas.

—No es justo, Beth, tú no has hecho nada malo. Hemos intentado hablar con Steven y Amaya, pero han amenazado con despedirnos si no cerramos la

boca y volvemos a nuestros respectivos puestos. Hemos tenido que agachar las cabezas porque nuestras familias dependen de nuestros sueldos, pero queríamos decirte que nos tienes para cualquier cosa. —Ambos me abrazan.

Yo retengo, como puedo, las lágrimas para no mostrar mi debilidad, el amor, tanto por unos amigos a los que apenas conozco, pero que me han demostrado que, pese a todo, puedo contar con ellos siempre bajo cualquier circunstancia. Desgraciadamente, deben volver a sus puestos después de hacerme prometer que los visitaré asiduamente, aunque sea en una cafetería. Acarician la cabeza de Sky, que los mira en silencio, antes de marchar sin mirar atrás. Y es entonces cuando llego a la recepción, donde Daniel, muy cabreado, está peleando con los señores Mathews. Corro hacia Daniel y le cojo de la mano instándole a que me mire y deje de discutir.

—Si ella se va, me marcho yo, ¿queda claro?

—¿De verdad estarías dispuesto a perder tu puesto de jefe de personal por una fresca? —Coloco mi dedo en los labios de Daniel para hablar yo ahora, pero este me aparta para golpear con el puño el rostro de Steven, que pierde, literalmente, un diente (a este paso va a parecer el «cuñao»).

—Yo seré una fresca, pero usted es un viejo verde que se dedica a hacer insinuaciones sexuales a empleadas a cambio de que hagan lo que usted desea, ¿o es que acaso quiere que les muestre a todos la grabación (la que no tengo, pero que él no sabe)? Quizá sería interesante que mandara una copia a revistas de renombre, sería una magnífica publicidad para el hotel, ¿no creen? Y usted, señora Mathews, a la que solo le importa que se la vea bien socialmente, debería hacerle saber a su esposo que cuando usted dice que va al *spa*, puesto que está taaaaaan cansada (véase la ironía), realmente va a cierto lugar donde predominan, cómo decirlo, señoritas de su nivel que les gustan jóvenes a cambio de dinero. Puedo ver que su vida sexual no es muy satisfactoria, pues se decantan más por el acoso laboral y los salones de chicos de vida alegre.

—¿Cómo sabes tú eso, zorra? —Digamos que tengo ojos en todos lados y ayuda el que la viera uno de los días que iba a la revista.

En su agenda, que casualmente revisé en busca de labores con las que ayudar y a sabiendas de que quizá, llegado el momento, podía necesitar tener un as bajo la manga, decidí sacarme yo misma las castañas del fuego. Hay revistas que pagarían mucho por destapar sus oscuros secretos que a mí, desinteresadamente, me encantaría entregar.

—¿Qué quieres a cambio esta vez, maldita? —susurra Steven por lo bajo.

—Quiero que Daniel conserve su trabajo sin ninguna represalia y que le suban el sueldo al chef, a Margot y al propio Daniel. Si me entero en algún momento de que esto no se cumple, me faltará tiempo para ir a diarios y a noticieros locales. ¿Estamos?

—No, Beth, por favor.

—Escucha, Daniel, no quiero trabajar en este lugar, yo ya tengo otro trabajo y no quiero estar en este sitio ni un minuto más. Seguiremos viéndonos a diario, lo prometo, pero ahora necesito que sigas aquí, no debemos quedarnos ambos sin empleo, ¿no crees? No podemos mantenernos del aire — y sé que le digo esto no porque le esté prometiendo nada, sino porque es lo que necesito que escuche para que cambie de opinión con respecto a marcharse si yo lo hago.

Besos sus labios y, sin decir nada más, salgo por la puerta sin mirar atrás, pues si lo hago romperé a llorar y he quedado demasiado bien frente a los viejos calientes para flaquear ahora.

Camino hasta el parque donde los niños ya empiezan a aparecerse, después de pasar el día en la escuela, para disfrutar de un rato de entretenimiento. Los miro sonriendo con la maleta a un lado, Sky entre mis manos y mi culo en un banco.

Y es entonces cuando el móvil vibra en el trasero (aunque, para qué nos vamos a engañar, prefería una vibración distinta en otra zona) y veo que no se trata de otro que de James. ¿Se lo habrán contado sus padres?

—Dime, James.

—Tengo muchas ganas de verte, solo quería que lo supieras. Dime a qué hora quieres que te vaya a buscar y en qué lugar. Supongo que en el hotel, ¿verdad?

—No, estoy fuera del hotel. Tengo... el día libre.

—¿Quieres que te vaya a buscar ahora donde estés? No quiero perder un segundo más, la verdad es que estoy bastante nervioso. Es una tontería, pero estoy como cuando tenía doce años y me gustaba la chica de la clase.

—Estoy en el parque que hay frente al hotel, la verdad es que no sé cómo se llama. Puedes venir a buscarme aquí si quieres.

—Salgo ahora mismo para allá. Tardaré entre diez y quince minutos.

—Perfecto, aquí te espero.

Y ahora mismo sé exactamente lo que va a ocurrir. James me verá con la maleta y la gatita y atará cabos, no es tonto. La verdad es que me gustaría que

no se enterara, básicamente para no quedar como una tonta que pierde los trabajos antes siquiera de que pase un mes.

Acaricio a Sky, que observa desde mi regazo a los niños jugar. Algunos se acercan para acariciarla y ella parece encantada, no sabe *na la jodía*.

Analizando la situación, tengo ahora mismo a un chico maravilloso con un problema de adicción y otro con un problema de agresividad. La verdad es que lo entiendo, yo también le hubiese arreado de lo lindo a esos dos, pero ni esto es GTA ni me van a dar puntos por zurrar al personal.

Acaricio la barriguita de mi pequeña sintiendo el ronroneo de esta por el gusto que le produce y es entonces cuando aparece James y Joe en el coche, ese por el que tantas veces han pasado más mujeres de lo que me gustaría saber, esas a las que mi jefe utilizaba para mitigar sus ansias y calmar el deseo sexual, fruto de una obsesión enfermiza que ahora se trata para controlar, que no suprimir.

—Lise, aquí —me llama Joe para que me acerque al coche y entre a los asientos traseros. Abro la puerta y al entrar descubro que en uno de ellos se encuentra James que, tras una suave melodía de Aretha Franklin, me coge de la mano y la besa mientras me acabo de acomodar.

—Bienvenida a su cita especial, señora *Martnesssss*. —Y dale, nunca cambiará—. ¿Qué es eso? —Señala mi mano izquierda, donde descansa Sky echa una bola—. ¿Y eso? —Señala mi maleta.

—¿Qué te parece si te lo cuento de camino? —Asiente mientras coloca la maleta en el maletero y vuelve a sentarse a mi lado.

—Ella es Sky, es mi gatita. La encontré en un contenedor del hotel cuando salía a tirar la basura y no pude mirar hacia otro lado, no soporto esa gente miserable que abandona a los animales.

—Ya tenemos algo más en común, Lise. Y ahora, por favor, necesito saber qué ha ocurrido.

—Si te lo cuento, prométeme que solo escucharás, sin reaccionar de ningún modo o de hacer nada que pueda alterar el curso de los acontecimientos.

—Lo prometo.

—Los señores Mathews me han echado del hotel y me han despedido porque abandoné mi puesto de trabajo este mediodía cuando fui en vuestra busca, porque según ellos no he hecho más que dar problemas desde que llegué, y porque he metido a un animal en el hotel.

—Entiendo. Deja que hable con ellos, solucionaré esta situación en menos

de cinco minutos.

—No, no quiero que nadie me salve, soy suficientemente mayorcita para solucionar mis problemas. Quizá no trabajar en el hotel me venga bien para ir más descansada. Buscaré un lugar donde vivir. Todavía me queda un empleo.

—Vente a vivir conmigo.

—¡Estás loco!

—La verdad es que me vendría bien tener compañía. Me siento solo y vacío en un piso tan amplio. No te agobiaré, cada uno irá por su lado, pero me gustaría que te lo pensaras. Por supuesto, y sabiendo lo orgullosa que eres, te cobraré un alquiler simbólico. Unos cien euros mensuales que no incluyen gastos extraordinarios y las comidas. Prometo respetarte y darte espacio.

—La verdad es que no es mal plan, sobre todo si me dejas contribuir en los gastos de la casa. Y con relación a tu adicción, James, ¿podrás controlarte teniendo en casa a una mujer que te atrae?

—Sin duda será mi mayor reto, pero estoy dispuesto a asumirlo. —Me sonrío, pero su rostro no refleja lo que pretende transmitir.

—¿Qué ocurre, James, cuéntamelo?

—¿Recuerdas que estaba en trámites de divorcio con Celine?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Todos los bienes que poseíamos eran en gananciales, así que hemos tenido que repartir. He conseguido quedarme con la casa y el coche, pero no he conseguido salvar la revista. Les ha comido la cabeza a los accionistas y le han cedido el dominio de la revista como nueva jefa, teniéndome a mí de subdirector adjunto. De todos modos, y pese a que no hayas terminado el artículo, lo he leído y es muy bueno. «¿Cómo enamorar a un parisino en un mes?». Me encanta el título. Antes de que me cesaran, pude hacerte un contrato fijo en la empresa, así que tu empleo en ella no peligra, aunque sí tu salud mental al lado de esa mala pécora, pero recuerda, yo estaré siempre ahí. —Asiento sin saber qué decir. Sin duda las cosas se complican considerablemente. A James lo han relevado de su puesto de trabajo, Daniel casi pierde el suyo por defenderme, yo he perdido uno y casi pierdo el otro. Esto es una cuesta abajo y me temo que todos andamos tambaleándonos por la orilla, por el filo del abismo—. Pero bueno, no estamos aquí para amargarnos con las cosas que ya no se pueden arreglar. He preparado una tarde diferente. Quizá no sea una cita de ensueño, pero para mí a veces en la sencillez está la magia. ¿Confías en mí? —Asiento y él sonrío, ahora sí lo hace de corazón

mientras continuamos el avance hasta... ¿quién sabe?

—¿Dónde vamos exactamente? —pregunto modo chafardera nivel dios, como dicen esos *challenge* de YouTube.

—Vamos a ir a otro parque. —James toma a Sky entre sus manos y la acaricia con ternura, haciendo que esta active la primera marcha de su moto interna.

—¿Con niños?

—No exactamente, más bien flores, buen paisaje, hierba sin excrementos de perro... —Ríe sin poder evitarlo y yo le doy un codazo. Sabía que al final sería su bufón y me recordaría las cagadas, nunca mejor dicho, hasta el fin de los tiempos.

—Muy gracioso.

—En resumen, podría decirte que hoy vamos a ir al fin del mundo, pero no el real, sino el que proponga tu imaginación. Bienvenida al parque Le Puy du Fou. Es un parque de atracciones dedicado al espectáculo y allí está viviendo mi mascota o, como me gusta llamarlo, mi hermano. Al igual que tú tienes una mascota, también la tengo yo, aunque quizá la mía sea algo más grande imposible de criar en un hogar.

James se asegura de que Sky esté bien atendida por Joe y toma mi mano para que entremos en el parque en busca de enseñarme lo que tanto me intriga. Caminamos por diferentes empedrados, dejando tras de nosotros a leones, avestruces y águilas imperiales. El fuego lo inunda todo y a mí ya me va bien porque hace un frío que pela, y no porque se esté quemando el parque, sino porque hay espectáculos de fuego por todos lados.

Cambiamos de sección, pasamos del fuego al agua, eternos enemigos condenados a combatir toda la eternidad. Y es entonces cuando llegamos a una gran piscina y espero que aparezca el resto del público para observar el espectáculo, porque eso vamos a ver aquí, ¿no? Si hay un tiburón no quiero saber nada, saldré corriendo y no pasa nada. Después de ver *Deep Blue Sea* me quedé traumatizada de por vida.

—Espero que no salga un pez alienígena de grandes dientes a mordirme el trasero. —Sí, a veces los nervios me hacen decir gilipolleces, como ahora mismo.

—Aquí el único que va a morderte el culo seré yo —me dice James haciéndome cosquillas en las costillas, y besa mi mejilla, abrazándome desde la espalda. La verdad es que no me incomoda esa cercanía, al contrario, me

reconforta.

—¿Entonces qué es lo que va a salir de aquí? —Señalo la gran piscina.

—Un pez alienígena de grandes dientes que te va a morder el trasero. —Le doy un codazo en el pecho antes de reír.

—No seas tonto. Dímelo.

—Está bien. No te lo voy a decir, te lo voy a enseñar. Cierra los ojos. —Hago lo que me pide y lo oigo silbar antes de decir un nombre: ¿Yatecomo? ¿En serio?

—Ya está aquí. Puedes abrir los ojos. —Los abro, pero no veo nada—. Él es Yatecomo.

—¿Él, quién? —pregunto sin entender nada.

—Aquí. Acércate al borde de la piscina y verás. —Me asomo a este y entonces lo veo. De piel resbaladiza y grisácea, con unos ojos que te atrapan al momento y no vuelven a soltarte.

—¡Es un delfín!

—Sí, mi delfín hasta el fin. —Sonríe.

—Es simplemente hermoso. —Alargo la mano temblorosa para acariciarlo. Este alza un poco su morro para que lo roce con la punta de mis dedos, es una sensación que jamás había sentido, y una conexión especial—. ¿Podríamos...? —Señalo el agua.

—Para eso hemos venido, princesa. —Me guiña el ojo y extiende su mano para que se la tome.

Así lo hago para que me guíe hacia lo que parece una caseta de madera. Un cuidador que se encuentra en la caseta nos entrega dos trajes de neopreno. Parece que conoce a James de toda la vida, dado que ríen charlando en francés y dándose abrazos y palmadas en la espalda.

Nos manda a una habitación para poder cambiarnos juntos. *Really?*²⁵ Me quito los pantalones y la camiseta colocando una toalla alrededor de mi cuerpo. Gracias a Dior que había una toalla colgada en la sala. Cojo el neopreno para meterme en él cuando la toalla se resbala, enseñando a James mi conjunto de ropa interior de Hello Kitty. Si llego a saber que vendríamos aquí... Es que era lo que tenía limpio. Esperaba poder cambiarme de ropa esta noche para la cita, pero como he tenido que salir pitando del hotel, pues como que no me ha dado tiempo de cambiarme. James me mira de arriba abajo y yo me muero de vergüenza. Cojo la toalla corriendo para taparme, pero ya es

demasiado tarde.

—No sé si hacerme una radiografía con la mirada es bueno para tu salud —le sugiero.

—Tranquila, creo que podré controlarme, no me van las gatitas con lazos rosas. —Pongo los ojos en blanco y, con un despiste de James, me coloco rápido el neopreno con tan mala suerte que la cremallera pellizca mis labios inferiores, y sí, lo he dicho así porque queda más fino que decir que me he pillado el chichi, ese que está cubierto con braguitas de Hello Kitty. Me cago en la...

Al escuchar mi grito ahogado, James se acerca a donde me encuentro y se arrodilla.

—¿Qué ocurre, Lise? —pregunta preocupado.

—Me he pillado con la cremallera cierta parte íntima de mi cuerpo —digo como un tomate —, pero no te preocupes, ahora lo arreglo. —Me muerdo el labio por el dolor.

—Deja que te ayude —suplica.

—No te preocupes. Yo lo arreglaré.

—Insisto. —Con una orden que no da pie a objeción alguna, se dedica a bajar la cremallera con la mayor de las delicadezas, remitiendo el dolor considerablemente.

Al acabar besa mi braguita, sobre la tela dibujada, y siento que este, a pesar de que parece una tontería, es el momento más erótico que jamás he tenido. Un jadeo escapa de entre mis labios. Joder...

—James...

—Tranquila, puedo controlarme.

—¿Y si no quiero que pares? —pregunto.

—Lo haré porque quiero que nuestra primera vez juntos sea especial, no a toda prisa en una cabaña de mala muerte. —Asiento y acaricio su rostro antes de, ahora con cuidado, cerrar la cremallera del neopreno.

Ambos nos metemos poco después en el agua y no tarda mucho en aparecer Yatecomo, que nos acaricia con su morro esperando a que entremos completamente en el agua para que juguemos con él. Acaricio su cuerpo, deleitándome con el tacto mientras que James me mira embobado.

—¿Nunca has visto a una chica acariciar a un delfín?

—Es la primera vez que veo que él se acerca a una mujer y se deja acariciar.

—¿Has traído a muchas chicas para que lo conozcan?

—Solo a la que en su día fue mi mujer y digamos que a Yatecomo no le caía muy bien, sino todo lo contrario. Solo os ha conocido a vosotras dos, y espero que no tenga que conocer a nadie más.

—Vaya. —Tomo la aleta del delfín y este me lleva literalmente a pasear.

Primero lentamente, como un paseo en góndola y después más rápido hasta llegar a un nivel de río rápido. Me siento realmente cómoda con la situación y beso la cabeza del animal. Es simplemente majestuoso. Miro a James y parece que se le cae la baba mirándonos a ambos. Si mi madre estuviera aquí se subiría en el delfín como si fuera una jaca. Ya me la imagino diciéndole al pobre Yatecomo: «Arre, arre, caballo». Pobrecito. Angelita mía, cómo la quiero.

Acabo bajándome del animal, porque si no me voy a marear y acabaré echando la pota y con una vez haciendo el ridículo ya tuve suficiente. Voy nadando a donde se encuentra James y le sonrío ilusionada. La verdad es que ha sido una tarde maravillosa.

—Gracias por dejarme formar parte de algo tan extraordinario, James. — Beso sus labios levemente. La verdad es que no sé si esta situación me aclara algo o me dificulta la decisión. Acaricia mi rostro con ternura y me besa la mejilla, rodeando mi cintura con sus brazos.

—Estoy tan contento de que puedas vivir conmigo. Aunque empecemos con la convivencia de amigos, quién sabe si finalmente me darás la oportunidad de que podamos ser algo más. Si decides apostar por mí, voy a cuidarte como nadie lo ha hecho nunca, haré que sonrías todos y cada uno de los días y te haré inmensamente feliz. Te lo prometo. Piensa que es como un entrenamiento para que veamos si podemos convivir. —No digo nada, simplemente asiento sonriente y lo abrazo.

—¿Tú no vas a jugar con Yatecomo? —pregunto. Me parece raro que, siendo su mascota, no la haya acariciado desde que hemos llegado.

—Él sabe que lo quiero. Hoy era el día para que te mirara a ti. Yo ya lo molesto suficiente cada día, pero parece que eso va a cambiar, se ha enamorado de ti.

Salimos del agua una vez beso el morro del delfín y vamos de nuevo hacia la cabaña, donde nos cambiamos de ropa. (Te voy a confesar algo, no llevo ropa interior, y creo que él tampoco. Básicamente porque se nos ha empapado).

Una vez secos y vestidos, pero sin ropa interior, nos damos un paseo por el parque y vemos algunos espectáculos, siempre de la mano, dado que desde que me la ha cogido no me la suelta ni para atrás, parece que se nos hayan pegado las palmas con Loctite.

Volvemos al coche una vez disfrutados más espectáculos de los que puedo recordar y de haberle dado a Yate como unos peces de cena. Tenía más hambre que el perro de un ciego.

Volvemos al coche y, por primera vez, llegamos a la que será mi nueva casa. Subimos en ascensor hasta la segunda planta, donde parece estar el piso de James. No es muy grande, la verdad es que, tal y como me prometió, que sus padres hayan ganado una fortuna gracias al hotel no significa que él posea parte de ese patrimonio. Es más, el piso parece bastante modesto y apenas hay dos cuartos, uno de matrimonio en el que James duerme y el otro el que será ahora nuestro, y con nuestro me refiero a mi pequeña Sky y a mí, también de cama de matrimonio.

—Gracias por este maravilloso día, de verdad. —Beso su mejilla sonriendo y entro en la habitación para reorganizar la ropa de la maleta en los armarios y acomodar la nueva cama improvisada de mi pequeña bolita de nieve.

Ya está la cena, y ambos nos hemos sentado en la mesa. No sabía que James cocinara, ahora la cuestión es saber si cocina o no bien. En la mesa, en cada uno de los platos, tenemos unos pequeños brotes de lechuga con un solomillo de carne.

—James, la comida está deliciosa. ¿Quién te enseñó a cocinar tan bien?

—¿Recuerdas el chef del hotel?

—Sí, es una persona maravillosa. La verdad es que cuando tuve que marcharme del hotel, le hice subir el sueldo tanto a él como a Margot y Daniel.

—¿Y mis padres aceptaron? —pregunta incrédulo mientras toma otro trozo de carne.

—Digamos que soy muy convincente. —Le guiño el ojo y tomamos algo de vino tinto antes de continuar con la cena.

La velada es tranquila y bastante silenciosa. Solo la música de Louis Armstrong lo inunda todo y, en el último trago de vino de la copa, brindamos por nosotros, porque nos lo merecemos, porque hemos pasado un día de mierda.

Nos sentamos en el sofá, Sky a mi lado toma un plato de leche a nuestros

pies mientras ponemos la tele para ver cualquier telebasura que aparezca. La verdad es que supongo que queremos rellenar los silencios con voces televisivas.

—Déjame probar algo, ¿sí?

—De acuerdo —afirmo algo nerviosa.

Acaricia mi mejilla con su mano, como si de terciopelo se tratara. Me noto tranquila al momento, la verdad es que me siento cuidada, no simplemente una chica más, de esas que quizá hayan subido a su casa tras ser llevadas por Joe en el coche.

Sus manos se trasladan hasta mi cabello, donde se deshace de mi coleta y entrelaza sus dedos en mi pelo, proporcionándome una mezcla entre placer y cosquillas. Ahogo un gemido de placer. Miro los pelos de mi brazo y se alzan majestuosos, dándome a entender dos cosas, que les gusta lo que hacen con mi cuerpo y que está sintiendo placer. No sé si quiero que siga, sobre todo sabiendo el problema que tiene con el sexo, quizá esto sea contraproducente con su terapia. Sus labios pasan entonces a recorrer mi cuello y yo tiemblo levemente. La verdad es que esta pasividad y lentitud me está enloqueciendo.

—James, crees que esto es correcto dada tu situación y tu terapia, no será contrapro... —No me deja acabar, sus labios se cuelan entre los míos, dejando que saboree su lengua al igual que él lo hace con la mía.

Me abraza y mima, pasándome los dedos por la espalda, bajo la tela, sintiendo un placer más intenso que el del mismo orgasmo.

Mis manos se aferran entonces a la solapa de su camisa y tiro de él apremiando más el beso, no porque tenga prisa, sino porque está haciendo que un calor incipiente se adueñe de mi ser, impidiéndome la posibilidad de frenar el camino por el que nos está llevando ese arrebatador momento. Por un instante nuestros ojos se encuentran y en ellos puedo ver ese brillo especial que no se puede fingir, ese brillo que te demuestra más que un millón de palabras, y en ese momento lo sé. Daniel jamás me ha mirado así, en ninguna de nuestras citas, en ninguno de nuestros besos, en ninguno de los quince días que hemos dedicado a conocernos noche a noche, en ninguno de nuestros momentos de intimidad. Nunca.

Una lágrima tímida y disimulada resbala por mi mejilla cuando abrazo a James. Él no ha pedido nada, no ha exigido nada, sin prisas está mimando el momento para que sea yo quien decida si dar un paso hacia delante o parar en el momento que desee.

—James, hazme el amor como nunca se lo has hecho a una mujer. —Me mira y en sus ojos solo puedo ver ternura y un cariño especial que puede que se convierta en un amor puro, de esos que solo pasan en los libros.

¿Quién dijo que un Brad Johnson no podía ser mejor que un Pitt? Me tumba en el sofá y, arrodillado en el suelo, se deshace de mis prendas sin prisa, disfrutando de cada segundo, como si buscara retener ese recuerdo eternamente, grabarlo en su memoria.

Y me desnudo ante él, como él hace conmigo, pero no solo en cuerpo, sino en alma. No hay prisas, no las necesitamos, los cuerpos se reconocen y amoldan, bailando al son del baile más antiguo jamás olvidado, aferrando nuestras manos para no soltarse en ese momento donde los sentimientos se sienten por cada poro de la piel. Tiene cuidado en mimar cada centímetro de mi piel, de profesarle todo tipo de caricias y temblar junto a ella, como un niño que estuviera aprendiendo a amar con el cuerpo. Entra en mí en silencio, conectando nuestras miradas, con una lentitud abrumadora, haciendo que mi cuerpo clame con gemidos el deseo que le provoca el ínfimo roce de su piel, tatuando cada centímetro de la mía con su nombre.

Las gotas de sudor recorren los cuerpos, que se frotan acompasados, tomando como propios los gemidos ajenos, que se pierden en la boca del otro, acariciando el alma, más allá del cuerpo.

Extasiados, caemos finalmente uno encima del otro; él abrazándome bajo mi cuerpo, yo colocando mi cabeza sobre su pecho sincronizando mi respiración con los latidos de su corazón.

—Ha sido mágico, Lise, jamás he hecho el amor, no de esta manera. Nunca creí que tanta delicadeza con alguien me diera tanto, más de lo que jamás otra cosa me dio. No sé cómo agradecerte todo lo que me has hecho sentir solo estando conmigo.

—Shhhhh, tú has sido pura magia. —Beso sus labios y sonrío observando su rostro—. ¿Sabes?, se te ponen rojas las orejas cuando te corres, amor. —Y río sin poder evitarlo, desviando sin querer la vista hacia ese condón abandonado que yace en el suelo, a unos pocos metros de una Sky dormida sobre la alfombra. Lo aparto un poco más cómo puedo. No quiero que roce a mi pobre bebé.

No tardamos mucho en levantarnos, pese a que estamos muy a gusto, para darnos un baño, por turnos, e irnos a la cama. Mañana toca ir a trabajar y, aunque ninguno de los dos tenga ganas de encontrarse con la bruja piruja, es

algo con lo que debemos familiarizarnos, no en vano, va a ser nuestra jefa a partir de ahora y no nos lo va a poner nada fácil cuando sepa que estoy viviendo con su exmarido y que he compartido lecho con él, aunque técnicamente ha sido *sofing*. Tú ya me entiendes.

Llevo a mi niña hasta la habitación y la coloco en su nueva cama. La verdad es que duerme como un tronco y no se despierta ni aunque le caiga una bomba nuclear al lado. Quién fuera gata para vivir la vida perra, no tener que trabajar para comer; vivir de mantenida, solo comer, hacer las necesidades básicas, dormir y poco más, y encima, tener la posibilidad de vivir en una casa llena de cariño. ¿Dónde hay que firmar? Ahora que se están haciendo operaciones para reconstruirse el conejo colgón (sí, es exactamente lo que te estás imaginando), y se está poniendo de moda eso de blanquearse el ojete, podía ponerse de moda también lo de apadrinar a un nini como si fuera a un gato. Ah, no, que desgraciadamente eso lo tienen que hacer los padres cuando tienen un hijo o hija lapa. Se aceptan sugerencias...

Voy a dejar de desvariar, porque el sueño ya me hace decir tonterías y la verdad es que, entre tanta piscina con Yatecomo (mmmm, me apetece comer esos fideos. ¿Le gustarán a James y por eso le puso ese nombre? Tendré que preguntárselo) y la ducha, me ha entrado una modorra al estilo de las que pillan los diputados cuando van a esas reuniones de congreso, donde hasta se les cae la babilla entre robo y robo del material que se encuentran en la sala (por no decir el robo de otras cosas, que si hablo muy alto hasta me mandan a algún sicario, no de los de Dios. Tú calla de todos modos). Bueno, buenas noches, que en paz descanses, aleluya.

²⁴ Jefe

²⁵ ¿De verdad?

Capítulo 9

Elecciones anticipadas. ¿Votos a favor?

Vale, seamos sinceros, tengo miedo de levantarme. Pereza también, no te lo voy a negar, pero sobre todo miedo. No porque solo tenga un vestido para ponerme limpio al estilo sor Lisbeth, regalo de mi querida madre, sino porque tengo que hablar con Daniel con relación a la decisión que he tomado. Esta noche, cuando tengamos la cita prometida, le explicaré la situación. Pero ¿y si realmente me transmite más de lo que lo hizo anoche James? Esto es un rollo patatero. Además, tendré que dejar sola hoy a la pequeña Sky, puesto que no me la puedo quedar en la oficina. Empieza bien la cosa, cómo se nota que es martes trece. Hoy promete ser un día para recordar.

Miro el reloj y sé que todavía me queda una hora antes de marchar hacia la oficina, así que aprovecho para ducharme, vestirme de monja, ventilar todo, hacer el desayuno y secarme el pelo, todo en un tiempo récord. Debería presentarme a eso de los récords Guinness, además de ganar el de más rápida podría ganar el de más gafe, me llevaba el premio gordo de calle, no habría rival capaz de abatirme.

James sale de su cuarto con uno de esos trajes que le quedan, no como un guante, no nos engañemos, que no ha salido de una novela romántica, pero podría ser peor.

—Buenos días, James, ¿has dormido bien?

—Más que bien, la verdad es que hacer el amor por primera vez es lo mejor que he hecho en la vida. He podido descansar en paz borrando de mi cabeza preocupaciones varias.

—Me alegra. —Le sonrío—. Tienes el desayuno en la mesa del comedor.

—No te tenías que haber molestado, eres una inquilina, no mi sirvienta.

—Quería hacerlo. Quiero agradecerte que me hayas acogido en tu casa sin pensártelo dos veces.

—Y lo haría mil veces más, no lo dudes.

—Gracias. Ahora come antes de que se te enfríe y corre o llegaremos tarde al trabajo.

—Tranquila, vamos con tiempo, lo bueno de vivir aquí y no en el hotel es que estás más cerca de la oficina. En diez minutos en coche estaremos allí. Joe puede venir a recogernos, aunque no sé hasta qué punto peligra su empleo ahora que tiene el timón la descerebrada de Celine.

—Deberíamos descubrirlo. Joe es una chica muy maja y no merece que la despidan porque ya no trabaje como tu chófer. Quizá podría serlo de Celine.

—Ni en mil vidas aceptaría Joe, no se pueden ver ni en pintura, se odian a muerte. Es lo bueno que tiene Joe, que siempre dice las cosas a la cara, sin pelos en la lengua, y eso molesta a gente como Celine. Además, tengo que hablar con esta última para resolver algunos asuntos. Quiero saber a qué viene eso que dijo mi padre con relación a un embarazo. No tiene sentido, sé de lo que hablo, así que quiero tirar de ese hilo e indagar un poco a ver qué puedo averiguar. Con suerte, si sigo sacando trapos sucios incluso pueda recuperar la revista.

—En lo que pueda yo te ayudaré, ya lo sabes.

—Lo sé, princesa, lo sé.

No pasa mucho tiempo hasta que llegamos a la oficina gracias a nuestra querida Joe, que nos viene a buscar. Creo que James se lo pidió mandándole un mensaje, pero no lo sé seguro. Ojalá tuviera una bolita de cristal.

James sale antes del coche y me abre la puerta, extendiendo su mano para que se la tome y ayudarme a salir, todo un caballero. Salgo y ambos subimos en el ascensor hacia el despacho. La gente nos mira, supongo que no son tontos y algo se huelen, no a los pedos de François, que siempre dejan un ambiente *arqueoso* (de arcadas, me he inventado la palabra, lo sé ja, ja, ja), sino a parejita que se está conociendo en todos los sentidos. Sé que la señorita Colgate se ha dado cuenta.

Nos metemos en el despacho y nos dedicamos a trabajar intensamente para dejarlo todo arreglado. En ocasiones, a lo largo de toda la mañana, James ha tenido que asistir a reuniones, creo que con la repulsiva Celine, pero ahora mismo está conmigo y me tranquiliza verlo sereno mirando los diferentes artículos que, en principio, aparecerán en el número siguiente.

—James, voy a ir al baño, ahora vengo.

—Vale, pequeña.

Camino en dirección al baño y tras hacer mis necesidades, me dispongo a lavarme las manos cuando veo salir a Celine de otro de los retretes. Genial...

—Lise —trata de saludar a su manera seria de mujer con palo en el culo.

—Celine. —Uso su misma fórmula.

—Me han dicho que estás saliendo con mi marido. Ándate con mucho cuidado, no es una persona de fiar. Si supieras lo que a mí me hizo...

—¿Y qué se supone que te hizo? —No quiero entrar en su juego, pero quizá si tengo en mi mano las herramientas por las cuales está molestando a James, pueda encontrar la manera de que la bruja esta se vaya para no volver y que mi jefe, el real y no esta, recupere la revista.

—Hace unos dos años que me marché de mi casa de aquí en Francia y me fui a Alemania. Allí entré en una sucursal de una empresa de cosmética francesa, en la que, por cierto, sigo. Pero me fui por una razón. La convivencia con James era insostenible. Pasaba las noches en vela sin saber si James estaría trabajando hasta tarde o, por el contrario, estaría desfogándose con alguna fulana. »¿Sabes lo que es estar en constante tensión? Descubrí que estaba embarazada poco antes de marcharme, solo dos meses antes. Era decepción tras decepción y, cuando una de las chicas vino y me contó lo que estaba haciendo James con ella, los juegos sexuales que practicaban, me entró un ataque de ansiedad. Caí redonda al suelo desmayada y perdí a mi pequeño bebé. Tras lo ocurrido no pude darle más oportunidades y me fui. He vuelto porque, tras un tiempo, he conseguido perdonarle y quería darle otra oportunidad, pero veo que ya tiene otro juguete con el que entretenerse y que no ha cambiado nada pese a que sus padres me han dicho que está yendo a terapia. Deberías dejarlo antes de que te haga lo mismo a ti.

—Muchas gracias por contarme lo ocurrido, pero confío en James y, mientras no me demuestre lo contrario, estaré a su lado.

—Bueno, realmente eso no es así, estarás a su lado mientras yo te mantenga en plantilla. Si te echo a la calle se buscará otra putita con la que entretenerse.

—Digamos que no es solo el lugar de trabajo el que compartimos, también la casa. De todos modos, como te he dicho, gracias por el consejo. —Asiento antes de volver al despacho. Es hora de poner las cartas sobre la mesa, voy a explicárselo a él para que me dé su versión de lo que ocurrió.

Entro de nuevo en el despacho y James me mira extrañado.

—¿Todo bien, Lise? Has tardado mucho, ¿Has atascado el váter?

—Oyeeeeeee. No, la verdad es que me he encontrado con Celine en el baño y me ha estado contando una historia interesante que espero completar a través de tu versión. —Veo que me mira sin entender.

—Claro, pregunta. Te lo contaré todo, ya sabes que no tengo ningún problema para hacerlo. Te conté mi lado más inestable, pero si crees que necesitas saber más, pregunta. Contestaré todas tus preguntas.

—Bien, Celine comenta que una de tus amantes fue a tu casa y le contó la aventura que mantenías con ella. Celine, aunque no sé si tú lo sabías, estaba embarazada de ti. A raíz de esas informaciones, un ataque de ansiedad la hizo desmayarse y, en su defecto, perder a vuestro bebé. Tras ello, no pudo quedarse por más tiempo y se marchó a Alemania.

—Eso no puede ser posible, Lise. Puede que la parte en la que la chica apareció en casa sea verdad, pero lo del embarazo es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque soy estéril, Lise. Por eso. Siempre he querido tener una familia, pero hace tiempo, y al ver que Celine no quedaba embarazada, fui a hacerme unas pruebas sin que ella supiera nada, me dijeron que nunca podría concebir un hijo con ninguna mujer, así que simplemente dejé correr el tema, tampoco ella insistió.

—Ella no sabe que eres estéril, entiendo.

—Exacto, así que veo bastante difícil que haya perdido un hijo si no puedo dárselo.

—A menos que no sea tuyo.

—¿Estás diciendo que es posible que estuviera siéndome infiel en esa época y se quedara embarazada de su amante? —pregunta James asombrado.

—Eso o que es hermafrodita. En cualquier caso, fue una excusa muy mala para justificarse, y muy cruel.

—Creo que tengo una idea. Confía en mí. —Salgo del despacho y bajo hasta el garaje, donde encuentro a Joe en la garita.

—Joe, necesito que me hagas un favor —casi le suplico mirándola con cara de no haber roto un plato.

—Claro, dime.

—Quiero que espíes a Celine, haga lo que haga, tenemos sospechas que pueden servirnos para desenmascararla delante de los padres de James, los empleados, los amigos y los accionistas de la revista. Quiero que busques cualquier información, por tonta que parezca.

—La verdad es que hoy tengo que llevarla de un lado a otro, como si fuera un perrito faldero, así que tendré tiempo de escuchar sus estupideces.

—Es importante para James. Gracias. —Le doy un abrazo rápido y ella me

lo devuelve, increíblemente.

Bueno, las piezas de ajedrez están colocadas, solo queda esperar al siguiente movimiento de la reina negra.

Vuelvo al despacho y le explico el plan a James. No estoy segura de que surta efecto, pero menos es nada. No puedo obligar a Celine a que meta la gamba, pero sí esperar que lo haga cruzando los dedos.

Pronto terminamos la jornada laboral y, al salir, encuentro a Daniel en la recepción.

—Hola, cariño, he venido a buscarte para esa cita, porque me han dado la tarde libre, así podemos aprovechar mejor el tiempo.

—Oh, qué bien. —Miro a James por un momento, que entiende qué es lo que significa que Daniel esté aquí y, con la cabeza gacha, marcha en dirección a su casa.

—¿Dónde vas a llevarme? —pregunto intrigada, aunque la verdad es que tengo la cabeza en el tema Celine. Maldita Celine.

—Pues tengo un par de sorpresas. Primero comamos algo en algún bar de los alrededores, después iremos a otro lugar. —Me ofrece el casco de la moto y me lo coloco mientras salimos por la puerta. La verdad es que cada vez me voy acostumbrando más a ir en moto. Mejor que ir en avión...

Entramos en un McDonald's y yo me pido una McPollo. Las adoro, como ya te había dicho, y parece que a Daniel también le gusta la comida rápida, dado que no es la primera vez que vamos a comer juntos a este sitio. No tardamos mucho en llenar nuestros estómagos con patatas, carne de vacuno, Coca-Cola Zero y helado de oreo.

Al salir, toma mi mano y tira de mí para llevarme a lo que, en principio, parece un callejón sin salida, pero al acercarnos me quedo boquiabierta. Frente a mí, puedo observar un carro de esos típicos de las películas románticas donde la pareja pasea sobre este tirado por caballos.

—Pero, Daniel. —Lo miro sin poder creer todavía lo que ven mis ojos.

—Lo que sea necesario para mi chica linda. Sabía que te gustaría. Después de tu comentario sobre nosotros y los caballos, decidí que este paseo en ellos sería lo que más podía representar lo que somos y lo que quiero que seamos; una pareja que camina de la mano, al mismo ritmo y apoyándonos cuando el otro quede rezagado, tendiéndole la mano para que no caiga.

—Lo entiendo perfectamente. —Lo abrazo y beso su mejilla antes de que me ayude a acceder al carruaje de princesa.

En este momento me siento cenicienta en la calabaza con el príncipe. Solo me queda saludar como una reina, con los dedos de las manos pegados y moviéndolos como si tuviera un tic. La verdad es que no entiendo por qué lo hacen así. ¿Qué ganan?

—Además, así te hago una visita turística para ese artículo que dijiste que tenías que escribir para la revista.

—Por supuesto, lo usaré de inspiración —le digo sonriendo mientras lo miro a los ojos.

Paseamos por las múltiples calles de Francia. La Torre Eiffel es, por supuesto, la primera parada. Daniel me sugiere subir las miles de escaleras, pero yo lo miro con cara de «¿me ves preparada para subir todo eso con una McPollo en la barriga?». Ni de coña, vamos. No pasa mucho tiempo hasta que llegamos al museo del Louvre. Bueno, sí que pasa tiempo, pero si lo digo es como si me estuviese resultando aburrido el viaje y el tiempo se me hiciera eterno y no es así. Nos hacemos alguna que otra foto frente a la pirámide de cristal. Además, visitamos la catedral de Notre Dame, a la que accedemos por una cuantiosa suma de dinero que pagamos a medias. La verdad es que, con lo atea que soy, esto es como si te robaran para meterse el dinero en la hucha, pero no quería fastidiar la sorpresa de Daniel, así que disimulé. Incluso tuve que rezar en el altar, o al menos hacer que movía los labios, porque quería seguirle el rollo a mi compañero de cita. Y llega uno de los lugares que más me apetece visitar, no por nada, sino porque el Centre Pompidou, uno de los más famosos centros comerciales de París, es como un parque de atracciones para adultos.

Daniel me lleva a las tiendas de moda íntima de mujer, no sabe nada. Este lo que quiere es que acabe el día en su cama y con el conjunto de ropa interior que me compre. Decido no darle ese gusto y me desvíó en dirección a la ropa, los complementos y el calzado.

—Eres muy malo, sabes que las compras para la mujer son como una golosina para un niño y te aprovechas —le susurro.

—Uno tiene que jugar todas las cartas que posee para conquistar a la dama. Por cierto, ¿cómo te fue con el jefe? Sinceramente, espero que le haya ido mal, para qué te voy a engañar.

—Prefiero que no hablemos de ello, haya ido bien o no. Ahora estamos en nuestra cita, no en la de James, así que concentrémonos en ella.

No sé cómo lo ha hecho Daniel, pero he acabado con más bolsas de

compras de las que me hubiese gustado. En realidad, no me he gastado tanto dinero, puesto que he comprado gangas y él me ha regalado algunas cosas.

—¿Dónde vamos ahora, señor príncipe? —le pregunto con una sonrisa de cenicienta en los labios.

—Pues, ahora que lo preguntas, en media hora tenemos que llegar a otro lugar para poder acabar nuestra cita especial.

Nos subimos de nuevo en el carruaje y pronto nos ponemos en marcha para nuestro siguiente destino.

—¿Cómo está Sky?

—Oh, ella está encantada. Se pasa el día durmiendo o comiendo como una lima. La verdad es que es una monada y se porta muy bien. Lo único que llevo mal es dejarla ahora sola por las mañanas en casa.

—¿En casa?

—Sí, James me ofreció quedarme en su piso y es lo que estoy haciendo hasta que encuentre otro lugar o hasta que me echen de la revista porque no pueda conseguir hacer el artículo perfecto para el próximo número que se está preparando.

—Ajá... No me gusta que vivas con él. No me gusta nada de nada.

—No empecemos de nuevo, Daniel. Tengamos la fiesta en paz, lo estamos pasando bien y no quiero tener que dar por finalizada la cita. ¿Vale? —Lo veo asentir a desgana y pronto llegamos al arco del Triunfo de Francia.

La verdad es que las diferentes luces que alumbran el lugar dotan de una gran majestuosidad de las figuras de mármol y piedra que han sido esculpidas a lo largo del monumento arquitectónico.

Bajamos del carro de los caballos y los acariciamos antes de caminar hacia el centro del lugar, donde veo preparada una gran pantalla y un proyector. Las parejas se reúnen alrededor de esta, abrazados, sentados en el suelo y preparados para algo. Parece uno de esos cines al aire libre que salen en las películas antiguas. Espera, ¿será eso?

—Daniel, ¿es una proyección de cine al aire libre?

—Exacto, chica lista. ¿Qué lo ha delatado el proyector o la gran pantalla? ¿Quizá la gente comiendo palomitas y bebiendo de sus botellas? —Coloco los ojos en blanco y le doy una colleja antes de sentarme en un hueco vacío y esperar a que Daniel me acompañe, y así ocurre. Lleva unas palomitas y bebidas para ambos, como cuando vas al cine, llamémoslo cubierto.

—¿Cuál es la película que van a proyectar?

—*Buscando a Dory.*

—¿En serio? —Lo miro extrañada.

—Es broma. La verdad es que es una que espero que te guste, pero no te lo voy a decir. Cuando empiece lo sabrás.

—Qué malo eres —le susurro.

—Podría ser más malo —me dice al tiempo que sostiene mi barbilla y me besa con deseo. Respondo al beso, aunque no como me gustaría, no por nada, sino porque siento que le estoy siendo infiel a James. Vale, sé que es una tontería, pero no puedo evitarlo.

La música empieza a sonar con los primeros anuncios previos a la película y es entonces cuando, por fin, aunque se han hecho de rogar, aparecen los créditos de entrada. *El diario de Noa* es la película que van a proyectar en el día de hoy y no es justo porque me encanta y esto es como dar con la flecha en mi talón de Aquiles. Suerte que en el bolso llevo pañuelos.

Me apoyo al hombro de Daniel y este me abraza mientras come palomitas y mira la gran pantalla.

—He decidido traerte aquí porque, aunque ahora estemos separados por un tiempo debido a que no puedes dormir en el hotel, nada logrará que nuestra historia se hunda.

—Entiendo a qué te refieres.

—Ojalá tuviera yo un lugar en el que pudiéramos vivir los dos juntos y así evitarte el horror de estar en el lugar en el que te encuentras.

—Daniel...

Decido ignorar sus comentarios y visualizo la película mordéndome el labio, a sabiendas de lo que me espera. La verdad es que me dan más ternura los momentos en los que aparecen los protagonistas de ancianos. Me gustaría encontrar a esa persona que, pasase lo que pasase siempre estuviera ahí para mí y, aunque las enfermedades me hicieran olvidar al amor de mi vida, él se encargara cada día de hacerme recordar, a partir de mucho amor, que este todo lo puede, y combatir la falta de recuerdos con las historias del amor más peleado que existe, el propio.

Como palomitas mientras sigo embobada con Ryan Gosling cuando, de tanta bebida, la vejiga pide auxilio con luces de neón. Tengo que darme prisa o me perderé la escena más importante de toda la película.

—Ahora vengo, Daniel, no te muevas.

—¿Dónde vas?

—A evacuar, espérame, ¿sí?

Corro en busca de algún bar o restaurante en el que pueda soltar lo que ha entrado por mi boca, ese líquido traicionero. Pero no hay un solo bar o restaurante o lugar público en toda la calle y alrededores, solo hay verde, árboles y flores, así que ya sabéis lo único que me queda. No quiero y menos en un lugar público, pero como comprenderás, al no ser un bebé no llevo pañal, así que evacuar o morir, esa es la cuestión.

Me voy al lugar más apartado de la proyección, como a cinco minutos caminando y, una vez asegurado el lugar de miradas indiscretas, me bajo los pantalones en un microsegundo y riego las plantas.

—Señorita, esto no puede hacerse en una vía pública, tengo que multarla por exhibicionismo —me tiro para ver quién habla. Mierda, joder, mierda, joder. Me cubro enseguida.

—La verdad es que he intentado buscar un lugar cubierto, señor agente, pero no he podido localizar nada y no podía aguantar más.

—Ese no es mi problema, señorita. —Suerte que ya entiendo el francés, bueno, más o menos.

—Pero, señor agente, si no me lo iba a hacer encima, ¿lo entiende?

—Debería haberlo hecho, de ese modo se habría ahorrado la multa. —Este tío es gilipollas.

—Vamos a ver, no pienso pagar una multa por mearme. —No tomo el papel que me está ofreciendo. No pienso pagar porque me meaba, fin de la historia—. Que pase buena noche.

Me giro ignorando al agente y vuelvo a la proyección. Que le den, no tiene ni mi nombre, así que *bye bye* multa.

—Has tardado mucho, nena. ¿Ha ocurrido algo?

—He tenido que hacer pis en medio de las flores, hierba y árboles, como si fuera un perro, y un agente quería multarme por exhibicionista. Lo he dejado allí tirado y hoy he comido espárragos en mi descanso de la mañana, así que tiene que estar intoxicado. —Miro a Daniel y ambos reímos. Tengo idas de bombero.

—Eres un caso sin resolver, Beth. Deberían analizarte en la NASA.

—La verdad es que no saben lo que se están perdiendo. Aprenderían tanto de mí... —Río por lo bajo guiñándole el ojo y es entonces cuando una de las parejas que se encuentran detrás de nosotros, nos insta a callarnos. Cansinos...

Pocos minutos después llega la escena estrella y, aunque la he visto cientos

de veces, no puedo evitar soltar alguna que otra lagrimilla.

—Beth, mírame. —Lo miro y es entonces cuando me besa las mejillas, retirando mis lágrimas con sus labios.

—Daniel...

—Beth, te quiero, escógame a mí. El tiempo que hemos estado juntos mientras James no estaba, ha sido lo mejor que nos ha pasado. Nos hemos ido conociendo sin prisas, pero sin pausa. Hemos ido adaptándonos y aprendiendo a escuchar aquello que el otro dice, pide o espera.

—Lo sé, pero prometí valorar ambas citas y decidir a partir de lo que sienta cuando estoy con cada uno de vosotros. Lo entiendes, ¿verdad?

Él asiente a regañadientes y yo disfruto del resto de la película.

No pasa mucho tiempo hasta que termina y segundos después, Daniel tira de mi mano para que volvamos a la carroza y con esta volvemos a la moto.

—Y, finalmente, esta es la última sorpresa de la noche. Ponte el casco. — Me lo entrega y me señala la cabeza.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunto curiosa.

—No vamos a ningún lado, quiero que tú conduzcas la moto hasta donde desees, ya sea el hotel, la casa de tu jefe o cualquier otro lugar donde te apetezca estar ahora mismo.

—Pero yo no sé conducir una moto.

—Yo te enseñaré, primero iremos poco a poco. Me colocaré a tu espalda y llevaré los mandos por encima de tu mano para que al final tú puedas llevarla sola.

—Estás loco, Daniel, pero loco de remate.

—Sí, estoy loco por ti.

—¿Y si nos estampamos? Muerte sobre ruedas, nos vale como título de película o novela, pronto se proyectará también en ese cine del que venimos.

—Confía en mí, anda, y reza para que no nos encontremos al policía que te iba a poner la multa o esta vez sí te la pondrá en serio, pero la deberé pagar yo.

Asiento medio temblando. Ahora mismo estoy como un flan. En qué cabeza cabe que yo pueda llevar una moto como si fuera un patinete. Nada, yo cierro los ojos y que sea lo que Dior quiera. Suerte que no tengo que usar las piernas, porque tiemblan más que las de Rosario Flores cuando baila el «Sarandonga».

Me subo en la posición de piloto y sostengo los mandos, uno en cada mano, básicamente porque de otro modo es imposible. Daniel me va explicando para

qué sirven las palancas y dónde está el acelerador, freno, marchas y blablablá. Cosas que, aunque me las expliquen mil veces, dentro de media hora no me voy a acordar. Estoy empezando a tener una peligrosa fobia a las motos en este preciso instante. Ahora soy la loca de los aviones y de las motos. ¿Quién da más?

—Daniel, no sé si voy a poder hacerlo —le digo casi suplicando.

—Claro que vas a poder y después te va a gustar mucho, te sentirás libre.

—Que sepas que esto te acaba de restar muchos puntos a la cita, además de que no te lo voy a perdonar en la vida.

—Después me lo agradecerás.

—Claro que sí, cuando estemos ataúd con ataúd en un cementerio francés. Quién me mandaría a mí...

Inicio la marcha a trompicones. Si la rana de la feria me hizo vomitar, esto tiene todas las papeletas y se va a rifar en breve el premio final: baño de tropezones de pollo.

Poco a poco le voy pillando el tranquilo, y no porque sea muy lista, sino porque, a fin de cuentas, si ve que se me descontrola un poco la cosa, viene a mi auxilio entrelazando sus dedos con los míos y llevando entonces el mando de la situación, cosa que agradezco enormemente.

Acabamos saliendo a la carretera principal, y debo decir que me pitan todos los coches, pues voy en modo tortuga. Que se jodan, que estoy aprendiendo. La que estoy liando, seguro que al final me pilla el poli ese.

No sé cómo ni cuándo, pero llegamos al piso de James. La verdad es que ni siquiera sabía cuál era la calle, pero parece que Daniel sí, qué curioso.

—Daniel, gracias por la cita, la verdad es que me lo he pasado muy bien esta tarde-noche.

—Yo también, princesa. Dime que mañana me dirás que quieres estar conmigo, por favor.

—Cuando sepa lo que me dice el corazón iré a la puerta del trabajo del que haya escogido y de ese modo lo sabrá. Es mi día libre en la oficina, puesto que trabajé un festivo que no debía, así que mañana no estaré en ella. Si decido que quiero empezar algo a tu lado iré al hotel y si, por el contrario, decido que sea James, viajaré a la oficina. No puedo decirte nada más, como tampoco se lo he dicho a él.

—Está bien, podré esperar hasta mañana. —Me quita el casco de pronto y sus labios se adueñan de los míos con un hambre voraz, aferrándose a mis

brazos para que no pueda retroceder y mordiendo mis labios, como si los necesitar para alimentarse, antes de succionar mi lengua como si le proporcionara su elixir—. Joder, no quiero renunciar a esto jamás.

Lo miro a los ojos, pero no veo ese brillo que espero. Sí hay uno, pero es de deseo, de lujuria, y eso no es lo que busco. Así que blanco y en botella, leche. Creo que la decisión está tomada, aunque me duela en el alma.

Acaricio su mejilla con ternura y beso la punta de su nariz tiernamente antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Buenas noches, Daniel. —Le sonrío.

—Hasta mañana, princesa, no me falles. —No digo nada, solo corro al interior del bloque, que tiene la puerta abierta (luego se lamentan cuando hay robos) y subo con el ascensor antes de presionar el timbre de la puerta de James. Este no tarda en abrir, parece cansado y ansioso. Al verme, corre a abrazarme y siento su respiración desacompasada.

—James, ¿estás bien?

—Ahora sí, ya estás en casa.

Capítulo 10

Sembrando los cimientos

He pasado una noche de culebra, y con ello me refiero a esas noches en las que te mueves como la cola de una lagartija al ser cortada porque los nervios no te abandonan. Son los nervios *sexoneros*.

Ya no puedo aguantar más dentro de esta especie de sábanas malignas a lo capullo de mariposa que me asfixia retorciendo mi cuerpo como si fueran nudos de marinero.

Voy a por un vaso de agua y un plato de leche, puesto que mis ruidos han despertado a la pequeña Sky. Sonrío mirando al sofá desde la puerta de la cocina, apoyada en el marco. Cierro los ojos y acaricio la piel desnuda de mis brazos con la mano libre, recorriendo con la uña un camino desde el codo hasta el cuello, llegando hasta la barbilla hasta posarse en mis labios, donde lo muerdo. Abro los ojos y sacudo la cabeza. ¿Qué estoy haciendo?

Vuelvo de nuevo a la nevera y acaricio esas letras imantadas de colores que James tiene desordenadas por toda ella.

Y sé exactamente lo que voy a hacer. Coloco un mensaje a partir de las letras y lo escondo tras una de las facturas que tiene acumuladas en la nevera, creo que es la factura de la luz.

Vuelvo de nuevo a la habitación, ahora acompañada por el plato de leche para mi princesita. No necesita cañita, se lo bebe que da gusto. Es peor que una esponja. Es mi bobita esponja.

—Te quiero, princesa. —Beso su cabecita y me coloco un chándal para salir a quemar adrenalina corriendo.

La verdad es que tengo tantas cosas en la cabeza que no puedo dormir ni descansar. Así que decido que, quizá, me venga bien dar una vuelta por la zona y así conocerla, no en vano, he conducido hasta la zona, aunque no la conozca ni un pimiento.

Me llevo el móvil y los auriculares, además de una copia de las llaves que, en mi ausencia ayer por la tarde con mi cita con Daniel, él aprovechó para hacerme. Me pongo la cinta en el brazo, donde colocar móvil y las llaves en el bolsillo, antes de cerrar la cremallera, y salgo corriendo millas, nunca mejor

dicho ja,ja,ja.

La canción de Rita Ora y Liam Payne suena entonces en mi lista de reproducción aleatoria y sonrío ante las palabras que acompañan a cada uno de los acordes. Sin duda es perfecta, no solo de por sí, sino para este instante. Entra una llamada fastidiándome mi momento volando bajo la lluvia. Vale, es bailando bajo la lluvia, pero yo lo digo como me da la real gana.

—Dígame. —Ni siquiera he mirado quién es, simplemente he descolgado.

—Lise, soy yo, Joe.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Pues la verdad, cabreada. Estaba limpiando la tapicería del coche de empresa. Ya sabes: asientos, alfombras, reposacabezas, etcétera. La cuestión es que no tenía cerrada al completo una de las ventanillas y he escuchado una conversación de Celine con una tal Lara.

—¿Lara? Ese nombre me suena. Espera, es la hermana de Daniel. Sé que son buenas amigas.

—La persona con la que hablaba es lo de menos. Lo importante es la conversación. En ella, Celine le hacía saber que te habías tragado no sé qué de un bebé perdido. Celine también le informaba de que echaba de menos a su hijo y que tenía ganas de volver a Alemania para ir a buscarlo ahora que se iba a quedar con todo lo que James tenía a modo de castigo porque le fue infiel con no sé quién. »Además, parece ser que la tal Lara le recriminaba algo porque la falsa jefa se alteró y, casi gritando, le dijo que ella era mayorcita para decirle al padre la noticia, que era demasiado joven para hacerse cargo de un niño y que con un sueldo medio jamás podría darles una buena vida.

—Entonces el bebé ciertamente no es de James.

—No tengo ese tipo de información, pero parece que no ha perdido a un bebé, sino que vive en Alemania y que James no es el padre.

—Al menos tenemos algo seguro. Si quiere utilizarlo contra James, puede usar esa información para rebatirla.

—No es todo. Justo antes de finalizar la conversación, Celine, cabreada como una mona, le dijo que no metiera sus narices donde no le incumbía, que fuera la tía del niño no le daba derecho a exigirle nada. Que, si se le ocurría desvelarlo, arruinaría su carrera y la de su futuro marido.

—¿¡Qué?! ¿Me estás diciendo que Daniel es el padre de ese bebé?

—Eso ya no lo sé, solo puedo decirte lo que he oído.

—Gracias, Joe, si ocurre algo más, házmelo saber.

—Quiero mucho a James, casi podría decir que nos hemos criado juntos, y haré lo que sea para que no le hagan daño. Lo ha pasado muy mal y parece que siempre que está remontando, alguien se encarga de hundirle la cabeza de nuevo en la arena. No quiero que eso ocurra. Siento que contigo puede volar y no hundirse, pero yo no soy quién para decir nada de esto. Ahora tengo que irme, no quiero que me cacen y tener que dar explicaciones. No se lo he dicho a James porque sé que le dolerá, por eso he preferido que primero tú conocieses la información para ver cómo le damos la noticia.

—Por supuesto. No te preocupes, ve tranquila y muchas gracias.

No dice nada más, cuelga el teléfono y yo desvío la dirección por la cual estoy caminando hacia el hotel. Quiero respuestas y verdad ya.

Entro en la recepción y barro la zona con la mirada en busca de Daniel, pero solo me encuentro con la de Amaya, que me mira como si me estuviera perdonando la vida mientras se acerca con paso decidido.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no volvieras a pisar este hotel.

—He venido por un asunto importante. Voy a ayudar a su hijo y, si todavía tiene un resquicio de amor hacia él, debería dejarme pasar ahora. —La fulmino con la mirada, esa al estilo perdonavidas, y finalmente cede, dejándome pasar,

Busco a Daniel por cada uno de las salas, pasillos y habitáculos del hotel hasta que, finalmente, lo encuentro en su habitación hablando entre risas y manitas con Margot.

Golpeo la puerta un par de veces y abro.

—¿Interrumpo? —pregunto.

—¡Beth! —Margot corre a abrazarme y Daniel me mira sorprendido. O no se esperaba mi visita o no se esperaba que lo pillara haciendo el tonto con su fan número uno.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Aquí vamos, con la familia Adams. Morticia hoy quiere que decoremos el hotel para la fiesta que van a organizar por los días del Patrimonio. —Asiento sonriente y miro a Daniel. Ella parece darse cuenta y tras un suspiro casi imperceptible, se despide con otro abrazo.

—Os dejo, luego hablamos.

—Claro.

Me giro de nuevo y entro en la habitación antes de cerrar la puerta. Daniel corre a abrazarme. La verdad es que no debería estar tan contento. Solo he

venido para hacerle un interrogatorio.

—Sabía que vendrías. Gracias por escogerme a mí, nena.

—No he venido por eso, Daniel. He venido para que hablemos. Me gustaría que me hablaras de tu pasado. ¿Cuándo conociste a Celine?

—Hace unos años en este mismo hotel. Yo era un camarero novato y ella era una clienta vip, ya sabes, familia de los dueños. La había visto una vez fuera del hotel, en una de las salidas de mi hermana con los amigos. La reconocí y la saludé.

—Iré al grano. ¿Te has acostado alguna vez con ella? Recuerda que, si me mientes, lo sabré y me habrás perdido para siempre.

—No, no me he acostado con ella.

—¿Estás completamente seguro?

—¡Daniel, tenemos que hablar! —Entra acelerada Lara. La que faltaba.

—Ya estamos todos entonces. Sentémonos, por favor. —Los tres lo hacemos y nos miramos a los ojos—. Iré de nuevo directa al grano. Sé que eres la tía del hijo de Celine, Lara. Por lo cual, eso significa que...

—¿¡Cómo?! —La exclamación de Daniel casi nos deja sordas—. Pero no es posible, tomé precauciones.

—Vaya, de repente te has acordado de que sí te acostaste con ella.

—Lo siento, Beth, no quería hacerte daño.

—Enhorabuena, papá, ha sido un niño —le digo con resquemor.

—Ella me amenazó, Daniel, yo lo sabía, pero no he podido decírtelo. Tenía miedo por Josh. —Me mira por un momento a mí—. Josh es mi pareja.

—Lo sé. Lo he averiguado todo. Solo me falta que Daniel me dé la versión de los hechos.

—Me acosté con ella varias veces. Ella quería vengarse de su marido por serle infiel devolviéndosela con la misma moneda. Cuando se fue no podía soportarlo, ella era todo para mí, así que le pedí que se quedara. Ella me dijo que no podía quedarse porque su marido la pegaba y que, a causa de ello, había perdido al bebé de ambos. Lo odié de por vida por hacer que la mujer que quería se fuera y prometí vengarme por ella. Hace unos días volvió y me suplicó que la ayudara. Dijo que me amaba y que si la ayudaba estaríamos juntos para siempre. Su plan era vengarse de James arrebatándoselo todo, incluso a la mujer que quisiera. Creo que fingió no saber que él sentía algo por ti, pero la secretaria se lo contó todo en su día. Me pidió que te conquistara para que James experimentara el dolor de sentir cómo te arrebatan a quien

quieres, justo como me hizo él a mí. Al principio solo era un juego, pediste las clases y vi la excusa perfecta para acercarme a ti, pero después empecé a sentir algo y ya no quería jugar más contigo. Quise parar, pero era demasiado tarde y ella no me dejó. Perdóname, Beth.

Estoy bastante bloqueada, es demasiada información para digerirla en un instante. ¿Todo ha sido una farsa? Eso parece. Ha jugado conmigo y con mi corazón.

—Daniel, creo que no deberíamos volver a vernos. Fue hermoso mientras duró, pero me he cansado de que jueguen conmigo y mi corazón. Te deseo lo mejor, de verdad, pero creo saber que ni eres lo que yo estoy buscando ni yo soy lo que buscas tú. Sé feliz, pero con alguien que te quiera y te sea sincera, no con alguien que juegue contigo. Margot está enamorada de ti y ella sí que te quiere sinceramente, sin mentiras ni chantajes. Deberías ver más allá del ombligo de Celine y verías que hay todo un mundo. —Desvió la mirada hacia Lara—. Encantada, espero que la boda vaya muy bien. —Vuelvo a mirar a Daniel de nuevo—. Adiós, Daniel.

No digo más, me levanto y salgo por la puerta con la verdad ahora en mi poder.

—Señores Mathews, vengan un momento, hay algo que deben saber —les digo a ambos, que se encuentran en la recepción, y los llevo a una de las salas contiguas para explicarles lo sucedido.

Atienden en silencio a todas las explicaciones que les ofrezco y cuando les digo que pueden corroborar la información que les doy mediante varios testigos, acaban de confirmar que mi información es verídica.

—Deberían pedirle disculpas a su hijo, lo tienen demasiado abandonado. Por Dior, ni se acordaron de su cumpleaños. Él se merece que le den una oportunidad. Está haciendo esfuerzos titánicos por ponerse bien de su adicción y encima tiene que aguantar sus tonterías y las de Celine.

—Tienes razón, la verdad es que no nos hemos portado bien con ninguno de los dos y te pedimos disculpas, ¿verdad, Steven? —Asiente a regañadientes al comentario de su mujer y fingen la sonrisa. ¿Qué se han fumado hoy para comportarse así? Que me pasen el número de su camello, porque es de *qualité*²⁶. Veis, ya uso vocabulario francés hasta en habla española.

—Sí, sentimos todo lo ocurrido —dice casi atragantándose con su propia lengua, que se muerde y envenena lentamente.

—Ahora debo marchar, James necesita saber algunas cosas. Hasta pronto.

No espero respuesta, salgo por la puerta en dirección a la casa de James. La verdad es que hoy estoy haciendo más viajes que la línea del metro.

Llamo al móvil de James. Quiero saber si está en la revista o todavía se encuentra en casa. Viajes en vano, no, gracias, quiero que sirvan para algo.

—Hola, James.

—Lise, ¿dónde estás?

—He ido al hotel a hablar con Daniel.

—Entiendo, ya me dijiste anoche que si ibas al trabajo de uno, sabríamos que ese era el ganador y el que no recibiera la visita el perdedor. Entiendo que ese último soy yo.

—No ha sido por eso. He estado averiguando cosas. Creo que deberías mirar bajo la factura de la nevera. Allí hay algo.

—Espera, voy a ver.

—Ve y dime qué es lo que ves.

—Hay unas letras ordenadas. Pone: «Por siempre tú». Eso significa que...

—Sí, quiero que solo seas tú, nadie más que tú, James. No me importa el dinero, la revista, las dificultades, las enfermedades, solo importa el aquí y el ahora y si nos esforzamos en luchar por conocernos bien, la cosa llegará a buen puerto.

—Te lo prometo, voy a luchar como un auténtico titán para que esto salga bien.

—Eso espero, pero antes tenemos que hablar sobre lo que he averiguado y espero que pueda ser hoy y en persona.

—De acuerdo, llamaré a la oficina y diré que no me encuentro bien. Lo importante eres tú. Ahora nos vemos, nena.

—Ahora nos vemos, nene —lo imito.

No tardo mucho y pronto llego a casa de James, la que ahora también es la mía. Tras entrar en la sala de estar me encuentro a un James nervioso que, al oírme, corre a abrazarme y alzarme dando vueltas como si yo fuera una niña que le pide a su padre volar. Quizá imaginarme esa figura de padre con el rostro de James no sea buena idea en este momento.

—Voy a tenerte como a una princesa, lo prometo. Te voy a hacer muy feliz.

—Lo beso y sonrío sobre sus labios.

—James, tenemos que hablar. He descubierto algunas cosas que debo decirte. Como ya sabes, le pedí a Joe que pusiera la oreja

—Claro, dime. ¿Qué ha averiguado?

—Celine sí que se quedó embarazada, pero no de ti, sino de Daniel.

—¿De Daniel? Supe, por Dylan, el chef del hotel, que habían tenido más que un par de besos. No dije nada, pues yo también la había traicionado. No controlaba mis actos, tenía que contenerme, lo sé, pero en aquel momento no lo hacía.

—Entiendo. Así que tú sabías que él había mantenido relaciones con ella.

—Supuse que se habían besado, quizá tocado, pero jamás se me ocurrió la posibilidad de que fuera él el padre del niño.

—Celine chantajeó a la hermana de Daniel para que esta no le comentara nada del hijo secreto que, sorpresa, no murió a causa de un desmayo, sino que vive en Alemania y tiene casi años. La función de Daniel en esta historia era engatusarme de tal manera en que Celine pudiese vengarse de ti arrebatándotelo todo: la revista, el amor, el dinero, todo. Él debía enamorarme para que me perdieras y así sintieras lo que ella tuvo que vivir cuando aquella mujer se presentó en su casa como tu amante. Ese es, en resumen, lo ocurrido. Deberías hablar con los socios de *Le Socialité* de tal manera que puedas recuperar la revista después de la *vendetta* de tu exmujer.

—Entiendo. Maldita sea... No me eximo de culpa, pero no podía controlarlo, ella sí y, aun así, lo hizo conscientemente. No sé si voy a poder perdonarla.

—No es necesario que lo hagas. A partir de ahora, ella y Daniel deben hablar y organizarse sobre cómo proceder en la relación con ese niño que no tiene la culpa de los errores de sus padres.

—Te quiero, mi Lise salvadora. Eres mi superwoman. —Beso sus labios.

—Prefiero ser tu superloca de los aviones. Por cierto, hablando de eso, me gustaría, cuando la cosa se calme, ir a ver a mi madre. La verdad es que la echo de menos

—¿Por qué no vas el fin de semana que viene? Todo se arreglará en el día de hoy, yo me encargaré de ello. Ahora iré a hablar con los inversores socios de la revista y, tras ello, lo haré con Celine.

—Vale, cielo. —Acaricio su mejilla.

—Por cierto, nuestra princesa vino a mi habitación y se acostó en mi cama después de maullarme para que la subiera. Deberías ir allí, te está esperando. Pero antes. —Toma mi rostro entre las manos y me da un beso dulce, pausado, que transmite más ternura de lo que jamás he podido sentir.

—Yo también te quiero, James.

Ya hace una semana desde que se descubrió la verdad, desde que los socios mandaron de patitas a la calle a Celine, que llorando teatralmente acabó confesando. James, por tanto, recuperó la revista y la mayor parte de las acciones. Sé, por Dylan, que Margot y Daniel han salido a tomar algo, ya me entiendes. La verdad es que no ha perdido el tiempo. Parece ser que él ha viajado a Alemania a conocer a su hijo. También sé de primera mano que los señores Mathews le dieron una patada en el culo a la bruja y pidieron perdón a su hijo. No creo que pueda llevarme bien con ellos nunca, pero espero que tampoco nos mandemos sicarios. Una relación cordial es a lo que aspiro, sobre todo si algún día soy su nuera.

—Mi amor, te llamaré cuanto llegue. Sé bueno en mi ausencia y ya sabes, si cuando vuelva a casa mi pequeña bolita no está mimada como lo hago yo, morirás entre terribles sufrimientos. —Lo oigo reírse al otro lado de la línea.

—Lo haré, pequeña. Ya te extraño. Vuelve pronto, te quiero.

—Y yo, señor Mathewsssss —imito su acento, como él pronuncia el mío, con esa «s» alargada que me crispera tanto y cuelgo antes de subir al avión.

Espero que mi madre se lleve una sorpresa. No sabe que, en este momento, estoy yendo para hacerle una visita. Por eso se llama sorpresa, ¿no?

Cierro los ojos, ahora no tengo a mi querido musculitos para que me sujete del brazo en mis momentos de pánico. Miro hacia la izquierda y veo una señora mayor. Evalúo la situación. Piel frágil, moretones de fácil aparición, denuncia posible. No es una buena opción. Miro hacia la derecha y hay un niño de unos siete años al lado de un padre que podría ser el increíble Hulk. Si agarro a su hijo igual se cree que se lo voy a secuestrar y me mete dos guantazos.

Me tomo una pastillita de esas que relajen, es la mejor opción para evitar denuncias o palizas. La verdad es que, aunque no estoy dormida, sí que parezco un zombi de *Walking Dead* medio consciente.

Las alarmas empiezan a sonar entonces por el avión y abro los ojos mientras los gritos lo envuelven todo y el avión cae en picado. Me encojo escondiendo la cabeza entre los brazos y encogiendo las piernas, tal y como he visto en las películas. Las mascarillas caen, pero ¿de qué coño sirve una mascarilla si voy a acabar aplastada contra el suelo a piezas, como si fuera un puzle. Un golpe seco entonces lo zarandea todo y entre gritos me golpeo la cabeza contra el asiento delantero.

Sin abrir todavía los ojos y, dando gracias a Dior por seguir viva, me llevo la mano a la cabeza que me duele como si me hubiesen golpeado con fuerza con una piedra.

A lo lejos oigo voces y, abriendo los ojos, veo el suelo sólido con arena y fragmentos de roca. Me miro la mano que, hace un segundo, estaba en mi cabeza, y está cubierta de sangre. Joder...

—Lisbeth, lo siento, se resbaló. Yo no quería, ¿estás bien? Oh, dios santo, estás sangrando. —Escucho la voz de Cristal y no entiendo nada. ¿Yo no estaba en un avión? Miro la pantalla del ordenador, que se encuentra frente a mí y aparece una página de búsqueda de empleo. ¿Pero qué...?

Desvío la mirada hacia la parte de la pantalla donde aparece la fecha. ¿Agosto? Pero si estábamos a finales de septiembre, ¿no?

—Cristal, dime que acabo de volver de Francia, por favor.

—Del único sitio del que has vuelto es de la inconsciencia. La maceta se resbaló sin querer cayendo en tu cabeza. Perdóname, Lisbeth, de verdad. Dime qué puedo hacer para ayudarte, por favor.

Y es entonces cuando una lágrima recorre mi mejilla. Nada ha sido real. ¿Y mi James?

Voy hacia el hospital, no dejo que nadie me acompañe, necesito estar sola. Tras los pertinentes puntos de sutura vuelvo a casa, pero de camino paso por la tienda de informática y cruzo los dedos. Me siento en la sala de espera y cojo el diario gratuito del día. Me muerdo la lengua rogando a Dios esta vez, que no a Dior (que para lo que me ha servido), y abro por la sección de anuncios de empleo. Me fijo en el más grande.

Le Socialité, una de las revistas más importantes de Francia, les informa que busca un/a redactor/a de moda que realice labores de fotografía, corrección y conocimientos en relación a los temas de actualidad. Imprescindible francés. ¿Serás tú la persona que estamos buscando?

Miro el anuncio con una sonrisa en los labios.

—*Oui*.

Fin

Sobre la autora

Jane Reyals, nacida en Barcelona en 1990. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona y con un máster en Formación de Profesorado de Educación Secundaria por la Universidad Autónoma de Barcelona.

Amante de la música, la lectura, la escritura y la pintura, siempre ha tenido predilección por esa faceta artística, la literatura, y, aunque tiene relatos eróticos breves como *Servicio de Lavandería* o *Condenada-mente mía*, ha decidido caminar por los terrenos de la ficción para presentarnos su saga *Samsara*, una pentalogía que no dejará a nadie indiferente, con los títulos publicados: *Arrástrame al infierno contigo* (2018), *Arráncame el alma despacio* (2018) y, ahora, nos presenta una comedia romántica llamada: *Le socialité*.

Es una escritora que viene pisando fuerte para quedarse y poder alcanzar su sueño.